VOLUMEN 5

SAM FEUERBACH

LA LANZA DEL ALMA



FANTASÍA

Sam Feuerbach

La lanza del alma

La saga Krosann

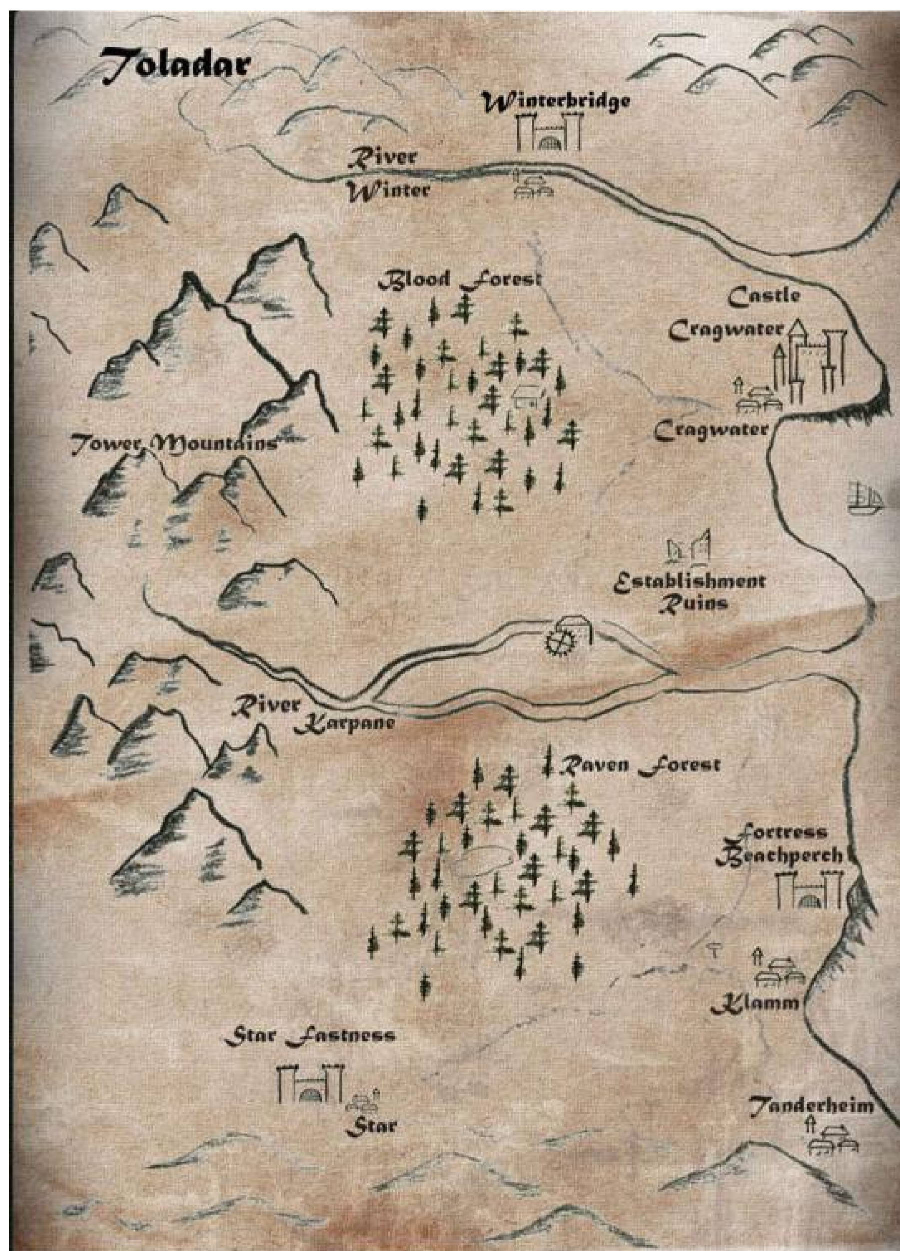
Volumen 5

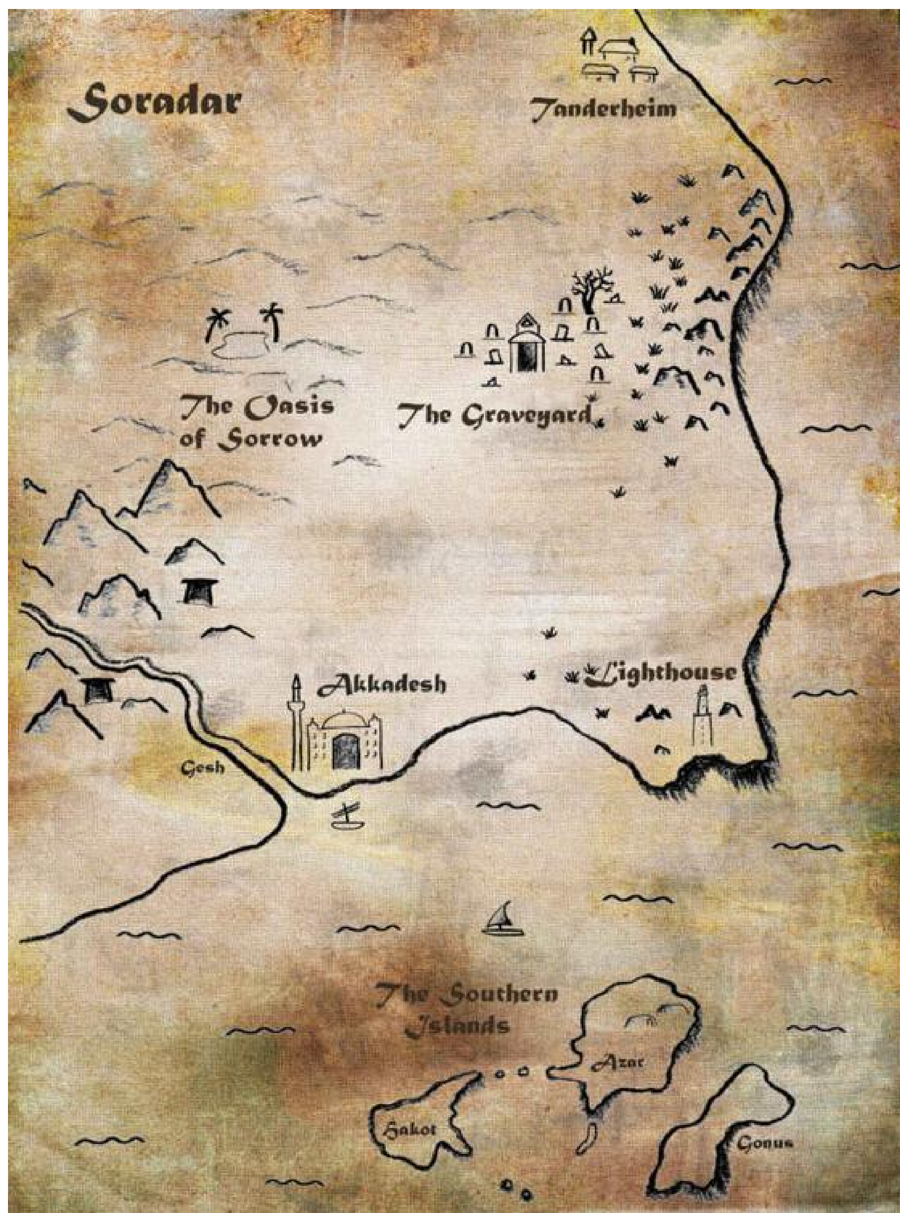
1ª edición 2024 (1.1)

Volúmenes en orden crono - lógico:

La Saga de Krosann
(Volumen 1) El cuervo asesino
(Volumen 2) El maestro de la espada
(Volumen 3) El reloj de arena
(Volumen 4) La diosa myrneana
(Volumen 5) La lanza del alma
(Volumen 6) El traidor

www.samfeuerbach.com


Toladar
Winterbridge
River
Winter
Blood Forest
Castle
Cragwater
Cragwater
Tower Mountains
Establishment
Ruins
River
Karpane
Raven Forest
Fortress
Beachperch
Klamm
Star Fastness
Star
Tanderheim



Índice de personas al final

Contenido

La historia hasta el momento

El joven príncipe Karek tuvo que abandonar su hogar, el castillo de Cragwater. Para empezar, su padre, el rey Tedore, soberano de Toladar, creía que Karek necesitaba endurecerse: al muchacho nada le gustaba más que pasarse el día comiendo, lo que significaba que había engordado bastante y no hacía mucho ejercicio. Además, el rey tenía información de que había un asesino a sueldo (el Cuervo asesino) suelto, que intentaría asesinar al príncipe. Así que el joven fue disfrazado y enviado a una fortaleza de entrenamiento para soldados y oficiales, donde aprendería a luchar. Durante las sesiones de entrenamiento, se esforzó al máximo y consiguió hacer nuevos amigos: Blinn, Impy, Eduk y Brawl.

El cuervo asesino descubrió dónde estaba Karek y se dispuso a asesinarlo cuando estaba solo en el bosque. Sin embargo, le dejó vivir cuando, a través de la antigua lengua myrneana, sintió un compañerismo de almas con él. Poco a poco, la improbable pareja aprendió a confiar el uno en el otro.

Mientras tanto, el duque Schohtar, del sur del país, había puesto sus ojos en el trono real de Toladar. Renunció a su lealtad al rey Tedore y se declaró gobernante del sur de Toladar. En su afán de poder, asesinó al maestro de Espadas, Forand, y destruyó la fortaleza de entrenamiento de Karek. Sin embargo, el príncipe, sus amigos y el Cuervo asesino ya habían abandonado la fortaleza para ir en busca de un reloj de arena mágico. Un mapa les condujo a un cementerio, donde adquirieron el artefacto.

El duque Schohtar hizo que sus hombres persiguieran a Karek para hacerse con el reloj de arena. Karek y sus compañeros tuvieron que soportar muchos peligros, incluso destruyeron el reloj para escapar de sus perseguidores. Junto con Bolkan «Eructos» Katerron, antiguo almirante del reino enemigo de Soradar, al sur, se dirigieron al castillo natal de Karek.

Considerándose a salvo en Cragwater, Karek estuvo a punto de ser

secuestrado por el sargento Karson, por orden de Schohtar. Cuando el complot fracasó, el sargento huyó en su barco.

Karek, Eructos y los demás permanecieron durante un tiempo en el castillo de Cragwater, preocupados por el rey, que parecía estar muy mal de salud. La asesina, Nika, no soportaba la vida en la corte y regresó a su escondite en el bosque. Allí fue atacada por sus antiguos enemigos y gravemente herida. Tres habitantes de una pequeña granja, entre ellos una niña llamada Hanne, le salvaron la vida. Una vez recuperada, Nika se dirigió a uno de los misteriosos portales antiguos myrneanos, conocidos como zaguanes. Acabó en una isla donde se reunió con Karek, Eructos y los demás compañeros.

El príncipe había encontrado la isla perdida tras un peligroso viaje por mar. Con guerreros de las dos tribus isleñas (que eran enemigas), Karek se dirigió a Arelia, una de las antiguas deidades myrneanas, que vivía en las montañas. Ella le habló de una lanza del alma, que le sería muy útil en su guerra contra Schohtar. Antes de morir, Arelia le regaló otro artefacto: un cinturón curativo.

El príncipe y sus amigos regresaron al castillo de Cragwater, en Toladar, acompañados por guerreros de las dos tribus: diez bengasi y diez jovali.

Aquí comienza la historia de la lanza del alma.

El patíbulo

Cientos de personas se habían reunido ya en torno al cadalso del patio de armas de Star Fastness. Las cuerdas de las tres horcas se mecían suavemente con la brisa.

A primera hora de la mañana —los pájaros ya habían empezado a cantar al amanecer—, un petirrojo se había posado en una de las horcas y se balanceaba con facilidad hacia delante y hacia atrás. Dos de los carpinteros habían espantado al pajarillo mientras examinaban la plataforma antes de poner unos cuantos clavos más. De hecho, el petirrojo podría haberse quedado allí sentado hasta el anochecer, porque hoy no iban a ahorcar a nadie. En cambio, iba a rodar una cabeza.

Satisfechos con su trabajo, los dos artesanos siguieron su camino. Sí, incluso una construcción tan sencilla como un andamio requería cuidado y atención, sobre todo si se utilizaba tanto como este en ese momento. Lo que llevó a preguntarse: si las ejecuciones eran un acontecimiento cotidiano, ¿por qué había tanta gente compitiendo por los mejores sitios, precisamente hoy? Quizá tuviera algo que ver con el hecho de que no iba a ser un vulgar carterista o un desertor el que iba a sentir la afilada hacha, sino un oficial de alto rango del ejército toladariano. Si el cuello de uno de los altos y poderosos estaba en juego, ¡sin duda era un espectáculo que no había que perderse!

Todo esto lo observaba el hombre, que estaba de puntillas mirando por la estrecha ventana del torreón. El impresionante escenario que se veía debajo hacía que este pequeño esfuerzo por su parte mereciera más que la pena. El sol le calentaba las mejillas: el tiempo era sencillamente espléndido. Más al este, podía distinguir los tejados de la pequeña ciudad de Star. Desde allí arriba, el mundo parecía sorprendentemente tranquilo y limpio, incluso la zona degradada junto a Star Fastness.

El hombre volvió a mirar hacia el lugar de la muerte. La vista del

patíbulo con sus tres horcas y el grueso bloque del verdugo había hecho que subir la escalera de caracol de piedra mereciera la pena.

La multitud vitoreó cuando apareció ante la plataforma un armatoste vestido con cuero tachonado, cuya abultada camisa apenas podía contener su torso musculoso y sus anchos hombros. La embriagadora fiesta de la justicia empezaba a seguir su curso inevitable cuando el torturador, «Karni» Karnifex, subió los chirriantes escalones de la plataforma. Al llegar arriba, exhibió su hacha de verdugo, sosteniendo ambos extremos por encima de su cabeza con los brazos extendidos, asegurándose de que todo el mundo pudiera ver sus músculos bien engrasados brillando al sol.

El hombre del torreón sabía muy bien que Karni entrenaba con pesas todos los días para lucir sus bíceps en ocasiones como esta. En los bares, sin embargo, juraban a ciegas que sus poderosos brazos se habían desarrollado únicamente gracias a su práctica habitual de las decapitaciones. Karnifex llevaba una máscara negra que solo le cubría los ojos. Todos conocían a Karni, todos conocían su rostro. El hombre tras la estrecha ventana no tenía ni idea de para qué servía la máscara.

Karni era, sin duda, uno de los mejores cirujanos de todo el reino. Gozaba de la reputación de ser capaz de mantener con vida a sus víctimas más tiempo que cualquiera de los demás torturadores. Tan admirables habilidades le habían granjeado el respeto del pueblo. Los tiempos en que los verdugos gozaban de gran popularidad difícilmente podían llamarse buenos tiempos. Sin embargo, a la hora de la verdad, el verdugo era relativamente inofensivo. Al fin y al cabo, sus víctimas eran pocas en comparación con las de las poderosas y malévolas lenguas que susurraban veneno no menos mortífero en sus tortuosos juegos de poder.

Se oyeron gritos procedentes de individuos de la multitud:

—¡Kar-ni! ¡Kar-ni! —El verdugo podía estar completamente seguro de que conservaría su puesto.

Solo había otra persona capaz de robarle el espectáculo a Karni. Solo uno que pronto sería el orgulloso centro de atención de este

festival. Esta persona sería capaz de saludar a la ventana vacía y estrecha del torreón, y esta vez ni siquiera tendría que ponerse de puntillas.

Se mordió el labio inferior. Luego se palpó la nuca con los dedos. Por un lado, era extraño que se la hubieran afeitado tan completamente, dejándola totalmente lisa y desnuda. Por otro lado, había sido muy considerado de su parte, ya que el hacha no tendría motivos para perder el tiempo. Eso sí, Karni nunca había necesitado blandir su hacha por segunda vez. Era bueno saber que estaba en buenas manos. ¿Cuándo vendrían a recogerlo? No es que se impacientara, pero no tardaría mucho.

Le dolían las puntas de los pies. Se apartó de la ventana para aliviar la presión en las puntas de los dedos. Pensó en la vida que ahora perdería. Tuvo buenos momentos. Tiempos salpicados de amistad, de responsabilidad, de amor y de sentimientos paternales. Intentó liberar su mente de esos pensamientos, los ahuyentó como a una mosca molesta. Un malhechor nunca debe ponerse sentimental el día de su muerte. Una vieja tradición militar. Era reconfortante que solo se pudiera romper una vez.

A su pesar, esperó los pasos metálicos de los guardias principescos subiendo la escalera. Esperó el ruido metálico del llavero y el chirrido de la puerta de su prisión al abrirse. ¿Guardias principescos? No, guardias reales. Soldados de su majestad Schohtar Tomur, primer rey de Toladar del Sur, el autodenominado gobernante sin nariz.

Escuchó con tanta avidez que incluso podía oír la sangre latir en sus oídos. Pero solo había silencio en la estrecha escalera del torreón. En cambio, oyó una voz familiar que resonaba fuerte y clara desde el patio:

—¡Escuchen, escuchen! ¡Hoy debemos asegurarnos de que un hombre de bajeza moral encuentre su merecido final!

¡Duque Mondek! El hombre de la celda odiaba profundamente a esta persona. Pero el cerdo se había comportado con el rey Schohtar con la mayor asiduidad. Adulador y lloriqueando con la esperanza de

recompensa, prácticamente postrado, servilmente baboso, arrastrándose por el suelo ante su amo y señor.

La persona de la torre se palpó la barbilla. Encontró allí una cantidad considerable de pelo, al no haber podido afeitarse en semanas. Volvió a la ventana, se puso de puntillas y miró hacia abajo. Ahí estaba el duque Mondek con cara de satisfacción, vestido con todas sus galas de seda y adornos, por no hablar de las joyas que le adornaban. La estrella dorada y brillante de su sobrevesta contrastaba con el alma negra y ensangrentada de su poseedor. Era un canalla que distaba mucho de ser querido por la gente corriente y, sin embargo, era intocable por ser uno de los favoritos de Schohtar.

El hombre tras la estrecha ventana refunfuñó: no cabía duda de que el rey … era un gobernante muy inteligente. ¿Cómo podía contar con semejantes imbéciles como vasallos? Vio un trozo de tela negra que colgaba discretamente de uno de los maderos. No tardó en darse cuenta de lo que era. Si le ofrecían la oportunidad de cubrirse la cabeza con una capucha, la rechazaría en el acto. Un soldado miraba a la muerte a los ojos, y no a un saco oscuro y maloliente, apestando al sudor temeroso de los que le habían precedido. Volvió a apartarse de la ventana y cerró los ojos, pero las tres sogas se balanceaban mentalmente ante él. Se había tomado la decisión de decapitarlo, pero aun así lo dejaban colgando. ¿Cuándo iban a subir por fin a recogerlo?

El creciente murmullo de la multitud despertó su interés. Sonaba como una enorme ola procedente del mar del Este, que pronto rompería contra la ventana. Amaba el mar, pero ahora moriría lejos de él. El hombre volvió a estirar el cuello para contemplar la escena del exterior. Dos soldados habían agarrado a un hombre, con un brazo cada uno, y lo arrastraban por los cinco escalones de madera hasta la plataforma. Mucha gente se pasa la vida intentando ascender en el mundo. Pero este desgraciado parecía carecer de la misma ambición.

El malhechor presentaba un aspecto lamentable: cuarentón, moreno, cubierto de suciedad, con la cara deformada e incrustada de sangre gracias a una tortura juiciosa, la nariz rota y la mandíbula en un ángulo incómodo. Sin duda, su propia madre no lo reconocería.

Llevaba una sencilla capa negra.

El hombre de la torre frunció el ceño. Su frente aún era capaz de eso. Así que iba a haber otra ejecución antes de la suya. No pudo evitar sentirse un poco decepcionado por no ser el único, pero le consolaba el hecho de que él seguiría siendo la atracción principal.

—¡Gente de Star Fastness!, ¡gente de Star!, ¡gente del sur! Honren a nuestro rey Schohtar y vean lo que les espera a los que se le oponen. ¡Vean qué castigos sufren aquellos traidores que capitulan de la manera más cobarde ante el enemigo en lugar de luchar con hasta el último gramo de valor al servicio de Schohtar, al servicio del pueblo!

El hombre del torreón ya había oído demasiadas veces la letanía de Mondek, y cada vez le daban ganas de vomitar. Esperaba que a este duque imbécil se le ocurriera algo especial cuando le llegara su turno. La voz de Mondek casi se quebró por el desprecio:

—¡Este hombre traicionó a nuestro rey de la forma más ruin! Este hombre tenía al enemigo en su poder... ¡y lo dejó marchar! Además, ¡este hombre se alió con el norte! ¡Un acto de alta traición!

«Indignante», pensó el hombre de la torre.

—Este asqueroso traidor se disfrazó nada menos que de oficial de alto rango, tenía una posición de autoridad, era una persona en la que el rey y nosotros, el pueblo, depositábamos nuestra confianza. ¡Bah! —Mondek escupió con desdén a la cesta de sauce en la que pronto rodaría la cabeza. Ciertamente, la flema no molestaría al visitante.

—Tanto más condenables son sus actos —la voz del duque había perdido su tono de desprecio, y se había apoderado de ella el placer ante la perspectiva de lo que iba a suceder.

El delincuente era aún menos popular que Mondek. Desde luego, no era nada del otro mundo. Siguieron fuertes silbidos y furiosos abucheos. La muchedumbre arrojó fruta podrida y huevos al traidor. Qué extraño. El tipo se limitó a sacudir la cabeza con desinterés, ni siquiera reaccionó cuando un huevo se estrelló contra una de sus sienes. De vez en cuando hacía ruidos extraños, como si se estuviera

riendo. El pobre diablo no tenía ni idea de lo que ocurría a su alrededor; estaba claro que había perdido la cabeza. La chusma habría estado mucho más contenta si el delincuente hubiera gritado, llorado o vomitado de puro terror; su falta de implicación solo provocaba que la gente lanzara más y más objetos.

Sin embargo, el ambiente mejoró notablemente cuando el duque Mondek apartó de un tirón la capa negra del cuerpo del condenado, revelando un uniforme toladariano con las insignias de un sargento. Un oficial les honraba con su presencia. Los abucheos de la muchedumbre espolearon al duque. Mondek bramó:

—¡Sargento Karson, has sido condenado a muerte por alta traición!

El hombre de la torre olvidó el dolor en la punta de los dedos de los pies. Mondek arrancó alegremente las insignias militares del uniforme del desgraciado.

—¡Ya no eres sargento! Has sido degradado al más bajo e indigno rango de traidor.

—¡Déjate de rodeos, córtale la cabeza! —gritó alguien entre la multitud.

El duque Mondek, con las piernas abiertas, se puso frente al pobre diablo.

—¿Tienes unas últimas palabras, Karson?

El destinatario no dijo nada.

—Tienes una opción…: ¿te gustaría llevar la capucha?

El exsargento eructó, luego soltó una risita loca.

—Ja, ja.

Mondek asintió a los dos soldados, que inmediatamente le pusieron la tela de saco sobre la cabeza y lo condujeron al bloque del verdugo. El trozo de madera apenas había tenido tiempo de secarse en las últimas semanas. Con pies experimentados, patearon al exsargento Karson en la parte posterior de las piernas, con lo que se desplomó como una navaja y su cabeza cayó exactamente sobre el bloque de

ejecución.

Karni, consciente de su público, caminó alrededor del criminal. Luego, se detuvo, ajustó el equilibrio para mantenerse en pie y se balanceó sobre las rodillas un par de veces antes de levantar el hacha. Inmediatamente, un silencio se apoderó de la multitud. El hombre de la torre volvió a oír el trinar de los pájaros, que, con diligencia, daban la bienvenida a la primavera en el parque cercano.

El hacha cayó, afilada y precisa, con un sonido seco y un chorro de sangre relativamente ligero. La cabeza rodó a sabiendas dentro de la cesta; al mimbre le importaba un bledo si recogía manzanas o cabezas. El cuerpo se sacudió y volvió a sacudirse. Lo que quedó entonces fue un trozo de carne muerta y sangrante sobre la madera.

La chusma rugió. El chillido estridente de algunas de las mujeres fue el peor, sacudió al hombre del torreón hasta los tuétanos. Derrotado, se apartó de la ventana. Sintió que el corazón le latía más deprisa, que la realidad le atravesaba como el hacha de Karni cortaba el cuello del condenado. Incapaz de respirar, incapaz de parpadear, se quedó mirando la pesada puerta de roble que le separaba del resto del mundo. Cerró los ojos e inspiró profundamente.

De repente, el prisionero del torreón supo que aquella pesada puerta de roble no volvería a abrirse hoy, y que nadie iba a arrastrarle hasta el patíbulo. Se balanceó y se apoyó en la pared. Lentamente, se deslizó hasta el frío suelo, sin notar cómo la piedra en bruto le despellejaba la espalda. Sus pensamientos se agitaban, tropezaban, caían unos sobre otros.

Cálmate, ¡piensa!

Había algunas cosas extrañas en esta ejecución. Por ejemplo, la forma en que Mondek había ordenado, casi con consideración, que se colocara la capucha sobre la cabeza del delincuente. Por lo general, el duque se deleitaba en las ejecuciones que se prolongaban el mayor tiempo posible, pues podía observar cada detalle de los rostros agonizantes mientras encontraban su prematuro final. Siempre disfrutaba mirando a la víctima a los ojos y sonriendo. Pero había otro

detalle que molestaba mucho más al hombre de la torre. Sin embargo, simplemente no podía averiguar de qué se trataba. Se tiró de lo que le quedaba de pelo. Intentó organizar los hechos. De nuevo, empezando por los hechos. ¿De qué estaba absolutamente seguro?

La respuesta llegó fácilmente. Todo giraba en torno a una verdad innegable: el ejecutado definitivamente no era el sargento Karson. Porque lo conocía bien; muy bien, de hecho. El deshonrado y traidor sargento Karson estaba sentado con el culo sin lavar y la espalda raspada en el frío suelo de piedra del torreón. Y estaba encerrado. Y respiraba con dificultad. Este sargento Karson acababa de ser testigo —en un ambiente de lo más agradable— de su propia ejecución.

Joyas

—¡La fuente del invierno te mostrará el camino! —Blinn se rasgaba las vestiduras—. ¡Vaya mierda! ¿Por qué no puede una diosa decir simplemente dónde se encuentra el artefacto? No puede ser tan difícil —se calmó un poco—. ¿He entendido bien que esta vez se trata de una lanza?

—¡Precisamente! Déjenme mostrarles. —Karek arrojó un enorme tomo sobre la mesa con un golpe seco, levantando una nube de polvo en la sala del consejo.

Impy tosió y agitó los brazos para despejar el aire. Era el libro que Karek había alcanzado por medio de una escalera tambaleante y sacado hacía mucho tiempo del estante más alto de una estantería de la biblioteca real. El príncipe dio un golpecito con el índice y los demás se quedaron mirando el libro. La encuadernación de cuero estaba decorada con un grabado que le daba un aire misterioso.

—Dejen que les lea la introducción.

—¡Presumido! —murmuró Brawl, apoyando la barbilla en la mano con aire aburrido.

Mientras pasaba las hojas con cuidado, el príncipe dijo:

—Está escrito aquí…: «Este volumen contiene una colección de los artefactos mágicos conocidos de los últimos myrneanos. Crearon estos objetos cuando se dieron cuenta de que su pueblo estaba condenado. Los myrneanos deseaban agrupar su magia en virtud de estas medidas y preservarlas así para la posteridad. De este modo, los objetos cotidianos se llenaron de los hechizos más poderosos y se transformaron en artefactos de poder».

—Un ejemplo fue el reloj de arena —intervino Blinn.

—Que nuestro príncipe hizo añicos —añadió Impy, no sin un matiz de acusación.

—Tuve que hacerlo añicos porque tú ya estabas hecho añicos. —Karek no sabía si reír o llorar.

¿Cuántas veces tengo que explicar esto?

Impy parecía no recordar lo que había pasado. No era de extrañar, porque Karek había utilizado el reloj de arena para retroceder el tiempo un día entero, lo que significaba que Impy no lo recordaba. Todo lo que había ocurrido en las horas intermedias había sido borrado.

El príncipe miró a los demás. Blinn parecía estar alerta y concentrado como siempre. La atención de Impy revoloteaba por la sala, siempre atento a la próxima broma. Eduk parecía no estar presente, ni física ni mentalmente. Nada nuevo. Y Brawl parecía a punto de desfallecer. Los párpados de sus pálidos ojos colgaban a media asta. Karek respiró hondo. Las reuniones en las que intervenía la mano del maestro de espadas solían ser agotadoras. Dijo en voz alta:

—Otro artefacto importante es la espada de Toluderadas, también conocida como Banfor.

Brawl levantó la cabeza.

—¿Qué? No dice eso, ¿verdad? —exclamó, súbitamente despierto.

Karek subrayó una frase cualquiera del libro pasando el dedo por debajo de algunas palabras.

—Sí, sí. Está escrito ahí.

Brawl se cruzó de brazos desafiante.

—Tonterías. Yo inventé el nombre Banfor para mi amada espada, así que no puede estar en este viejo tomo —acarició suavemente el pomo de su espada, que siempre colgaba de su cinturón; el joven solo se la quitaba cuando se iba a la cama. Aunque Karek ni siquiera estaba seguro de ello.

Impy preguntó con sorna:

—¿Banfor? Siempre quise saber de dónde venía el nombre.

—Entonces déjame que te explique su etimología —de repente, Brawl tenía una mirada sorprendentemente erudita.

Blinn e Impy le miraron atónitos.

—¿Eti… qué? —preguntaron al unísono.

Brawl, muy satisfecho consigo mismo y con el mundo en general, respondió:

—¡Ahora se sorprenden! Yo también sé usar palabras soeces.

—Me lo temía —bromeó Blinn.

Impy esbozó una sonrisa tan amplia que tuvo que dolerle mientras Eduk parecía el mismo de siempre. El príncipe rio:

—Bien hecho, Brawl. Dinos la etimología de la palabra Banfor.

Brawl explicó:

—Está hecha con los nombres de mis ídolos. Los de mis maestros, los más grandes maestros de la espada que han existido y que todos conocíamos tan bien: To Shyr Ban y Forand.

Evidentemente, Impy no esperaba una respuesta tan coherente.

—¡Pero eso es... eso es bueno, Brawl!

Esto fue recibido con un asentimiento satisfecho por el hombre que habla con su espada. Blinn volvió a llamar al orden a todos.

—Brawl, has descubierto el truco. Banfor no está escrito en absoluto. ¿Qué querías enseñarnos del tomo, Karek?

El príncipe encontró la página que buscaba.

—¡Aquí! La alianza de la lanza y el cinturón de los Binaradabas fueron los artefactos más poderosos para la creencia y la esperanza durante la época de los últimos myrneanos. —Karek empujó el volumen hacia el centro de la mesa—. Ya tenemos el cinturón: le salvó la vida a Brawl. Sin que tuviéramos que destruirlo, por cierto —añadió cabizbajo.

—No te castigues por haber roto el reloj de arena, eso quedó en el

pasado —murmuró Impy para tranquilizarlo.

Todos se apoyaron en los codos y miraron el dibujo de una lanza y un cinturón que había en la página. Debajo había un breve párrafo escrito en la serpenteante letra de la antigua lengua. Karek explicó:

—Milafine y yo estamos aprendiendo la misteriosa lengua elaborando un diccionario. Nika es una gran ayuda en este sentido, por supuesto. Habla la lengua antigua casi a la perfección. En la biblioteca hay muchos más tomos en la misma lengua, y están aún más polvorientos que este. Sin duda, una gran variedad de ideas y asuntos misteriosos duermen en ellos, esperando a ser descubiertos.

—Ni siquiera sé leer nuestro propio idioma —se jactó Brawl con orgullo.

—¡Eres un presumido! —replicó pícaramente Impy.

Karek continuó:

—La diosa myrneana me dijo que, si quería alcanzar mi objetivo, necesitaba otro artefacto que había desaparecido durante generaciones. Se refería a la lanza de Binaradabas. Ella siempre nos ayudó, por eso me tomo muy en serio sus últimas palabras —el príncipe hizo una pausa—. ¿Me ayudarán a buscar la lanza?

Eduk salió ahora al paso. Exclamó, enfadado y sin ninguna señal de eco:

—¿Es en serio? ¿Cómo se te ocurre preguntarlo? Claro que te ayudaremos.

Blinn asintió:

—Ya lo estamos haciendo.

Una amistad así es un tesoro. Brawl e Impy asintieron entre sí. Karek se aclaró la garganta.

—La fuente del invierno les mostrará el camino.

—Eso ya lo sabíamos. Difícilmente podría ser más detallado. Cuando la dama terminó de soltar su discurso, ¿por qué ninguno de ustedes le preguntó qué quería decir? Karek, tú siempre lo cuestionas

todo —murmuró Blinn.

El príncipe reflexionó un momento:

—Sí, ¿por qué no lo hice? Porque… porque Fata apareció de repente y nos distrajo a todos.

—¡Claro, todo es culpa de Fata!

La reina kabo había estado durmiendo en un rincón de la sala del consejo, frente a la puerta. Ahora sacó la cabeza de debajo de su ala. Somnolienta y con aire inocente, extendió las plumas.

—No te preocupes, Fata. Debería haberla interrogado. La próxima vez llevaremos al mismísimo maestro interrogador: Blinn.

—¡Precisamente! Eso es lo que deberías hacer. Pero no, la última vez tuviste que dejarnos atrás a Eduk y a mí mientras ustedes se divertían en la isla.

¿Cuánto tiempo más me lo va a echar en cara? Y no fue una experiencia agradable.

Se estaba preguntando si debía responder cuando Impy recitó:

—¡La fuente del invierno les mostrará el camino! ¿Se refería al comienzo del invierno? Sabemos cuándo empieza el invierno, pero ¿sabemos dónde? Eso no ayuda mucho.

—¿O es la «i» de la palabra invierno? —sugirió Blinn, pasándose un dedo por la cicatriz de la cara mientras rumiaba.

A esto siguió una pausa en sus reflexiones. La perplejidad se multiplicó por cinco alrededor de la mesa. Y, por si fuera poco, Fata había vuelto a su letargo en el rincón. Brawl puso fin al silencio:

—¿No era: «la fuente *del* invierno»?

—¡Eso es lo que te digo! Ya lo hemos oído diez veces. —Impy puso los ojos tan en blanco que mareó a Karek.

Brawl continuó imperturbable:

—No, no lo hemos oído, mequetrefe. Karek y Blinn dijeron «la fuente *del* invierno». Tú, amigo mío, te has limitado a decir «la fuente

del invierno». —Brawl sonrió satisfecho por su pequeña victoria.

Impy estaba menos que impresionado.

—Oh, Brawl, tus habilidades lingüísticas, por no hablar de tu capacidad para enfatizar palabras a voluntad, se han vuelto de repente tan asombrosas que...

Karek se puso en pie de un salto, haciendo que su silla cayera al suelo tras él.

—Brawl, ¡eres un genio!

La expresión de la cara de Brawl sugería que esta afirmación no era nada nuevo para él. Todos los demás, sin embargo, miraban a Karek con perplejidad.

—¡Eso es! —la voz del príncipe era cada vez más fuerte y su rostro más brillante—. ¡No era el invierno, sino *el* invierno!

—Ya veo, y yo que pensaba que era... —dijo Impy, tranquilizado.

—Ah, claro. Ahora que lo dices... —intervino Eduk, completamente aliviado, antes de que su discreto rostro se convirtiera en un discreto signo de interrogación.

Blinn levantó la mano.

—¿Lo he entendido bien? Así que se refiere *al* invierno. Bueno..., eh... eso tiene sentido.

—¿Qué? ¿Qué tiene sentido?

El príncipe resistió la tentación de bajar la cabeza, derrotado.

—En la frase, «invierno» es un sustantivo. Eso ya lo sabíamos. Pero ¿a qué sustantivo nos referimos? No hablamos de la estación, sino del río. La fuente del río Invierno. ¡Brawl lo descubrió!

—¡No, no lo hice! —contraatacó Brawl a la defensiva.

—No seas tan modesto. Honor a quien honor merece. Y ese eres tú. —Impy sonrió a su amigo.

Blinn dio una palmada y resumió la situación:

—Ya está. La fuente del invierno es simplemente el lugar donde nace el río. El manantial.

—¡Espera un momento! —Karek salió corriendo hacia su dormitorio. Una vez allí, sacó un pergamino de su armario y volvió a la sala del consejo. Extendió el considerable mapa del reino toladariano.

—Solo hay dos grandes ríos en nuestro país. El Karpane está en el centro y el Invierno, en el norte. La fortaleza de Invernalia debe su nombre al río. El Invierno nace en las montañas del noroeste, y su fuente no está en nuestro país, sino en el reino septentrional de Alandar. Allí es donde la reina myrneana quería enviarnos.

Sus cuatro compañeros asintieron con la cabeza. La puerta de la sala del consejo se abrió. Torquay y otros nueve guerreros jovali entraron con estrépito. Dos de ellos llevaban una cesta con bloques de metal largos y oscuros. Karek se dio una palmada en la frente. Había olvidado por completo el acerium, el metal mágico de las montañas de la isla.

A pesar de su juventud, Torquay había ascendido al rango de líder de los jovali. Sin embargo, esto solo era válido mientras Brawl no reclamara su puesto de jefe de la tribu isleña. De hecho, ese se había convertido en su papel permanente, pero dejaba que los jovali hicieran lo que quisieran. La corte real había tardado unos días en acostumbrarse a la visión de aquellas inusuales figuras de piel bronceada, ojos desorbitados y rostros feroces.

Había hecho falta una palabra firme de Karek para que tanto los jovali como los bangesi pudieran moverse libremente por el castillo, incluso para que se les permitiera la entrada a los aposentos reales, aunque tenían que entregar sus espadas cortas, dagas y lanzas antes de entrar.

—¡Por la madre más pura, príncipe Karek! —Torquay señaló con orgullo la cesta—. Yo mismo estaba ante la Madre Celestial cuando ordenó que se hicieran joyas con él, aunque todavía no entiendo por qué.

En efecto, así había sido. La diosa myrneana, a quien tanto los jovali como los bengasi veneraban como su Madre Celestial, había aconsejado precisamente eso, porque el metal fortalecería la magia de los artefactos myrneanos.

¿Cómo he podido olvidarlo? Me estoy haciendo viejo.

—Gracias, Torquay. Es estupendo que te hayas acordado. Vayamos inmediatamente al herrero de nuestro castillo y preguntémosle qué piensa de tu acerium.

Con su taller en el pabellón exterior, el herrero era uno de los artesanos mejor valorados. Desde la distancia, ya podían oír los poderosos golpes de su martillo. La forja estaba justo entre la alfarería y la carnicería.

—¡Buenos días, príncipe Karek! Buenos días, caballeros —dijo el herrero, dando la bienvenida a sus visitantes. Miró penetrantemente a los jovali, que formaban un círculo alrededor del enorme yunque—. ¿A qué debo el honor de tan estimada visita? —añadió, sonriendo a Karek. De niño, el príncipe había pasado aquí muchas horas junto al fuego de carbón, especialmente durante el invierno, escuchando las historias del herrero.

—Saludos. Te hemos traído algo y nos gustaría mucho conocer tu opinión al respecto. ¿Habías visto antes un metal como este?

Torquay depositó la cesta con los lingotes de acerium ante el herrero. Este cogió una barra negra con los dedos y la sopesó con la palma de la mano antes de girarla a un lado y a otro, estudiándola con detenimiento hasta que su rostro se llenó de una amplia sonrisa.

—No, no estoy familiarizado con este material —cogió un clavo y trató de marcar la superficie del metal—. Es incluso más pesado que el oro y considerablemente más duro. Pero lo que hay en la cesta bastará para forjar una pequeña espada. Y luego hay que preguntarse si el metal es lo bastante elástico como para no romperse al primer golpe.

Torquay se adelantó.

—Maestro herrero, las mejores espadas de mi tribu están hechas de

este material. Puedo asegurarle que no hay mejor metal para armamento.

—Solo puedo confirmar lo que ha dicho —añadió Karek—, pero no queremos armas en absoluto. ¿Puedes hacer joyas con él? Colgantes, anillos, hebillas, broches.

El herrero respondió con una sonrisa.

—Para eso tendrás que contratar a un orfebre.

—Pero este material tiene poco en común con el oro. Una persona inteligente me dijo que el metal es más pesado y mucho más duro. Por eso pensé que tú serías la persona ideal.

—Mi especialidad es forjar armas. Sin embargo, la capacidad de persuasión del príncipe es notable —el herrero cogió la cesta que contenía el resto del material—. Forjaré algunas baratijas para ti. Pero no esperes milagros. Si quieres conquistar el corazón de tu amada, te recomiendo que recurras a un orfebre.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Brawl.

—Gracias —respondió Karek al herrero. Satisfecho, se volvió hacia los jovali—. ¿Vamos al parque?

El grupo se dirigió a los jardines del castillo. Se reunieron alrededor del estanque. Los jovali miraron asombrados las carpas ornamentales, todas ellas orientadas hacia Karek.

—Parecen más peligrosas que las pirañas —dijo Torquay.

—Son más inofensivas que las lombrices. —Karek miró a los jovali —. ¿Cuáles son sus planes ahora?, ¿cuánto tiempo querrán quedarse con nosotros?

—Hemos oído que la guerra está a punto de estallar. Hemos preguntado al jefe Brawl si necesita nuestra ayuda, pero nos ha asegurado que la guerra tardará meses en empezar.

—Puede que sea así…, no ha habido señales de un inminente estallido de la lucha. Pero me temo que tarde o temprano la batalla será inevitable.

—Ustedes no son mejores que los bangesi y los jovali.

Karek asintió.

—Estoy de acuerdo: no somos ni un poco mejores. —El príncipe reflexionó un momento antes de añadir—: Mañana habrá un consejo de guerra. Entonces sabré más. Volvamos a vernos después, por la noche. Así podrán decidir si querrán quedarse aquí un tiempo más o volver a la isla.

Todos los jovali asintieron. Torquay dijo:

—Echo de menos la selva, los animales y a mis camaradas.

—Estaría bien que hicieran las paces con los bengasi de antemano. No sean tan estúpidos como nosotros y se maten en la isla sin motivo.

La cara de Torquay se endureció.

—No es tan fácil. Nuestro odio es profundo.

—Ambas tribus tienen lo suficiente en la isla para llevar una buena vida. Lo único que les impide alcanzar su objetivo son ustedes mismos.

—Eso es cierto. Pero los jovali no luchan contra los jovali. En su caso, sin embargo, los toladarianos están matando toladarianos.

¿Qué podía decir Karek a eso? Suspiró. A fin de cuentas, consideraba que las carpas del estanque eran más listas que las personas. Los peces parecían llevarse bien entre ellos, incluso en los espacios más reducidos.

Preparaciones

Apretó los cordones de su jubón de cuero negro sobre su blusa de lino negro. Los pantalones y las botas iban a juego con el chaleco y la camisa. Apenas se había despertado, ahora celebraba su miserable estado de ánimo. En primer lugar, gruñó a su imagen en el espejo, rodeada por su opulento marco y las florituras doradas que llegaban hasta los frescos dorados del techo. Al menos su reflejo no era dorado.

Mirara donde mirara en su alojamiento dentro del castillo real de Cragwater, todo estaba lleno de pompa y circunstancia: la cama era más ancha que el río Karpane, y la alfombra más profunda. ¿Y qué decir de los enormes armarios? Sin embargo, todos sus bienes terrenales cabían en el cajón superior de su mesilla de noche, hecha de la más suave madera de cerezo, naturalmente. Al menos las ventanas dejaban entrar una buena cantidad de sol.

Una cosa estaba clara: en lo que a ella respectaba, su cabaña del Bosque de la Sangre era mucho más acogedora. Echaba de menos su fragmento de espejo, que presentaba exactamente la misma imagen que esta cosa chillona de la pared de aquí, con la diferencia de que ella, sin duda, se vería más feliz en el cristal astillado.

Nika abrió una de las ventanas y miró hacia fuera. La impresionante vista mejoró ligeramente su estado de ánimo, de huracanado a tormentoso. Desde lo alto, contemplaba el mar, el puerto, los altos muros del muelle de la ciudad de Cragwater y las innumerables personas que se agolpaban en los muelles. Hizo una mueca, pues no pertenecía a un lugar de ajetreo y bullicio.

Pero su mal humor no se debía simplemente a su estado de ánimo de «este lugar no me hace sentir en casa de ninguna manera». Era hora de tomar decisiones. Y lo mirara como lo mirara, el resultado sería el mismo: insatisfactorio. El proceso había llevado mucho tiempo, había necesitado madurar primero, pero ahora se enfrentaba a la realidad: «Ahora comienza tu vida como asesina a sueldo emérita. Había dejado

su última pluma de cuervo. Su último asesinato a sueldo era ya cosa del pasado.

No es que poco a poco hubiera desarrollado escrúpulos a la hora de matar a desconocidos a cambio de oro. Después de todo, ¿qué había de malo en ello? No, simplemente ya no le apetecía hacerlo. Y, lo que es peor, le gustaba estar con Eructos. No porque lo amara ni nada por el estilo. Una idea completamente ridícula, no había nada menos lógico en el mundo que el amor. Tenía que ser otra cosa. ¿La dulzura de la edad, tal vez? ¿O simple estupidez? No, eso era imposible. Ese granuja soradiano le había robado el corazón a hurtadillas, tenía que ser eso.

No, no, no le había robado ni el corazón ni la inocencia, sino una parte de su disposición natural, la parte que contenía su sensación de falta de rumbo y, con ella, una parte de su naturaleza despreocupada. O, para decirlo en pocas palabras, de repente, ya no le importaba una mierda nada. Lo que solo la hacía sentirse peor.

Se aflojó un poco los cordones de cuero del jubón y abrió la puerta de un empujón. Sus fieles amigas, daga en la bota y daga en la manga, estaban pegadas a su piel, como si la reconfortaran los recuerdos de los viejos tiempos.

Nika llevaba unas cuatro semanas holgazaneando en el castillo real de Cragwater. Había habido mucho alboroto real cuando regresaron de la isla. El rey Tedore parecía haber recuperado casi todo su esplendor gracias a los cuidados que le habían dispensado el viejo San Sacerdote y Milafine. La novia de Karek parecía estar en camino de convertirse en una San Sacerdotisa, ya que poseía unas manitas realmente curativas, con dedos suaves que la ayudaban tanto a ella como a sus pacientes.

Karek y Milafine se esforzaban por aprender la antigua lengua. Algo que Nika realmente respetaba. Dominar los caracteres era todo un reto para los dos mientras que Nika los entendía como si fueran su lengua materna. Ayer mismo había traducido una treintena de palabras para Karek y Milafine. ¿Cómo era posible que entendiera tan bien la lengua

antigua? No recordaba nada de su infancia, de sus primeros diez años de vida.

Nika bajó las comisuras de los labios. Karek había querido que asistiera al consejo asesor del rey; al menos, su intención había sido sugerirle la idea a su padre. Ella no había tardado en echar por tierra aquel ridículo plan. Al fin y al cabo, durante miles de años, esos consejos siempre habían sido cosa de hombres. Los hombres y la política…, ¿había algo menos lógico?

Entró en el Comedor Menor del Castillo de Cragwater. Los amigos de Karek, Eduk y Blinn, masticaban uno de esos manjares que solo se repartían en las cortes reales. Echó un vistazo a los platos. Le parecieron testículos de conejo en salsa de menta. Sentado frente a ellos estaba nada menos que aquel canalla soradiano de ojos azules y rizos negros, que, al contrastar con su camisa blanca, le daban un aspecto sencillamente deslumbrante. Aun así, sabía cómo destrozar la imagen simplemente moviendo los labios. Y no decepcionó. Eructos la saludó:

—Ah, mi palomita está despierta.

Cuervos, mirlos, palomitas... La abrupta disminución de las especies de pájaros que le habían sido asignadas. Le preguntó a Blinn con voz amistosa:

—¿Está sabroso, Blinn? ¿De verdad son bolitas de conejo en salsa de menta? —y miró fijamente a Eructos.

Blinn se quedó mirando la comida, con una expresión confusa en el rostro.

—Buenos días, Nika. ¿Cómo estás hoy?

—¡Cierra el pico, Blinn! No estropees mi mal humor.

Ya se había olvidado de que Eduk estaba sentado a su lado. Pero el pequeño, que destaca por su singularidad, no se tomaría a mal que le echaran de menos.

—Son huevos de codorniz con salsa de mostaza, Nika. —Blinn tuvo el valor suficiente para no dejarse intimidar.

—¡Buaj! —No había estado tan desencaminada.

La silla que Eructos apartó a su lado chirrió sobre el parqué.

—Siéntate, Nika.

Eructos le había dicho varias veces que era una gruñona mañanera. ¡Tonterías! Ella era igual por la mañana que por la tarde, por no hablar de la noche. Y Eructos tenía una gran audacia cuando se trataba de sus provocaciones sin importar la hora del día, algo que tenía en común con Karek. Se sentó a su lado. Se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla, lo que no mejoró su humor.

—Hay noticias —dijo Eructos.

—¿Qué? ¿El rey tiene una corona nueva o nuevos soportes para vinagreras?

—No, nada tan importante —respondió tranquilizador—. El rey Schohtar, autoproclamado gobernante, aún no ha reunido a su ejército. Todavía no hay señales de un ataque al norte. Desgraciadamente, algunas bandas de mercenarios de Schohtar están merodeando por la tierra; para empezar, han elegido la zona al norte del estuario de Karpane. Se supone que están asesinando y robando, causando disturbios y penurias contra el rey Tedore, que no está haciendo nada para detenerlo.

Eduk, que estaba sentado justo enfrente de ella, se puso tan redondo que casi se le salen los ojos de la cabeza.

—¿Detenerlo? —repitió temeroso—. Por supuesto. ¿Pero cómo?

Eructos asintió.

—Parece que Schohtar estuviera provocando deliberadamente para que se envíen tropas contra él. Intenta instigar una guerra contra su propio pueblo, que quiere que otros inicien.

Nika resopló desdeñosamente.

—Eso no tiene nada de extraño. Hay suficientes ejemplos así en la gloriosa historia de la humanidad. Mi pueblo, otro pueblo, ¿quién ataca a quién? ¿A quién le importa, cuando todo se reduce al poder y

la codicia?

Sintió un creciente malestar en su interior. ¿Estaba cansada de la gente en particular o de la humanidad en general? Eructos se mostró inusualmente serio:

—Mis hombres y yo debemos volver a Soradar. Puedo sentirlo en mis huesos: algo se está gestando. Esta... alianza entre nuestro rey de Soradar, Pares Drullom, y Schohtar me inquieta. Schohtar es peligroso y Pares, un idiota. Un partido muy desigual… con las probabilidades a favor de Schohtar si se llega a una pelea. Temo que los planes de Schohtar acaben con Soradar.

Nika había estado pensando algo parecido.

—¡Ajá! Entonces, ¿un hombre tiene que hacer lo que un hombre tiene que hacer?

—Hay muchas formas de decirlo —respondió Eructos con calma—, y esa es una de ellas.

Lo que importaba era que la mujer no quería seguir el juego.

—Yo no iré.

Una nube oscura ensombreció el rostro del soradiano.

—Eso lo sospechaba, aunque esperaba que me acompañaras.

Como si fuera un acuerdo secreto, Blinn y Eduk se levantaron simultáneamente de sus asientos y abandonaron el comedor. La puerta se cerró estrepitosamente tras ellos. Eructos miró a Nika:

—¿Por qué no quisiste compartir habitación conmigo aquí en el castillo? Tenía espacio de sobra en la mía.

—Lo cual es un problema. Las camas son demasiado grandes.

—Mi cama solo es demasiado grande cuando tú no estás en ella. Lógico.

Nika apenas podía creer lo que oía.

—¡Oye! ¡Cuidado, Eructos! Estás entrando en mis dominios. Eres demasiado idiota para eso. Después de todo, no hay nada más sin

humor que la lógica.

—Muy gracioso, Nika —sonrió como un idiota.

Ella lo intentó de otra manera:

—Eructos..., hemos pasado muchas noches juntos sin compartir dormitorio. Y ha estado bien.

—¿Bien? Fue fantástico. Por eso no entiendo que armes tanto jaleo.

—¿Te debo una explicación? En el pasado, solo me acercaba a los hombres para matarlos. Nunca lo oculté.

Eructos suspiró:

—¿Por qué siempre me atraen las mujeres complicadas?

—Porque tu naturaleza sencilla necesita un contrapeso.

Sonrió, aparentemente sin querer.

—Debe de ser eso.

Se sentaron uno junto al otro en silencio. Él se volvió hacia ella y le puso las manos grandes sobre los hombros. Si estiraba los pulgares, casi se tocaban.

—Nika, ¿cuáles son tus planes?

Llevaba días dándole vueltas a esa pregunta. Los pensamientos, las ideas, las sugerencias habían ido y venido como la luz de la luna. Pero ahora, de repente, sabía la respuesta. ¿Por qué Eructos solo se lo había preguntado ahora?

—Voy a viajar al sur, Eructos.

—¿Qué?, ¿hacia la guerra?

Ella puso sus manos sobre las de él.

—No importa en qué dirección viajemos. La guerra está en todas partes. ¿Y no querías navegar también hacia el sur, hacia Akkadesh?

—Eso es otra cosa.

—¿En serio?, ¿los hombres tienen un sur diferente?

El soradiano negó con la cabeza.

—La diferencia es que no viajaré al sur solo, sino en un barco con mis hombres —reflexionó un momento—. ¿Qué pasará con Sagitta y los bangesi? ¿Los llevarás contigo al menos?

—Pueden decidir por sí mismos lo que quieren hacer. Pueden venir conmigo, pueden quedarse aquí, pueden tomar un barco y navegar de vuelta a su isla. Yo les preguntaré.

—Sagitta querrá acompañarte.

Nika frunció el ceño.

—Hablaré con ella.

—¿Qué...?

Eructos fue interrumpido por un joven fornido que irrumpió en el comedor. El recién llegado tenía un notable talento para entrar siempre en el momento menos oportuno. Su vestimenta de seda verde oscuro con la insignia de un círculo negro y otro blanco, cuya intersección era de un tono gris, delataba que pertenecía a la casa de Marein. Exclamó:

—Eructos, Nika, por favor, les pido que participen en el gran consejo. El tema de debate se refiere a las medidas que deben tomarse para evitar una guerra civil.

Este era el siguiente en la línea del trono que Nika conocía tan bien..., siempre excitable.

—Karek, ¿cómo puede contribuir... un exalmirante del archienemigo de tu reino? —Eructos apartó las manos de los hombros de Nika.

Nika también rechazó al muchacho.

—Esta no es mi guerra.

—Hay batallas que son inevitables. Sospecho que a Schohtar solo se le puede derrotar militarmente. —Eructos golpeó la mesa con el puño —. Debemos volver a Akkadesh. Las señales de Soradar me hacen temer lo peor. Para hacerme una mejor idea de la situación, necesito

más información.

—¡El consejo tiene información! —suplicó el príncipe.

—Y entonces, cuando tengas una idea más clara de toda esta mierda, Eructos, ¿te sentirás mejor? —preguntó Nika, tratando de incitarle.

—Dependiendo de lo que decida hacer, sí. —Eructos se negó a enfadarse. ¿Por qué ella nunca podía provocarle?

Karek se impacientaba cada vez más.

—¡Bien! O, mejor dicho, no está bien. Iré al Gran Consejo por mi cuenta.

Eructos se puso lentamente en pie.

—Iré contigo… y solo esta vez, Karek. Como un favor para ti.

—Yo no iré. No hay nada que desprecie más que toda esa palabrería autocomplaciente. Hablaré con Sagitta y los otros bangesi. —Nika decidió no desayunar y siguió su camino.

El consejo

Todos los demás miembros del consejo estaban ya reunidos cuando Eructos y Karek entraron en la sala donde el príncipe y la mano del maestro de espadas se habían reunido el día anterior.

Tedore estaba sentado a la cabecera de la mesa. El asiento de al lado estaba libre para el heredero al trono, y Karek ocupó su lugar. Eructos se sentó justo enfrente de Tedore. Entre ellos, a un lado, estaban el gran chambelán Bathek Moll y el maestro de armas Madrich mientras que, al otro lado, estaba el duque Ransorg Gobarin, hombre fuerte del norte de Toladar y leal amigo de la familia Marein, con una mirada muy decidida. Había llegado la noche anterior con la mitad de su corte. A su lado, se sentaba un joven que seguía los acontecimientos con gran interés.

Casi toda la mesa estaba cubierta por un enorme mapa de Krosann. De inmediato, Karek reconoció los cuatro reinos: Alandar, al norte; Winslorien, al oeste; Toladar, al este; y Soradar, al sur.

Karek hizo una mueca. Precisamente su tierra natal se encontraba en serias dificultades, claramente dividida en dos. El duque Schohtar había reclamado para sí el sur de Toladar y se había coronado rey mientras que Tedore Marein ya solo controlaba el norte. Schohtar estaba haciendo todo lo posible por hacerse con el control de todo Toladar y eliminar a la familia Marein. Incluso estaba dispuesto a iniciar una guerra civil en el intento. El rey Tedore levantó la mano.

—Ahora estamos todos presentes. Sean bienvenidos. —Con expresión seria, miró a los ojos a todos y cada uno de los miembros antes de continuar—: He convocado este consejo con la intención de recoger sugerencias sobre cómo debemos reaccionar ante la inminente guerra con el sur. Doy la bienvenida especialmente a mi amigo, el duque Ransorg Gobarin, que ha controlado Invernalia durante muchos años en nombre de nuestro reino. Ransorg..., veo una cara nueva. ¿A quién has traído contigo?

El duque se levantó. Un hombre pequeño y corpulento, de aproximadamente la misma edad que Tedore, con un rostro siempre apacible, incluso cuando estaba enfadado. Su joven acompañante también se puso en pie.

—Este es mi consejero político, el maestre del ejército Tadeus Reibanin. A pesar de su tierna edad, ya ha hecho gala de su asombrosa inteligencia estratégica al haber sofocado el año pasado la rebelión de los habitantes de la frontera al norte de Puente Invernal.

Reibanin hizo una reverencia.

—Es un honor para mí asistir a la reunión del consejo de hoy.

Karek lo miró más de cerca. El maestro del ejército llevaba el pelo liso desfilado, su rostro estaba dominado por una larga nariz y su vestimenta no era recargada ni estaba adornada con baratijas, un aspecto que contó con la silenciosa aprobación de Karek.

Conozco a este hombre de algún sitio. ¿Estuvo en algún momento en el castillo de Cragwater? Es excesivamente joven para ser consejero político, pero sin duda es precisamente lo que necesitamos ahora. Sangre fresca con nuevas ideas.

Este último pensamiento se vio reforzado cuando miró a las otras caras de la mesa. Los ojos de Madrich ya estaban decaídos: la política no era una de sus actividades favoritas. Para él, lo único que cuenta es la máxima de que el poder es el derecho. Y el poder solo pertenecía a aquellos que sabían manejar hábilmente un arma. Su vecino, el gran chambelán Bathek Moll, pertenecía a la tradición de los consejeros cercanos al padre del príncipe. O tal vez a la tradición de la simple costumbre, pues rara vez ha dado consejos útiles en los últimos años.

Los ojos del príncipe se desviaron hacia la siguiente persona. Parecía que el duque Ransorg Gobarin era uno de los mejores amigos de la familia Marein desde siempre. Desde que Karek tenía memoria, el duque había estado al lado del rey, leal y fiable. Hoy, Ransorg también irradiaba confianza: era bueno saber que Puente Invernal estaba bajo su control. El maestre Reibanin permaneció de pie cuando Ransorg volvió a sentarse. Señaló provocativamente a Eructos y

preguntó con suspicacia:

—¿Y quién es este?

Notable confianza en sí mismo para un hombre de su corta edad. La primera vez en una reunión del consejo y enseguida va al grano.

Karek estaba a punto de hablar cuando una mirada de Eructos le indicó que guardara silencio. Lentamente, el soradiano se puso en pie.

—A juzgar por tu tono insolente, sabes perfectamente quién soy. Entonces, ¿por qué pierdes el precioso tiempo de esta reunión del consejo con esa pregunta?

Qué buen comienzo de debate. Aún no se han abordado los problemas y ya se puede cortar el aire con un cuchillo. Aun así, Eructos no puede permitir que le traten así.

La cara del maestro del ejército adquirió un color rojo. Lo que le hizo parecer aún más joven. Respondió lenta y deliberadamente:

—Eres Bolkan Katerron. Un almirante de Soradar, el reino más meridional de Krosann. Por lo tanto, eres un enemigo, aliado del duque Schohtar y dispuesto a destruirnos. Lo que significa que mi pregunta está justificada...: ¿qué estás haciendo aquí? No tienes cabida en esta reunión confidencial.

Eructos se echó hacia atrás de forma relajada.

—Ah, pero esa no fue la pregunta que hiciste, maestro del ejército.

¡Touché!

Karek se olvidó de respirar.

—Silencio ahora —Tedore alzó la voz—. El almirante Bolkan Katerron asiste a esta reunión a petición del príncipe. ¡Esta es una razón suficiente para su presencia aquí!

El maestro de la armada Reibanin se sentó. Se abstuvo de resoplar o de mostrar algún gesto despectivo. Esto no satisfizo a Karek. Habló en voz alta y clara:

—Me resultas familiar, jefe del ejército. ¿Has visitado alguna vez el

castillo de Cragwater?

—No, príncipe. Es la primera vez que se me concede este honor.

Karek asintió amistosamente.

—Unas palabras sobre el almirante, maestro del ejército. No es la primera vez que Bolkan Katerron viene a esta corte, y nos ha prestado un servicio inestimable en el pasado reciente. Puedo responder por él. —Karek observó al capitán con indisimulada curiosidad—. Dice mucho de ti que te hayan concedido permiso para asistir a un consejo real en tu primera visita al castillo. Es asombroso. Estoy encantado de conocerte.

Tedore frunció el ceño. Sabía muy bien que Karek había puesto al capitán en su lugar, aunque de una manera muy educada. Al igual que el duque Ransorg, quien habló con autoridad:

—Y puedo responder por Reibanin. Aprenderá a valorarlo, Alteza Real.

Puede ser, porque el maestro del ejército está dando una buena impresión. Aun así, cada uno debe saber cuál es su lugar.

Tedore continuó, suavizando las aguas:

—Confío en el juicio de mi hijo. Bolkan puede ser soradiano, pero en su patria lo desprecian por traidor, y nos ha ayudado. También valoro tu juicio, Ransorg. Tu confidente es mi confidente.

Ransorg parecía haberse aplacado. Reibanin frunció el ceño; presumiblemente, aún estaba considerando las palabras de Karek.

—No queremos discutir entre nosotros, sino discutir los medios para contrarrestar los planes de guerra de Schohtar y sofocar esta rebelión improcedente —añadió Tedore, retomando el hilo de su argumento—. Ransorg, ¿cómo está la situación en el norte?

El duque volvió a ponerse en pie.

—Como ya les he hecho saber a través de una misiva entregada por mensajero a caballo, Alandar, el reino septentrional de Krosann, tiene un nuevo gobernante. El antiguo rey sucumbió a una fiebre, y ahora

Meinard Barason ha ocupado su lugar. Los alandarianos nunca fueron belicosos por naturaleza y hasta ahora siempre ha reinado la paz en nuestra frontera norte, pero no podemos estar seguros de cómo se comportará el rey Barason en el próximo conflicto.

—¿Le has invitado, como prometiste, en mi nombre a la corte real del castillo de Cragwater?

—Por supuesto, Majestad —Ransorg asintió—. Sin embargo, parece que el nuevo gobernante de Alandar es demasiado orgulloso para asistir a su corte. Me ha dicho que le pida a usted que asista a su corte.

Esta afirmación despertó el espíritu combativo de lord chambelán Moll.

—Qué insolencia, Su Majestad, si no le importa que lo diga.

Sí, Moll. Es, de hecho, insolencia. Como todo el mundo sabe. ¿Cómo nos lleva su comentario más lejos, sin embargo?

El viejo general se desplomó en su asiento, presumiblemente habiendo decidido no decir nada más. Hasta la próxima insolencia.

—¿Quién se cree que es? Soy el rey de Toladar. —Tedore estaba furioso.

El pensamiento —invitado y no deseado— que golpeó inmediatamente a Karek le dolió mucho. *Sí, padre, eres el rey, pero recuérdaselo a los demás comportándote como tal en lugar de afirmar lo obvio.*

Madrich y Moll se limitaron a mirar en silencio, con los ojos saltones, como un par de carpas ornamentales en el estanque del castillo. Karek miró a Eructos. A juzgar por el surco sobre el puente de la nariz de su amigo, estaba claro que no le impresionaba en absoluto la competencia acumulada de los comensales.

El enemigo se llamaba Schohtar. Después de todo, había sido él quien se había apoderado ilegítimamente del sur de Toladar y se había proclamado rey. Un recuerdo de la sala de música de Star Fastness apareció de repente en la mente de Karek. La diosa myrneana lo había

metamorfoseado en el espíritu y el cuerpo de una rata, como quiera que lo hubiera conseguido. En cualquier caso, este truco le había permitido escuchar a escondidas una conversación entre Schohtar y el mensajero. ¿Cómo es que de repente lo recordaba ahora? Una intuición mordisqueaba suavemente su subconsciente, tratando de ayudarle a darse cuenta de algo, pero algo más le distraía. Nunca olvidaría las palabras de Schohtar en la sala de música: «Tedore se está armando contra el sur, qué imbécil. Déjenlo».

Eso sonaba, al menos, como si los otros puntos de la brújula merecieran algo de atención. Karek reflexionó sobre la mejor manera de expresar esta información a la reunión. Inmediatamente le preguntarían cómo había llegado a la conclusión de que el peligro se acercaba por lugares distintos del sur.

¿Y entonces? Tendría que decir: Es muy simple, en realidad. Me escabullí —transformado en rata— por debajo de una escalera de madera de Star Fastness y me metí en un agujero, donde pude escuchar a Schohtar, que mantenía una conversación secreta con un misterioso mensajero.

Karek se frotó la frente. Las carcajadas resonaban hasta el puerto. De repente, deseó estar muy lejos. Sentía como si las complicaciones, los obstáculos y los problemas le asaltaran simultáneamente y desde todas partes. Estaba envejeciendo demasiado rápido. Añoraba la ligereza y la trivialidad infantil que a menudo envolvían a sus amigos, Blinn, Impy, Brawl y Eduk, como una nube de inconsecuencia. La ayuda llegó de un lugar inesperado.

—Desde Soradar se insinúa que el peligro no viene solo del sur. ¿De dónde? Preguntarás. Bueno, el mar al este y Alandar al norte son los otros candidatos a amenazas invasoras —dijo Eructos.

Karek le había confiado a Eructos su transformación en rata y le había contado con detalle todo lo que había oído. Su amigo había creído todo lo que le había contado, pero ¿por qué no iba a hacerlo? El soradiano había estado a su lado durante el encuentro con la diosa myrneana en las montañas. Karek le lanzó una mirada de agradecimiento.

—Es vital que podamos confiar en las intenciones pacíficas de Alandar. De hecho, sería mejor que nos ganáramos el apoyo activo del nuevo rey.

—¡Entonces debe venir a nosotros! —exclamó el gran chambelán Moll como reacción. El hombre era un valiente defensor de la etiqueta cortesana, por anticuada e inapropiada que fuera.

—El rey Meinard Barason sin duda debe ver que mi presencia continuada aquí en Cragwater es esencial. —Tedore miró pensativo de un miembro del consejo a otro—. Además, no podemos permitirnos establecer más frentes. ¿Alguien tiene alguna sugerencia sobre cómo deberíamos tratar con el nuevo rey de Alandar?

Ransorg se puso en pie.

—Podría visitar la corte del rey Barason y negociar en su nombre.

—Eso no le satisfará. Una primera visita oficial exige que un rey reciba al otro. —Eructos no tenía ninguna duda al respecto.

A pesar de su desagrado por el soradiano, el jefe del ejército Reibanin asintió con la cabeza. El príncipe dijo:

—Mi sugerencia es la siguiente: enviamos al hijo del rey, el heredero al trono de Toladar. Sin duda, eso debería satisfacer al nuevo rey Barason como una alternativa perfectamente razonable, dada la tensa situación política. Tal vez acepte una reunión en Invernalia. Después de todo, se encuentra directamente en la frontera entre su reino y el nuestro y significaría un viaje considerablemente más corto para él que para mí.

Tedore consideró la propuesta en voz alta.

—¿Cuánto tardará Schohtar en reunir su ejército y moverse contra nosotros?

Lord chambelán Moll hizo ahora su primera contribución constructiva a la discusión, aunque tardía:

—Seis semanas como mínimo... Probablemente más, considerando las tropas que tiene que reunir, y dónde tiene que posicionarlas. Y

después, tardará al menos catorce días en llegar a nuestro castillo. Por lo tanto, yo diría que dos meses.

—Pero podría ser más rápido.

—Sí, Madrich. Pero no con las grandes armas de asedio, como las catapultas.

—¿No podrían construir las catapultas cuando estén aquí?

Tal vez Karek había sido mentalmente demasiado duro con Moll, pues el hombre ciertamente conocía bien las estrategias militares tradicionales.

—Eso no supondría ninguna ventaja significativa. Es cierto que se podrían terminar arietes delante de nuestras puertas, pero construir buenas catapultas lleva un tiempo considerable. No..., Schohtar las construirá de antemano y las traerá aquí con él.

Tedore había oído suficiente.

—Envía un mensajero de inmediato al nuevo rey de Alandar con la sugerencia de que se organice una reunión en el castillo de Invernalia con poca antelación. Quiero que se solucione el frente norte. Mi hijo, Karek, asumirá la responsabilidad de la reunión.

Fue el maestre del ejército Reibanin, de entre todos, quien se reveló como el escéptico.

—Lo siento, su Majestad. Pero ¿no es el príncipe Karek un poco joven para encargarle semejante tarea? —dirigió una mirada protectora al príncipe, como una madre a la orilla del mar que le dice a su hijo que no nade demasiado lejos.

—Mi hijo ha experimentado más en los últimos meses que el resto de nosotros en toda nuestra vida. Es precisamente la persona adecuada para presentar sus respetos, y con ello los míos, al nuevo rey del reino del norte. Karek se asegurará de que esté de nuestro lado.

Tedore ya había tomado esa decisión. La reunión continuó durante el resto del día. Lord chambelán Moll presentó algunas estadísticas.

—Majestad, tenemos 4000 soldados a nuestra disposición, el

ejército de Schohtar asciende a un máximo de 5000 hombres. En conjunto, una proporción tranquilizadora, dado que esperaremos al enemigo desde detrás de murallas bien fortificadas y deberíamos poder hacerles frente.

Schohtar nunca será tan idiota como para utilizar a todos sus soldados en una sola embestida contra el castillo.

—Debemos reforzar las murallas de Cragwater. Serán las primeras murallas defensivas estratégicamente relevantes contra el ejército atacante —explicó con conocimiento de causa lord chambelán Moll.

Al príncipe le preocupaba otra cuestión. Se armó de valor y dijo:

—Sabemos que hay bandas de mercenarios despiadados que asesinan y saquean al norte del Karpane. ¿Por qué lo hacen?

El joven maestro del ejército respondió con una buena dosis de superioridad, como correspondía a un joven triunfador, que conocía las respuestas incluso a una pregunta tan simple como la planteada.

—Trabajan bajo las instrucciones de Schohtar. Quieren obligarnos a negociar, quieren tentarnos para que salgamos de la seguridad de las murallas.

Karek asintió lentamente. Eso era precisamente lo que quería oír.

—¿No deberíamos hacer algo? La gente se pregunta por qué no les protegemos en lugar de escondernos tras los mencionados muros.

Reibanin asintió con aprobación: en este asunto compartían la misma opinión. Las cejas de Tedore se acercaron hasta casi tocarse.

—Sí, debemos hacer algo. Pero primero hay que asegurar el frente norte lo antes posible. Después, nos ocuparemos de la población del sur.

Se decidió que Karek partiría dentro de cinco días. El duque Ransorg y su séquito decidieron regresar a casa a la mañana siguiente. Mientras tanto, debían hacerse todos los preparativos para el encuentro con el nuevo rey del reino del norte.

Eructos solo intervino una vez más en las discusiones que siguieron. Dejó claro que no estaba del todo al corriente del papel que estaba desempeñando Pares Drullom, el rey de Soradar, ya que estaba recibiendo información contradictoria de su tierra natal. Esta era otra de las razones por las que quería volver a navegar con sus hombres hasta Akkadesh, la capital de Soradar.

El consejo no concluyó hasta la noche. El príncipe estaba satisfecho con los acontecimientos y con su misión de visitar al nuevo rey Barason de Alandar. No cabía duda de que aprovecharía su viaje a Invernalia para otro propósito aparte de su objetivo político de reunirse con el nuevo soberano: encontrar la fuente del Invierno.

Karek estaba seguro de que su destino estaba ligado de algún modo al de los antiguos myrneanos. Sus experiencias anteriores con los artefactos encantados, como el reloj de arena, el cinturón y, por último, pero no por ello menos importante, la espada de Brawl, Banfor, difícilmente podían ser una coincidencia. Y, por supuesto, su encuentro con la diosa myrneana Arelia le había dejado una profunda huella, especialmente la revelación de que, gracias a su madre, Ulreike, llevaba sangre myrneana en su interior. De ahí que se tomara en serio la afirmación de Arelia de que otro artefacto le sería de gran utilidad para alcanzar sus objetivos. Sus amigos seguramente le acompañarían, y con suerte la mano del maestro de espadas encontraría algo especial en la fuente del Invierno. Para empezar, una lanza no estaría nada mal.

La prueba

El sargento Karson seguía sentado en su celda de la torre. Había perdido la cuenta del número de ejecuciones que habían tenido lugar desde que el pobre diablo había sido decapitado en su lugar. Desde entonces, la horca había sido el principal instrumento elegido. Schohtar parecía preferir colgar a los seguidores norteños del rey Tedore. Solo tres días antes, un supuesto traidor había sido colgado y dejado colgado desde entonces. No hacía falta mucho para que se dictaran tales sentencias: unas cantarinas palabras como «el rey Schohtar es un imbécil» en la compañía equivocada bastaba para ganar el premio de mirar al pueblo desde lo alto.

Karson frunció la nariz, pues el viento era desfavorable. El cadáver del traidor oscilante desprendía un hedor a putrefacción enmohecida. ¿Cuándo lo bajarían? Karson se acercó a la ventana, se puso de puntillas e inclinó el cuello. Tuvo la sensación de que su cabeza y sus pies se habían adaptado mejor a esta posición alargada. De hecho, ahora era un buen mirón por la ventana.

Un cuervo estaba cortando la cara del muerto. Los ojos hacía tiempo que habían desaparecido; ahora el pájaro picoteaba la boca y parecía disfrutar con lo que quedaba de los labios del cadáver.

Karson se preguntó si merecía la pena sentir náuseas; después de todo, no tenía nada mejor que hacer. Sin embargo, antes de tomar una decisión al respecto, el cuervo estalló en pedazos y sus plumas flotaron suavemente sobre la plataforma. La cabeza del ahorcado también se astilló y el cráneo se salió de la soga. El crujido del cadáver al chocar con los maderos resonó durante un buen rato.

—¡Qué puntería! Sabía que le daría a ese cuervo —dijo una voz llena de orgullo.

Dos soldados, uno de ellos con una ballesta, aparecieron.

—Sí, le has dado con la flecha. Pero no solo al cuervo, mira qué desastre.

Llamaron a dos de sus compañeros y el cuarteto se llevó el cadáver del traidor. Al menos, eso purificaría un poco más el aire.

Karson seguía sin comprender su propia situación, aunque había pasado mucho tiempo desde su muerte. De hecho, casi tenía la sensación de haber perdido la cabeza. Instintivamente, la giró y se palpó el cuello: todo seguía en su sitio. Su fingida ejecución, el trato especial que recibía aquí en la torre, su futuro incierto... todas estas cosas formaban un rompecabezas. Los carceleros que le llevaban la comida y vaciaban el orinal una vez a la semana nunca le dirigieron la palabra. Al principio, había hecho preguntas y había suplicado respuestas, había gritado y llorado, pero desde hacía mucho tiempo permanecía en silencio cada vez que se abría la puerta una vez al día. Al menos, seguía sabiendo cuándo era de día y cuándo de noche. Podía ver el sol y escuchar a los pájaros. Los prisioneros de las mazmorras enmohecidas estaban mucho peor. ¿Qué ocurría aquí?

Levantó la cabeza: se acercaban pasos pesados. La puerta de la celda se abrió, cinco soldados irrumpieron y lo agarraron.

—¿Cuál es la prisa? —preguntó.

—¡Cállate! —fue la cortante respuesta.

Le empujaron a través de interminables pasadizos hacia una parte del castillo que le resultaba desconocida. Era agradable poder estirar las piernas. El paseo terminó ante una puerta que no había visto antes. Los cinco soldados que lo habían traído aquí desde el torreón se deshicieron de él. El relieve de una clave musical decoraba la entrada de madera, que —por su impresionante tamaño— seguramente tenía que conducir a una gran cámara. Los guardias le ordenaron que abriera la puerta. Entró y se detuvo asombrado. Una majestuosa fanfarria llenó el aire, seguida de los tonos polifónicos de una espineta. Una sala de música adornada con armonía: Karson había esperado precisamente lo contrario. La música, los sonidos, la acústica le habrían encantado en circunstancias normales, pero sus agitadas emociones le impidieron tal reacción.

Cuatro guardias se colocaron a izquierda y derecha a lo largo de las

paredes; aparte de ellos, no había nadie más en la sala que el creador de los sonidos orquestales. El rey Schohtar estaba sentado en un taburete bajo frente a la espineta, con los dedos bailando sobre las teclas. Se detuvo bruscamente en medio de una melodía a dos voces. La interrupción hirió físicamente los oídos de Karson.

—Ah, el sargento Karson ha resucitado, por lo que veo.

El resucitado no dijo nada. Simple y llanamente porque no se le ocurría cómo responder. Schohtar reanudó la melodía precisamente desde donde la había interrumpido, la pieza terminó en un delicado. El músico mantuvo los ojos cerrados hasta que el delicado arpegio final se desvaneció. Schohtar levantó entonces los párpados.

—No seas tímido. Acércate. Seguro que tienes preguntas para mí.

Karson hizo lo más estúpido que podía hacer: sacudió la cabeza.

—Me decepcionas. Un hombre de tu inteligencia seguramente debe tener al menos una pregunta para mí. Una pregunta sencilla que siempre aparece en momentos de necesidad humana. Una pregunta que suena tan torpe, tan banal, y que sin embargo contiene, cuando uno la mira más de cerca, más filosofía y tragedia que el espíritu de mil poetas juntos. ¿De qué pregunta estoy hablando?

—¿De qué se trata todo esto? —soltó Karson.

El rostro desencajado de Schohtar se iluminó.

—Precisamente. Sabía que no te había subestimado.

Karson decidió no adular, no parecer devoto, no suplicar. Schohtar quería preguntas; pues bien, las tendría.

—¿Y cuál es la respuesta?

—No seas tan ansioso. No soy tan listo —respondió Schohtar con coquetería—. ¿Te han tratado bien?

—Dada la naturaleza de mi crimen, puedo decir con seguridad: absolutamente.

Schohtar asintió satisfecho.

—Había ordenado que te cuidaran bien. El torreón es mucho más cómodo que las mazmorras bajo mi castillo. Y la comida es mucho mejor, según me han dicho.

—¡Gracias! Y no olvidemos la vista del patio de armas. Hay días en que es inolvidable.

Schohtar se encogió de hombros.

—Incluso había pensado en hacerte llegar un escabel, para que pudieras ponerte un poco más cómodo junto a la ventana…, pero luego pensé que sería excesivamente caritativo.

—¿Quién era el pobre desgraciado que habías ejecutado en mi lugar?

—Un imbécil de Tanderheim que tuvo la desgracia de parecerse algo a ti. No tenía ni idea de sus asuntos ni de su vida.

Karson recordó al lunático del patíbulo y decidió no esconderse tras la diplomacia.

—Muy considerado por tu parte: primero el objetivo y luego la moral.

Schohtar se inclinó hacia delante y se echó a reír.

—¡Mo-mo-mo-mo-ral! Esa sí que es buena. Ya tengo un bufón de la corte a mi servicio —el rey volvió a recostarse—. Ah, sí…, moral. Una joya preciosa. La única posesión que uno puede vender con la conciencia tranquila sin ni siquiera haberla poseído —volvió a reírse y, como para subrayar su afirmación, se enjugó unas lágrimas que ni siquiera estaban allí—. La moral es limitada e inhibida, como la de mi viejo amigo Tedore.

A esto siguió una pausa. Karson se puso rígido al recordar la pregunta que contenía más filosofía y tragedia que ninguna otra:

—¿De qué va todo esto?

—La respuesta es sencilla. Todavía me eres útil.

El prisionero apenas podía creer lo que oía. ¿Qué podía querer de él aquel déspota? De hecho, ¿por qué seguía vivo? La voz de Karson sonó

claramente rasposa al pronunciar las dos sílabas siguientes:

—¿Ú-til?

Schohtar se levantó del taburete y se sentó en una de las dos mecedoras que había junto a una gran arpa.

—Esto es más cómodo —señaló la silla compañera—. Toma asiento.

Se meció majestuosamente, hacia delante y hacia atrás.

—¿Dónde nos quedamos? Ah, sí..., ¿por qué sigo necesitando al bueno del sargento Karson...? —Schohtar suspiró y jugó con una de sus coletas grises—. Te pido disculpas. Siempre que hago música, me pongo sentimental. Y cuando estoy sentimental, debo hacer música. No es fácil, ya me entiendes.

Karson no quería hacer música con él, no dijo ni una palabra. Schohtar miró más allá de él y hacia el pasado.

—Me pareció extraño que volvieras con las manos vacías de tu odisea... —se interrumpió—. Extraño... extraño... ¡ja, ja! Me disculpo una vez más —gruñó y tomó aire—. No es habitual que un rey pida perdón a uno de sus vasallos dos veces seguidas. Pero ya sabes, Schohtar, a veces simplemente tiene que ser así —dijo, regañándose a sí mismo.

Karson no dijo ni una palabra.

—En fin, te trajeron aquí tras tu llegada en mi galeón, la Voluntad de Schohtar —chasqueó los dedos—. Me gusta ese nombre. Pero sigue escuchando. Pedí a varios soldados y marineros que me explicaran exactamente lo que había ocurrido. El desvío al puerto de Cragwater, así como el intento fallido de secuestrar al príncipe, me interesaron especialmente.

Así que de eso se trataba. Schohtar quería humillarlo personalmente antes de deshacerse de él. Karson se inclinó ansiosamente hacia delante en la mecedora.

—Habías perdido la cabeza. Te reías continuamente y divagabas sobre ballenas y polluelos mientras los mocos te salían por la nariz y

la saliva te chorreaba por la boca. No te preocupes, esto último no me ofendió.

Con un gran pañuelo y un gesto aún más extravagante, el rey se frotó los labios siempre húmedos e hinchados y se limpió un recalcitrante hilo de saliva. Karson se echó hacia atrás. Su silla se balanceó suavemente un poco, hacia delante y hacia atrás. Schohtar continuó:

—Entonces hice que te llevaran, más muerto que vivo, al torreón, y al cabo de unos días me informaron de que tu estado había mejorado. No quería perdérmelo, así que te hice una visita.

Ahora Karson recordaba. Hasta ahora había pensado que había sido un sueño delirante causado por su estado en aquel momento. Estaba tumbado en la cama de la prisión cuando de repente vio un rostro destruido que le miraba fijamente.

—Y entonces, Karson, te miré a los ojos y supe que te recuperarías.

Ahora Karson miró a los ojos brillantes de Schohtar. Su pregunta seguía sin respuesta. Por eso seguía sin decir una palabra.

—Sabes escuchar, Karson. Eso me gusta. Mondek ya me habría interrumpido tres veces con sus tonterías acarameladas.

De nuevo, fijó sus ojos en el rey y respondió con un deje de desdén en la voz:

—El gran conde Mondek. ¿Por qué no lo mandaste a cazar a Karek Marein aquella vez?

Schohtar se rio.

—¿Por qué no, cierto? El buen Mondek. Siempre lleva a cabo sus tareas de la manera que más me satisface.

Karson gruñó.

—¿A qué tareas te refieres? ¿Anunciar ejecuciones? Ciertamente tiene el don de la palabra. ¿Vaciar orinales? Posee dos brazos, así que funcionaría. ¿Cometer atrocidades bajo la protección de sus soldados? ¿Por qué no? Es conocido por su inigualable falta de escrúpulos.

—Ya, ya. Cuando te oigo hablar así, casi me hace pensar que no te gusta el tipo. También he encomendado a Mondek tareas exigentes —la voz de Schohtar tenía ahora un matiz hosco.

—¿Ah, sí? ¿Por ejemplo?

—Lo hizo maravillosamente bien al tratar con la San Sacerdotisa Tatarie.

Karson no podía creer lo que oía.

—Conozco los antecedentes. Tú querías ese artefacto, el reloj de arena, y Tatarie tenía información sobre él que no quería compartir. Mondek iba a utilizar a Tedore para condenarla a muerte, para que pudieras apoderarte de sus posesiones y de cualquier información que tuviera.

—Y en esto tuvo éxito.

—¡Tonterías! Esa no es la impresión que tuve. Al contrario, el rey Tedore hizo salvar a la San Sacerdotisa antes de convertirla en invitada de honor durante meses.

Schohtar apretó un poco los pies, haciendo que su silla comenzara a balancearse de nuevo.

—Exactamente. ¿Por qué crees que envié a Mondek con Tatarie a Cragwater? Solo Mondek podía ser tan engreído y poco diplomático para que a Tedore no le quedara más remedio que compadecerse de la San-Sacerdotisa —extendió los brazos—. Realmente, mi ventaja parece muy simple en principio —se balanceó hacia delante y se detuvo en seco desplazando su peso hacia delante—. Yo entiendo a Tedore, pero Tedore no me entiende a mí.

Karson no dijo ni una palabra. Schohtar volvió a limpiarse la boca. Se chasqueó los labios, su petulancia alcanzaba el pináculo de lo insoportable.

—¿Quién crees que era la mejor espía del castillo real hasta hace unas pocas semanas? ¿Quién crees que estuvo a punto de envenenar al rey Tedore y cayó bajo sospecha en el último momento?

Los ojos de Karson se abrieron considerablemente.

—Ahora lo ves: Mondek era el candidato perfecto para semejante tarea.

—¿Intentas decirme que tú planeaste todo esto? —de hecho, Karson ya le creía, pero algo en su interior se resistía, no quería creer que fuera así.

—Bueno, no todos los detalles. La realidad exige una improvisación constante. Pero, en el caso de Tatarie, ocurrió como esperaba. A la hora de la verdad, sé que Tedore tiene las pelotas hechas de algodón. Su carácter afable combinado con la pedazo de mierda ávida de oro que es Tatarie crearon una oportunidad única para establecer a alguien de forma permanente en el castillo de Cragwater.

Durante un rato las dos sillas se balancearon en silencio. A Karson le pareció que buscaba instintivamente la sincronía del movimiento. Entonces Schohtar volvió a hablar.

—Eres inteligente. Solo te faltaba un poco de… ¿cómo decirlo…? suerte. La idea de navegar con mi galeón hasta el puerto de Cragwater para interceptar al príncipe no estuvo mal. Mostró una buena cantidad de ingenio y descaro. Una circunstancia agravante fue el hecho de que tu hija se uniera al enemigo, pero ni siquiera eso te distrajo. Algo que encontré muy impresionante.

«Algo por lo que me he maldecido mil veces», pensó Karson.

Schohtar se llevó la mano a la boca.

—¡Uy! —hizo una pausa—. Sabes, amigo mío, no me gusta deshacerme en elogios. Pero conozco a muy pocos hombres de tu clase. Y en el pasado, tuviste un apasionado defensor, al que valoro mucho —sus ojos brillaron—. Muchísimo —dijo, corrigiéndose.

—¿Defensor?

—Sí. Tu viejo amigo, Rogat. Una vez, en un banquete en el viejo castillo de Cragwater, anunció que eras uno de los estrategas militares más astutos de todo el reino. Comparable al soradiano, Bolkan Katerron. Y la opinión de Rogat tiene peso en lo que a mí respecta.

Tragar duele. Primero Milafine y luego esto. Cada vez que oía el nombre de Rogat, el odio a sí mismo subía otro peldaño. Schohtar continuó sin piedad:

—La palabra de Rogat tiene peso. Ergo, decidí mantenerte con vida… temporalmente. Perdóname por mi terrible tendencia a pensar primero en mí.

—Aun así, a pesar de todos mis méritos, fui sentenciado a muerte. ¿O he estado oyendo y viendo las cosas mal?

—El sargento Karson fue ejecutado. Era un buen soldado y le hicimos mal. Pero el almirante Karson sigue vivo.

Se quedó mirando fijamente a este asqueroso, cínico, desagradable y mecido gobernante.

—¿El almirante Karson?

—Precisamente. Te concedo la resurrección y te asciendo a almirante.

Karson no sabía lo que le estaba pasando. No quería servir a este déspota. No quería ser ni un secuaz ni un títere. Su repulsión ante el cinismo de Schohtar, su imposición y el propio Schohtar le estaba haciendo sudar.

—¿Cómo vas a explicárselo a la gente?

—Ese es mi problema, Karson. Lo primero que necesito de ti es que tengas éxito. Tengo una tarea para ti que incluso Mondek sería capaz de dominar.

¿Qué estaba pasando aquí? Karson tragó saliva a pesar de tener la garganta seca. Juntó más saliva y volvió a intentarlo. Entonces el rey continuó, con voz grave:

—Primero debes responder a una pregunta, más para ti que para mí.

Karson miró a Schohtar, con las cejas alzadas.

—La pregunta esta vez es ¿lo quieres? —Si el rey aún tuviera cejas, ya las habría bajado para subrayar la mirada penetrante de sus ojos

brillantes—. Puedes darme tu respuesta mañana. El asunto es sencillo. Todavía no confío en ti plenamente. No puedo depender absolutamente de ti. Por lo tanto, piénsalo bien antes de tomar una decisión. Solo hay dos respuestas. O me eres leal y te sometes incondicionalmente a mis exigencias —sin tener que apagar tu cerebro, te lo prometo— o te empapas de esto.

Metió la mano en la chaqueta, sacó un pequeño frasco de cristal con un tapón y se lo entregó a Karson. En su interior chapoteaba un líquido opaco. Karson lo miró extrañado.

—Esto es veneno. Un veneno amistoso. Bébelo esta noche, vete a dormir con la conciencia tranquila y pronto todo habrá quedado atrás. Tu corazón simplemente dejará de latir en medio de un sueño de lo más hermoso; quizá el sueño dure toda la eternidad, ¿quién sabe?

Karson lo miró fijamente, otra vez sin habla, sin tono, sin sonido. Ni siquiera respiraba —oh, sí—, contenía la respiración.

—Deja de mirar como una trucha en un anzuelo. Es simple. O vives y sirves con gran honor o sucumbes suavemente a tu descanso eterno —añadió generosamente—: No tienes que decidir de inmediato. Llévate el frasco a tu alojamiento en la torre. Mañana seguirás vivo y me servirás sin reservas o habrás muerto por segunda vez, esta ocasión irremediablemente. Es tan fácil... y lo principal es que... ¡es tu elección!

Karson estaba tumbado de nuevo en su celda del torreón. Se sentía mareado. El alba se abría paso lentamente por la estrecha ventana. Ya se había hecho a la idea de que el hacha de Karni le cortaría la cabeza, y ahora se enfrentaba de nuevo a los restos de lo que había llamado su vida anterior. Miró la botellita que tenía en el suelo. ¿Cómo podía pensar seriamente en quitarse la vida? Schohtar quería ascenderle a almirante. No tenía motivos para dudar de las palabras del rey. Por lo tanto, su destino estaba en sus propias manos.

Gimió. No iba a escapar tan fácilmente. Había perdido la voluntad de seguir. Lo había perdido todo. Lo peor de todo: había perdido a su propia hija, y eso era lo que más le dolía.

—Milafine… —un murmullo torturado escapó de sus labios.

Había matado a su amigo Rogat con sus propias manos. La culpa le perseguiría mientras viviera. Exactamente, mientras él... De nuevo, sus ojos miraron el inocuo frasco, sin ninguna voluntad por su parte. Se rio roncamente, porque tenía sed. No había nada más que beber en su lamentable prisión. La batalla sin esperanza que le había dejado profundas cicatrices, que respondía al nombre de vida, la perdería todo el mundo tarde o temprano. ¿Qué pasaría si volvía a tener «mala suerte»?

No, quería dejarlo todo atrás. No podía soportar más a los Mondeks y a los Schohtars de este mundo. Quería acabar con el dolor, el miedo y la decepción. Karson cogió el frasco, lo destapó y vertió todo su contenido en su garganta de una sola vez. El veneno no sabía a nada, pero una sensación de calor le llenó el pecho. Se tumbó y esperó a que la muerte lo liberara suavemente. Se sentía mareado. Por un momento se preguntó si debía meterse rápidamente el dedo en la garganta y vomitar el veneno. No, no se arrepentiría: había encontrado la paz y quería morir. El veneno pareció surtir efecto, pues se quedó dormido.

Se despertó al amanecer. Se levantó sobresaltado, como si hubiera tenido una pesadilla. El frasco estaba al final de la cama. Rápidamente, lo levantó a la luz del sol de la mañana. Estaba vacío. Realmente se había bebido su contenido. Los rayos hacían brillar el frasco. El mal abismal le había jugado una mala pasada. El rey Schohtar, ese cerdo increíblemente astuto, había sospechado que consumiría el veneno en un esfuerzo por escapar.

Si hasta ahora Karson se había preguntado por qué seguía vivo, a partir de ahora su muerte era un hecho. Schohtar nunca toleraría esta clara señal de desafío. «Quien no está conmigo, está contra mí». Karni probablemente lo utilizaría para demostrar —una vez más— cuántas partes del cuerpo podía cortar a un hombre antes de causarle la muerte inevitable. El récord del verdugo hasta el momento era de casi doscientos.

Despierto y temeroso, Karson se reprendió a sí mismo. ¿Cómo había

podido beber un veneno que no lo era? ¿Por qué no se había dado cuenta antes de la situación? Pero bueno. Había suspendido la prueba. El verdadero veneno estaba en las palabras que habían salido de las fauces de Schohtar. Karson nunca huiría de un enemigo, pero esta vez había huido de sí mismo. Era su peor enemigo.

Karson estaba tumbado en su catre cuando se abrió la pesada puerta de la celda. Entraron tres soldados armados. Detrás de ellos apareció su viejo amigo, el duque Mondek. El buen hombre no se molestó en mirarle, sino que recorrió la celda con la mirada. Se agachó y cogió el frasco. No hizo ningún esfuerzo por disimular que ese era el único motivo de su visita. Mondek, de entre todas las personas, poseía ahora el vial, y el hombre abandonaba la habitación sin decir una palabra.

¿Qué suerte correría ahora a manos de Schohtar?

Si el rey quería mantener su palabra, tendría que ascenderlo a almirante y darle una última oportunidad. Porque a Schohtar tendría que parecerle que no había tomado el veneno.

Crees que soy inteligente, Schohtar. Sí, lo soy. Tan inteligente que acabo de mear temblorosamente en tu asqueroso frasco.

Había pasado el resto de la mañana arrastrándose a cuatro patas en busca del corcho, que finalmente había encontrado. Luego, con cuidado, había tapado la botellita con él.

Te he engañado, Schohtar, al menos esta vez.

Una audiencia

Nika se dirigió a la sala del trono. Un mensajero con librea había acudido a ella a primera hora de la mañana con la petición de asistir a una audiencia personal con el rey a mediodía. Era una reunión urgente, de acuerdo con lo que le habían dicho. Ella despreciaba ese tipo de mensajes. El hombre había dicho que era un asunto apremiante. ¡Caramba! No estaba nada impresionada. Si era tan urgente para el rey, que fuera él quien acudiera a ella. Lógico.

Se cruzó de brazos. Por otra parte, la convocaba alguien que le permitía permanecer bajo su techo como invitada. Además, hacía que todo el mundo se refiriera a él como «rey». Bien, pues aquí estaba ella, la leal súbdita que se sometía a sí misma y se dirigía a la sala del trono. Llegó al estrecho pasillo, custodiado por cuatro soldados, como siempre. A pesar de no tener un pompón en la cabeza, uno de los hombres —con una nariz en la cara que se asemejaba a un dedo gordo del pie, y que parecía hacerse más ancha a medida que llegaba a su punto más adelantado— bramó:

—¡ALTO! ¡Prohibido llevar armas en la sala del trono! ¿Llevas alguna?

Algunas normas perduraron, ¡y solían ser las más superfluas! Este sistema con sus uniformes y rangos, sus insignias y pompones en las cabezas la desconcertó por completo. Se quitó las dagas obedientemente.

—¿Todas? —preguntó cortésmente.

—¡No seas descarada! —se enfadó Narizón.

Otro soldado dijo:

—Cálmate. Es la novia del príncipe. Déjenla pasar.

Ya está. Nika recorrió varios pasadizos más antes de llegar a las pesadas puertas dobles con los dos círculos reales —uno negro, otro blanco— con su intersección gris. Ellos también aguantaron. Por no

hablar de los tres centinelas a cada lado.

—¿Puedo entrar? No tengo mucho tiempo.

Uno de los soldados, sorprendido, la miró de arriba abajo.

—De acuerdo. El rey te espera —le abrió una de las puertas.

Tedore estaba sentado en su trono. Nika recorrió la sala. No se veía a ningún pecador. Debe de ser aburrido como el agua de la acequia, sentarse aquí sola en una silla incómoda en medio de una cámara enorme, donde incluso el eco de tu propia voz sonaba solitario y somnoliento. El rey vestía una túnica con anchas trenzas, cada una decorada con vides doradas que brillaban a la luz del sol. Como era de esperar, una corona adornaba su regia cabeza.

Se acercó al borde del pedestal de mármol. Durante una fracción de segundo, el saludo de «Majestad» amenazó con hacerle cosquillas en los labios. Rápidamente los frunció en señal de castigo. No seguía ninguna majestad. Por lo tanto, ella dijo:

—¡Rey Tedore!

Con este grandioso saludo inicial, al menos le demostró que conocía su nombre y su título. Tedore apretó los labios. Luego habló:

—Gracias por aceptar mi invitación —la expresión seria de su frente arrugada no concordaba con su saludo inicial. ¿Estaba a punto de eructar de nuevo su frustración porque ella no le había hecho una reverencia? Seguro que no. Después de todo, estaba rodeado de tantos impacientes y elásticos dobladores de rodillas que ni siquiera se daría cuenta de la presencia de otro.

—Tengo un asunto pendiente contigo.

La frase resonó en la sala. Ella lo permitió. Al menos el eco estaba despierto. Luego contuvo la respiración.

—Me salvaste la vida y desenmascaraste al traidor magistrado Korn. Ayudaste a mi hijo Karek a salir de muchas situaciones difíciles, y él también está en deuda contigo por haberle salvado la vida.

No podía quejarse demasiado de la lista hasta el momento. Y el

problema no se hacía evidente. ¿Qué quería Tedore de ella?

—He investigado tu pasado y he oído muchas historias sobre ti —se inclinó hacia delante, sus mejillas se endurecieron—. Intentaste asesinar a mi hijo.

¡Ajá! Ahora vamos al grano. Es curioso que Tedore haya tardado tanto en darse cuenta. Todo lo que necesitaba hacer era preguntarle a Karek.

No iba a dejar que la afirmación quedara sin respuesta.

—Eso no es cierto. —La espalda de Tedore se puso rígida. La miró con severidad. La ira brillaba en sus ojos, pero no dijo nada—. Nunca intenté asesinar a tu hijo. Solo los chapuceros lo intentan. Lo hago o no lo hago. Si hubiera querido, hace tiempo que estaría a dos metros bajo tierra.

—Estoy encantado de que te abstuvieras de matar a mi hijo. Sin embargo, ha habido otros casos en los que has querido hacerlo. Te acuso de asesinar a uno de mis guardias. La noche que te colaste en mi castillo —su voz se hizo más fuerte—. Esa misma noche también habrías asesinado a Karek, si aún hubiera estado durmiendo en su vieja torre —incluso el eco conspiraba ahora para sonar acusador hacia ella.

Sin embargo, era cierto. Había apuñalado al tipo que creía que vigilaba el dormitorio de Karek. Y si hubiera encontrado al príncipe esa misma noche, bueno...

Hacía solo unos días que se había dado cuenta de que su vida de cuervo postsacerdotisa había comenzado. *Buena suerte, Nika, puede que seas rápida, pero parece que tu pasado te ha alcanzado en este aspecto y ha demostrado ser aún más ágil.*

El rey la miró furioso. ¿Debía mentir? Después de todo, el disimulo y la mentira estaban a la orden del día en esta cámara.

No, ella estaba hecha de otra pasta.

—Tienes razón. Y lo habría hecho.

Tedore sacudió la cabeza con perplejidad.

—¿Lo admites? —parecía más acostumbrado a extraer confesiones laboriosamente varios pisos más abajo mediante tenazas, pinchos y otros diversos instrumentos de tortura—. Se han hecho otras acusaciones contra ti. Muchos en la corte están susurrando acerca de asesinatos inexplicables, desapariciones, asesinatos... y tu nombre aparece con asombrosa regularidad.

¿Tu nombre? En ese momento ella había sido anónima. Nunca debería haberlo cambiado. Sin embargo, no era el momento de autorrecriminarse, tener al rey Tedore como principal acusador era más que suficiente para seguir adelante.

—Ignorar los rumores sobre tu oscuro pasado sería posible para mí, pero no el asesinato de uno de mis centinelas en mi propio castillo. En un juicio no dudaría en condenarte a muerte —anunció Tedore, el tono amargo de su voz no dejaba lugar a dudas.

Era hora de que Nika se quitara los guantes de seda.

—¡Bah! Tus soldados matan día tras día solo porque tú se lo ordenas. A menudo, no tienen ni idea de por qué. Yo mato por oro; puede que ese motivo te parezca censurable, pero al menos es comprensible.

La cara de Tedore se puso aún más roja.

—La diferencia es que yo soy el rey que cuida de mi pueblo mientras que tú, al parecer, no eres más que una asesina avara.

—¿Tú, cuidando de tu pueblo? ¿La misma gente que está siendo asesinada a hachazos, violada e incinerada por bandas de mercenarios? ¿Quién, en esta sala, tiene incontables muertes en su conciencia? ¿El nombre de quién se susurra a este respecto?

Tedore gruñó furioso.

—¡Haré que te ejecuten!

Nika permaneció completamente imperturbable. Esperó pacientemente. ¿Gritaría ahora el rey a sus guardias? Tedore Marein se calmó más rápido de lo que Nika esperaba. Respiró hondo.

—No, me abstendré de hacerlo, por el bien de Karek. Abandonarás el castillo y no volverás jamás. Tienes hasta mañana para irte. Si te veo después, serás ahorcada inmediatamente en el patio —sus ojos brillaron —. Tienes la palabra de tu rey.

Nika mantuvo la calma. *Exactamente..., rey. Así es como deberías haber tratado a tus duques desde el principio, especialmente al duque Schohtar. Tal vez las cosas no se habrían descontrolado tanto.*

De una manera extraña, todo parecía tener sentido para ella. En cualquier caso, hacía tiempo que había decidido marcharse, y por eso pudo mirar a Tedore a los ojos con toda tranquilidad por última vez. Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia las puertas dobles. No miró atrás. Su pasado de cuervo la había alcanzado. El rey y la asesina a sueldo ya no tenían nada más que decirse.

Ahora quedaban algunos cabos sueltos por atar... y la libertad la llamaba. Nika decidió ir primero a buscar a los bangesi. Luego iría a la biblioteca a buscar a Karek. Sagitta cruzó los brazos delante del pecho. Este gesto, junto con su pelo negro y sus ojos oscuros, la hacían parecer la hermana de Nika, aunque era una cabeza más alta. Nueve bangesi más, dos de ellos mujeres, estaban de pie alrededor de Nika y la miraban con curiosidad. Sagitta preguntó:

—¿Quieres irte de esta gran y extraña casa de piedra con tanta gente extraña?

—Sí, mañana, en el mismo barco que nos trajo desde tu isla.

—¿Y hacia dónde zarpará el barco?

—Hacia el sur, a la desembocadura del gran río Karpane.

—¿Es este Karpane tan grande como el Kang?

—Más grande.

El rostro de la guerrera permaneció impasible.

—Como desees. Nos prepararemos para este viaje —el tono de su voz no revelaba lo que pensaba de los planes de Nika.

—Un momento, Sagitta. No se habló de que tuvieras que

acompañarme.

Algunos de los bangesi inclinaron sus cabezas unos contra otros y comenzaron a cuchichear. La guerrera anunció:

—Tú eres nuestra jefa. Tú ordenas y nosotros obedecemos.

Nika miró a la mujer bangesi. Su piel bronceada hacía juego con sus ojos marrones. Su arco largo al hombro le daba un aire de espadachín. Una guerrera orgullosa como ella no debería decir semejantes tonterías. Nika acababa de alejarse de alguien que valoraba esas tonterías, y ya había tenido más que suficiente.

—Así no es como funciona, Sagitta. Son personas libres. Nadie puede darles órdenes.

Gabim, uno de los guerreros que había acompañado a Nika en la búsqueda de la diosa myrneana, se adelantó y dijo, desconcertado:

—Esto no lo entiendo. Estamos aquí, en la corte de tu jefe. Él dice algo y sucede. Lo mismo ocurre en nuestro caso. ¿Qué hay de malo en ello de repente?

—Siempre ha estado mal y sigue estándolo. Ya sea rey, reina o cacique, nadie debe controlar la vida de otro. Y menos yo.

Sagitta negó con la cabeza.

—Escucho tus palabras, pero su significado permanece oculto. Siempre debe haber un líder, ¿y quién puede ser más adecuado que la mujer que se aferra a la muerte?

Nika suspiró.

—Son orgullosos bangesi, son guerreros libres, y no me deben nada. No tienen que hacer lo que yo diga. Si me atraen hacia el sur y sienten que es necesario, entonces vengan conmigo. Sigue siendo su decisión... pura y simple.

—Entonces, ¿no deseas ordenarnos que te acompañemos?

—Precisamente. No lo hago y nunca lo haré.

Sagitta reflexionó antes de continuar.

—Entiendo, ¿por qué deberíamos seguirte si tú no lo ordenas?

Por fin, pensó Nika. La mujer empezaba a comprender poco a poco lo que significaba el libre albedrío.

—Bien. Entonces se quedarán aquí.

Sagitta volvió a fruncir el ceño.

—En otras palabras, ¿te niegas a seguir guiándonos?

—Precisamente. Lo único que tienen que entender es esto: cada uno de ustedes debe ser responsable de su propia vida.

Sagitta asintió.

—Me estoy dando cuenta de la verdad —se volvió hacia sus compañeros bangesi—. Entonces asumiré el papel de jefa y les ordenaré a todos.

Nika puso los ojos en blanco. Esto no era lo que había planeado. Pero ¿quién era ella para discutir?

Uno de los guerreros protestó:

—¿Por qué tú? ¿Por qué no yo? —Con sus hombros anchos y su cuello fornido, parecía una alternativa viable.

Sagitta se acercó a él, le miró fijamente a los ojos y gruñó.

—Porque puedo disparar mejor y escupir más lejos que tú. Porque visité a la Madre Celestial y soy su mensajera. Y porque respiras para servirme.

El hombre dio un paso atrás y no dijo nada más.

Adorable. Sagitta aprendía rápido y por eso era la primera dama de Toladar que tenía algo que decir por sí misma.

Nika se encogió de hombros.

—Sagitta, arréglenlo entre ustedes. Mañana me despediré de todos.

—Bien —dijo la nueva jefa de los bangesi antes de añadir—: He oído que cuanto más al sur, más calor hace. Eso suena tentador, porque aquí hace demasiado frío, y no me gustan las paredes gruesas

y húmedas de esta casa. Mi primera orden, por tanto, es que los bangesi te acompañarán.

He subestimado a esta mujer, pensó Nika. Si Sagitta fuera capaz de sonreír, probablemente lo haría ahora. Al menos Gabim le dirigió una mirada significativa y apreciativa.

—Entonces prepárense. Mañana zarparemos en el Viento del Este. Eructos quiere navegar con los suyos hasta Akkadesh. Yo bajaré en la desembocadura del Karpane.

—Buena idea. Casualmente, nosotros queremos hacer lo mismo.

—Qué sorpresa. Ahora sé por qué no creo en las coincidencias. La coincidencia es el peor enemigo de la lógica.

Investigación

Era la tarde. Milafine y Karek estaban sentados en la biblioteca. Su pasión compartida por la lectura y por intentar comprenderlo todo les había unido en primer lugar y había demostrado ser un vínculo serio entre ellos. Milafine estaba escribiendo una serie de palabras en una colección de hojas unidas con aguja e hilo. En una columna, junto a las palabras, dibujaba las letras contorneadas de la antigua lengua. Sonrió a Karek y su sonrisa resaltó el hoyuelo de su mejilla derecha, cerca de la comisura de los labios.

Es una de las imágenes más hermosas que he visto en los últimos meses.

Karek se llenó de alegría al ver que Milafine se sentía como en casa en el castillo de Cragwater. El cuidado que ella tenía de su padre —que había llevado a cabo junto con Mullek, el viejo San Sacerdote de la ciudad de Cragwater— había demostrado que poseía un talento poco común. Siempre había tenido un misterioso sentido de lo mágico y, evidentemente, esta sensibilidad era beneficiosa cuando se trataba de curar a la gente. Era más que apropiado, entonces, que las palabras que estaba transcribiendo en ese momento fueran vocabulario relacionado con las artes curativas.

—¡Mullek ya debe tener un terrible dolor de cabeza!

Si Karek no la hubiera estado mirando, seguramente ya habría levantado la vista de su trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—Le he bombardeado con muchas preguntas. Tuvo que explicarme todo lo que sabía sobre el tratamiento de las enfermedades más variadas. Estoy sorprendida por la cantidad de aflicciones que hay.

—No estoy seguro de querer conocerlas todas —replicó Karek.

Milafine decidió ignorar su ignorancia voluntaria.

—Lo importante es que no caigas víctima de todas ellas. Tengo la sensación de que los myrneanos estaban mucho más avanzados que

nosotros en lo que respecta a la alquimia y el estudio de la vida.

Karek levantó la vista de su libro, que trataba el tema de la caza en la época de los antiguos dioses.

—Eso no me sorprende lo más mínimo. Sabemos tan poco de nosotros mismos que es increíble que podamos funcionar.

—¿Sabías que Nika también sabe mucho sobre el cuerpo y sus componentes?

—¿En serio?

Para ser sincero, preferiría no saber cómo ha llegado a tener esos conocimientos.

Con los ojos brillantes, Milafine continuó:

—Y conoce todas las palabras de los numerosos órganos y huesos en la lengua antigua. Una mujer realmente asombrosa.

Lo es, lo reconozco.

Karek asintió.

—Es un fenómeno. Y nos ayudó enormemente a aprender los fundamentos de la lengua antigua.

—Pero aun entiendo muy poco. Algunas letras se parecen mucho a primera vista, pero el más mínimo garabato en la dirección opuesta puede cambiar el significado por completo.

—Es aún peor en nuestro propio idioma. Algunas de nuestras palabras son exactamente iguales y, sin embargo, significan algo totalmente distinto.

Milafine levantó la cabeza.

—¿Quieres decir que estás bebiendo de una bota y llevas puesta una bota?

—Buen ejemplo. O… te falta un zapato y estás bebiendo alcohol.

—Yo ni siquiera bebo —sonrió Milafine.

Karek reflexionó.

—¿Y si digo… O el paciente se cura, o le llamamos un cura?

—Ya basta. Qué príncipe más tonto —se rio Milafine.

Una voz familiar dijo:

—Qué tal: hombre, paloma y gato, tres animales ingratos.

Hablando del diablo, allí estaba Nika. Milafine soltó una carcajada. Karek sonrió.

—Me gusta tu manera de hacer metáforas, Nika. Me quito el sombrero.

—Llegas en el momento justo. ¿Puedes ayudarme con estos caracteres? ¿Son todos verbos? —Milafine le enseñó la colección de hojas.

—Romper, dividir, conectar, nutrir. —Nika apenas había echado un vistazo a las letras.

Milafine anotó con entusiasmo las traducciones junto a los símbolos.

—Al menos ahora sé si es un verbo o un sustantivo —señaló debajo del dibujo de una mujer con bata blanca—. ¿Y qué dice esto, por favor?

—Es una semirissa. Una maga especialmente poderosa entre los myrneanos, normalmente del linaje de los antiguos.

—Semirissa —repitió Milafine mientras lo anotaba.

—Pero no es por eso por lo que estoy aquí —el rostro de Nika estaba aún más serio que de costumbre—. Voy a abandonar el castillo.

Karek la miró.

—¿Te vas con Eructos o cuál es tu plan?

—Me voy sola, es decir, no del todo sola. Los bangesi me acompañarán.

Esta noticia sorprendió a Karek, pero sabía cuándo era mejor abstenerse de hacer comentarios.

—Me entristece que te vayas, pero ya sabes que aquí siempre serás bienvenida.

La mirada de ella le golpeó como uno de sus cuchillos arrojadizos. Era una mirada que nunca le había dirigido. Sorprendido, preguntó:

—¿Qué pasa, Nika?

Esta vez otra mirada, como si estuviera cortando pan.

—Dime, ¿ha pasado algo, Nika?

—Todo va bien. Tengo que ocuparme de unos asuntos y después ya veremos.

Karek pensó que lo mejor era tomarle la palabra.

Puede que solo esté de mal humor, incluso ella puede estar así de vez en cuando…

Estaba a punto de cerrar su libro sobre los hábitos de caza de los myrneanos cuando una página suelta se deslizó y flotó por el suelo. Karek se inclinó y la recogió. Parecía un mapa, ya que en la esquina superior derecha había un dibujo de una rosa de los vientos y una línea irregular que iba de norte a sur, parecida a una costa. Por lo demás, solo había unos pocos puntos numerados repartidos por la página, aparentemente sin ningún orden en particular.

—¿Qué clase de mapa es este? No hay ciudades ni montañas ni bosques…, parece bastante desolado. —Milafine levantó el papel.

Nika lo miró con desinterés y estaba a punto de despedirse cuando se detuvo en seco. Sus ojos oscuros miraban fijamente la hoja. Mientras seguía mirando, el surco sobre el puente de su nariz se hizo más profundo. Por segunda vez, Karek preguntó:

—¿Qué pasa, Nika?

—Este croquis es un mapa de Krosann; solo está dibujada la costa oriental, y el cartógrafo también omitió las islas. Pero los puntos con números al lado… —Nika contó cuidadosamente las manchas negras—… seis, siete, ocho… Los puntos representan zaguanes.

—¿Qué quieres decir con zaguanes? —Milafine no entendía nada.

—Ya se lo he explicado a Karek. Son antiguos portales myrneanos. Utilicé uno de ellos en el cementerio de la reversión para llegar a la isla oculta, sin saber que acabaría allí, por cierto —señaló con el dedo la mancha en medio de la página—. Número ocho. Es el zaguán con los octógonos de mosaico. Incluso tiene dos cámaras.

Karek se estaba orientando.

—Aquí está la boca del Karpane, Tanderheim tiene que estar aquí y... ¡Nika, has dado en el clavo! —Karek señaló el centro del mar del Este, cerca de la parte derecha del mapa—. Y el punto seis es el zaguán de la isla.

Nika utilizó el índice para indicar las otras marcas.

—Este de aquí con el cinco podría estar en Star. Esa de abajo con el cuatro está en una de las Islas del Sur.

Milafine ya había desenrollado un mapa de Krosann, lo que les ayudó a identificar el resto de los puntos como situados en el suroeste de Alandar y en el sur de Soradar. También había un zaguán en la costa oeste de Winslorien.

—¿Y este punto de aquí, el del número uno? —preguntó Karek, señalando el extremo superior izquierdo del mapa.

—¿Tan al oeste de Winslorien? Allí no hay nada. —Nika se encogió de hombros.

—¿Crees que todos siguen funcionando?

Nika miró el mapa con escepticismo.

—Difícilmente. Aunque llegar del cementerio a la isla fue muy fácil. Al menos, una vez que me concentré en el mosaico correcto.

Explicó a Milafine y Karek lo que había descubierto en el cementerio de la capilla.

—Sospecho que todos los zaguanes tienen sus propios mosaicos individuales en el suelo. Solo tienes que manipularlos mentalmente y, ¡presto! Estás donde quieres estar.

—¿Cómo es posible? —preguntó Milafine con asombro.

Karek se encogió de hombros.

—Pura magia —de repente se dio una palmada en la frente—. Lo que me recuerda: Nika, el herrero forjó joyas de acerium, el metal de los jovali. Y ahora voy a presentarte el resultado de su trabajo. ¿Te acuerdas? La diosa myrneana nos aconsejó hacer esto... para que fortalezca los hechizos mágicos.

—Dijo muchas cosas —replicó Nika malhumorada. Su humor parecía especialmente agrio en aquel momento, incluso para sus estándares.

Karek rebuscó en su riñonera de cuero y sacó dos objetos. Puso un anillo y una pulsera sobre la mesa. El metal oscuro parecía frío y apagado, quizá porque no reflejaba la luz, sino que la absorbía.

—Yo no los calificaría exactamente de bonitos —dijo Milafine, incapaz de ocultar su verdadera opinión sobre las piezas.

Karek la miró con el ceño fruncido. Ahora sería aún más difícil convencer a Nika. Se aclaró la garganta.

—De todos modos, son para ti, Nika.

Al principio, Nika miró impasible hacia la mesa. Luego cogió la pulsera y la giró de un lado a otro antes de mirar más detenidamente el anillo.

—¿Quieres que me los ponga? ¿Los dos?

Hmm. El tono de voz de Nika suena como si yo le hubiera exigido que llevara siempre un vestido amarillo con flores rojas.

—Sin duda tienes sangre myrneana, te guste o no. Por favor, coge las dos joyas y póntelas. Te protegerán —el príncipe levantó la mano —. ¡Mira! Llevo dos anillos de acerium.

Por una fracción de segundo, Karek pensó que había puesto a Nika de muy mal humor. Pero la irritación de sus ojos desapareció.

—De acuerdo. Como regalo de despedida del príncipe Karek.

¿Qué quiere decir? Suena como si estuviera planeando dejarnos para siempre.

—Mañana zarparé en el barco. Eructos me llevará con él parte del camino antes de desembarcar.

—Bajaré al puerto para despedirme de ustedes. Me duele que se vayan los dos, pero comprendo sus razones. Sin embargo, deben prome... eh... decir que volverán.

De nuevo, el rostro de Nika adoptó una expresión extraña. Sin embargo, no dijo nada, sino que asintió a Karek casi imperceptiblemente antes de darse la vuelta y salir de la biblioteca. Karek la vio marchar.

—Nika se comportaba de forma muy extraña, ¿verdad?

Milafine respondió alegremente:

—Bueno, siempre se comporta de forma muy extraña, nunca he sabido que no lo hiciera.

—Hm —sintió que le dolía el corazón—. Ahora Eructos y Nika tomarán caminos separados. Creo que es triste, pero ella debe encontrarse a sí misma antes de embarcarse en una relación seria.

—Yo la encuentro más que un poco rara —admitió Milafine.

Karek la miró ansioso, pero luego sonrió.

—Sé que no es exactamente una mujer normal. Cuando hablaba de ti al principio, se refería a ti como Mandarine.

La expresión de Milafine cambió tan bruscamente que Karek se asustó.

No debería habérselo dicho.

Entonces, su novia se echó a reír, con una alegría y una claridad que no había oído en ella. El príncipe se asombró al ver que un segundo hoyuelo aparecía brevemente en el otro lado de su cara. Se rio con ella y deseó que aquel momento los acompañara para siempre.

Ojalá la felicidad persistiera tan fácilmente como la preocupación.

Milafine seguía riendo como una niña cuando Karek finalmente dijo:

—Yo también tendré que partir, dentro de tres días, pues debo conocer al nuevo rey de Alandar.

De repente, Milafine ya no estaba tan contenta.

—Ya lo sé. Creo que podrás estar de vuelta en diez días. Mientras tanto, seguiré trabajando en mi conocimiento de la lengua myrneana. Será interesante ver qué más puedo descubrir en los tomos.

—Mucho polvo y moho, imagino —dijo Karek—. ¿Qué haremos ahora?

—Sigamos aprendiendo. Quién sabe qué más podrá decirnos este libro sobre el tratamiento de enfermedades.

A Milafine le brillaron los ojos: había vuelto al mundo de los libros.

Rumbo al sur

Así que ahí era donde Barbón se escondía. Y Pito le hacía compañía. Eructos había recorrido medio castillo y sus terrenos buscándolos. Estaban sentados a ambos extremos de una mesa en un prado detrás de los establos, con las cabezas inclinadas en señal de concentración mientras miraban un juego de mesa.

—Por fin los he encontrado —había un matiz de acusación en su voz, como si se hubieran escondido deliberadamente de él.

—Pito, dile al poderoso soradiano que no me desconcentre en mitad de una partida —refunfuñó Barbón con más malhumor que de costumbre, lo cual ya era mucho decir. Sus ojos seguían fijos en el tablero con sus fichas de piedra. Ni siquiera reconoció a Eructos con la mirada.

—Sigue hablando, Eructos, quiero ganar —dijo Pito amistosamente.

—¿Qué pasa, Barbón?

—Lo mismo que pasaba antes de que fuéramos a esa isla rara, es decir, nada. Mientras tú andas a tientas con esa furia... eh... Nika, nosotros estamos aquí sentados perdiendo el tiempo.

—Estoy aquí por una razón... para cambiar todo eso. Navegaremos de vuelta a Akkadesh... mañana. ¿Quién quiere venir?

Los ojos de Barbón buscaron los de Pito. Los ojos de Pito buscaron los de Barbón. Entonces, los ojos de los dos hombres buscaron lentamente los suyos. Sus rostros parecían cobrar vida.

—¿Mañana? ¿A Akkadesh? —gruñó Barbón.

—A menos que quieran pasar el resto de sus vidas aquí sentados mirando el juego de mesa.

Barbón frunció el ceño.

—Tonterías. Ahora que por fin has recuperado la razón. ¿Cuándo zarpamos?

—Al amanecer. Vamos a comprobar que todo está en orden en casa, muchachos.

—¿Y Nika?

—Ella viene con nosotros. Aunque solo hasta la desembocadura del Karpane. Desembarcará allí con los bangesi.

¿Estaba imaginando cosas o el rostro barbudo de Barbón había palidecido un poco? A Eructos no le extrañaría que su amigo estuviera celoso de Nika. Pronto no tendría motivos para estarlo, porque Nika estaba decidida a seguir su propio camino. Eructos se mordió el labio inferior. Ella no le había dicho qué era lo que la atraía a la boca del Karpane. Simplemente no podía entender a la mujer. Pero tampoco se entendía a sí mismo. ¿Por qué significaba tanto para él? Debía tener algo que ver con su dureza, su fuerza, su vulnerabilidad. Solo sabía que la amaba. Su cínico corazón de soldado se estremecía como un potro en un prado si ella le sonreía. Por desgracia, sonreía con menos frecuencia de la que Barbón se afeitaba.

Barbón se abstuvo de hacer más preguntas. Pito y él recogieron las piezas y se pusieron de pie.

—Entonces iré a hacer las maletas —cualquiera que conociera al viejo cascarrabias podría oír en su voz una sutileza de amabilidad al oír la noticia.

—¿Tienes más de una? —preguntó Pito antes de volverse hacia Eructos—: ¿Lo saben ya Crin y Niño?

—Claro. No se han escondido de mí.

—Nadie se ha escondido de ti. Y ahora, llévanos de vuelta a nuestra patria —gruñó Barbón, su voz había vuelto a su malhumor normal.

—El Viento del Este nos espera. Una vez hayamos dejado a Nika, tendremos que dar un gran rodeo, pues Schohtar ya ha reclamado para sí el sur de Toladar y sus barcos controlan el Mar del Este hasta la desembocadura del Karpane.

Barbón se irguió hasta alcanzar toda su estatura.

—Mientras el mejor timonel de los cuatro reinos esté al timón, no veo ningún problema —dijo modestamente el mejor timonel de los cuatro reinos.

La sonrisa de Eructos era débil. Le invadían los presentimientos: no podía quitarse de la cabeza la sensación de que las cosas se estaban torciendo. De una forma que ni el mejor timonel de los cuatro reinos podría corregir.

—Ya veremos, Barbón. Las historias más locas se cuentan en las tabernas del puerto sobre nuestro buen rey Pares Drullom.

—Exactamente... en las tabernas del puerto. Bebida barata, mujeres baratas, información barata —replicó Barbón con desdén—. Pero no me escuchas, a pesar de que te he estado advirtiendo sobre todo esto durante años.

—¿De verdad? ¿Y de dónde has sacado tus perlas de sabiduría?

—De los tabernas, por supuesto. ¿De dónde si no? —dijo Barbón con una sonrisa. ¿Era una sonrisa? Era imposible saberlo por la cantidad de pelo que tenía en la cara—. Nadie discute la veracidad de la información barata.

Eructos resumió la situación.

—Pares Drullom está causando división entre nuestro pueblo. La mayoría de los soradianos le odian por su alianza con Schohtar. Al parecer, hay un importante movimiento de resistencia.

—Sí, Eructos..., esta es nuestra oportunidad. La mitad de los soradianos nos consideran desertores cobardes, la otra mitad nos ven como héroes.

—Entonces asegurémonos de atracar donde está la mitad correcta —sugirió Pito.

Los tres soradianos emprendieron el camino de regreso a su alojamiento en el castillo. Cuando habían recorrido la mitad del camino, vieron que Sara y Niño se acercaban a ellos. Ambos se habían entendido desde el primer momento y pasaban mucho tiempo juntos. Por eso, el entusiasmo de Niño había sido moderado cuando Eructos le

informó de su inminente partida hacia el reino meridional de Soradar. Sin embargo, ahora estaba radiante. Desde la distancia ya les estaba llamando.

—¡Eructos, imagínate! Sara viene con nosotros. Siempre quiso ir a Akkadesh.

La otrora sirvienta de cocina e hija de uno de los mejores maestros de espada de todo Krosann sonrió, primero a Eructos y luego, con una dosis añadida de arrebato, a Niño.

—Pero tengo tres asuntos que discutir antes de poder ir con ustedes —gritó Sara con voz amistosa.

Barbón murmuró, aunque al menos con suficientes buenos modales como para que solo Eructos y Pito le oyeran.

—Allá vamos..., el chiquillo se llevará una gran sorpresa..., está aún más enamorado que nuestro líder.

—El chiquillo al que te refieres cumplirá veintiséis años este otoño.

Para entonces, Sara y Niño los habían alcanzado. Niño conocía demasiado bien a Barbón.

—¿De qué está refunfuñando otra vez nuestro viejo cascarrabias? —se volvió hacia Sara—. Así es como expresa su alegría. ¿Cuáles son tus tres deseos?

—Primero: que Bolkan Katerron acepte que pueda viajar contigo.

—Hecho —contestó Eructos.

Sara sonrió.

—Segundo: me es imposible viajar con un niño. Me niego a seguir llamándote Niño.

—Estimada señora..., puede llamarle Niño-Hombre. Él también responde a ese nombre —sugirió Barbón.

—No le hagas caso, Sara. Su mayor temor es que alguien en este mundo pueda amarlo —explicó Niño—. Él no sería capaz de enfrentarse a eso.

—Tengo una petición más, y sé que es mucho pedir —dudó—. Me gustaría visitar la tumba de mi padre, Garemalan, en la costa soradiana. Karek me hizo una marca en un mapa que indica dónde lo enterraron él y sus amigos —palpó su collar y giró un medallón entre sus dedos. Las letras «SARA» estaban grabadas en él—. Es importante para mí.

Eructos se rascó la nuca: la idea no le entusiasmaba.

—Conozco la bahía. No fue lejos de allí donde encontramos a los cinco cadetes, y uno de ellos no era otro que nuestro príncipe de Toladar.

—Cadete novicio querrás decir. Y pudimos capturarlos —dijo Barbón, añadiendo un pequeño detalle.

—Sí, Blinn y Karek intentaron acercarse sigilosamente a nuestro campamento y se comportaron tan estúpidamente como osos bailarines en la cocina del castillo. Salvo que eran más ruidosos —añadió Eructos, haciendo memoria—. Sé dónde está enterrado tu padre. Pero me inquieta la idea de anclar allí, ya que preferiríamos navegar hacia el este para evitar los barcos de guerra de Schohtar.

Niño sugirió:

—Intentémoslo, Eructos. La tumba de su padre está allí.

—¡Bien entonces! Tu deseo es mi orden..., haremos el intento.

—Muchas gracias, capitán Bolkan. Si nota que se está volviendo demasiado peligroso para el barco y la tripulación, entonces podemos abandonar la idea —sugirió Sara.

Niño parecía embelesado ante la perspectiva de que Sara le acompañara a Soradar. Le brillaban los ojos mientras lanzaba a Eructos una mirada de agradecimiento. Barbón no dijo nada, pero por su expresión estaba claro que nunca habría accedido a lo que, en lo que a él respectaba, era un riesgo innecesario. Para evitar cualquier otra discusión y dar a Niño la oportunidad de explicar en privado su verdadero nombre a Sara, Eructos dijo:

—Volvamos al palacio.

Sara pasó el brazo por la cintura de Niño y sonrió, se fueron en la dirección por donde Eructos y sus dos camaradas acababan de llegar. Barbón los siguió con la mirada.

—Mira al muchacho. Chico, pero le ha dado fuerte. ¿Y qué hace nuestro capitán? Hace promesas que nos llevarán a un peligro innecesario.

Eructos sabía que había aceptado con demasiada facilidad, ya que dirigiría el Viento del Este hacia aguas hostiles. Tanderheim estaba a solo medio día de viaje por mar al norte de la tumba, y era desde ese puerto desde donde la flota de Schohtar controlaba alta mar.

—Barbón..., odio decirlo, pero tienes razón —reflexionó un momento antes de continuar—. Por cierto, ¿sabes el verdadero nombre de Niño?

—No. ¿Acaso importa?

—¿Sabes siquiera tu propio nombre? —preguntó Pito, mirando a Barbón.

—No. ¿Acaso importa?

—No te preocupes por eso. Preparémonos para el viaje de regreso —dijo Eructos.

Los tres soradianos se retiraron a sus alojamientos. Esa tarde, Eructos y Karek se reunieron. Pasearon por los jardines del castillo y observaron las carpas ornamentales del estanque. El estado de ánimo del príncipe era depresivo, lo que no era de extrañar, pues los días siguientes traerían grandes cambios.

—Pertenecemos a Soradar —dijo Eructos, dándose cuenta enseguida de lo tópico que sonaba.

—Pertenecemos a donde nos sentimos más a gusto, donde más nos necesitan y donde podemos provocar el cambio.

Tranquilizado, Eructos asintió.

—Entonces Akkadesh es el lugar adecuado para nosotros.

—Es una pena que Nika no los acompañe hasta el final.

—Parece que piensa que la necesitan en otro lugar o que allí se siente más a gusto —intentó parecer desinteresado.

—¿Sabes cuáles son sus planes? —preguntó Karek.

—No. Incluso ha sido reservada conmigo al respecto.

—Sara me dijo que quería visitar la tumba de su padre. Y casualmente, puede hacerle compañía a Niño —Karek sonrió—. Estoy encantado por los dos. De todos modos, me gustaría ver muchos, muchos matrimonios entre toladarianos y soradianos, y que tuvieran muchos hijos.

—Eso fomentaría una coexistencia pacífica —dijo Eructos, asintiendo.

—Que es como debería ser.

De repente, Eructos sintió algo, más fuerte que cualquier profecía, que cualquier promesa. Estaba absolutamente seguro de sí mismo cuando habló.

—Príncipe Karek…, nos volveremos a ver —cuando pronunció su siguiente comentario, no sonaba tan seguro—. Y entonces los tiempos serán mejores.

Jugando con fuego

Su caballito estaba trabajando a todo dar. Nika olía su sudor, notaba sus pasos torpes: no podría mantener ese ritmo durante mucho más tiempo. Ella tampoco tenía mucha prisa, así que le permitió reducir la velocidad hasta el trote, y no tardó en desmontar. Llevaría al caballo por las riendas durante un rato. No tenía sentido cabalgar al animal hasta la muerte.

Al mediodía llegaría a su destino. Le resultaba sospechoso no haber encontrado a nadie hasta entonces. Un país aparentemente muerto. ¿La calma antes de la tormenta?

Oyó el murmullo de un arroyo. Dejó que el caballo bebiera del arroyo, un poco apartado del camino mientras ella daba sorbos a su cantimplora. Miró la nueva pulsera que llevaba en la muñeca izquierda, un regalo de despedida de Karek hecho con el extraño metal de la isla. Una imagen desconocida en su mano. El anillo estaba en el dedo corazón de su mano izquierda. Las dos joyas estaban forjadas con el mismo metal, y combinaban bien: las dos parecían una mierda. Como era un incompetente, el herrero no había intentado hacer garabatos, y las piezas se sentían suaves y frescas en su piel.

Había dejado atrás a Sagitta, Gabim y el resto de los isleños en uno de los pueblos costeros. No podía permitir que los bangesi la acompañaran. Solo la habrían retrasado, ya que ninguno de ellos sabía montar a caballo. ¿Cómo podrían? Los únicos equinos que habían encontrado en su isla eran caballitos de mar. Nika le había dicho a Sagitta que volvería en dos días a más tardar. La guerrera bangesi no se había alegrado demasiado con la noticia. La dos se habían quedado frente a frente, como imágenes especulares, con los brazos cruzados de forma beligerante, sin decir nada, hasta que Sagitta finalmente murmuró que los bangesi tendrían que encontrar la forma de aprender a montar, para no quedarse atrás por segunda vez.

Dejar a Eructos ha sido mucho más duro, admitió en silencio. El viaje

en el Viento del Este desde Cragwater hasta la desembocadura del Karpane había ido de maravilla. Eructos y ella habían discutido y habían hecho el amor, luego habían vuelto a hacer el amor y habían vuelto a discutir. Y ahora se daba cuenta de que echaba algo de menos. Las peleas, por supuesto. Lógico.

Siguió cabalgando sola unas horas más hasta que apareció ante ella la silueta de una modesta granja. O, mejor dicho, lo que quedaba de ella. Las vigas carbonizadas parecían el esqueleto de algún animal enorme que hubiera muerto quemado recientemente. Arrugó la nariz. El aire olía a ceniza, humo y podredumbre. En lo que había sido la entrada de la casa, yacía una silla con una sola pata.

Nika ató su caballo a un manzano. Lentamente, se acercó a la ruina. Los músculos de sus mejillas se tensaron. No parecía haber nadie en los alrededores, pero aun así aflojó las dos dagas que llevaba en las mangas. El olor a quemado le picó las sensibles fosas nasales y le irritó la garganta mientras trepaba por los restos del fuego. Se agachó y puso una mano en las cenizas; en el fondo, notaba calor. Por tanto, el ataque se había producido el día anterior. Lo que vio a continuación no le sorprendió.

Los huesos carbonizados de un par de pies sobresalían de entre los restos caídos de una viga del tejado. Estaban unidos a los huesos ennegrecidos de las piernas, mordisqueados por las llamas. Los huesos carbonizados de los pies apuntaban acusadoramente al cielo. Podría haberles dicho que era inútil pedir ayuda a las alturas. Las primeras víctimas de la guerra civil, precisamente aquí.

Nika se agachó aún más, agarró los tobillos y sacó el cadáver carbonizado de debajo de la viga. A causa del humo, solo unas pocas moscas se habían posado en el cuerpo hasta el momento. Una mitad de la cabeza estaba completamente mutilada, la otra mitad revelaba el rostro arrugado de un anciano. ¡Abuelo!

—¡Mierda, mierda, mierda! —las palabras siseaban como si hubiera escupido sobre las brasas.

Miró a su alrededor en busca de otros cadáveres o partes del

cuerpo. No encontró nada en el resto de la casa. Sus instintos se apoderaron de ella. Cerró los ojos y escuchó con la débil esperanza de no oír nada. Pero no fue así. Un zumbido lejano se movió suavemente alrededor de su cabeza antes de penetrar inevitablemente en sus oídos. El zumbido de la muerte: fiable, incorruptible y siempre alegre. Le mostró el camino, la condujo al establo, que se había salvado de las llamas, el antiguo hogar de Hopalong y Zanahoria.

Ahora era residencia de innumerables moscas, que se levantaban sin querer de un cuerpo desnudo. Una joven de pelo castaño yacía sobre un montón de paja. Tenía las extremidades retorcidas de forma antinatural en todas direcciones. Tenía las uñas manchadas de sangre. Debió de defenderse con todas sus fuerzas. La sola visión de su cuerpo habría provocado pesadillas a cualquier ser humano normal para el resto de su vida.

Pero la expresión de su cara dejaba en la sombra todo lo demás. Las cosas no podían empeorar, pero habían empeorado. La agonía y el horror se habían convertido en una mueca de tortura. Solo la muerte había sido misericordiosa, liberando a Ponni de su insoportable sufrimiento. Aunque Nika se consideraba curtida en mil batallas e incapaz de sentir miedo, se abstuvo de seguir imaginando lo que había ocurrido allí.

Es cierto que nunca había sido una gran admiradora de Ponni y que su relación había sido como la de la tiza y el queso, pero nadie merecía morir así.

Nika exploró el resto de la escena del crimen. Nada en el pajar del establo, nada en el prado. Esperaba no encontrar nada más cuando un objeto brillante en la hierba oscura llamó su atención. Se agachó y cogió una pequeña flauta con cuatro agujeros y una sencilla boquilla de cera. Nika examinó el instrumento musical que ella misma había fabricado: parecía estar intacto. El recuerdo le dolía: los ojos brillantes y la boca fruncida de una niña soplando torpemente en la flauta. Sintió náuseas. Se frotó el estómago. ¿Qué le pasaba? Se aguantó las ganas de llamar a gritos a la niña: ¿quién sabía qué miembros de la banda asesina seguirían cerca?

Mientras caminaba lentamente hacia su caballo, resumió la situación. *El abuelo y Ponni están muertos. No voy a enterrarlos, no les servirá de nada. No hay ningún otro cadáver..., sobre todo, ningún cadáver de una niña pequeña. Cabalgaré directamente a la granja Blackacre. Tal vez averigüe algo más sobre lo que ocurrió aquí.*

Se subió a la silla de montar y partió al galope. Por un lado, sintió alivio de no haber encontrado más cadáveres. Por otro, se sintió presa de un terrible presentimiento. *Hanne, ¿dónde estás?*

Siguió hacia el sur, igual que había hecho después de recuperarse, cuando inició su viaje al cementerio. El abuelo y Hanne le habían salvado la vida, valiera lo que valiera.

Llegó al poste torcido. La granja Blackacre seguía al este. Con la cabeza llena de oscuros pensamientos, se acercó lentamente a la casa de Slim. Instintivamente, desmontó y ató su caballo a una rama un poco alejada del camino. Continuó a pie a través de la espesa maleza hacia la propiedad. Caía la noche, y eso le convenía. Nika estaba al acecho y de tan mal humor que le duraría todo un año. Había traído consigo a Toladar los dientes y las garras de un leopardo. También sus instintos y sentidos. Fue su olfato el primero en advertirle del peligro: aquí también había habido incendios. Llegó al borde de la espesura, una gran hoguera ardía al otro lado del prado. Entonces oyó aullidos. Las mujeres no aullaban, chillaban, así que eran hombres. Lógico.

Nika se acercó a gatas y se escondió detrás de un cobertizo. Uno de los establos estaba en llamas. Una treintena de soldados vestidos con armaduras raídas —probablemente eran todos mercenarios— estaban de pie ante él y sonreían, algunos de ellos daban patadas a las figuras encorvadas que yacían, atadas, en el suelo ante ellos.

Un tipo especialmente corpulento, vestido con una armadura rojo oscuro, gritaba a un anciano arrodillado frente a él, con los brazos y las piernas encadenados.

—¿Dónde has escondido el oro, viejo?

—Mi buen hombre, yo... he invertido todo mi oro en esta granja. Ya te he dado lo que me sobraba.

Otro soldado con un casco puntiagudo se rio.

—Eh, Cerbero, he oído exactamente lo que ha dicho. Te insultó llamándote «mi buen hombre».

—¿Quééé? Estaba seguro de que hablaba con otra persona —gritó furioso este último. El de la armadura roja se inclinó, agarró al viejo por los hombros y rugió—: ¡Nadie me llama «mi buen hombre»! Te daré una última oportunidad antes de arrojarte al fuego. ¿DÓNDE ESTÁ EL ORO?

—No hay oro, tienes que creerme.

—Mira, vejestorio, el juego que vamos a jugar ahora se llama apuesta de gritos alias «oro reluciente». Las reglas son fáciles: si no hay oro, significa que serás quemado.

—Cerbero, ¡échalo al fuego! Te apuesto lo que quieras a que gritará, siete veces para ser exactos —Casco Puntiagudo se frotó las manos con regocijo.

—Sí, no hay nada como un juego de apuestas de gritos. El viejo de la otra granja llegó a gritar catorce veces ayer. Nunca pensé que alguien con las piernas carbonizadas pudiera gritar tanto tiempo. ¡Impresionante! Pero hoy será más rápido. Te apuesto tres gritos cuando haya arrojado esta ruina arrugada a las llamas.

—¡Cinco como mucho! —gritó otro mercenario.

—Apuesto cuatro piezas de oro por cuatro veces —llegó la siguiente oferta desde la esquina.

—Apuesto por ti. Apuesto seis gritos.

Un pequeño juego que combinaba varias cualidades humanas: adicción al oro, adicción al asesinato y adicción al juego. Otra voz gritó, desesperada:

—Deja en paz a mi padre. Es solo un anciano.

Nika reconoció a Slim, que estaba entre dos soldados con las manos atadas a la espalda. Le asombró su estupidez. Con ese estúpido comentario, Slim había entregado a su padre a la perdición.

Imperturbable, Cerbero continuó concentrándose en el anciano.

—Si ya no tienes oro, entonces, ya no vales nada. Pero estoy seguro de que tu hijo recordará dónde está escondido tu oro.

Agarró al anciano por las caderas y la parte superior del brazo, lo balanceó sobre su cabeza como si fuera un saco de harina y corrió hacia el establo en llamas. Justo antes de llegar a la hoguera, arrojó al padre de Slim con gran fuerza al centro de las llamas. El viejo gritó como un alma en pena: una, dos, tres veces. Los mercenarios lo contaron a coro. Respiró hondo para el cuarto y último grito: el grito de muerte. Todo terminó..., solo el fuego seguía crepitando.

—¡Cuatro! He ganado, he ganado —gritó uno de los mercenarios, saltando de alegría.

—¡Puta mierda! —Cerbero no parecía muy contento—. ¿Por qué el viejo no se calló la boca después de la tercera vez?

—Juguemos otra ronda de apuestas de gritos —sugirió el exuberante vencedor. Claramente creía que estaba en racha ganadora mientras señalaba a Slim.

Otro mercenario chilló:

—¿O qué tal desollar? Esta vez lo haré de una sola vez.

—Primero tenemos que preguntarle al muchacho dónde está el tesoro, y, de todos modos, no tenemos tiempo suficiente para desollar, imbéciles. —Cerbero se volvió hacia Slim—. Seguro que papito le ha revelado a su hijito dónde está el oro.

Nika se arrastró boca abajo por la esquina del cobertizo hacia la casa principal. ¿Qué le habían hecho esos cerdos a Hanne? Seguro que no la habían arrojado a las llamas como un trozo de leña. Terribles presentimientos hicieron que sus labios se apretaran como un nudo. ¿Qué podía hacer contra treinta hombres curtidos en mil batallas? No mucho por el momento.

Siguió arrastrándose hasta refugiarse detrás de una llamativa fuente. Entonces lo vio: el carro chirriante del abuelo. Al que la había subido cuando la salvó. Y en ese mismo vehículo había conocido a

Hanne. Se arrastró hasta el carro y vio un pequeño bulto atado en la plataforma de carga del vehículo. Claramente, era un niño que yacía entre dos barriles. Un niño que estaba atado y no se movía. Nika no podía saber si era Hanne, alguien le había tapado la cabeza con una capucha. Trepó por detrás de la caja de la diligencia y subió al vehículo. En ese momento, el carro rodó un poco y chilló como un cerdo gordo.

—¡Cuidado, hay alguien merodeando por aquí! —dos mercenarios salieron corriendo por la esquina del edificio principal.

Un tercero avisó a los demás, que seguían de pie frente al establo en llamas.

—¡Hay más enemigos de los que ocuparse, hombres! Vengan rápido.

Ella no tenía mucho tiempo. Saltó del carro y corrió hacia los dos atacantes, que ya llevaban espadas en las manos. Llevaban una armadura ligera con estrellas doradas. Los dos hombres no necesitaron consultarse. Como sabían muy bien lo que hacían, se colocaron a tres metros el uno del otro, lo que significaba que podían atacarla desde dos lados simultáneamente, aunque simultáneamente era un término relativo para Nika.

Giró, dejando que la daga de su manga derecha saliera disparada. El arma encontró su camino infaliblemente. Con un sonido pastoso, la hoja se hundió en el ojo del hombre. Con otro movimiento fluido, cogió su espada corta y rechazó un golpe del segundo atacante. No necesitó mirar atrás para saber que más mercenarios salían corriendo de la casa principal para lanzarse contra ella. Al baño de sangre, para luchar contra ella, una mujer solitaria. No era el momento de reflexionar: evaluó a su siguiente oponente. Una finta a la derecha, una estocada mortal a la izquierda. Todo demasiado rápido para el hombre, que se desplomó con un gemido.

Uno de ellos rugió.

—Debe haber más de ellos. Dos de los nuestros ya han mordido el polvo.

El círculo alrededor de Nika se estrechó. Ella buscó en vano un punto por el que escapar. Volvió corriendo al carro y saltó a la caja. Más soldados estelares se reunieron en el patio y la rodearon. Antorchas encendidas iluminaban ahora la zona alrededor del carro.

Cerbero se dirigió hacia ella.

—¿Está sola? —preguntó a uno de los hombres.

—Parece que sí. Ha matado a dos de nosotros.

Nika se subió al carro y observó cada movimiento. Desde aquí podía, gracias a su agilidad y velocidad, saltar en cualquier momento y desaparecer en la penumbra, pero ¿qué ganaría con ello?

—Pueden luchar contra viejos y viejas, ¡muy impresionante, chicos!

Necesitaba ganar tiempo.

—Nosotros no peleamos con mujeres. Les hacemos otra cosa —explicó Casco Puntiagudo.

—¡Atrápala! Esta moza es mía. —Parecía que Cerbero se había enamorado de ella de inmediato.

Para entonces, el resto de los soldados había doblado la esquina. Empujaban a algunos de los campesinos delante de ellos. Los prisioneros solo podían dar pequeños pasos debido a los grilletes que les rodeaban los tobillos; también tenían las manos atadas a la espalda.

Cuando Slim vio a Nika de pie en el vagón, la miró con los ojos muy abiertos antes de volver la cabeza hacia otro lado, estupefacto. Cerbero no era el líder porque sí, ya que se había dado cuenta de la reacción inmediatamente.

—Solecito, ¿conoces a esta dama de negro?

—No. Nunca la había visto.

¿Cómo puede una persona mentir tan mal?

—Escúpelo…, ¿quién es ella?

Slim no dijo nada. ¿Por qué? ¿Esperaba que ella lo ayudara? Cierto,

no había nadie más en las inmediaciones que pudiera hacer algo por él. Casco Puntiagudo sacó una daga de su cinturón, no se demoró demasiado y clavó la hoja en la parte superior del brazo de Slim, hasta la empuñadura. Los gritos de Solecito llenaron el aire de la noche y los hombres rieron al unísono, al menos no estaban contando a coro.

—De nuevo, ¿quién es ella? —Cuando Slim no hizo ningún esfuerzo por hablar, sino que gastó toda su energía en gemir, Cerbero le señaló el otro brazo.

Slim gritó de dolor, de furia y de impotencia.

—¡Es un cuervo! Es una conocida del viejo cuya granja quemaste ayer. Y amiga de la niña.

—Tal como había sospechado. ¡Realmente! ¡El cuervo! Hombres, quiero llevármela viva —sonó como una orden.

—Me lo imagino, Cerbero —rio asquerosamente Casco Puntiagudo.

Cerbero ignoró el comentario.

—Esto explica su hábil manipulación de objetos afilados. ¿Y una amiga de la niña, dices? Eso explica por qué va saltando por el carruaje como una pulga.

Nika frunció el ceño ante el genuino entusiasmo que mostraba el líder. Sonriendo, Cerbero dibujó un gran círculo en el aire con la punta de su espada para subrayar lo que dijo a continuación.

—Si estás aquí por la niña enferma, estupendo. Si sigue viva, acabaremos con ella ahora.

Hasta ahora, la pequeña figura sobre la cama del carro no se había movido ni había dado señales de vida. Nika apretó los dientes. ¿Hanne ya estaba muerta? Cerbero señaló a dos hombres y luego al carro. Los soldados se acercaron inmediatamente a la cama de carga por la parte trasera. Cerbero levantó su arma y la blandió hacia ella.

—Tira tu espada y baja del carro.

Nika era plenamente consciente de lo que ocurría. Aquel bastardo sabía que tenía la sartén por el mango. ¿Qué pasaría a continuación?

¿Debía atacar a los dos soldados que se disponían a bajar a Hanne del carro? Si lo hacía, perdería la ventaja de su posición superior en el carro y la atacarían por todos lados. Cerbero añadió despreocupadamente:

—No obedecerá. Saca a la mocosa de la plataforma de carga y hazla pedazos.

Uno de los mercenarios arrastró el fardo fuera del carro, de modo que aterrizó con un golpe en el suelo. Luego levantó su arma de dos manos por encima de la cabeza preparándose para el golpe que partiría el cuerpo en dos. El mercenario miró a su líder como si esperara la orden final para llevar a cabo la ejecución. A pesar del fuerte golpe, no se veía ningún movimiento procedente de la figura atada. Nika sabía que no era el momento de cuestionar la indudable maldad del mundo. Su rabia adquirió una dimensión que ni ella misma podía imaginar posible. Sintió que su calor interior aumentaba aún más. El fuego abrasador de los establos en llamas era frío en comparación.

Cerbero asintió al hombre de la espada.

Los pensamientos de Nika daban tumbos por su mente.

—¡Espera! Me rindo.

Si había la más mínima posibilidad de que Hanne siguiera viva, tenía que aprovecharla. No podía huir, si lo hacía, matarían a Hanne en el acto. El mercenario del arma se detuvo.

—¿Te rindes? Pues tira el arma, pedazo de mierda —gruñó el líder de la armadura roja.

Nika arrojó su espada corta, cuyo extremo puntiagudo se clavó en el suelo cubierto de hierba. Su empuñadura tembló momentáneamente.

—¡Ya era hora! —el líder sonrió victorioso. Sus dientes blancos y brillantes y sus líneas de risa formaban una sonrisa radiante. Señaló con la cabeza a los soldados que estaban cerca de Hanne—. Maten a la niña de todos modos. Deberíamos haberlo hecho ayer —miró a Nika

mientras mantenía su mirada lasciva—. Cuervo, ¿ya te has dado cuenta de que has cometido el gran error de enfrentarte a mí?

En un abrir y cerrar de ojos, Nika decidió que mataría a ese hombre, pasara lo que pasara. Le miró a los ojos. Su mirada decía: *antes de que parpadees de nuevo, habré sacado una daga de mi bota y te abriré en canal. Serás el próximo cadáver. Aunque después todos tus mercenarios salten sobre mí.*

Los ojos de Cerbero se entrecerraron. Como soldado experimentado, ahora parecía comprender que no debería haber subestimado a aquella mujer extraordinaria de cuero negro. La daga de su bota derecha estaba lista y a la espera. Con un movimiento de muñeca apenas perceptible, el brazalete de púas venenosas se deslizó hasta su mano. Vio cómo el hombre volvía a levantar la espada y la clavaba en el pecho de la niña sin pestañear. A Nika le resultaba familiar el sonido, pero esta vez el horrible crujido causado por la hoja al atravesar costillas y órganos le hirió físicamente los oídos.

La rabia de Nika estalló. Sintió que se derretía. El calor la había golpeado por sorpresa, pero no le resultaba incómodo. Sus ojos parecían arder en sus propias órbitas. Muerte, muerte, muerte deseaba. *¡Tú primero, Cerbero!*

La hierba seca bajo los mercenarios fue lo primero en arder, como iluminada por una mano fantasmal. Los hombres miraron incrédulos las lenguas salvajes que ardían entre sus piernas.

Nika se había equivocado. Cerbero no fue el primero en morir. Casco Puntiagudo, que estaba a su lado, cayó al suelo jadeando. Se llevaba las manos a la garganta. A su alrededor podía oír suaves siseos. No entendía lo que estaba ocurriendo, pero cualquier cosa que sorprendiera e incluso matara a los mercenarios solo podía ser buena.

En ese momento, los dos mercenarios más cercanos saltaron sobre la cama del carro y se abalanzaron sobre ella. Nika se giró justo a tiempo, cortando el estómago del oponente a su izquierda con un golpe ascendente. Utilizó el dorso de su mano con púas para golpear directamente en medio de la cara del otro hombre. El hombre la miró

un segundo, antes de caer de lado. El veneno tardaría un momento en hacer efecto, pero su golpe había sido lo bastante fuerte como para destrozarle un lado de la cara.

Se oyeron gritos por todas partes. Un tercio de los mercenarios se agarraban la cabeza con las manos mientras la sangre manaba de entre sus dedos. Bailaban, se balanceaban y daban tumbos en la conflagración antes de desplomarse, y luego solo se retorcían mientras las llamas lamían sus torturados cuerpos. Flechas con plumas de colores se clavaban en sus cabezas y gargantas.

Una mujer alta con un arco largo apareció de detrás de una valla de madera que dividía el corral de los prados. Con una facilidad que solo podría describirse como implacable, sacaba flechas de su carcaj, las clavaba, extendía el arco y las dejaba volar, una tras otra. Una canción de muerte, pues tras cada zumbido de la cuerda del arco se oía un grito. ¡Zing! ¡Argh! ¡Zing! ¡Argh!

La desobediente Sagitta y su banda habían llegado justo a tiempo. Nika arrasaba con furia ciega a los mercenarios sobre la hierba ardiente. Apenas sentía el fuego. Tres hombres la atacaban simultáneamente. El de en medio fue alcanzado por una flecha en la espalda; se tambaleó hacia ella mientras moría. Los otros dos continuaron su ataque. Nika giró hacia un lado y alcanzó a uno de los asaltantes en el muslo. Más flechas terminaron el trabajo.

La emboscada de los bangesi con sus arcos largos tuvo un efecto devastador. Los gritos de los moribundos se oían por todas partes, pero ahora Nika solo tenía los ojos puestos en el pequeño cuerpo sin vida que había en el suelo. Se precipitó hacia él, se arrodilló y tomó una pequeña mano entre las suyas. ¡Frío! Inmediatamente supo que la vida había abandonado a la niña, incluso antes de que el mercenario la apuñalara. Hanne llevaba muerta bastante tiempo. Nika se olvidó de todo lo que la rodeaba. La pena la embargaba con una fuerza que nunca había creído posible. Ignoraba por completo la batalla que seguía librándose a su alrededor. Con cuidado, retiró la capucha de la cabeza de la niña. Unas pupilas sin vida la miraban fijamente.

Nika aguantó las ganas de frotarse los ojos. La niña muerta no era Hanne, sino un niño de siete u ocho años. Se puso lentamente en pie. Algunos de los guerreros bangesi habían formado un círculo protector a su alrededor. Les saludó con la cabeza. Tras el alivio de no haber descubierto el cadáver de Hanne, su cuerpo volvió a llenarse de furia. Con la furia llegó el desprecio. Y con el desprecio, vino el odio. ¡Cerbero!

¿Dónde se escondía ese miserable pedazo de mierda mercenaria? Su odio exigía purgarse. Malhumorada, escrutó la escena. Quería encargarse de él personalmente, pero no estaba por ninguna parte. ¿Habría conseguido huir o estaba tirado en el suelo, con la hierba ardiendo a su alrededor? Volvió a mirar y pateó algunos cadáveres para poder ver sus caras, pero Cerbero no estaba entre ellos.

—Ha huido. Huyó lo más rápido que pudo, hacia los caballos —dijo Slim, que estaba arrodillado, encadenado en el suelo, lejos de las llamas.

Nika decidió interrogar primero al idiota.

—¿Dónde está Hanne?

Slim inclinó la cabeza.

—Se llevaron a la chica ayer.

—¿Cómo?

—En un carruaje de nuestra granja, porque ese carro de ahí… —señaló la carreta en llamas del abuelo—… estaba demasiado destartalado. Realmente no sé a dónde fueron. Cerbero dio las órdenes, él sabe.

—¿Quiénes se la llevaron? —gruñó Nika.

—Ocho mercenarios se llevaron a Hanne. Está viva. Por favor, libérame. No puedo hacer nada contra lo que ha pasado, yo también soy una víctima —señaló con la barbilla la parte superior de su brazo, que sangraba copiosamente por el corte—. Y esos cerdos arrojaron a mi padre al fuego —sollozó.

—Dime, ¿qué quieren hacerle a una niña?

—No lo sé. Nos tendieron una emboscada y querían oro. Aunque… —dudó.

—¿Aunque qué? —gruñó Nika. Empezaba a perder la paciencia.

—Preguntaron por tus amigos: otro grupo de mercenarios liderado por ese tal Woguran. Ya los conoces… los veinte mercenarios que… eh… bueno… eh… ¿recuerdas que acabaste con el último en nuestro patio?

Nika gimió.

—¿Qué les dijiste, boca floja?

Levantó la mano.

—¡Nada! De verdad. Temía que nos mataran a todos en el acto si les revelaba que los veinte estaban muertos. Muertos por un solo cuervo.

Nika se quedó inmóvil mientras el fuego seguía extendiéndose. El hecho de que Cerbero y sus hombres hubieran estado arrasando hasta tal punto esta zona no podía deberse a la casualidad. Solo los perdedores se escudan en la casualidad y el destino. La casualidad sigue siendo el mayor enemigo de la lógica, ¡recuerda!

Con un gran esfuerzo, Slim se apartó de las llamas. Nika no sintió el calor en absoluto, pero sus fosas nasales la sacaron de su furia. Apestaba terriblemente a carne quemada, a sangre y a muerte. Cogió un cuchillo y cortó los grilletes de los tobillos de Slim, luego los de las muñecas. Sagitta estaba a su lado y preguntaba:

—¿Liberamos a los demás?

—Sí. Los granjeros ya han sufrido bastante.

El campo humeante se despejó rápidamente. El carro del abuelo seguía ardiendo, en contraste con la tierra oscura y quemada que lo rodeaba. La gente se reunió ante la casa principal. Una anciana atendió el brazo de Slim.

—Voy a tener que cosértelo —murmuró antes de salir corriendo a

buscar aguja e hilo.

Los guerreros bangesi miraron hacia atrás, asombrados, hacia el campo en llamas con sus cadáveres humeantes, y luego se miraron unos a otros, desconcertados. Los campesinos supervivientes, por su parte, miraron perplejos a los bangesi, que les habían salvado la vida. Este hecho y el exótico aspecto de la banda recién llegada aumentaron su desconcierto general. Atónitos, miraron primero a la guerrera con su arco largo. Luego, como de mutuo acuerdo, se volvieron para mirar a Nika.

—Trae agua y asegúrate de que el fuego no se propague más. —Nika se volvió hacia Sagitta y los bangesi—: Han llegado en el momento justo —hizo un amago de reverencia—. Y su idea de encender la hierba con flechas de fuego ha sido excelente.

Con un porte inescrutable, Sagitta replicó:

—Estos hombres poseían incluso menos honor que los jovali. Pero no entiendo tus elogios. No disparamos ninguna flecha de fuego.

Esto sorprendió a Nika. Miró hacia el campo quemado con el ceño fruncido.

—¿Qué... qué ha pasado?

Gabim sugirió:

—Tal vez una chispa voló a la hierba desde los establos.

Nika asintió lentamente.

—¡Gracias! —sollozaron dos mujeres, cayendo de rodillas—. Nos han salvado la vida a todos. Son hombres y... y mujeres valientes. Nunca hemos visto a mujeres luchar así. ¿Dónde están los soldados de nuestro rey? Se supone que deben protegernos.

Nika pensó que era mejor no hacer ningún comentario al respecto.

—Debo seguir inmediatamente al líder de esta chusma a caballo: este tal Cerbero. ¿Puedes quedarte aquí por el momento y ayudar a la gente?

Sagitta no dijo nada, pero estaba claro que no le gustaba que la

volvieran a dejar atrás.

—Mientras tanto, todos pueden aprender a montar. Los mercenarios ya no necesitarán sus caballos. Volveré tan pronto como pueda.

Los ojos de la guerrera bangesi brillaron, pero de forma conciliadora. Ansiosa, se volvió hacia Slim y le preguntó:

—¿Nos enseñarás a montar?

Asombrado, Slim miró a la alta mujer.

—Sí, por supuesto. Nos salvaste a todos. No lo olvidaré.

Entonces Nika se volvió hacia Slim.

—Necesito el caballo más rápido, ¡ahora!

Slim asintió con la cabeza e hizo un gesto a la mujer que le estaba curando la herida del brazo para que se detuviera un momento. Condujo a Nika al prado. Espantados por el fuego, los animales corrían de un lado a otro, con los ollares encendidos. Slim consiguió calmar a una esbelta alazana. Le dijo:

—Llévate a esta. Se adapta a tu peso, es rápida y no se rinde fácilmente.

Nika no necesitó silla, montó en la yegua y se fue al galope.

Atención

La sala del trono del rey del sur era uno de los lugares que Karson más odiaba. De ahí que le costara un esfuerzo considerable entrar en él. Schohtar le había mandado llamar. Los rasgos de su rostro se congelaron, y su desdicha se completó cuando vio al duque Mondek arrodillado devotamente ante Schohtar. Sin embargo, el hecho de que ahora pudiera imaginarse pateando al duque directamente en el culo mejoró un poco su humor.

El trono de Schohtar, una impresionante estructura de oro, marfil, ébano y joyas, subrayaba de forma tradicional las pretensiones de liderazgo de su ocupante.

—Majestad —dijo Karson, con la voz cargada de deferencia, ¿o de desdén? ¿Cómo definir la diferencia cuando se trataba de Schohtar? No concedió al duque ni una mirada ni un gesto ni siquiera una palabra.

—Ah, mi querido Karson —dijo Schohtar, saludándolo amistosamente.

Mi querido Karson. La condescendencia y la ironía contenidas en esas tres palabras durarían toda la vida a la mayoría de los hombres. El duque Mondek se puso en pie a su lado, hinchándose como un pavo.

—¿No vas a rendir homenaje también a tu duque? Como sargento, estás por debajo de mí en el orden jerárquico, después de todo.

—¿Rendir homenaje al hombre que me sentenció a muerte e hizo que me ejecutaran? ¿Cómo funciona eso, si no le importa que se lo pregunte?

Claramente de buen humor, Schohtar se rio.

—Ya, ya. Dejen de discutir. Mondek, no seas tan pretencioso. Karson, no seas tan vengativo. —Schohtar estaba mediando como un rey. Utilizando un gesto simbólico como ayuda, juntó sus manos en la

punta de los dedos—. Te prometí el título de almirante, ¿no? Me encargaré de ello ahora. Mientras, estás en compañía de tu amigo, Mondek.

—Majestad, ¿me permite unas palabras? —sugirió Mondek.

El modesto duque claramente quería deshacerse de Karson, presumiblemente para poder sugerir un modesto veto en privado. No esperaba que el sargento serpiente fuera tan astuto.

—Karson se queda aquí. Pero puedes hablar libremente, mi buen hombre.

Mondek soltó:

—¿Cómo puede confiar en este desertor? ¿Cómo pudo...? —Tratando claramente de recuperar la compostura y de hacer que su voz sonara lo más diplomática posible, continuó—: Por favor, ayúdeme a entender qué le ha influido para... para ascender a este... individuo... a tan alto rango militar.

Inusualmente, Karson estaba de acuerdo con Mondek en este asunto. *¡Ayúdame a entender también!* El rostro arruinado de Schohtar seguía siendo amistoso, en la medida en que el sargento podía interpretar los rasgos distorsionados del rey. Pero un tono gruñón se había instalado en su voz.

—¿Me equivoco o estás cuestionando la toma de decisiones de tu rey?

Una pregunta cuya respuesta bien podría ser elegir entre la horca o la cabeza cortada. Mondek, claramente aterrorizado, volvió a arrodillarse.

—No, Majestad, nada más lejos de la realidad. Lo único que quiero es comprender. Lo único que quiero es servir.

—Mondek, lo has entendido al revés. En primer lugar, servir, entonces, es posible entender.

—Pero por supuesto, Su Majestad.

Karson se quedó allí de pie, sin involucrarse, y tratando de no revelar el desdén que sentía por esta farsa.

—Karson está de nuestro lado. Ha decidido que quiere que yo sea su rey. Mondek, ¿no es cierto que te morías de ganas de visitar personalmente a nuestro buen sargento en su celda y recuperar el frasquito de veneno? ¿Y no es cierto que no había sido tocado? Ergo, ¿no es cierto que su predicción era errónea?

La mueca de tortura en el rostro del duque era casi divertida de observar. Lleno de calidez, Schohtar se volvió hacia Karson.

—Has decidido vivir. Has decidido ponerte a mi servicio. Eso me complace.

El odio de Mondek tuvo que ser considerablemente mayor que su ingenio, porque hizo un segundo intento de insurgencia.

—Majestad, usted sabe lo leal que le soy. Es solo por amor a usted que mi corazón me ordena advertirle que este hombre seguramente lo traicionará. No apoya sus objetivos. No puede confiar en él.

Schohtar permaneció impasible, aunque sus ojos brillaron.

—Solo porque te quiero te lo explicaré por última vez. Fuiste tú quien sugirió específicamente la idea del frasco envenenado y su elección asociada entre el suicidio y la obediencia. El buen sargento se ha decidido por la obediencia..., debemos reconocer su decisión y darle una oportunidad.

Vamos, Mondek..., ¡reacciona! Vuelve a contradecirle. No te dejes avasallar.

Por desgracia, el duque no dijo nada. El hecho de que tuviera que forzarse a mantener los labios apretados no parecía interesar a Schohtar.

—¡Adelante!

Karson caminó un poco hacia el rey.

—¡Arrodíllate!

Karson se arrodilló e inclinó la cabeza respetuosamente. Schohtar se

levantó de su trono.

—¡Sargento Karson! Yo, Schohtar Tomur, rey del sur de Toladar, te nombro comandante de mayor rango de mi armada. Sirve a mis objetivos y a tu patria y también servirás a tus objetivos. ¡Levántate, almirante Karson!

Mondek parecía que alguien con estiletes puntiagudos le estuviera poniendo los dos pies en la cara. Schohtar miró a Karson a los ojos antes de sonreír alentadoramente al duque.

—Esto, por cierto, significa que estás en pie de igualdad con el buen duque a los ojos de la sociedad. Así que, ahora que ambos sirven a su rey desde el mismo nivel, me gustaría que fueran amigos.

El duque Mondek habló apretando los dientes.

—¿Cómo vamos a explicar esto al pueblo? Después de todo, todos piensan que nosotros lo ejecutamos.

—Buena observación, Mondek. Realmente aprecio cuando piensas con los pies en la tierra. Pero cada cosa a su tiempo. Por ahora, lo mantendremos en secreto. El hecho de que tenemos un nuevo almirante a nuestro servicio, ni una palabra..., ¿está claro?

—Por supuesto, Majestad —el duque asintió como un pájaro carpintero borracho.

—¿Está claro para ti también?

—Ya estoy muerto y tan tranquilo como mi tumba.

—¡Ja! ¿No lo ves, Mondek? Nuestro nuevo almirante posee un ingenio verbal muy refrescante —pero parecía que Schohtar había llegado al límite de su humor—. ¡Fuera de aquí! —añadió el rey sin ambages.

Mondek se dio la vuelta y Karson le siguió a una distancia adecuada. Adecuada solo porque no soportaba estar cerca del duque.

—¡Tú no, almirante!

Karson se detuvo. Cuando Schohtar dijo almirante, se refería a él. Se volvió de nuevo y caminó hacia el trono. Schohtar puso las manos

sobre el regazo y esperó a que Mondek saliera de la sala y cerrara la puerta tras de sí. Solo ahora lo miró, como un padre que ha sorprendido a su hijo robando una manzana del huerto.

—¿Qué haré contigo?

—Para empezar, me has nombrado almirante, eso debería bastar por el momento.

A Schohtar no parecía hacerle ninguna gracia.

—Tenía una apuesta con Mondek. Estaba convencido de que beberías el veneno. Aposté contra él, porque ya sabía que ganaría.

Karson sintió que el sudor le corría por la espalda. ¿Adónde quería llegar el rey?

Schohtar se puso en pie, se acercó a un cofre de ébano que había junto a la pared y abrió el cajón superior. Sacó de él un frasco lleno, se volvió hacia Karson y le arrojó el frasquito. El recién nombrado almirante atrapó el recipiente hábilmente con la mano derecha. Sentía que el sudor empezaba a empapar la parte trasera de sus pantalones.

—Tus reflejos están en orden. Me alegro. No es que me hubiera gustado que la botella se rompiera en el suelo y que la gente creyera que habías hecho pipí en mi salón del trono —gruñó Schohtar.

—¿Qué... qué quieres decir? —El sudor le llegaba a las rodillas.

—Me he estado preguntando cuánto tiempo más toleraré tu orina cerca de mi trono. Como ya he dicho, sabía que iba a ganar, de un modo u otro, porque confiaba en tu inteligencia. Eso sí, hubiera preferido que hubiera sido de la otra forma.

De repente, Karson se quedó sin fuerzas. Ni siquiera era capaz de enfadarse o ponerse rojo. Al contrario, estaba seguro de que su cara daba la impresión de un sudario de muerte.

—¿Por qué no se lo dijiste a Mondek?

Schohtar levantó el índice derecho.

—Estrictamente hablando, nunca me traicionaste, eso habría sido imperdonable. ¿Recuerdas haber navegado con mi galeón hasta el

puerto de Cragwater con la intención de capturar a Karek en el último momento?

—Nunca lo olvidaré mientras viva. Porque ese fue el día en que lo perdí todo, incluso a mi hija.

—Muy triste, en efecto —dijo Schohtar impertérrito—. Pero se relaciona con lo que he estado considerando. ¿Qué fue lo que te impidió desertar en el puerto? Podrías simplemente haber entregado La Voluntad de Schohtar, pedir perdón a ese pelele de Tedore, y entonces habrías vuelto a tener todo lo que te era querido. Incluso a tu hija.

¡Maldita sea! Karson se había hecho la misma pregunta mil veces durante su reclusión en el torreón. No dijo nada. Schohtar frunció lo que quedaba de sus labios.

—Yo lo veo así: hasta ahora no me has traicionado. Lo peor que has hecho es intentar huir. Un hecho que no me gusta, por supuesto. Debes entender que lo desapruebo totalmente.

¿Qué podía decir a eso?

—Rogat, tu viejo amigo, nunca se habría subordinado a mí, ni en cien años. Cuando vino arrastrándose hacia mí y me suplicó que perdonara la vida a sus hombres, no tuve más remedio que obligarte a acabar con él. Permitir que Rogat viviera habría sido demasiado arriesgado.

A Karson esto le resultaba casi insoportable. Se sentía mareado, y aun así tuvo que repetir la pregunta.

—¿Por qué… por qué te lo guardaste para ti? —balbuceó—. Mondek y Karni se habrían divertido conmigo —se oyó susurrar.

—No podía mostrar ningún signo de debilidad frente a Mondek. Pero hemos llegado al final de la asta, Karson. Ahora estás en equilibrio sobre una pierna. Es tu última oportunidad —la voz de Schohtar sonaba tranquila, pero temblaba de furia. Sus ojos de botón perforaban profundamente la mente del almirante de orejas húmedas.

Karson sintió que se le erizaban todos los pelos. *Tendré que moverme*

con más cuidado que una gallina en la guarida de un zorro, admitió derrotado. Inclinó la cabeza con devoción.

—¿Qué debo hacer, Majestad? Diga su palabra y sucederá. —Karson incluso se sorprendió a sí mismo al darse cuenta de que en ese momento hablaba en serio.

Schohtar lo percibió claramente, pues respondió de forma algo más conciliadora:

—Como recompensa por tu desobediencia y por haberme decepcionado, te convertirás en el mayor almirante de la historia de Toladar. Conquistarás Akkadesh en mi nombre. Me harás rey de Soradar, de modo que no solo el sur de Toladar, sino todo el sur de Krosann estará en mis manos. Entonces, podremos darlo por terminado.

Karson palideció por segunda vez. Esta sala del trono parecía especialmente diseñada para vaciar los rostros de coraje, de voluntad y de sangre. Había una cosa que Karson sabía: este hombre había surgido de los más pérfidos y perversos bajos fondos para ocupar su lugar en este llamativo trono y así llevar su despiadado juego de poder hasta el final. ¿Quién podría detenerle?

Karson ya no tenía ningún deseo de resistirse. Se oyó a sí mismo susurrar:

—Akkadesh es probablemente una de las ciudades mejor fortificadas de todo Krosann. Si el enemigo ataca desde el interior, se topa con murallas tan altas como las Montañas de la Torre. Y se sabe que el puerto es inexpugnable: su boca es estrecha y siempre está bien vigilada. ¿Cómo va a funcionar esto?

—¡Funcionará! Ahora, escucha atentamente, almirante...

El hoyo

Habían avanzado a buen ritmo en su pequeño velero, remontando el río Invierno en dirección oeste. A Impy le recordó la vez que habían remado en el Kang. No vio ningún cocodrilo, pero al menos sus cuatro amigos cadetes estaban con él esta vez, por no mencionar a los diez jovali y a cuatro soldados del rey. Se consideraban guardaespaldas del heredero real, el príncipe Karek Marein. El jefe de los guardias se llamaba Durnrost y permanecía siempre cerca de su protegido. Para Karek, los diez isleños y sus amigos eran compañía más que suficiente, pero su padre había insistido en una protección adicional.

Los soldados reales no molestaban lo más mínimo a Impy. Hábiles en el combate y leales, garantizaban la seguridad de los demás viajeros. De todos modos, el capitán Durnrost parecía un tipo alegre, que reía mucho y sabía contar historias de forma entretenida. A Impy le había caído bien desde el principio.

Por otro lado, desconfiaba profundamente de Torquay. El jovali seguía como si hubiera aceptado que era Brawl quien mandaba, pero su mirada decía otra cosa. ¿Estaba contento con la situación? Impy no podía entender a Torquay, lo que no hacía más que aumentar su escepticismo.

Las miradas divertidas del isleño no parecían molestar a Brawl lo más mínimo, pero, de nuevo, él no tenía miedo de nada. A Impy le gustaba recordar la reciente hazaña de su mejor amigo. Brawl se había enfrentado a seis jovali en duelos a muerte. Zadou, el hermano del alma de Torquay, había perdido la vida en aquella ocasión —a manos de Brawl— y el jovali nunca se lo perdonaría. De hecho, Impy comprendía muy bien los sentimientos del guerrero; después de todo, él mismo era el hermano del alma de Brawl y lo consideraba el mejor amigo que jamás había tenido. Aunque eran totalmente diferentes, pasaban mucho tiempo juntos e incluso habían compartido habitación en el castillo de Cragwater.

Impy miró de reojo a Torquay, que permanecía inmóvil en la barca, observando alerta la orilla del río. Terrible: el guerrero jovali parecía estar siempre a la caza de algún tipo de peligro, preparándose constantemente para una emboscada. Impy tuvo que admitir que Torquay y los otros jovali ofrecían la mejor protección posible al grupo de viaje. Luego estaba Brawl, el espadachín con más talento bajo el sol, y el príncipe Karek, la mente más brillante que había conocido jamás.

El heredero al trono se las había arreglado de alguna manera para mantener la mano del maestro de espadas ilesa y de una pieza mientras los guiaba a través de las aventuras más imposibles. Era un misterio para Impy cómo el chico gordo y torpe que había conocido se había convertido en un líder tan valiente. Al principio, Brawl no había querido otra cosa que partirle la cara.

Y, por último, pero no por ello menos importante, tenían otro compañero importante en su expedición: ¡Fata! La reina kabo revoloteaba o trotaba entre ellos a su antojo, según le apeteciera. De momento, estaba posada en la proa del velero, apuntando con el pico al viento. A Impy le encantaba esta extraña ave, y el sentimiento parecía ser mutuo. Por lo general, a Fata le gustaba estar cerca de él; nada le gustaba más que picotearle los zapatos.

Aunque era principios de verano, corría una brisa fresca por la mañana, así que se arrebujó en su abrigo. De todas formas, el viento era bueno, pues, aunque la corriente era cada vez más fuerte, las velas del barquito cumplían bien su cometido, permitiendo a la embarcación continuar río arriba. A Impy no le entusiasmaba la idea de tener que remar o bogar. De hecho, probablemente nunca tendría que hacer ninguna de las dos cosas, gracias a su escasa fuerza.

Tenía que haber algunas ventajas en ser tan pequeño como era. Al fin y al cabo, ya lo habían acosado bastante durante dos vidas por su estatura en miniatura, ¿o eran tres? Las primeras palabras que recordaba haber oído de niño eran mequetrefe, gusano, ratoncito y miga de pan. Incluso enano le había parecido demasiado grande y, para la abuela, siempre había sido retoño hasta el día de su muerte.

Unos años más tarde, todo el mundo empezó a llamarle gigante, ogro y torre. Esto le había sorprendido hasta que un día le explicaron el misterioso concepto de la ironía.

Cuando era pequeño, procuraba rodearse de niños tres años más pequeños que él, para que no se notara tanto su baja estatura. Así no se burlaban tanto, pero eso no le ayudaba a tener confianza en sí mismo. Su pecho era tan pequeño que no podía inflarlo y pavonearse por ahí como muchos de sus contemporáneos. En resumen, solo tenía una gran cosa: su bocaza.

Impy había observado muy atentamente cómo Karek se había enfrentado a su propio problema: su peso excesivo. Brawl se había abalanzado sobre él una y otra vez con desprecio, sarcasmo y puñetazos. Había llamado a Karek «bola de mantequilla» y había amontonado penurias sobre su compañero cadete, siendo sus golpes incluso más fuertes que el peso de Karek en aquel momento. Sin embargo, el muchacho apretó los dientes y siguió adelante, sin revelar nunca su origen real. Bajo la apariencia de ser un cadete militar corriente y habiendo adoptado el nombre de Linnek, se había ganado poco a poco el respeto y la amistad de sus compañeros.

Impy nunca olvidaría el día en que Linnek les había revelado que, en realidad, era el príncipe Karek Marein y el heredero al trono de Toladar. Pero lo más sorprendente de Karek solo se hizo evidente más tarde: seguía siendo la persona que Impy había conocido por primera vez, y eso era lo que más valoraba del príncipe. Es cierto que Karek ya no era tan gordo y pesado como antes, y que ahora irradiaba una autoridad única en él, pero básicamente seguía siendo su viejo amigo Linnek.

Desde el principio, Brawl se había librado de Impy, ya que el regordete Linnek siempre había sido un objetivo más gratificante. Además, el pequeño había sacado de quicio a sus compañeros al insistir en que no se dirigieran a él por su verdadero nombre, Stobomarik, sino que le siguieran llamando Impy. Brawl le miró con sus ojos pálidos.

—¿Qué estás cavilando? Piensas demasiado.

—Eso es porque yo también tengo que pensar por ti.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Verás, el cerebro..., para algunas personas..., sigue siendo un contenedor torpe y engorroso.

—Escucha, mequetrefe. Por eso mis brazos con sus puños trabajan más ágilmente.

Brawl preparó sus puños para golpear, su rápida respuesta verbal ya había demostrado que su cerebro no era un palo en el barro. Impy sonrió, añadiendo mentalmente otro nombre a la larga lista de apodos que se le atribuían: mequetrefe. Impy no podía dejar el asunto en paz, debía tener la última palabra.

—Siempre me ha llamado la atención que no te andes con rodeos, viejo amigo Brawl.

Karek sonrió y Blinn se rio de la pareja. Eduk prefería pasar desapercibido, pero las comisuras de sus labios se curvaron discretamente hacia arriba. En cuanto a los guardias reales, solo su líder, Durnrost, soltó una carcajada, mientras que Torquay y los demás jovali o bien no reaccionaron o bien parecieron no inmutarse. Las bromas eran un misterio para ellos, nunca habían aprendido a reír. Cuando Impy miraba a los jovali y sus rostros impasibles, se sentía aún más ridículo por su falta de estatura. El capitán del velero se volvió hacia Karek:

—Por la tarde probablemente ya no podremos avanzar río arriba. Tú y tus seguidores deberían desembarcar.

Karek respondió:

—Hemos llegado más lejos en tu barco de lo que esperaba, capitán. Muchas gracias. Espera aquí hasta nuestro regreso; creo que volveremos a vernos dentro de cinco o seis días.

El hombre asintió y volvió al timón. Ahora era el momento. Impy saltó a la orilla. A partir de aquí, seguirían a pie. El invierno había

disminuido considerablemente, incluso podían cruzar el río a nado. Ya habían dejado atrás el castillo de Primavera Invernal, sede del duque Ransorg. En el camino de vuelta harían una parada allí para reunirse con el rey de Alandar. *Sí, abuelita, es inimaginable que tu pequeño retoño se relacione ahora con príncipes y reyes sin pestañear.*

Impy se advirtió a sí mismo que no debía engreírse demasiado. No quería, con su comportamiento, restar modestia a Karek. Era una cualidad admirable en el príncipe. ¡Conoce tu lugar, Impy!

Diecinueve viajeros en total se dirigían por la orilla del Invierno hacia el oeste, con el objetivo de llegar al nacimiento del río. ¿Y después? Impy no tenía la menor idea, pero tampoco le parecía importante. Lo principal era que tenía a sus amigos a su alrededor y suficiente para comer.

Iban cuesta arriba, y cada vez era más pedregoso; así debió de ser durante la ascensión a la montaña de la diosa myrneana, si había que creer a Karek. Lentamente, la noche empezaba a caer. Los jovali estaban tan ágiles y relajados por las tardes como por las mañanas mientras que los soldados del rey y la mano del maestro de espadas se esforzaban, con la tensión claramente escrita en sus rostros. Excepto Brawl, claro, que tenía fuerzas para tres. Impy miró con envidia a su amigo, que marchaba justo delante de él.

—Estoy cansado —dijo Impy en voz alta.

No pasó mucho tiempo antes de que Karek sugiriera acampar en un lugar protegido por rocas. No solía ser posible oponerse a las sugerencias de Karek, en parte porque eran ideas reales y también porque sonaban inequívocamente a órdenes. Impy se sentía agotado, lo que no era de extrañar, teniendo en cuenta que tenía que dar el doble de pasos que los demás.

Tenían suficientes provisiones como para que la caza fuera innecesaria. Brawl, Blinn, Eduk, Karek y él se sentaron en círculo alrededor de la pequeña hoguera y tostaron las rebanadas que quedaban de una hogaza de pan.

—¿Qué crees que encontraremos en la fuente del Invierno? —

preguntó Blinn.

—Agua —respondió Brawl.

—¿Y qué más? —Blinn sonaba molesto: no le estaban tomando suficientemente en serio.

—Quizá también haya peces en el agua. —Impy no pudo evitar apoyar a su buen amigo Brawl.

Eduk soltó una risita que irritó aún más a Blinn.

—Escucha, Karek, ¿por qué no nos deshacemos de esos dos acróbatas mentales? No hay conversación adulta posible cuando están cerca.

El príncipe gruñó y mordió su tostada medio quemada.

—¿Qué sería de nosotros sin Impy y Brawl, Blinn? —murmuró mientras masticaba.

—¡Más listos!

—No seas tan duro con ellos.

—¿Tienes al menos alguna idea de lo que nos espera?

El príncipe negó con la cabeza.

—Para serte sincero, Blinn, no tengo ni idea. No tengo nada mejor que ofrecer que agua y pescado. En eso tienen razón.

Impy y Brawl se saludaron con la cabeza, satisfechos de sí mismos. Después de todo, sus bien fundados cálculos habían recibido el sello real de aprobación. Blinn puso los ojos en blanco. Eduk volvió a soltar una risita que, dada su personalidad, casi parecía una carcajada histérica.

Los jovali estaban sentados en otro círculo cercano. Se repartían las raciones en silencio. Rara vez conversaban, pero escuchaban atentamente la conversación de la mano del maestro de espadas. Algunos de ellos incluso reconocían la imponente muestra de ingenio intelectual: levantaban los brazos, giraban los puños ante sus narices y miraban sin ambages a los cinco compañeros.

El sol desapareció por completo e Impy empezó a bostezar. Poco después estaba tumbado en su colchón desenrollado junto a Brawl. Esperaba con impaciencia lo que le depararía el día siguiente. Con una sensación de satisfacción, se quedó dormido.

Los diecinueve hombres llevaban ya dos días caminando. El río, cuya fuente buscaban, había empezado a parecerse a un arroyo de montaña. Ahora había poderosas corrientes, pero nada sugería su futura transformación en un río, de cincuenta metros de ancho, río abajo. El sendero ascendía abruptamente, exigiendo de vez en cuando una escalada en toda regla.

—Hemos dejado Toladar y ahora marchamos por Alandar —conjeturó Blinn.

Blinn solía acertar cuando daba información.

—No puede faltar mucho. He leído que el camino a la fuente no conduce a lo alto de las montañas, sino que es bastante fácil de alcanzar —dijo Karek, tranquilizando a los demás.

—Sí, probablemente con cabras montesas —baló Impy.

Ante ellos aparecieron más formaciones rocosas. Enormes rocas obligaron a los compañeros a dar repetidos rodeos. Hasta el momento, Impy se las arreglaba bastante bien. Se alegró al darse cuenta de que su resistencia aumentaba y la fuerza de sus piernas se desarrollaba. Siguieron marchando durante un buen rato hasta que se encontraron con una mole de piedra. La enorme roca era como el muro de un castillo imposible de franquear.

—Este es el final del camino —comprobó Impy.

El Invierno brotaba del fondo de la roca, nada más que un discreto arroyo.

—Eso parece —Karek pisoteó el suelo húmedo cerca de la roca. Sus pisadas se llenaron de agua: la zona era pantanosa y el aire húmedo.

Los jovali y los soldados se reunieron en una larga fila y miraron

expectantes a Karek. El príncipe desenvainó su espada y golpeó repetidamente la empuñadura contra la pared de roca. No pudo identificar ninguna parte que sonara hueca. Blinn empezó a buscar algo revelador al otro lado del arroyo. Los diez jovali y los cuatro soldados reales observaron la escena con escepticismo. Durnrost se inclinó ligeramente y preguntó:

—¿Qué buscamos exactamente, Alteza? ¿Hay algo en lo que podamos ayudar?

—Intentamos encontrar la fuente del Invierno, capitán —explicó Karek—. Blinn, tú y Durnrost vayan un poco al norte. Yo echaré un vistazo al sur. Quizá encontremos una alcantarilla o un desfiladero que nos permita seguir más allá el arroyo.

Impy, mientras tanto, se subió a una impresionante roca escarpada que estaba justo delante del enorme muro de piedra. Se sentó y se acomodó apoyándose en un saliente de piedra. Karek y Blinn tardarían un rato en tener una visión general del lugar. La pareja regresó un rato después con aire abatido.

—No hay ningún lugar a lo lejos que nos permita seguir la corriente del Invierno —explicó Blinn—. ¿Y ahora qué?

—¿Y si la fuente brota del otro lado de esta montaña? Quizá tengamos que escalar la cima —reflexionó Karek.

A Impy le gustaba poder contemplar a sus camaradas, para variar, desde su lugar de descanso en el peñasco. Fijó los ojos en Karek.

—No hace mucho oí decir a un librero que el camino a la fuente no lleva a lo alto de las montañas, sino que es bastante fácil de alcanzar.

Brawl se mordió el labio inferior.

—Te refieres a Karek, ¿no?

—Oh, ya no estoy tan seguro de quién lo dijo.

El mal humor causado por lo que era claramente un callejón sin salida ya se había apoderado del príncipe.

—Veo que te has puesto cómodo ahí arriba e incluso te haces el

gracioso, Impy.

—¿Por qué no subes tú también? Hay sitio para uno más.

Torquay se acercó y miró el trono de piedra de Impy.

—Esta es la única roca de este tipo en todo el mundo. Ha sido colocada aquí por manos humanas.

Torquay apenas había terminado su frase cuando Karek corrió a examinar el peñasco más de cerca.

—Debió de ser un humano muy grande —conjeturó Impy desde las alturas.

—Gracias, Torquay. Tu perspicacia es inestimable. ¿Hay alguna forma de que podamos desplazarlo un poco? —preguntó el príncipe.

—¿Qué esperas encontrar debajo? ¿Un pasadizo secreto? —Blinn sonaba escéptico.

—¿Por qué no? La zona no tiene mucho más que ofrecer; mientras tanto, nuestro pequeño Invierno gorgotea alegremente bajo la pared rocosa. —Karek examinó la pequeña grieta de la que manaba el agua.

—Intentemos mover la roca todos juntos.

—Ignoras el hecho de que no hay espacio suficiente para que diecinueve hombres muevan simultáneamente la roca a un lado...

Karek interrumpió a Blinn:

—Intentaremos hacer palanca. Necesitaremos cinco o seis palos gruesos.

Los jovali comprendieron inmediatamente lo que Karek tenía en mente. Algunos de ellos se apresuraron a ir a un bosquecillo de hayas cercano para cortar algunos bastones resistentes. Impy tenía una visión perfecta de lo que ocurría a sus pies.

No pasó mucho tiempo antes de que los guerreros regresaran con palos tan gruesos como sus brazos, varios de ellos incluso más largos que astas de bandera. Algunos de los hombres alojaron las palancas bajo el peñasco.

—Así que, Impy, creo que ya es hora de que abandones tu lugar favorito.

—Que siga sentado ahí arriba o no es completamente irrelevante. No pesa más que una mosca en el trasero de un caballo —dijo Blinn.

—Es una pena. Estaba empezando a sentirme como en casa en mi nuevo alojamiento. —Impy se puso en pie y saltó hacia los demás.

Con su fuerza combinada, cuatro de los hombres empujaron la roca con los hombros mientras otros cinco utilizaban los palos como palancas, consiguiendo levantar un poco la enorme roca. Y efectivamente, la roca se tambaleó un poco hacia un lado. El grupo se detuvo ante el muro y observó lo que la roca había ocultado hasta entonces. Un enorme muro de piedra, nada más.

Karek se rascó la nuca. Estaba decepcionado.

—Hm..., debe haber sido una pista falsa.

Eduk se arrodilló y señaló un montón de piedras en el suelo, que se apoyaban en la pared rocosa.

—¿Qué es esto? —empujó unas cuantas piedras hacia un lado y se hizo visible un pequeño agujero—. ¿Una guarida de zorro?

—¡Enséñamelo! —Rápido como un rayo, Karek se arrodilló a su lado y examinó la abertura recién descubierta—. Es un pequeño túnel en la roca sólida. Ningún zorro sería capaz de hacer un agujero así. Sin duda es obra de manos humanas. O de manos mirneanas —añadió esperanzado. El príncipe metió el brazo—. Parece más profundo. No puedo tocar nada.

Brawl se puso en cuclillas.

—Suficientemente grande para un conejo, uno pequeño.

Desconcertados, se pararon alrededor del agujero. El capitán Durnrost cogió uno de los palos largos y hurgó en el hueco, pero no tenía nada más que decir, excepto que tenía que ser un túnel.

—Si el agujero fuera un poco más ancho, uno de nosotros podría entrar —dijo Impy.

Karek le miró atónito o eso le pareció a Impy. Los otros pares de ojos de la mano del maestro de espadas hacían lo mismo. Le miraban desde todos los ángulos. De repente se sintió más que incómodo en su propia piel. Se preguntó: *¿Realmente acabo de decir que, si el agujero fuera un poco más ancho, uno de nosotros podría entrar por él?*

—¡NO! ¡NO! No quería decir eso. No pensarán que esté tan loco como para meterme en este agujero estrecho, apestoso y oscuro, ¿verdad?

Blinn se inclinó hacia el hueco y frunció la nariz.

—No, no apesta. Impy, es muy valiente de tu parte ofrecerte así.

—¡No lo hice! No lo he hecho.

Eduk asintió, impresionado.

—Ofrecer tus servicios de esa manera, Impy..., ¡admirable!

—¡NO! ¡Nunca!

—Bueno, yo no quepo ahí, sino, lo haría. Solo hay uno de nosotros que al menos puede intentarlo —dijo Brawl.

—No hace falta que digas nada más —replicó Impy con amargura. No se lo podía creer: su viejo amigo Brawl le estaba apuñalando en la espalda.

Karek volvía a hablarle.

—A ver si puedes meter la cabeza. Con tus hombros estrechos, eres casi como un gato. Si puedes meter la cabeza, el resto del cuerpo no será un problema.

—¿Eh? No esperarán que haga de topo y... y... —se quedó sin palabras.

—No tienes más que decir —confirmó Eduk.

¿Desde cuándo Eduk se hace eco de los pensamientos de los demás?, pensó Impy furioso.

—Inténtalo, al menos. Solo es un trecho. Es un túnel excavado en roca sólida, ¿no te pica la curiosidad?

—¡Increíblemente! Podría morir de curiosidad —entonces expresó sucintamente su frustración—: ¡Mierda!

—Sé un poco más positivo, Impy.

—¡Puta mierda!

—¿Te atamos por los tobillos para poder sacarte en cuanto algo te haya mordido la cabeza? —preguntó concienzudamente Blinn.

Espera, Blinn. Me vengaré de ti lo antes posible.

Ahora la reina Kabo asomaba la cabeza por el oscuro agujero.

—¿Quieres meterte ahí, Fata? —preguntó esperanzado Impy.

Fata volvió a sacar la cabeza en un abrir y cerrar de ojos antes de mirar con reproche a Impy como si dijera: «Ningún pájaro sería tan estúpido».

—Sí, sí. Por qué no te lamentas como los demás y me presionas aún más. —Impy se quedó de pie, con los brazos en alto y las manos en su estrecha cintura—. Y, de todos modos, has engordado demasiado para caber ahí.

Impy sabía cuándo estaba derrotado. Mejor aún, sabía cuándo tenía que mostrar valor. Sucedió, que ambos se debían ahora. Valor, una palabra tan maravillosa como hipócrita. La última vez que había demostrado valor le había costado el meñique de la mano izquierda. Se frotó el muñón. ¡Oh, qué bien! Se recompuso hasta tal punto que casi se cae.

—Necesitaré una lámpara de aceite. Puedo empujarla delante de mí.

El resto de la mano del maestro de espadas le miró con orgullo. Claro que estaban orgullosos: otra persona estaba haciendo su trabajo sucio. Pero entonces Impy recordó que ninguno de sus camaradas se había rajado nunca cuando se habían encontrado en situaciones peliagudas. Los jovali y los soldados hicieron lo que mejor sabían hacer: se quedaron parados sin decir nada. Karek se le acercó con una pequeña lámpara de aceite de arcilla y encendió la mecha.

—Ten cuidado cuando te abras paso. Si se estrecha, vuelve a salir. Pero creo que vas a descubrir algo.

Las cosas estaban sucediendo demasiado rápido para Impy. ¿Debería ir a orinar primero? Tonterías, quería acabar lo antes posible. Probablemente avanzaría un par de metros y llegaría a un callejón sin salida. Impy se agachó, miró dentro del agujero y se volvió para mirar atrás.

—Ya no son mis amigos.

Primero metió la lámpara de aceite. Luego estiró los brazos como si estuviera en un muelle, preparándose para zambullirse en el agua. Finalmente, se abrió paso por el estrecho hueco. Desgraciadamente, su cabeza era lo bastante pequeña como para pasar por la abertura sin dificultad. Impy metió después los hombros. Girando un poco, se arrastró aún más hasta que solo sobresalieron sus pies.

—¿Ves algo? —oyó la voz apagada de Brawl. Al menos su amigo parecía un poco preocupado.

El túnel era aún más profundo. Las paredes estaban talladas en una masa de roca. *Todo muy raro*, pensó Impy.

—No hay nada que ver. Continúa —replicó, avanzando la mitad de su cuerpo.

La lámpara solo iluminaba los dos o tres metros siguientes. Impy respiraba entrecortadamente. Inhalar demasiado aire de golpe no era una buena idea; de lo contrario, se pondría tenso. Realmente no estaba disfrutando de su nueva vida como topillo campesino. Las voces de sus compañeros ya solo sonaban como un gruñido general, y no había espacio suficiente para mirar atrás. ¿Debía darse por vencido y arrastrarse de nuevo? Miró en la oscuridad más allá de la luz de su lámpara. Un poco más. Se arrastró un poco más hacia el interior del pozo. Algunos guijarros cayeron sobre su nuca.

Las dimensiones del túnel seguían siendo las mismas: alguien había hecho aquí un trabajo de precisión. Impy empujó la lámpara de aceite un poco más hacia delante. Ahora ya no oía a sus amigos. Una vez,

Brawl había gritado tras él y le había preguntado cómo estaba. Impy no había respondido. *Mierda*, había pensado. El túnel se curvaba un poco. ¿Quién clavaría un martillo en una roca tan escarpada? *Probablemente querrías que te martillearan antes de martillear*, pensó sombríamente.

Impy avanzaba cada vez más por el pasadizo. No tenía intención de arrastrarse tanto. Se relajó y la presión de las duras paredes circundantes pareció disminuir. ¿Cuánto aire le quedaba? Inhaló con cuidado: todo estaba en orden; parecía que también llegaba aire de delante. Llegó a un punto en el que parecía un poco más ancho, de modo que pudo ponerse de lado y mirar hacia atrás. La entrada ya no era visible. No oía ninguna voz. No podía estar tan adentro, ¿verdad? Volvió a mirar hacia delante. ¿Debía arrastrarse un poco más o dar media vuelta? Tenía que recordarse una y otra vez que cada metro que avanzaba, más tarde tendría que retroceder la misma distancia.

No era la primera vez que se prometía en silencio avanzar solo un metro más. Su sensible olfato olía su propio miedo, lo que apenas mejoraba las cosas. El túnel volvió a estrecharse y continuó curvándose ligeramente. Su lámpara de aceite parpadeó. Impy había aprendido que el fuego también tenía que respirar, igual que las personas. Si la llama se apagaba, significaba que el aire era escaso. Sus ojos miraron a través de la llama danzante. No, no podía seguir abriéndose paso. Impy decidió arrastrarse de nuevo. No podía girar, así que tendría que tirar hacia atrás.

Se apoyó en los antebrazos, golpeándose la cabeza contra el techo bajo. No fue duro, pero en el mismo momento oyó un estruendo detrás de él. Se quedó inmóvil. ¿Estaba a punto de derrumbarse el túnel? ¿Tanto le había impresionado? Ahora estaba sudando. El olor de su propio miedo casi le provocaba náuseas. Lo acompañaba una nube de polvo que le dificultaba la respiración. *¡Necesito aire!* El pánico se apoderó de él. Empezó a jadear. ¿Se lo estaba imaginando o había menos aire aquí?

Escapar. Escapar, eso era lo único que importaba. Con ese pensamiento, utilizó los brazos para impulsarse hacia atrás, pero al

cabo de un metro sus botas chocaron con algo duro. Intentó encontrar un hueco con los pies. Entonces empezó a dar patadas, pero no sirvieron de nada. Dio todos los pisotones que pudo. Los escombros no se movieron ni un milímetro. El camino de vuelta estaba bloqueado. Ahora estaba realmente atrapado. Su respiración se hizo más pesada, el aire más tenue. La llama de su lámpara de aceite bailaba en la mecha. Las paredes se cerraban alrededor de su cuerpo sudoroso, literalmente le exprimían la vida. Impy estaba convencido de que su miedo estaba haciendo que su cuerpo se hinchara, llenando el túnel como el corcho de una botella.

Lo único que podía ver era la llama de la pequeña lámpara de aceite. Aún ardía. Un pequeño alivio. Impy se obligó a calmarse, pero sin mucho éxito. Lleno de miedo y frustración, pataleó con fuerza contra los escombros detrás de sus botas. Era inútil. Sus pies no podían liberarlo y dudaba que fuera posible incluso con las manos. Sus opciones se habían reducido de forma alarmante. De hecho, solo le quedaba una: avanzar. Era su única oportunidad de volver a ver la luz del día. Este maldito túnel tenía que conducir a alguna parte y, con suerte, hacerse un poco más ancho o alto. Le dolían los brazos, la cabeza le martilleaba. Nada ayudaba... *¡Impy, topo, arrástrate tan rápido como puedas!*

Si alguna vez salgo de esta situación de mierda, nunca volveré a hablar con Karek y su tripulación, ni siquiera con Brawl.

La presión de la oscuridad pareció disminuir, la respiración de Impy se calmó e incluso pareció volver a encogerse un poco, lo que le permitió avanzar sigilosamente. Pero no por mucho tiempo. Más tiempo en su situación significaba varios metros. El tiempo parecía medirse en metros, su objetivo en metros, su éxito en metros. *¡Vamos, Impy! ¡Arrástrate otro metro!*

El pasadizo se estrechaba de nuevo. Apenas podía apretar los hombros para pasar mientras su nariz raspaba el duro suelo como un arado. Ahora era más estrecho que nunca y se sentía totalmente frustrado. Sufrió un rasguño en el hombro mientras intentaba avanzar con vehemencia. Luego se quedó atascado. Y esta vez no había sido un

ataque de pánico lo que le había hecho hincharse. No, comprobó, con la mente ya perfectamente racional, simplemente estaba atascado y no podía avanzar. Los huesos de la cadera no podían sortear el cuello de botella. Giró un poco sobre su eje. Seguía sin hacer nada. El dolor de espalda empeoraba. No podía avanzar ni retroceder. Estaba tumbado, enterrado vivo. Empezó a llorar. La mayor maldición de su vida ahora le costaría la vida. Si hubiera sido un poco más grande, a nadie se le habría ocurrido enviarlo a este agujero de mierda.

Pensó en su madre. Ahora, más que nunca, recordó la segunda maldición de su vida: su capacidad para reconocer las mentiras. Impy sollozó. ¿Por qué precisamente ahora? Olió la sal de sus lágrimas, como aquella vez. Le dolía recordar cómo había utilizado su talento por primera vez, y cómo solo había creado dolor. Y lo único que había querido hacer era ayudar a su madre. Habían pasado unos días desde su octavo cumpleaños. Mamá había vuelto de su trabajo en el mercado con un hombre.

Durante la cena, el hombre no paró de hablar de lo estupenda que le parecía su madre y de que se veía cuidando de ella y del pequeño diablillo. Mamá estaba muy contenta, pues hacía años que papá había muerto y ella se sentía sola. Impy había olido un engaño: tenía muy claro que el hombre no decía la verdad. Cuando el hombre salió un momento de la casita para usar el retrete, Impy le dijo a su madre:

—Está mintiendo. No decía la verdad. No quiere quedarse contigo.

Su madre le había dado una fuerte bofetada. Impy lloró y no dijo nada durante el resto de la noche. Luego se había pasado media noche despierto en la cama mientras el hombre y su madre gruñían en la otra cama. En algún momento, el sueño lo había liberado. A la mañana siguiente, se despertó y encontró a mamá llorando en el banco frente a su cabaña. El tipo había huido de madrugada, llevándose los escasos ahorros que había reunido durante los tres años anteriores y que había escondido en un calcetín bajo la cama. Mamá le había mirado extrañada con sus ojos húmedos y enrojecidos, y luego le había abrazado. Nunca volvió a mencionar el incidente.

Ser pequeño y reconocer verdades desagradables eran extraños compañeros de cama. Las viejas historias no iban a ayudarle ahora. Reprimió las imágenes: seguía vivo, aunque estuviera atrapado en las profundidades de una cueva y sollozara patéticamente. Sintió la rabia en su interior. Tenía que seguir adelante. De algún modo, consiguió meter el brazo por debajo del cuerpo y desabrocharse el cinturón. Consiguió quitarse los pantalones. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y siguió arrastrándose. Se quitó los pantalones de una patada por encima de las botas, dejando la prenda tras de sí.

Siguió avanzando por el estrecho túnel, repitiendo los mismos movimientos. Con el brazo derecho, empujó la lámpara de arcilla hacia delante. La llama le reconfortó. Con los antebrazos y los pies se impulsó hacia delante. Y otra vez. Una y otra vez. Impy no sabía cuánto tiempo había pasado, pero ahora el túnel estaba más mohoso. El pasadizo olía a humedad. No tardó en tener el estómago lleno de agua. ¡Eso también! No se salvaba de nada.

Había venido hasta aquí para descubrir que el túnel estaba inundado. Sin duda, no había habido agua en este pasadizo durante la época de los myrneanos. Estaba en declive, y cuanto más avanzaba, más subía el agua. La llama de la lámpara se apagó con un silbido: había entrado demasiada agua. Las fuerzas de Impy se desvanecieron con la luz. Estaba solo en la oscuridad, rodeado de rocas. Apoyó la cabeza en el antebrazo y descansó. Era el fin. ¿Había alguna forma de que muriera rápidamente?

Tardó un rato en recuperarse. Ahogarse significaba una muerte rápida. Horrible, pero mejor que morir de hambre en este agujero. Buscó su lámpara apagada y la empujó hacia delante por pura costumbre. Y, de nuevo, utilizó los antebrazos y los pies para seguir avanzando. Oyó cómo la lámpara de arcilla caía por un declive y se hacía añicos. Un sonido que no quería oír.

Estaba claro que el túnel era cada vez más espacioso, tal vez el agua lo había ahuecado. El aire era más pegajoso, ¿de dónde procedía? Tuvo que taparse la boca y la nariz para respirar: el nivel del agua en el pasadizo seguía subiendo. Básicamente, eso se debía a

que el túnel descendía sin cesar. Con los ojos inutilizados, sus otros sentidos tuvieron que encargarse de la orientación.

Percibió que la pendiente descendente era cada vez más pronunciada. Su cuerpo no tardó en deslizarse por sí solo. Sus manos ya no tocaban el suelo, chapoteaba en el agua. Dos cosas parecían llegar a su fin: el túnel y su vida. Tuvo que apretar la nariz contra el techo para respirar el aire que quedaba entre la roca y la superficie del agua. El pasadizo simplemente descendía hacia las profundidades del agua. Impy logró contener las lágrimas. Una sombría determinación se apoderó de él. Reunió todo el coraje que le quedaba. *Te lo vas a jugar todo a una carta*, se dijo a sí mismo.

Exhaló profundamente. Luego respiró hondo y notó cómo su pequeño pecho se llenaba. ¿Estaba exhalando su último aliento aquí? Impy se lanzó al pasadizo inundado y se sumergió. Era un buen nadador y avanzaba a buen ritmo. Sus piernas hacían la mayor parte del trabajo. Con movimientos regulares, como los de un pato, le impulsan hacia delante. Utilizaba las manos como remos, pero mantenía los brazos extendidos delante de él como antenas para que le indicaran el camino. Mantenía los ojos cerrados, pues era imposible ver en la oscuridad.

Impy esperaba fervientemente que el pasadizo le condujera de nuevo hacia arriba, donde había un poco de aire vivificante. Se le acababa el tiempo. Empezaba a dolerle el cuerpo. Siguió pataleando con un ritmo uniforme, el agua seguía llevándole hacia abajo. Se dio cuenta de que ya no chocaba con nada, que ya no estaba constreñido por las rocas, sino que era como si nadara en un lago submarino. ¿Dónde estaba abajo y dónde arriba? Había perdido el sentido de la orientación. A Impy le quedaba poco tiempo antes de que realmente necesitara respirar aire o agua. Demasiado tarde, por desgracia. Un reflejo le hizo abrir los ojos. ¿Quería morir viendo? ¿Aunque no hubiera nada que ver? Sus pulmones gritaban de dolor y su corazón latía con fuerza. *Respirar, ¡tengo que respirar!*

Una luz dorada apareció ante sus ojos y luego ante su conciencia. ¿Una luz? La luz. La esperanza le dio una última pizca de fuerza. Nadó

—ahora sus brazadas eran más lentas— hacia la luz. Por todas partes. Su mente le ordenó no inhalar. Solo le entraba agua en los pulmones. Cada parte de su cuerpo protestaba, pedía aire a gritos. Entonces Impy inhaló. En el mismo momento, su cabeza emergió del agua. Una luz brillante le cegó. Cerró los ojos, se ahogó y escupió. Pero estaba vivo. Sus toses y balbuceos resonaban en las paredes, pero no le importaba. Era un milagro que pudiera toser y balbucear.

Con los brazos chapoteando en el agua, intentó ordenar sus pensamientos. ¿Dónde estaba? Lentamente, volvió a abrir los ojos: las sombras parpadeantes del techo y las paredes de una enorme cueva parecían burlarse de él. Eso era lo que sentía en todo caso, pues de repente se encontraba ante tanto espacio y tanto aire...

Impy vio unos escalones que conducían fuera del agua. Con las fuerzas que le quedaban, nadó hacia ellos y se arrastró por los peldaños. Una vez arriba, se tumbó, cerró los ojos y juró que no volvería a moverse. Su corazón seguía latiendo tan rápido como el de los ratoncitos que solía cazar y dejar libres cuando era niño. Cuando se dio cuenta de lo iluminado que estaba el lugar, volvió a abrir los ojos. Había antorchas encendidas en todas las paredes, ¿quién podría haberlas encendido? La escena le recordó algo que había visto antes. Tardó un rato en acordarse. Había sido así en las cámaras de la bóveda del cementerio donde habían encontrado el reloj de arena. *La luz de los myrneanos*.

A Impy le daba igual, lo importante era que había aire y había luz. Sintió frío en el trasero y recordó que ya no llevaba pantalones. Bueno, aquí no había nadie a quien pudiera molestar su estado de desnudez. Rompió su promesa de no volver a moverse y se puso lentamente en pie. Se irguió y se sintió más alto que nunca. ¡Qué sensación, estar de pie! Los humanos estaban hechos para eso, no para retorcerse bajo tierra como una lombriz.

Impy miró a su alrededor. La superficie del agua de la que había salido centelleaba amistosamente con la luz de las antorchas encendidas. Un lago, un lago subterráneo en una cueva. Se quitó la camisa, se la sacó y se la puso alrededor del vientre. Luego se quitó las

botas con dificultad, vació el agua que llevaban dentro y volvió a ponérselas.

El aire de la gruta era agradablemente cálido. Caminó lentamente alrededor del lago. No era enorme, quizá tres veces mayor que la sala del trono de Tedore. *Este pequeño lago me viene bien*, pensó Impy. En el lado opuesto a la escalinata había dos filas de antorchas, como formando una guardia de honor. Impy se frotó los ojos. Muy notable. Recordar las trampas mortales de la bóveda del reloj de arena no le inspiraba confianza. Estúpida memoria.

Miró con desconfianza la ruta, que conducía a un brillante bloque de piedra amarilla que se elevaba en línea recta y del que sobresalía algo en vertical. Se acercó lentamente, temeroso de que el suelo cediera bajo sus pies o de que le pasaran dardos envenenados por las orejas. O ambas cosas. *He conseguido llegar tan lejos en esta aventura aparentemente imposible que, en realidad, nada malo puede ocurrirme*, pensó tranquilizador. Desgraciadamente, su fe en esa palabra era algo vacilante. *En realidad, debería estar en el castillo de Beachperch, terminando mi formación como cadete militar.*

¿Qué sobresalía de ese bloque de piedra?

Desde lejos parecía un palo o para ser más precisos, un bastón. Llegó a la losa y se detuvo. Algo le preocupaba. Sí, no había telarañas ni polvo, todo estaba nuevo o recién limpiado. Miró a su alrededor y gritó:

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Su voz resonó y sonó chirriante. No obtuvo respuesta. Impy se fijó en las decoraciones artísticas del bastón: letras elaboradas y pinturas de animales. ¿Debería arriesgarse a sacar el bastón? Su mano temblorosa se acercó al objeto de deseo. Simultáneamente, tiró de sí mismo y del bastón.

Al principio, se sintió casi decepcionado, pero luego aliviado de que no hubiera ocurrido nada malo mientras lo sostenía en la mano. Su brazo extendido era un poco más largo que el bastón, y su brazo no era famoso por su longitud. Impy lo hizo girar con los dedos como si

fuera un molino de viento. ¿No debería haber sido una lanza lo que había encontrado? Solo entonces se fijó en la puntita plateada que se había clavado en la losa. ¿Tenía en la mano la lanza del alma de la fuente del Invierno?

Sacudió la cabeza. Después de haber sido casi aplastado, asfixiado y ahogado, ya estaba soñando despierto con un estúpido artefacto myrneano. Sería mejor que pensara en cómo escapar de aquel lugar.

Con el extraño bastoncillo en la mano, se dirigió de nuevo a la orilla del lago y continuó caminando a su alrededor. En el otro extremo de la cueva, descubrió un arco artísticamente tallado, decorado con misteriosas letras y con un camino que se alejaba. Probablemente decía: «Eres cordialmente bienvenido, Impy». Sí, tenía que decir eso.

En cualquier caso, también era un lugar luminoso y acogedor, con antorchas encendidas a lo largo del camino, que lo hacían parecer casi un pasillo del castillo de Cragwater. Siguió la ruta a paso tranquilo. Tenía un hambre terrible y necesitaba orinar urgentemente. ¿Por qué no? Se detuvo e hizo sus necesidades contra la pared. Práctico, esto de ir por ahí sin pantalones. Luego continuó su camino. Curiosamente, el pasillo era completamente recto y de aspecto uniforme.

Cada diez metros, una antorcha ardía a su derecha. También era muy aburrido este camino sin ninguna variedad. Siguió caminando. Y entonces llegó al final y se encontró con... ¡una enorme pared rocosa! Impy empujó contra la roca con su hombro... sin ningún resultado. Nada se movió. Se negaba a creer que este largo túnel se detuviera en un callejón sin salida. Golpeó la pared en diferentes lugares. Nada. Sin saber qué hacer, sintió la necesidad de sentarse y, de todos modos, el cansancio se había apoderado de él. Impy dejó el peculiar bastón a su lado y cerró los ojos.

No sabía cuánto tiempo llevaba durmiendo, pero lo primero que vio al abrir los ojos fue una palanca a la izquierda, en el suelo del túnel. Completamente despierto, se levantó de un salto. La palanca tenía la longitud de la espada Banfor de Brawl. Impy la agarró por el mango y

tiró de ella hacia atrás. Sin éxito: estaba bien atascada. Usó también la otra mano, tirando con toda la modesta fuerza que poseía, con las piernas firmemente plantadas en el suelo. Con un crujido, el agarre empezó a moverse, al principio solo un poco, luego más deprisa. Oyó un crujido y un rasguño, y luego la pared rocosa se deslizó lateralmente con un gemido.

Como paralizado, Impy se quedó mirando a través de la enorme abertura que se había abierto. El canto de los pájaros, la luz del sol y los penetrantes olores del verano llenaron sus sentidos. Se estremeció al sentir la piel de gallina. Se agachó y recogió la lanza decorada que había estado a su lado mientras dormía.

Cuando volvió a mirar hacia delante, vio cuatro caras, a cada cual más fea, que le miraban incrédulas. El primero tenía los ojos pálidos e incoloros y apenas contornos, el que estaba a su lado se distinguía por una larga cicatriz que le recorría la mejilla, el tercero era regordete y de nariz chata mientras que el último parecía aburrido, poco llamativo y probablemente superfluo.

—¡IMPYYY! —Brawl corrió hacia él y lo abrazó con fuerza, como si fuera una marioneta. Lo estaban estrujando hasta la muerte.

Blinn le golpeó juguetonamente en cada hombro. Eduk bailó a su alrededor, dando palmas. Karek esperó hasta que Brawl lo puso de nuevo en el suelo, momento en el que el príncipe le dio un abrazo real.

—Toma, he encontrado esto —dijo Impy, tendiéndole el bastón a Karek. El príncipe miró significativamente a los ojos verdes de Impy, cogió el bastón y lo arrojó descuidadamente tras de sí.

—¿A quién le importa? Me alegro mucho de que hayas vuelto a encontrar la salida —respondió el príncipe y repitió el abrazo.

A Impy le pareció como si hubiera vuelto a nacer. Por segunda vez en su vida, había conocido la luz del día. Y —salvo por las botas y la camisa atada a la cintura— estaba tan desnudo como el día en que nació. Ninguno de sus compañeros hizo declaraciones idiotas al respecto, sino que se sintieron profundamente conmovidos al verle de

nuevo. Se desató la camisa y se la puso. Impy graznó en voz baja:

—¡No vuelvan a pedirme que entre en una abertura estrecha!

Todos le miraron solemnemente. Karek dijo:

—No, Impy, no lo haremos, y eso es una promesa.

La venganza de Schohtar

El almirante Karson paseaba junto a Schohtar por el puerto de Tanderheim. El mar chapoteaba suavemente contra el muelle, gorgoteando amistosamente alrededor de los postes del embarcadero, como si le diera la bienvenida tras una larga ausencia. Karson vestía una armadura plateada de acero pulido. Innumerables plaquetas bellamente trabajadas que se deslizaban suavemente unas sobre otras protegían todas las partes de su cuerpo sin impedir sus movimientos.

Lo único que no le gustaba a Karson era su casco. Schohtar le había ordenado que solo apareciera en público con el casco cerrado. No tenía visera para abrirlo, y nadie podía distinguir quién era a través de la rendija de los ojos. Parecía más una máscara que un casco. Iba a pasar desapercibido. ¿Qué planes tenía Schohtar para él? Este le había prometido que hoy le esperaba una sorpresa. Esto provocó sentimientos encontrados en Karson, ya que las sorpresas habían sido una característica de su vida en los últimos tiempos, y estaba harto de ellas.

Acompañados por veinte soldados con estrellas doradas, se acercaron al astillero. Desde la distancia, pudieron ver la estructura de un barco a medio terminar. A juzgar por su casco de panza redonda, tenía que ser un buque mercante. Pero Schohtar no mostró el menor interés por él, sino que los dirigió hacia un enorme cobertizo. El edificio era más grande que la iglesia de Tanderheim, y eso ya era mucho decir. Karson miró más de cerca. Era una estructura enorme, parecida a un cajón, con sus tablas y su lona orientadas a mantener alejadas las miradas curiosas.

Estaba claro que se estaba construyendo un barco de cuatro mástiles, a juzgar por la parte superior de los mástiles que se asomaban curiosos por encima del edificio. Una entrada lateral vigilada con empinados escalones de madera permitía acceder al hangar. Una vez arriba, doblaron varias esquinas antes de llegar a una plataforma desde la que podían contemplar las obras.

Karson no daba crédito a lo que veía. Ni en sus mejores sueños había imaginado algo así. Miró, boquiabierto, primero de izquierda a derecha y luego de arriba abajo. Tenía ante sí al menos setenta metros de eslora y diez de manga; era el velero más grande e impresionante que jamás había visto. Con ojo experto, reconoció que su altura sugería que tenía tres cubiertas mientras que su mástil principal debía medir unos sesenta metros. Grandes letras en el costado del navío anunciaban el nombre de este monstruo: «La Venganza de Schohtar».

—Comparado… comparado con esta belleza, la Voluntad de Schohtar es un mero bote de remos —tartamudeó Karson. Ese era el nombre del galeón que Karson había comandado por última vez.

—Cuatrocientos artesanos han trabajado en él durante casi tres años. Eso es lo que yo llamo planificación a largo plazo —dijo Schohtar, claramente satisfecho de sí mismo—. Los carpinteros y constructores han utilizado más de mil robles talados en el proceso.

Karson se obligó a apartar la vista del barco y mirar fijamente al autoproclamado rey que tenía a su lado. Schohtar estaba allí de pie: la personificación del orgullo. ¿Y por qué no? A Karson le daban vueltas las preguntas.

—¿Cómo te las arreglaste para mantener en secreto la construcción de semejante gigante durante tanto tiempo?

—Fue fácil, la verdad. Los primeros veinte constructores se quedaron sin lengua a los quince días de empezar a trabajar. No puedes imaginarte cómo eso fomentó el sentido de la disciplina entre los carpinteros, que entonces trabajaron aún más asiduamente manteniendo la cháchara al mínimo. El rey Tedore Marein pensó que aquí se estaba construyendo un barco común o de recreación. Pero este galeón es mucho más que eso. No solo es el barco más grande jamás construido, sino que también ofrece otras sorpresas, aunque de eso hablaremos más adelante.

Con el corazón latiéndole rápidamente, Karson volvió a mirar el impresionante barco de guerra.

—¿Cuántos hombres tiene?

—Más de quinientos soldados y noventa marineros. —Schohtar dejó que esas cifras se asimilaran... con éxito. Y añadió—: Será zarpado mañana. Su capitán es un oficial muy importante de mi reino, un tal almirante Karson.

Un cálido sentimiento de odio recorrió el cuerpo de Karson. Hacía tiempo que había hecho un pacto con ese demonio sin nariz. Ahora se sellaba aún más con este nuevo galeón. Esta máquina de matar era una puta que Schohtar utilizaba para arrebatarle a Karson lo que le quedaba de dignidad. No, él mismo era la puta, comprada no para una noche, sino —lo que es mucho peor— para el resto de su vida natural.

—¿Mañana...? —susurró, atónito y horrorizado a partes iguales. Entonces el marino, el guerrero, el comandante se hizo cargo. Y su vanidad se encargó del resto—. Yo..., bueno, ¡me muero de ganas!

Este acorazado era una de las vistas más hermosas que Karson había contemplado jamás. Esculturas talladas y otras decoraciones le daban un aspecto no solo todopoderoso, sino también asombrosamente resplandeciente. La popa, con sus camarotes de oficiales, parecía un cuadro en dorado y azul marino. El olor a madera nueva le tranquilizaba y le excitaba al mismo tiempo como nunca lo había hecho. Schohtar le miró fijamente a los ojos y pareció gustarle lo que veía, pues asintió con la cabeza.

—Tienes dos días para familiarizarte con el barco. Luego zarparás y tomarás el control de Akkadesh en mi nombre. Ya verás..., quinientos soldados serán suficientes si el momento es el adecuado. Y luego, como la proverbial guinda del pastel, me traerás en bandeja la cabeza de mi aliado, el rey Pares Drullom. Después de todo, se ha ganado un lugar de honor en mi mesa metafórica.

Schohtar sacudió la cabeza en una cómica muestra de fingida frustración.

—La gente es terriblemente desconfiada y dubitativa, por lo que sin duda es una ventaja que se les presente al rey muerto. Sobre todo, si soy yo, y no él, quien va a tomar las riendas de Soradar... ¿o debería decir reinado? —rio entre dientes.

Los pensamientos y sentimientos de Karson iban tan deprisa que no dejaban de tropezarse. No dijo nada.

—Y tengo más buenas noticias para ti —añadió Schohtar con generosidad—. Esta vez, tu amigo especial Karek Marein no frustrará tu plan en el último momento.

Karson miró la cara arruinada. Poco a poco se iba acostumbrando a la vista, y ya no le parecía tan abismalmente fea.

—El príncipe y sus compañeros se han dirigido al norte. Planea reunirse con el nuevo rey, Barason de Alandar.

—¿Qué motivos tiene para ir allí?

Schohtar resopló divertido.

—Quiere afianzar la neutralidad de Barason, o mejor aún, sellar un pacto con él y asegurar así el frente del norte.

—En el fondo tiene sentido. ¿Y crees que lo conseguirá?

—Tal vez..., si trae algunos bloques de juguete y un caballo de balancín con él.

Confundido, miró a Schohtar. Este torció su boca arruinada en una rendija torcida.

—El rey Barason tiene seis años.

Karson enarcó las cejas.

—¿Y Karek Marein no lo sabe?

—Ese listillo no sabe ni la mitad de lo que debería —gruñó Schohtar. Y juntó las manos ante el pecho, como si estuviera apretando el cuello del príncipe.

El nuevo almirante del rey respondió con la boca abierta. Schohtar parecía ir siempre un paso por delante de sus enemigos. Ambos se miraron en silencio, un silencio que confirmaba un acuerdo espeluznante.

—Conquista Akkadesh por mí —susurró el rey.

Karson asintió lentamente. Este demonio no se andaba con rodeos, y él tampoco lo haría.

La Venganza de Schohtar estaba ahora en el puerto de Tanderheim. Había salido del cepo por la mañana sin ceremonias. El nombramiento oficial del barco tendría lugar una vez que regresara de Tanderheim, ya que para entonces —este era el plan, en cualquier caso— la venganza de Schohtar se habría llevado a cabo, no había mejor manera de decirlo. Venganza por su encarcelamiento en el calabozo, que le había costado la nariz.

El almirante Karson aún poseía su nariz, y el aire marino flotaba a su alrededor. De hecho, ese era precisamente el lugar al que pertenecía el aire marino. Se sentía como si hubiera vuelto a nacer, lo que no era de extrañar, teniendo en cuenta su anterior ejecución. Schohtar había vuelto a Star Fastness y ahora Karson era el único responsable. Todo iba bien.

Karson convocó a todos los que estaban a bordo. Casi un centenar de marineros y quinientos soldados se pusieron en posición de firmes a lo largo de toda la nave. Karson inspeccionó a los hombres reunidos mientras avanzaba lentamente a lo largo de la fila. Evidentemente, Schohtar se había asegurado de que no hubiera caras conocidas entre los soldados; desde luego, no había ninguna entre la unidad de veintiocho ballesteros que estaban en posición de firmes ante él.

Ninguna cara que reconociera, Karson miró más de cerca. El tipo de barba espesa del final de la segunda fila le resultaba familiar.

—¿Nombre? —reunió al hombre.

—Tunndek, capitán —murmuró el hombre.

Al barbudo le faltaban los incisivos. Recordó que aquel tipo ya había desafiado su autoridad dos veces. Especialmente la última vez, después de huir de Cragwater cuando Karson había sido presa de un ataque de locura... Tunndek lo había golpeado hasta casi matarlo. De repente se sintió invadido por una furia silenciosa. La deslealtad hacia un superior era poco menos que un motín. ¿Debía romperle los dientes allí mismo? Gracias al casco que enmascaraba su rostro y a que había

alterado ligeramente el sonido de su voz, nadie le había reconocido. Tunndek tampoco parecía ser consciente de a quién se enfrentaba. Karson decidió no revelar su identidad. Dio un paso atrás: todos los ojos estaban fijos en él.

—¡Hombres! Están sirviendo en el acorazado más trascendental de todos los tiempos. ¿Les ha quedado claro?

La mayoría de la tripulación vitoreó jubilosa..,. aunque unos pocos solo respondieron a medias, si no callaron por completo.

—Y todos forman parte de un triunvirato: ¡el barco, ustedes y su capitán! —como para subrayar su afirmación, hizo una ligera reverencia ante sus hombres—. ¿Les ha quedado claro?

Una multitud de aullidos afirmativos respondieron a su pregunta, casi como un huracán. Las cosas ya sonaban mejor.

—Conquistaremos reinos juntos, ¡se los prometo! Mañana comenzaremos. Navegaremos hacia Akkadesh para tomar el control de la capital soradiana.

Esto fue recibido con ojos muy abiertos y un retorno al silencio.

—Experimentarán lo que significa servir en La Venganza de Schohtar, y les asombrará la facilidad de nuestra victoria, ¡nuestra gloriosa victoria! —Karson golpeó con su puño derecho la estrella de su coraza.

De nuevo, un rugido ensordecedor llenó el aire. Soldados y marineros golpearon sus puños derechos contra sus pechos en un ritmo marcial.

—Ahora convertiremos este orgulloso buque de guerra en la herramienta más temible que jamás haya adornado las olas del océano. Una obra maestra, construida en el puerto más importante de los cuatro reinos, con los hombres más valientes de los cuatro reinos.

El júbilo que siguió demostró a Karson que los soldados ya eran realmente suyos.

Karson llamó a sus oficiales a su camarote. Estaban formados por

dos timoneles, el intendente, el maestro artesano —que dirigía a los carpinteros, veleros y baqueanos— y un tipo peculiar, de aspecto pálido, con orejas de murciélago y calva, cuyo trabajo seguía siendo un misterio para Karson. El hombre parecía tener poca idea del arte de la marinería, lo que hizo sospechar al almirante. El tipo seguía todo lo que decía Karson con sus ojos astutos y sus orejas de soplillo.

Karson preguntó a cada uno por turno qué contribución estaban dispuestos a hacer para el éxito de la misión en curso. Quería saber cómo se llamaban, de dónde venían, qué les motivaba y cuáles eran sus puntos fuertes. El calvo se llamaba Naglind y decía ser diseñador de estrategias de combate naval. Lo que quería decir con eso, sin embargo, seguía siendo su secreto por ahora. Karson decidió no fiarse de él. Con toda probabilidad era un espía de Schohtar, que observaba cada acción y tomaba notas subrepticiamente.

—Hombres, lo único que les exijo es lealtad y un compromiso inquebrantable con nuestra causa —el capitán asintió a sus oficiales.

Los hombres asintieron, excepto Naglind.

—Mi almirante..., ¿cuándo se quitará el casco? —preguntó el intendente.

—Llámame capitán. Como capitán, soy responsable de esta nave y de todos sus tripulantes, que es más de lo que puede ofrecerles un almirante. Y me quitaré el casco cuando llegue el momento.

Los hombres le miraron fijamente. Pudo ver determinación en sus ojos. La determinación de seguirle, y no solo porque fuera su comandante. Incluso Naglind parecía reconocer el papel que tenía que desempeñar. Para Karson, eso era suficiente por el momento.

Poco después estaba de nuevo en cubierta. Lo primero que quería hacer era probar las capacidades de la nave: las opciones le parecían infinitas. Naglind se había mantenido a su lado desde que salió de su camarote. Aun así, al menos el diseñador estaba siendo útil al explicar el ingenio de los aparejos.

El barco rebosaba de aparejos para derrotar —y hundir— al

enemigo. A cada lado había ocho hoces en pértigas. Armas útiles para cortar los cabos y las velas de un barco enemigo durante una batalla naval, haciendo así innavegables los buques contrarios. Dos puentes de abordaje giratorios permitían a los soldados asaltar los barcos enemigos. La punta delantera del galeón se asemejaba a un enorme ariete, reforzado con hierro y de al menos diez metros de longitud.

Pero la mayor sorpresa se escondía en el vientre de la nave. Karson apenas podía seguir las palabras del hombre que caminaba a su lado, tan escandalosas eran las descripciones que presentaba.

—No me lo expliques, enséñamelo. Necesito verlo —dijo Karson, interrumpiendo la charla incesante del tipo.

El rostro pálido de Naglind pareció ganar un poco de color, lo que hizo que su aspecto no pareciera tan cadavérico. El diseñador asintió y dijo:

—Estaba esperando esto. Vamos.

Era de noche y Karson no paraba de dar vueltas en su litera. Por fin estaba solo, lo que significaba que ahora no podía dejar de rumiar. ¿Qué había pasado esta tarde? ¿Podía haber sucedido realmente lo que había vivido? Si no hubiera enloquecido ya, habría sido suficiente para llevarlo a la locura. Sus pensamientos volvían una y otra vez a la misma pregunta: *¿por qué Schohtar me ha dado su nave y me ha encomendado la responsabilidad de llevar a buen término la misión, a pesar de ser demasiado consciente de mi deslealtad anterior?*

No podía evitar la sensación de que nunca encontraría la respuesta porque una parte de su razón y una parte de su mente realmente no querían encontrarla. La persona que había sido antes le susurró al oído: porque eres el mejor para esta tarea. Porque hace tiempo que te has convertido en un leal a Schohtar. Porque te has vendido en cuerpo y alma al duque demoniaco. Eres parte de él. Schohtar ha matado tu alma y despertado al demonio dentro de ti.

Que así sea. Apretando los dientes, se dio la vuelta y dirigió su concentración al trabajo de mañana. Dedicaría todas sus fuerzas a un objetivo: ¡Akkadesh!

Instinto

—¿Así que aquí encontraste el bastón? —preguntó Karek, volviéndose hacia su amigo Impy. Estaban de pie con Blinn, Eduk y Brawl ante la losa, que brillaba con un resplandeciente amarillo gracias a las antorchas encendidas del fondo de la cueva.

—Sí…, estaba alojada en este agujero de aquí arriba.

Los amigos miraron asombrados a su alrededor. La cueva con su pequeño lago irradiaba un aura de trascendencia y fuerza. Ninguno de ellos necesitaba expresar lo que todos pensaban: que su lugar estaba de algún modo misteriosamente entretejido con el espíritu de los myrneanos.

—Entonces esta ramita debe ser la lanza de Binaradabas. Así de sencillo —reflexionó Blinn.

Karek extendió el bastón perpendicularmente.

—Sí, creo que puede que tengas razón, sobre todo porque hay una pequeña punta de metal conectada a un extremo.

Brawl entrecerró los ojos y observó el preciado objeto con agudeza.

—Me parece más bien una pequeña lanza con una pequeña punta.

—Da igual. Este es un lugar muy especial. Y lo encontró Impy.

—Le sienta bien esta arma monstruosa. —Brawl le dio a Impy un amistoso golpe en el hombro.

—Sin ti, nos habríamos ido con las manos vacías.

—No ha sido nada —dijo el alabado. Sin embargo, su rostro pálido, sus labios entrecerrados y sus repetidos tragos mientras relataba su historia desmentían esa afirmación.

Karek se había dado cuenta desde el momento en que vio al pequeño salir de la cueva vestido solo con las botas y la camisa atada a la cintura de que su amigo ya no era el mismo diablillo que se había metido en el agujero. El túnel debió de ser una tortura indescriptible

para él, y no le habían sacado gran cosa desde que había salido.

No deberíamos haber presionado tanto a Impy para que entrara en la cueva y arriesgara así su vida. Ningún artefacto de los antiguos myrneanos merece semejante sacrificio.

Blinn llamó desde más atrás.

—Mira hacia aquí. Esta cámara me resulta familiar; de hecho, se parece a la capilla de reversión del cementerio soradiano.

Karek se apresuró hacia él. Blinn tenía razón: una hendidura en la roca revelaba una pequeña habitación con un elaborado suelo de mosaico.

—¡Loco! Otro zaguán: un antiguo portal de paso myrneano —pensó en el mapa con los puntos que Nika, Milafine y él mismo habían descubierto en el viejo tomo. Ahora él y sus compañeros se encontraban en el punto número tres, al suroeste de Alandar. El mosaico estaba formado por tres triángulos. Utilizando la magia y la fuerza de sus propios pensamientos, los myrneanos habían podido recorrer grandes distancias atravesando los portales. Solo así habían podido llegar a este escondite. Desde luego, no habían enviado a un desafortunado diablillo al túnel para que les dejara entrar haciendo palanca con una roca de la abertura.

Karek miró a su alrededor por enésima vez.

—El Invierno brota de un pozo subterráneo en el fondo de este lago. Por lo tanto, hemos llegado a nuestro destino.

Sus compañeros le miraron.

—Y los myrneanos dejaron esto aquí —Karek sostuvo el bastón decorado en la mano, sin saber muy bien qué hacer con él.

Como si pudiera leer las mentes de los demás, Brawl dijo:

—Bueno, no sirve para luchar. Si lo usas para golpear a tu enemigo en la cabeza, la pequeña lanza se astillará inmediatamente. Prefiero mi espada —y acarició la empuñadura de Banfor.

Impy intervino.

—Cuando la saqué de la losa, no pude evitar pensar que era una varita mágica. ¿Qué tiene de especial este hallazgo?

El príncipe volvió a mirar la pequeña lanza. Tres representaciones de animales finamente punteadas la decoraban.

—¿Qué les parece? ¿Qué clase de animales son los del bastón?

Blinn cerró un ojo y entrecerró los ojos.

—El de arriba me recuerda a Fata.

—Sí, sin duda. Entonces sería un Kabo.

—¿Y el del medio? —preguntó Eduk.

—Parece un ratón —sugirió Impy.

—El de abajo es un delfín. Mira su cuerpo curvado.

—Entonces, ¿qué nos dicen las imágenes? —gruñó Brawl inquisitivamente.

Karek se encogió de hombros.

—Ni idea. Milafine y yo buscaremos en la biblioteca del Castillo Cragwater más información sobre la lanza de los Binaradabas —Karek ofreció la pequeña arma a Impy—. Toma, la has encontrado. ¿Te gustaría llevarla?

—Ya te lo he dicho: a Impy le sienta bien —dijo Brawl con afecto, rodeando con el brazo el hombro de su amigo.

Impy agitó el bastón como si fuera una espada.

—Vámonos, antes de que el capitán Durnrost pierda la paciencia. Le dije que echaríamos otro vistazo a la cueva antes de volver. Hora de partir —dijo Karek.

Los soldados reales, los diez jovali y la mano del Maestro de Espadas no tardaron en prepararse para el viaje de regreso por el Invierno. El camino de vuelta al velero les había parecido mucho más rápido que el trayecto hasta el nacimiento del río.

—Bienvenido de nuevo, mi Príncipe —dijo el capitán, saludando a

Karek—. Sube a bordo. Verás qué rápido se mueve mi barco con la corriente. Mañana por la mañana ya habremos llegado a Invernalia.

—Gracias, capitán —Karek se volvió hacia sus compañeros—. Es hora de nuestra próxima misión.

Una vez a bordo, uno de los marineros desató las dos gruesas cuerdas de un árbol que crecía cerca de la orilla. Luego saltó a la embarcación. El capitán zarpó y la embarcación tomó velocidad de inmediato. Los cabellos de los pasajeros ondeaban al viento. El príncipe se sentó en uno de los sencillos trinquetes de madera y empezó a soñar con el éxito de la entrevista con el rey Meinard Barason. Estaba deseando conocer al duque Ransorg, una buena comida y una cama cómoda.

Ya podían ver los tejados de tejas rojas de las torres por encima de los árboles. Doblaron un recodo y el castillo de Puente Invernal se alzaba ante ellos. A ambos lados del río se alzaba una impresionante torre. Unía las dos estructuras un enorme puente en el que cabían al menos cuatro carros uno al lado del otro. Una mitad del puente podía elevarse para que los altos veleros del Invierno pudieran pasar por debajo. La parte principal del castillo estaba en la orilla sur del río. La parte norte consistía en establos, talleres artesanales y una enorme muralla para proteger a los lugareños de sorpresas desagradables. El reino septentrional de Alandar reclamaba para sí cada pedacito de tierra al norte del río, y esta parte del castillo de Puente Invernal se convertía constantemente en la manzana de la discordia entre los dos países.

Si la gente quería cruzar el puente, tenía que hacer cola y declararse. La mayoría de las veces, los mercaderes con sus carretas de bueyes lo atravesaban de un lado a otro: siempre estaba lleno de ajetreo y bullicio.

El velero atracó directamente en el embarcadero principal. Karek pagó al capitán y desembarcaron. Ya había estado aquí una vez, cuando tenía ocho o nueve años. Había esperado durante horas en la parte fija del puente, esperando a que se levantara la otra mitad. Era

bastante raro que un velero pasara por delante del castillo remontando el río. Recordó que finalmente había ocurrido a primera hora de la tarde. Un increíble mecanismo de ruedas dentadas, cables, cadenas y palancas había levantado lentamente la parte móvil del puente hasta que apuntó casi en línea recta hacia el aire, permitiendo que un barco de dos mástiles navegara bajo él.

Brawl e Impy estaban de pie susurrando entre ellos. También ellos parecían impresionados por la vista del río, del puente y del castillo. Los jovali también miraban con los ojos muy abiertos, pero hacían todo lo posible por ocultar su emoción manteniendo el rostro inescrutable. De hecho, la cara de Torquay sugería que en la isla había estructuras de ese tipo, que atravesaban el Kang cada dos metros.

No tenían que ir muy lejos desde el puerto: pronto llegaron a las puertas dobles del castillo principal y residencia del duque Ransorg. Esta entrada no estaba protegida por un foso. En caso de ataque, el duque Ransorg se apoyaba principalmente en sus murallas, bien fortificadas.

Ocho centinelas patrullaban la entrada. Uno de ellos gritó a los recién llegados:

—¡ALTO! ¿Quién quiere entrar?

Karek se adelantó y respondió:

—El príncipe Karek Marein, heredero al trono de Toladar, y sus seguidores. Déjennos pasar.

Un soldado se acercó y saludó respetuosamente.

—Bienvenido, Alteza. Mi nombre es teniente Adellos. Soy el jefe de la guardia del castillo. Por supuesto que les concederé la entrada. Pero espero que entienda que tengo instrucciones estrictas de no permitir la entrada a más de cinco hombres a la vez.

—Tengo dieciocho conmigo. Supongo que ese número no sobrepasará la capacidad del castillo de Puente Invernal —replicó Karek con firmeza.

El soldado se puso rígido.

—Perdóneme, solo sigo las instrucciones de mi señor. Puede pedirle permiso personalmente para que entre toda su comitiva.

Intervino el capitán Durnrost:

—¿Desde cuándo existe esta condición, teniente?

Adellos miró los galones en los hombros del interrogador.

—Desde hace unas semanas, capitán. Los tiempos se han vuelto menos tranquilos. Ya los conocen: la guerra civil, las rebeliones en el norte y el nuevo rey en Alandar.

El maestre del ejército Tadeus Reibanin apareció de las puertas dobles de atrás.

—Déjalo estar, Adellos —se volvió hacia los visitantes—. ¡Mis queridos invitados! —dijo con una sonrisa de bienvenida. Con su chaqueta roja de uniforme, su cinturón ancho y sus pantalones grises de tela tenía un aspecto bastante impresionante—. Y una bienvenida muy especial para usted, Alteza.

Karek estaba encantado de reencontrarse con el joven oficial.

—Me alegro de verte, Tadeus. Has llegado justo a tiempo. Mis seguidores y yo solicitamos ser admitidos, y esperamos discutir con el Duque Ransorg la próxima reunión con el nuevo rey de Alandar.

—¡Maestro del Ejército Reibanin! —dijo el teniente, saludando al recién llegado y poniéndose aún más erguido.

—Has hecho todo correctamente. Príncipe Karek, lo siento, pero ni siquiera yo tengo permiso para dejarlos entrar.

Reibanin se inclinó hacia Karek y susurró:

—Entre nosotros, Alteza, el duque se ha comportado de forma un tanto extraña últimamente, y su deseo de seguridad ha aumentado considerablemente debido a la tensa situación. Espero que lo comprenda.

—Muy bien, Maestro del Ejército. Entonces lleva a cinco de nosotros ante el duque Ransorg para que podamos solucionar esto lo antes posible —luego añadió con voz más aguda—: Entre nosotros...

había esperado, como príncipe, una bienvenida bastante diferente.

—Disculpe, pero nadie anunció que usted llegaría hoy. Presumiblemente, como precaución por su propia seguridad.

Karek miró hacia atrás.

—¿Quién me acompañará al duque?

Todos se adelantaron, nadie quería separarse del príncipe.

El capitán Durnrost insistió.

—Yo, en todo caso, iré contigo, Alteza.

Ahora le tocaba a Karek decidir.

—Blinn, Eduk, Brawl y Durnrost… me acompañarán a Duke Ransorg. Nos aseguraremos de que el resto de ustedes pronto nos sigan. Impy… cuida de Fata por ahora.

El Maestro de Ejército Reibanin dijo tranquilizadoramente:

—Presentémonos inmediatamente ante el duque, estoy seguro de que tus camaradas no tendrán que esperar mucho.

El teniente Adellos permaneció ante la puerta con sus soldados y el resto de los visitantes.

Los cinco elegidos pasaron bajo el arco y luego fueron acompañados por ocho centinelas —todos ellos claramente bajo el mando del maestre de ejército Reibanin— por una escalera. Caminaron en arco a lo largo de un corredor defensivo de la muralla de escudos hasta llegar a la entrada de una torre. El maestre se adelantó.

—El duque está en su sala de lectura.

Karek siguió al capitán dos tramos de escaleras.

Dentro de poco, todo se aclarará. ¿Qué habría hecho mi padre en una situación así?

El rostro amable del duque Ransorg pronto disiparía su ira.

Ahora solo había una pesada puerta de roble en el camino.

—¡Alto! ¡Dejen las armas! Entonces se les permitirá ver al duque.

Era demasiado para Brawl.

—No voy a quitarme la espada. ¿No estamos entre amigos?

Brawl tiene razón, esto se está volviendo ridículo. No debería haber accedido así. Debería haber exigido una reunión con el Duque Ransorg inmediatamente.

Antes de que Karek pudiera reprenderse más, el Capitán Durnrost desenvainó su espada larga.

—Es mi responsabilidad proteger al príncipe. El mandato real tiene prioridad sobre cualquier otra orden. Para esta tarea necesito mi espada y me niego a soltarla.

Reibanin habló con comprensión.

—Por supuesto... y le honra mucho, buen señor —con un movimiento de su muñeca derecha, clavó su daga en el cuello desprotegido de Durnrost—. Entonces pueden morir con la espada en la mano —mientras sacaba el arma, consiguió degollar al capitán con cierta habilidad; no había sido, estrictamente hablando, necesario, pero parecía darle placer.

Durnrost escupió sangre mientras jadeaba y caía desplomado.

Blinn fue el primero en reaccionar, pero antes de que pudiera desenvainar la espada, un puño blindado le golpeó la nuca. Tropezó contra la pared, debilitado y aturdido, mientras su arma caía al suelo.

El resto de los comandantes del capitán apuntaban ahora con sus espadas a Brawl, Blinn y Karek.

—¿Qué... qué están haciendo? —tartamudeó el príncipe.

—Lo que hay que hacer —respondió Reibanin.

Los ojos de Brawl ardían en la mejilla de Karek. Su amigo esperaba la orden, pues a pesar de lo desesperado de su situación, quería empezar una pelea. Karek negó con la cabeza: era imposible que sobrevivieran. Brawl lo dejó así, concentrándose en su lugar en sostener a Blinn, que apenas podía mantenerse erguido mientras su

cabeza sangraba copiosamente.

—¡Eres un traidor, Reibanin! —el dolor en el corazón de Karek era tan intenso que apenas le llegaba aire a los pulmones para respirar.

—Así es el destino de los traidores. Al final, siempre serán desenmascarados; de lo contrario, nunca serían traidores, sino que seguirían siendo el buen Sir Reconocimiento.

El príncipe sintió de pronto frío y calor. Qué idiota había sido. ¡El mensajero! Solo ahora recordaba dónde había visto antes al maestre del ejército Tadeus Reibanin. Si alguna vez salía vivo de esta situación, en adelante confiaría en sus propios instintos y sentimientos.

—Buen Sir Reconocimiento —así se había dirigido a él Schohtar. Karek había escuchado en secreto al jefe del ejército y a Schohtar en la sala de música de Star Fastness. En su propia defensa, no había podido ver bien la cara de Reibanin en aquel momento. Además, su voz había sonado diferente, lo que probablemente se debía al hecho de que las ratas oyen las cosas de forma diferente, en la forma en que la diosa myrneana había transformado a Karek aquella vez.

La rata escuchaba a la sucia rata.

Karek tenía que mantener la calma: no podía haber más muertes.

—¡Ahórrate tu cháchara! ¿Qué es lo que quieres? Probablemente a mí, así al menos dejarás ir a mis camaradas.

—¡Oh, ¡qué noble eres! —el maestro del ejército señaló hacia abajo en el Durnrost muerto—. Su gesto desinteresado ya ha quedado atrás. ¿Alguno de ustedes siente el impulso de desenfundar sus armas? —lanzó una mirada provocadora a Brawl.

El príncipe volvió a negar levemente con la cabeza. Ni siquiera Brawl tendría una oportunidad contra estas fuerzas superiores.

—¡Suelten las armas! —atronó la inconfundible orden.

Con una cara que parecía como si le estuvieran cortando dos dedos, Brawl soltó su espada Banfor. Dos soldados desarmaron a Blinn y

Karek.

—¡Quítenles todo! Regístrenles también las botas —Reibanin era minucioso, aunque solo fuera eso. Luego abrió la puerta de roble con una gran llave—. ¡Aquí dentro! —los empujaron a una cámara vacía y la puerta se cerró tras ellos. Oyeron la pesada cerradura.

Todavía conmocionados por el giro de los acontecimientos y especialmente por la muerte del capitán Durnrost, permanecieron de pie en medio de la estrecha habitación. Un poco de luz del día entraba por una estrecha ventana.

Brawl seguía sujetando a Blinn. La sangre goteaba por los antebrazos del muchacho. Brawl dejó con cuidado a su camarada herido en el suelo. Preocupado, Karek se inclinó sobre el muchacho y le revisó la nuca.

Blinn susurró nasalmente.

—¡Mierda!

La cara de Karek estaba roja de ira.

—Estamos hasta las rodillas de mierda, Blinn.

—Lo primero que tenemos que hacer es parar la hemorragia.

Brawl se quitó la camisa y arrancó una tira.

—¿Qué significa todo esto?

—¡Traición! —Karek inclinó la cabeza—. Reibanin... ese bastardo mentiroso. ¿Cómo he podido caer en su trampa? Tenemos que encontrar una manera de informar al Duque Ransorg de lo que ha sucedido. ¿Pero cómo?

Karek levantó la vista. Algo no iba bien aquí. ¿No había jurado hace poco que escucharía y confiaría más en sus instintos? En ese momento, estaba terriblemente agitado. No tardó en darse cuenta de qué era lo que le perturbaba. Tenía que ser muy sencillo, porque era precisamente Brawl quien se lo estaba explicando.

—¡Escucha! Sabes que solo sé contar hasta tres, ¿verdad? —entonó con orgullo—: Uno, dos, tres.

—Sí, ¿y? —la voz de Karek sonaba muy nerviosa, lo cual no era de extrañar, pues estaba más que preocupado por el bienestar de Blinn.

Brawl levantó sus anchos hombros.

—No hace falta que cuente más, teniendo en cuenta que aquí solo somos tres.

Karek se golpeó la frente con la palma de la mano.

—¡Solo somos tres! Por todos los santos, Eduk ha desaparecido. ¿Dónde está Eduk?

¿y ahora qué hacemos?

Eduk no podía creer lo que veía. El jefe del ejército Reibanin había apuñalado al capitán Durnrost en el cuello y le había degollado con un espantoso sonido de sorbo. Un chorro de sangre salpicó la pared gris, creando la imagen de una medusa con tentáculos cada vez más largos. Horrorizado, Eduk apartó la mirada. ¿Qué era lo que no había entendido? ¿Qué había salido tan mal?

Al menos tan conmocionado como sus compañeros, Eduk vio cómo la cabeza del capitán caía al suelo. Bajo su torso se formó un espeso charco de sangre.

Blinn echó mano a su espada, pero antes de que pudiera desenvainarla, un soldado que estaba detrás de él golpeó la cabeza del muchacho con su pesado guante blindado. Blinn se tambaleó. Solo la pared le impedía caer al suelo junto al capitán muerto. En un abrir y cerrar de ojos, los hombres de Reibanin estaban allí de pie con las armas en la mano.

Instintivamente, Eduk retrocedió un paso. No bruscamente, simplemente retrocedió un poco.

—¿Qué... qué haces? —tartamudeó el príncipe.

—Lo que hay que hacer —respondió Reibanin.

—¡Eres un traidor, Reibanin! —los labios y la voz de Karek temblaban de furia y decepción.

—En efecto, tal es el destino de los traidores. Al final, siempre serán desenmascarados, de lo contrario nunca serían traidores, sino que seguirían siendo el buen Sir Reconocimiento —el maestre del ejército hizo su confesión de una manera tan relajada que parecía que estaba explicando despreocupadamente el camino al retrete más cercano.

A Eduk se le puso la piel de gallina. Reibanin se había revelado como una quimera de lo más ruin. De todos los seres malignos del mundo, Eduk siempre había sido el que más temía a las quimeras. Su

hermano mayor le había contado las historias más horripilantes de estos monstruos que parecían leones por delante y dragones por detrás. Y siempre había hecho hincapié en la comida favorita de las quimeras: niños pequeños tan poco llamativos que casi nadie se daría cuenta si una mañana acabaran en la barriga de una quimera. Es cierto que Eduk ya era lo bastante mayor como para darse cuenta de que su hermano solo pretendía asustarle y que, con toda probabilidad, esos monstruos no existían, salvo esta quimera, a la que no le costaba nada disfrazarse de oficial.

Otro paso atrás. Eduk se apretó contra la pared...

—¡Ahórrame tu cháchara! ¿Qué es lo que quieres? Probablemente a mí... entonces puedes por lo menos dejar ir a mis camaradas.

—¡Oh, ¡qué noble de tu parte! —el maestro del ejército señaló al asesinado Durnrost—. Su gesto desinteresado ya ha quedado atrás. ¿Alguno de ustedes siente el impulso de sacar sus armas?

Eduk había visto suficiente, había oído suficiente. No... había visto y oído mucho, mucho más que suficiente. Una cosa era cierta: habían sido traicionados de la manera más ruin. Retrocedió aún más, reprimió un sollozo mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. No, se dio un tirón de orejas mental. Los sollozos y los lamentos solo llamarían la atención. Eduk se concentró mucho, asumiendo ahora el papel de un sirviente que pasaba por allí. Sintió que se volvía más silencioso, que se disolvía en su entorno como una bola de nieve en el agua.

Apenas podía oír ahora la voz del traidor, que resonaba en el hueco de la escalera.

—¡Quítense todo! ¡Regístrenles también las botas!

La puerta se cerró de golpe y una pesada cerradura se trabó.

Eduk bajó las escaleras hasta el adarve. Se le revolvía el estómago. ¿Cómo podía ayudar? ¿Qué debía hacer? Mantener la calma y la ecuanimidad en el rostro para que nadie pudiera pensar que acababa de presenciar el brutal asesinato de uno de sus compañeros de viaje y

que sabía que sus amigos corrían peligro de muerte. *De momento, haz lo que mejor sabes hacer,* se dijo. Y así lo hizo: no anduvo de puntillas, no se agachó, no se arrastró por el pasadizo... no, se movió con total naturalidad por los extraños muros, como si hubiera vivido aquí desde el día en que nació. Pertenecía a este castillo, como el cielo, como los muros que lo rodeaban, como el suelo duro, como los edificios, los perros, los caballos y la gente.

Eduk se había calmado un poco, al menos lo suficiente para volver a pensar con claridad. Karek, Blinn, Brawl y él mismo estaban en un aprieto del que era más difícil salir que de un vicio. Y él era el único que seguía caminando libremente por el lugar. Eduk se miró la ropa. Llevaba unos pantalones de lino gris y una camisa lisa, llena de suciedad después de su viaje a la fuente del Invierno. Giró a la izquierda por un pasadizo que conducía a un patio interior. Un jardinero cuidaba de numerosos parterres con flores amarillas que Eduk no reconoció.

El hombre llevaba un delantal de cuero atado a la cintura y una camisa decorada con un escudo que mostraba el puente local con sus dos torres. Eduk sabía que iba a tener que encontrar otra ropa. La librea de un sirviente o el uniforme de un soldado, sumados a un rostro anodino y sin rasgos distintivos... bueno, no se podía pedir un disfraz mejor. Después tendría que llegar hasta sus compañeros que le esperaban fuera de las puertas o, mejor aún, llegar de algún modo hasta el duque Ransorg e informarle de la traición de su jefe militar. Solo el duque podría pedir ayuda rápidamente.

Divisó una cabaña con la puerta entreabierta. Probablemente era donde el jardinero guardaba sus herramientas. Sin vacilar, entró en el pequeño cobertizo de madera. Tras la puerta encontró lo que buscaba: una sencilla túnica gris verdosa con el emblema del puente en el pecho. Se la puso rápidamente; a partir de ahora iba a confiar en este disfraz, combinado con su discreto rostro.

El jardinero que estaba a su lado se arrodillaba tan profundamente en un macizo de flores que no reparó en él. Eduk volvió a entrar en el castillo y trató de orientarse. ¿Dónde estaba la residencia del duque?

Sentía la presión del tiempo: quién sabía lo que el jefe del ejército haría con Karek, Brawl y el herido Blinn si dejaba pasar demasiado tiempo. Pero las prisas y las caminatas rápidas solo atraían la atención, así que Eduk avanzó lentamente por el complejo del castillo.

Por supuesto, criados, soldados y otros residentes caminaban hacia él. Les dirigía miradas —solo fugaces— tan cortas como era necesario y tan largas como era preciso para no llamar la atención. Parecía alguien que hubiera recorrido el paseo varias veces al día, día tras día desde tiempos inmemoriales. Se asomó por una de las amplias ventanas del pasillo. Frente a él, divisó el muro de escudos con la puerta por la que habían sido conducidos. Eduk salió por debajo del muro de escudos, mirando hacia el norte; a su derecha había una modesta capilla del castillo encajonada junto a una pequeña torre. El adarve pasaba por la torre, y era exactamente en lo alto de la torre donde estaban sus amigos, encerrados en una cámara. Tendría que socorrerlos lo antes posible, sobre todo porque la cabeza de Blinn sangraba copiosamente.

Ojalá supiera dónde estaba el duque Ransorg. Eduk no quería arriesgarse a preguntar a uno de los centinelas. Presumiblemente, todos estaban a las órdenes del traicionero jefe del ejército.

Dos criados de la cocina se acercaron a él; la chica y el chico tenían más o menos su edad. Eduk simplemente tendría que hablar con desconocidos... y sin eco. Se armó de valor: al fin y al cabo, era una situación de vida o muerte para sus compañeros. Se dirigió al muchacho.

—Dime, amigo... ¿dónde puedo encontrar al Duque Ransorg?

La pareja se detuvo y le miró.

—¿Quién eres? No te había visto antes por aquí —dijo la chica.

—Ayudo... a veces aquí, a veces allí. Ahora debo entregar un mensaje al duque.

El chico le miró con escepticismo.

—¿Y qué mensaje entregaría alguien como tú al duque?

Las facciones de Eduk eran la viva imagen de la inocencia.

—Es solo una pregunta sobre su nuevo jardín en el castillo. Hemos encontrado algo y me han encargado que se lo cuente.

La chica sonrió.

—Así que eres el nuevo aprendiz de jardinero. Vamos a ver al duque Ransorg para servirle el postre. ¿Por qué no vienes con nosotros y te llevamos hasta él?

—Eres muy amable, gracias —Eduk aprovechó la situación. Pasaría más desapercibido en compañía de los dos criados de la cocina y, con suerte, le llevarían directamente hasta el duque.

El muchacho, sin embargo, parecía menos convencido. Frunciendo el ceño, el criado miró a la muchacha, pero esta se limitó a devolverle una sonrisa encantadora, de modo que no le quedó más remedio que asentir.

—Vamos, síguenos. Primero tenemos que ir a la cocina del castillo —dijo, y los tres avanzaron por el pasillo, subieron una escalera, giraron dos veces a la derecha, bajaron otra escalera, giraron a la derecha y luego rápidamente a la izquierda, hasta que Eduk se sintió completamente desorientado. Estaba a punto de preguntar cuánto faltaba, cuando percibió la fragancia de aromas seductores. ¡Cómo había esperado el banquete de bienvenida! Pero el giro de los acontecimientos le había hecho desistir por completo de comer. Incluso con el olor a carne asada llenando sus fosas nasales, su hambre permanecía a raya.

Doblaron una esquina y llegaron a la entrada de la cocina del castillo. Eduk permaneció de pie bajo un arco. No quería ser interrogado por el cocinero.

Esperó y esperó. Mantenía la calma. Tratar de mantener la paciencia era cada vez más difícil, dada la crítica situación. Un trébol de tres hojas en medio del parque del castillo habría despertado más interés que Eduk de pie frente a la cocina. Su discreción era simplemente un don que se le había concedido: no tenía que hacer

ningún esfuerzo real. De hecho, era todo un misterio para él.

Era el quinto de diez hermanos y vivía en una choza a las afueras de la ciudad. Su padre, un humilde ayudante de curtidor, trabajaba duro a cambio de una escasa recompensa económica y, como consecuencia, el hambre constante también residía con la numerosa familia en su pequeña casa del barrio de los artesanos. Sus muchos hermanos siempre llenaban sus cuencos antes que él, de modo que a menudo solo le quedaban restos en la olla.

—Casi me olvido de nuestro Eduk —decía su madre.

De hecho, era bastante frecuente que no recibiera nada de comer. Una de las razones era que Eduk casi nunca había llorado de bebé y no empezó a hablar hasta los seis años. De hecho, había aprendido a hablar cuando era mucho más pequeño; había sido capaz de seguir la mayoría de las conversaciones con facilidad, pero nunca había sentido la necesidad de participar. Su silencio no había perjudicado su discreción. Para poder decir al menos alguna palabra, se limitó a repetir la última media frase del orador anterior. Este sistema funcionaba extraordinariamente bien, ya que así podía atraer un mínimo de atención. Cuando sus hermanos gritaban «quiero sopa», él se limitaba a repetir «sopa» y su plato se llenaba. La maravilla del lenguaje. Esta idea probablemente le salvó de morir de hambre de niño.

Su padre llamaba a su habilidad «desvanecerse en el aire». A veces, este don tenía sus ventajas. Si uno de sus hermanos se había comido toda la comida y su padre no podía averiguar quién era el culpable, les daba una buena paliza con su bastón, pero casi siempre se olvidaba de Eduk.

Cuando nació el noveno hermano, su padre llevó a Eduk a los reclutadores del ejército. Alistarse en el ejército era lo último que el niño quería hacer, pero no se le consultó. Y, para su mala suerte, luego lo aceptaron como cadete de oficial a pesar de que —o tal vez porque— era muy discreto.

No, no había sido mala suerte, sino más bien un golpe de buena

suerte, porque entonces conoció a Brawl, Impy, Blinn y Karek, que se convertirían en sus nuevos amigos. Por encima de todo, quería a Blinn y a Karek como si fueran sus propios hermanos. Ambos se habían interesado por él desde el principio, lo habían aceptado y, sobre todo, lo respetaban. Eso era algo que Eduk nunca olvidaría.

Seguía esperando en la entrada de la cocina del castillo. Justo cuando estaba a punto de idear otra forma de buscar al duque, la pareja regresó con dos bandejas —en las que había pequeños cuencos, jarras y cucharas— de postre para su gracia, el duque. Casi habían pasado junto a él cuando se aclaró la garganta en voz alta y se adelantó.

—¡Oh, aquí estás! Casi nos olvidamos de ti. Ven y síguenos —dijo la chica, sonriendo a Eduk. No hacía falta que se lo pidieran dos veces.

Poco después, el trío pasó junto a dos centinelas y entró en un comedor, donde tres personas, dos hombres y una mujer, estaban sentados a una larga mesa. No parecían hambrientos, lo que no impidió que la anciana comentara:

—Ya era hora.

El duque Ransorg Gobarin estaba sentado a la cabecera de la mesa. Su barba brillaba de grasa, probablemente del plato principal. Eduk estaba a punto de apresurarse hacia él para suplicarle ayuda cuando vio junto a la anciana la parte trasera de una chaqueta roja. Echó un vistazo más de cerca y contuvo la respiración al darse cuenta de que pertenecía al uniforme de nada menos que el Maestro del Ejército Reibanin. El traidor estaba frente a él. Eduk se colocó frente a la pared revestida de madera y junto a una vitrina que contenía porcelana elaboradamente decorada. Estaba a un par de metros de la puerta. No sabía qué hacer: estaba, por así decirlo, entre la espada y la pared. ¿Debía desenmascarar al maldito traidor aquí y ahora ante el duque? ¿Qué podía decir para que el duque le creyera y tomara inmediatamente cartas en el asunto? ¿Qué era su palabra frente a la palabra del jefe del ejército del duque?

Los dos sirvientes de la cocina y las dos camareras repartieron el

postre.

Cuando terminaron su tarea, el duque ordenó:

—¡Cierren la puerta! —los criados lo entendieron como*: ¡Fuera, todos, y cierren la puerta tras ustedes!*

La puerta se cerró con un traqueteo, mientras Eduk seguía de pie junto a la pared como una armadura. Ordenó sus palabras y decidió simplemente gritar: *¡Traición! ¡Traición! El jefe del ejército Reibanin ha asesinado al capitán real y ha hecho prisionero al príncipe Karek Marein. ¡Ayuda, Duque, nuestro príncipe está en peligro de muerte!*

Respiró hondo y se dispuso a hablar cuando la dama de pelo gris que estaba junto a Reibanin se puso a refunfuñar:

—Ya es hora de que haya cambios en el reino. Tedore tuvo oportunidades más que suficientes para actuar contra Schohtar. La era de los Marein ha terminado, ahora es tu momento de salir de las sombras. Pronto serás rey de Toladar, esposo mío —miró al duque con avidez, parecía ser más el poder que la persona lo que atraía a sus ojos brillantes.

—Más despacio, esposa. Primero, Tedore debe ser eliminado..., luego, su hijo Karek. Y una vez que Schohtar sea emperador de los cuatro reinos, yo seré rey de nuestra amada patria.

Un golpe vacilante, y luego la puerta se abrió de nuevo. El chico de la cocina asomó la cabeza y tartamudeó:

—Disculpen... nosotros... ¿está todo a su satisfacción? —echó un vistazo nervioso a la habitación.

Eduk se apretó contra la pared. Tenía claro que el chico y la chica se preguntaban qué le había pasado al extraño aprendiz de jardinero.

—¡FUERA! —la furiosa orden de Ransorg hizo que la puerta se cerrara rápidamente.

Eduk exhaló lentamente.

El duque sacudió la cabeza y miró a los demás antes de fijarse con especial interés en su maestro de ejército.

—Pareces pensativo. ¿Va todo según lo previsto?

—Sí, sí. El príncipe es nuestro prisionero, Schohtar estará contento. Una vez que le hayamos entregado a Karek, prácticamente habremos logrado nuestro objetivo. Tedore no hará nada para poner en peligro a su hijo… no hay mejor moneda de cambio … sin embargo, hay algo que me preocupa.

—Escúpelo, Maestro del Ejército.

—Llevé a Karek y a cuatro compañeros al castillo —se rascó la cabeza—. Sin embargo, solo encerré a tres.

La dama frunció el ceño.

—Entonces faltan dos personas, si he entendido bien.

Ella era la que más miedo le daba a Eduk, sobre todo porque estaba sentada justo enfrente de él y era la que más probabilidades tenía de descubrirle. Por suerte, su vista no parecía la mejor, probablemente debido a su avanzada edad.

—Sí… eh… tuve que erradicar al guardaespaldas del príncipe —dijo Reibanin—. Ya no está con nosotros —añadió secamente.

—¿Está muerto? —preguntó la duquesa horrorizada.

—Se podría decir así —confirmó el jefe del ejército—. Y casi le rompemos el cráneo a otro compañero, un joven. También está encerrado en la cámara.

—Queda uno —concluyó el duque—. ¿Estás seguro?

El jefe del ejército asintió en silencio.

Eduk sudó en silencio.

—¿Qué aspecto tenía la quinta persona?

—Eso es lo que me confunde —reflexionó el maestro del ejército—. Siempre me he considerado un soldado con grandes dotes de observación, pero no recuerdo la cara del tipo.

Por suerte para Eduk, estaba pegado a la pared detrás del jefe militar; de lo contrario, ya le habrían visto. Casi pierde el equilibrio,

tan ansioso estaba.

—Creo que solo cuatro te acompañaron —dijo el duque Ransorg. No estaba preocupado en absoluto.

Eduk asintió imperceptiblemente y se apoyó aún más contra la pared, con la vitrina a su lado: ¿qué otra cosa podía hacer? Era como una sombra cuando la nube tapaba el sol. Había desbaratado mentalmente su plan de apelar a los buenos oficios del moralmente recto duque Ransorg. ¿Y ahora qué? No se le ocurría nada. Sin embargo, su amigo Blinn necesitaba ayuda urgente. Probablemente se estaba desangrando en ese mismo momento.

Cerró los ojos momentáneamente. Nunca se perdonaría no haber salvado a su amigo. Y precisamente ahora recordó que le había preguntado a Blinn cómo se había hecho la larga cicatriz de la cara. Este se había limitado a responder en voz baja, diciendo un poco inquieto: «Algún día te lo contaré, Eduk, pero solo a ti». Eso había sido en el Viento del Este, en la isla, cuando Karek, Brawl e Impy los habían dejado atrás y se habían ido a buscar a la diosa myrneana.

Eduk tragó saliva. *Blinn, tendrás la oportunidad de contarme, y solo a mí, la historia de tu cicatriz.*

Se despertó de sus cavilaciones cuando Ransorg preguntó:

—¿Qué haremos con los compañeros de Karek que esperan a que los dejen entrar? Por no hablar de esos horribles guerreros isleños y los demás amigos del príncipe.

El jefe del ejército chirrió.

—¡Matarlos! Eliminarlos a todos con el menor alboroto posible. Los leales al rey deben permanecer en la oscuridad. Adellos, por ejemplo, el jefe de la guardia del castillo, no tiene la menor idea de lo que está ocurriendo aquí. Pensaré en algo. Podemos dejarles entrar en el castillo por la noche y luego deshacernos de ellos.

—¿Ves al teniente Adellos como un peligro?

El maestro del ejército reflexionó un momento y luego habló:

—Tal vez, Alteza. Parece poseer cierta lealtad hacia el rey Tedore..., ¿pero no la tenemos todos en virtud de nuestro juramento? —soltó una carcajada sucia—. Hasta dónde llega esa lealtad cuando las cosas se ponen difíciles lo determina *per se* la vida. O, de hecho, la muerte.

La anciana soltó una risita.

—Oh, qué travieso eres. Pero sabes lo que quieres —luego sus arrugas adoptaron una pose seria—: El hermano de Adellos sirve en la guardia real de Tedore. Por eso creo que debemos vigilarlo —miró seriamente a su marido.

Eduk no podía creer lo que estaba oyendo. Nunca se había sentido un guerrero, pero ahora se le estaba manifestando una voluntad de luchar que antes permanecía oculta. Los altos y poderosos de aquí, con su ilimitada y despiadada avaricia por conseguir aún más poder, le habían enfurecido.

Se enfadó en silencio: *Ustedes se creen amos y señores de la situación. Yo no soy más que un espectador invisible. Pero se los demostraré.*

El Duque Ransorg preguntó:

—¿Están bien vigilados los prisioneros?

—Los hemos desarmado y puesto en la habitación de la vieja torre. Dos soldados están de centinela fuera de ella, y yo, personalmente, cerré la puerta. Solo hay una llave.

Reibanin se volvió y echó un vistazo a un atril situado al otro lado de la puerta. El corazón de Eduk dejó de latir temporalmente: ahora lo descubrirían. Pero el traidor volvió a mirar al duque.

—Otros dos soldados montan guardia abajo, en la entrada de la torre, con la orden estricta de no dejar entrar a nadie que no sea el maestre de ejército Reibanin.

—Has actuado con asiduidad y astucia —dijo Ransorg, elogiando al jefe del ejército.

—Solo así llegaré a ser duque cuando tú seas rey.

El duque se limpió satisfecho los lados de la boca con su servilleta.

—El rey Schohtar ha pensado en todo. No solo está llevando al rey Tedore a un alegre baile, sino también a Pares Drullom. Increíble cómo convierte a sus enemigos en sus amigos, solo para destruirlos.

Los altos y poderosos de la sala soltaron una risita complaciente... después de todo, estaban en el lado correcto de todas las cábalas e intrigas.

Eduk miró a su izquierda. Pudo ver dos espadas colgando del atril, una de las cuales pertenecía al jefe del ejército. También había colgado allí su cinturón de armas para poder disfrutar más de la comida. Sin embargo, no fue la espada lo que llamó la atención de Eduk, sino una llave larga y oxidada que también colgaba del cinturón.

¿Cómo podría salir de aquí de una pieza y, a ser posible, con la llave? El corazón de Eduk volvió a calmarse. Confiaba en su capacidad para permanecer junto a la pared, observar y esperar su momento. Era bueno esperando el momento oportuno, y aún mejor observando.

Es la naturaleza de la bestia, se dijo, *si nadie se fija en ti y no participas en las conversaciones, sino que juegas un papel pasivo todo el tiempo, aprender a observar es algo natural.*

Era en lugares como los palacios —donde los altos y poderosos daban por sentado que numerosos sirvientes y guardias esperaban en silencio, dispuestos a atender todas las necesidades de sus superiores — donde a Eduk le resultaba especialmente fácil parecer invisible. En el castillo real había pasado horas observando sin ser visto. Una y otra vez le había sorprendido la complejidad y la sencillez de la gente, la inteligencia y el primitivismo de su comportamiento.

Llamaron a la puerta, que se abrió.

—Excelencias, ¿podemos servir el vino?

Ransorg hizo un gesto a los dos coperos, que entraron con una jarra de vino cada uno, una roja y otra blanca, y tres delicadas copas de cristal.

—Para celebrar el día —sonrió el duque.

Los coperos se movieron con facilidad alrededor de la mesa, llenando las copas a medida que lo hacían, lo que significaba que todos los ojos estaban puestos en los recipientes por el momento. Eduk vio la oportunidad. Uno de los criados había pasado junto a él y se inclinaba hacia Reibanin para llenar la copa del jefe del ejército. La puerta estaba abierta.

Eduk apretó los puños. Resistió la tentación de salir corriendo. Nunca había sospechado que necesitaría —ni que poseía— tanto valor. Su determinación y su furia contra los traidores le estaban ayudando. Caminó a velocidad normal hacia la puerta. Pero la salida no era su objetivo, al menos por el momento. Dos pasos más hasta el estrado, donde desenganchó la llave del cinturón del jefe militar. Solo entonces se volvió hacia la puerta. En ese mismo momento, los dos coperos habían terminado su trabajo y se apresuraban hacia la salida. Eduk los miró, asintió con la cabeza y agitó desinteresadamente la mano, invitándoles a salir primero. Pasaron a su lado sin decir palabra. Como si fuera un tercer copero, les siguió y cerró la puerta a conciencia. Uno de los criados se detuvo sorprendido:

—¿Quién eres?

—Solo ayudo con la puerta —explicó Eduk con voz aburrida.

—Ah, claro —el hombre se alejó.

Apoyado con un hombro en la pared, Eduk se tomó un momento para recomponerse. Estaba agotado, aunque no había conseguido gran cosa. Sus dedos aferraban la llave. Reibanin no tardaría en descubrir que había desaparecido. Tenía que actuar con rapidez. Eduk intentó desesperadamente recordar el camino de vuelta. En cuanto pudo, salió del edificio y escudriñó la zona para ver si veía la pequeña torre. Nada le resultaba familiar. ¿Dónde estaba el sol? Quizá eso le ayudara a hacerse una idea aproximada de por dónde seguir.

Levantó la vista y, por el rabillo del ojo, vio acercarse a un soldado.

Ahora debes ser fuerte, Eduk, se advirtió a sí mismo.

—Hola, buen hombre. Estoy buscando la pequeña capilla del

castillo. ¿Puede indicarme el camino?

El soldado se sorprendió un poco, pues no se había dado cuenta de que Eduk estaba allí.

—¿Quieres rezar, muchacho? Entonces habla bien de mí y pídeme que acabe pronto mi turno. Mi chica me está esperando —me guiñó un ojo—. De todos modos... sigue este camino aquí, luego rodea las habitaciones de los sirvientes y ya estás allí.

—Gracias, amigo mío —dijo con valentía. Y se puso en camino. Y en efecto, no pasó mucho tiempo antes de que se encontrara ante la capilla, con la pequeña torre al lado, cuya entrada estaba custodiada por dos soldados.

Desde que había sido abandonado a su suerte en el castillo de Puente Invernal, había tenido una racha de buena suerte en medio de la desgracia. ¿Debía arriesgarse a pasar entre los dos soldados y entrar en la torre? Ya había hecho algo parecido una vez. Parecía que hacía dos vidas desde que había entregado la comida de Karek al príncipe prisionero en el castillo de Beachperch. Los guardias le habían dejado pasar.

El tiempo se agotaba: tenía que arriesgarse. Se acercó a la entrada de la torre. No observó a los soldados durante demasiado tiempo... solo un vistazo rápido, pero no demasiado rápido. Inmediatamente se dio cuenta de lo aburridos que estaban los dos hombres. Una señal prometedora. Eduk tenía tres amigos que siempre le acompañaban en su discreción: el aburrimiento, la indiferencia y la costumbre. Casi había llegado hasta los hombres. Contuvo la respiración o se olvidó de respirar... equivalían a lo mismo, en realidad. *Ahora, simplemente camino por el medio*, pensó, ya estaba tratando de averiguar cómo lidiar con los dos centinelas frente a la cámara de arriba. Un par de pasos más y estaría dentro de la torre. Entonces sucedió.

El sol salió de detrás de una nube y Eduk proyectó una sombra que no tenía intención de pasar desapercibida. Su sombra era su enemigo. Larga y negra, se agitó sobre los pies y las piernas de uno de los guardias.

—¡Alto! —gritó el hombre—. No se permite la entrada a nadie.

El otro soldado sintió la necesidad de sacar su espada de la vaina.

—¡Discúlpenme! Disculpen. Por favor, comprendan que no lo sabía: la torre suele estar abierta a todo el mundo —Eduk miró inocentemente de uno a otro.

—¿Lo detenemos? —preguntó el guardia de la izquierda.

—No tiene sentido. Mira el pedo de gorrión. No se le derretiría la mantequilla en la boca —el soldado volvió a envainar su espada—. ¡Largo! ¡Y no dejes que te atrapemos aquí de nuevo!

—Por supuesto—. Eduk retrocedió. De nuevo, se advirtió a sí mismo que no debía apresurarse. Le molestaba que su intento hubiera fallado en el último momento. Miró con rabia a su estúpida sombra. Pero enseguida se calmó: al fin y al cabo, no le habían detenido. No se consideraba especialmente listo. Una vez más, había experimentado la fortuna en medio de la desgracia. ¡Que siga así!

Miró a su alrededor. La entrada por la que se habían adentrado en los terrenos del castillo tenía que estar por aquí. Eduk decidió avisar inmediatamente a sus camaradas, que presumiblemente seguían esperando fuera de las puertas cerradas. Luego hablaría con el comandante de la guardia, ese tal Adellos, que parecía seguir siendo leal a Tedore y cuyo hermano servía en la guardia real de Tedore. Tomó el camino por debajo del adarve y se detuvo ante la puerta cerrada.

—Déjenme salir —dijo a uno de los dos hombres que montaban guardia.

El centinela se sobresaltó.

—No le he oído acercarse. ¿Quieres unirte a esos bichos raros de ahí fuera? ¿Qué clase de guerreros raros son, los de piel oscura con lanzas?

—Vienen del sur.

—Oh, cierto. Tus camaradas están impacientes. Ya se han estado

quejando en voz alta de que no los dejan entrar.

—Por eso estoy aquí, se lo explicaré —Eduk bostezó.

El guardia se llevó la mano a la boca y bostezó en señal de compasión. Luego apartó el enorme cerrojo y abrió una de las puertas.

—Salir está muy bien. Pero nada de volver a entrar sin permiso del poder —dijo el soldado antes de cerrar la puerta tras de sí.

Un poco más allá estaban Impy con Fata, los diez guerreros jovali y los tres soldados de la guardia real, todos sentados en la hierba.

Al ver a Eduk, Impy se levantó de un salto.

—¿Qué pasa, Eduk? ¿Por qué no nos dejan entrar?

Eduk respiró hondo antes de hablar:

—Reibanin es un traidor. Mató a Durnrost. Luego encerró a Karek, Blinn y Brawl.

—¡Oh, no! Debemos llegar hasta el duque Ransorg —exclamó Impy

Eduk notó que su frente se arrugaba por sí sola.

—No nos ayudará. Está metido hasta el cuello en todo el asunto y quiere convertirse en rey de Toladar. Debemos liberar a Karek: yo tengo la llave de su prisión.

Impy le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo la has conseguido?

—Te lo explicaré más tarde. Lo primero que tenemos que hacer es salir de aquí. Todos estamos en peligro, el plan es matarnos a todos y cada uno de nosotros.

Uno de los soldados preguntó con incredulidad:

—¿Está nuestro Capitán Durnrost realmente muerto?

—Por desgracia, sí. Pero debemos salir de aquí ahora —miró a su alrededor con ansiedad.

A estas alturas, todos los compañeros de Eduk se habían reunido en círculo a su alrededor, lo que le hacía sentirse cada vez más

incómodo. No estaba acostumbrado a ser el centro de atención. Decidió simplemente caminar hacia el oeste, junto a la muralla del castillo. Impy, los soldados y los jovali le siguieron. Así de fácil. Mientras tanto, le dio a Impy un informe abreviado de lo que había vivido y de cómo había cogido la llave del cinturón de Reibanin. Entonces Eduk se detuvo y señaló una pequeña torre que se alzaba sobre la muralla.

—Karek, Blinn y Brawl están encerrados ahí arriba. ¿Ves esa pequeña ventana? Pertenece a la habitación en la que están atrapados.

—¿Cómo vamos a sacarlos de ahí? —Impy parecía desesperado, tras escuchar la letanía de malas noticias.

Torquay preguntó:

—Entonces... ¿el príncipe está prisionero allí arriba?

Eduk comprendió que el jovali esperaba su confirmación.

—Sí... exactamente.

—¿Y tú tienes la llave de su prisión?

—Sí, exactamente.

—Muéstrame la llave.

Eduk se la entregó a Torquay. El guerrero la sopesó en su mano, luego la lanzó hacia arriba y la atrapó un par de veces.

—¿Puede la llave abrir la puerta desde dentro?

—Supongo que sí.

—Entonces lo único que tengo que hacer es lanzársela al príncipe por la ventana.

—¿Qué? —Eduk se dio una palmada en la frente—. Torquay, ¡nunca lo conseguirás! Quizá después de cincuenta intentos, pero solo tienes una oportunidad. Si no lo consigues, la llave se perderá.

—¿No confías en Torquay para hacerlo? —Torquay sonaba completamente ofendido.

—No, ese no es el problema. La ventana está a veinte metros de distancia y a casi diez metros de altura. Nadie podría tirar la llave por una abertura tan pequeña a la primera.

—Excepto Torquay —el jovali cruzó los brazos ante su pecho.

De nuevo, Eduk sintió numerosos pares de ojos clavados en él. Se le erizó la piel, como si de repente le hubiera salido un sarpullido. Pensó en las distintas opciones. Solo se le ocurrió una.

Impy acudió en su ayuda.

—Escucha, Torquay. La situación es grave. No podemos tirar la llave de la prisión, así como así. ¿Cómo vas a conseguirlo?

—El hombre, que no ha crecido mucho, necesita tener fe. ¿Alguna vez Torquay te ha dado razones para dudar de su palabra?

Eduk se llenó de inquietud.

—No, Torquay —dijo, fijando los ojos en el guerrero—, nunca lo has hecho. Estamos perdidos y necesitamos ayudar urgentemente a nuestros amigos.

—Ese es precisamente el deseo de Torquay también. ¿Tienes una idea mejor? —el jovali se sentó con las piernas cruzadas y una mirada expectante. Le ofreció la llave a Eduk.

Nimdou había permanecido en silencio todo el tiempo. Ahora habló, en un tono cargado de total incomprensión.

—Preguntaré a Impy y a Eduk. ¿Se balancea la torre de un lado a otro como una palmera en una tormenta?

—Por supuesto que no.

—¿Está la torre girando en círculos como el torno de un alfarero? —Nimdou tenía ahora una misión.

Eduk se preguntaba qué quería decir el jovali.

—No.

—¿Qué dificultad ves, entonces, en lanzar la llave pequeña por la abertura grande? —preguntó Nimdou, sin ver el problema.

Eduk se quedó mirando la llave, que Torquay aún sostenía hacia él invitadoramente. Luego suspiró.

—De acuerdo. Será mejor que lo intentes.

—¡No! Torquay nunca lo intenta.

Impy puso los ojos en blanco.

—No empieces a ofenderte, eso no ayuda.

El jovali se puso en pie.

—Como bien dice la mujer que se aferra a la muerte: No intentes hacerlo, hazlo.

Entonces levantó el brazo derecho por detrás de la cabeza. Parecía casi como si estuviera a punto de arrojar una lanza, pero lo único que sostenía era una llave oxidada. Se giró hasta quedar en ángulo con la torre. Luego se inclinó hacia atrás y giró la parte superior del cuerpo hacia delante. El brazo le pasó por la cabeza como un látigo.

Eduk cerró los ojos: no quería ver cómo la llave se estrellaba contra la pared de la torre, si es que llegaba a golpearla.

¿y ahora qué?

Karek miró asombrado la nuca de Blinn.

—¡Increíble! ¡Miren! Casi podemos ver cómo se cierra la herida. La piel simplemente se junta y… ¡presto! Ya no fluye sangre.

—Por favor, dime que mi cabeza palpitante es la razón por la que estuve brevemente bajo la idea errónea de que Reibanin nos había traicionado a todos y nos había encerrado —gimió Blinn.

—Por desgracia, no puedo ayudarte en ese sentido. Es la verdad. Ni siquiera el cinturón puede curar la alta traición y el ansia de poder. Parece que se ha decantado por seguir a Schohtar.

Karek había atado el cinturón myrneano a la cintura de Blinn y colocado los dos anillos de acerium en los dedos de su camarada herido. Efectivamente, las joyas parecían reforzar las propiedades curativas del cinturón. No es que fueran estrictamente necesarias, ya que la herida de Blinn no era más que un desgarro normal.

—De todos modos, ya me siento mucho mejor —Blinn miró a su alrededor—. ¿Crees que Eduk podrá ayudarnos?

—Si de alguna manera puede llegar hasta el duque Ransorg, entonces sí, sin duda.

—¿Y si el duque forma parte de esta intriga? —preguntó Blinn.

El golpe tampoco parece haber dañado el interior de la cabeza de Blinn. Su cerebro sigue funcionando admirablemente. Sí, ¿y si…?

Karek quería infundir valor a sus camaradas y a sí mismo.

—No lo creo. Desde que tengo memoria, ha sido un buen amigo de nuestra familia.

—Esperemos que Eduk tenga éxito.

—¿Qué puede hacer Eduk? —Brawl merodeaba por la habitación como un tigre enjaulado—. Me quitaron a mi Banfor. Nunca se los perdonaré —gruñó. Se detuvo de repente, extendió la mano hacia

delante y tiró de un ladrillo de la pared con toda la fuerza que pudo. Un poco de mortero se desprendió y cayó al suelo. Brawl siguió aflojando el ladrillo hasta que por fin consiguió arrancarlo del todo. Lo miró por todos lados y luego lo agarró como si fuera el mango de un garrote.

—Estarán arruinados cuando acabe con ellos —declaró con desgana. La expresión de determinación de su rostro subrayaba su afirmación—. Tan pronto como esta puerta se abra, voy a...

En ese momento la puerta no se abrió, pero algo pasó volando junto a la cabeza de Brawl antes de aterrizar con estrépito en el suelo de piedra. Atónitos, los tres ocupantes de la celda vieron cómo una llave oxidada se deslizaba hacia la pared antes de detenerse de repente. Karek la recogió con asombro.

Luego se apresuró hacia la ventana, que estaba a un metro por encima de su cabeza.

—De aquí salió la llave. Brawl, levántame para que pueda ver el exterior.

Su camarada ahuecó las manos delante de él y Karek puso el pie en la silla provisional. Se levantó hasta que pudo mirar por la estrecha ventana. Pudo ver a sus compañeros al otro lado del muro del castillo. Reconoció inmediatamente a Impy. También le llamaron la atención los jovali con sus lanzas. Y allí estaba Eduk, que realmente había eludido la captura y había avisado a los demás. ¿Cómo habían conseguido la llave? Sus compañeros apenas podrían verle a través de la pequeña abertura desde aquella distancia, si es que podían. ¿Debería llamarlos?

No, mejor no. Ahora que tenemos la llave, no debemos llamar la atención de los guardias.

—Todos nuestros compañeros están abajo, al otro lado del muro del castillo. La llave viene de ellos, no hay muchas puertas en esta cámara que podamos abrir con esta llave.

—¿Qué quieres decir? Solo hay uno, ¡ahí! —refunfuñó Brawl,

señalando la puerta.

—Correcto, Brawl. Y deberíamos intentar girar la llave en ella.

—Por supuesto. Salvo que probablemente haya guardias fuera —reflexionó Blinn.

El príncipe se inclinó hacia la cerradura y sostuvo la llave mordida frente a ella.

—A cada cerradura su llave… sí, ésta abrirá la puerta —susurró.

—Súper. Estoy de humor para romperle la boca a alguien —gruñó Brawl, olvidándose de susurrar, por supuesto.

—Intentémoslo, de todas formas, no tenemos elección. Al menos tendremos el elemento sorpresa de nuestro lado.

—Sí, pero solo si abrimos la puerta lo suficientemente rápido —advirtió Blinn.

—Yo pasaré primero —Brawl cerró el puño izquierdo y, por precaución y con la debida diligencia, levantó la mano derecha, que aún sostenía el ladrillo. Se colocó justo delante de la puerta. Blinn se colocó detrás de su amigo.

Karek apuntó lentamente la llave a la cerradura.

—A la de tres: uno, dos, tres.

Introdujo la llave y la giró hacia la izquierda. Se oyó un clic. En el mismo momento, Brawl abrió la puerta de un tirón, salió furioso y se lanzó contra el guardia de la derecha. Éste reaccionó atónito, es decir, en absoluto. Brawl clavó el ladrillo en la sien del hombre. *¡Bong!* El sonido resonó como una campana por las escaleras de la torre. No había casco que pudiera contrarrestar la fuerza de semejante golpe: las rodillas del hombre cedieron y cayó al suelo con estrépito.

Blinn y Karek forcejearon con el otro guardia, que empezó a gritar:

—¡SOCORRO! ¡AYUDA! —Blinn agarró el brazo del soldado para que no pudiera desenvainar la espada.

El puñetazo de Brawl lo silenció. Ambos guardias yacían

inconscientes en la escalera. Por desgracia, el alboroto y los gritos de auxilio habían surtido efecto, pues ya se oían pasos por las escaleras.

—¡Mierda! Aquí vienen refuerzos. Vamos a tener que luchar —Blinn agarró la espada corta de uno de los hombres noqueados.

Brawl corría escaleras arriba.

—¡Síganme!

¿Qué otra opción tenían Karek y Blinn? Corrieron tras él.

¿Qué haces, Brawl? ¿Adónde quieres ir?

Blinn jadeaba a su lado.

—Estamos en una torre. Seguro que la salida no está ahí arriba. ¿Por qué tan alto, Brawl?

—¡Sígueme! Sé lo que hago —fue la respuesta segura, ya no podían ver a Brawl.

Los sonidos de abajo se acercaban cada vez más. El príncipe siguió a Blinn dos pisos más arriba. Llegaron al final de la escalera, que conducía a una habitación redonda sin puerta. Ni siquiera Impy podría pasar por la estrecha ventana de enfrente. E incluso si lograban colarse, abajo había una caída de muchos metros hacia una muerte segura.

Debajo de la ventana había un gran cofre de madera con bisagras de hierro fundido. Brawl corrió hacia él y abrió los dos cierres. Levantó la tapa y sacó su cinturón de armas, sacando a Banfor de su vaina con un sonido metálico.

—Mi sonido favorito —suspiró, y casi parecía que estuviera disfrutando del cálido abrazo de su amada tras un año de ausencia forzada. Pero el rostro de Brawl parecía cualquier cosa menos embelesado o reverencial. Malhumorado y con un profundo surco en el puente de la nariz, se detuvo a la entrada de la sala—. ¡Quédense detrás de mí!

El primer soldado ya estaba arriba. La estrecha escalera solo dejaba espacio para un oponente cada vez, lo que daba a Karek la esperanza

de que Brawl pudiera proteger su posición durante un tiempo. Pero, ¿durante cuánto tiempo exactamente? Seguro que el duque Ransorg ya se había enterado de que algo iba mal.

Brawl usó su arma blandiéndola bruscamente hacia arriba, forzando la espada del guardia en el proceso. En un abrir y cerrar de ojos, su bota se estrelló contra el pecho de su oponente, haciéndole caer y gritar escaleras abajo, y arrastrando consigo a uno de sus compañeros. Todo ello fue acompañado de un estruendo y un ruido metálico, como si alguien hubiera decidido que sería divertido arrojar simultáneamente por las escaleras todos los cacharros de la cocina del castillo.

Rugidos y gritos resonaron hasta los compañeros. Los soldados gritaban de dolor, mientras que los oficiales rugían porque era lo que se esperaba de ellos. Por un momento, ningún otro enemigo hizo acto de presencia. Brawl había contrarrestado el primer ataque con relativa facilidad.

Blinn rebuscó en el cofre, sacó su propia espada y arrojó la espada corta del guardia.

—¿Cómo sabías que nuestras armas iban a estar aquí arriba, en este cofre?

—Banfor me llamó —ese fue el colmo de la explicación de Brawl.

Karek y Blinn se miraron en silencio y llegaron a la conclusión, también en silencio, de que no hacía falta dar más explicaciones.

Karek también cogió su arma. Pero el tacto de aquel objeto puntiagudo y afilado no le tranquilizó. Forjada y acabada por hombres para matar a otros hombres. Completa y absolutamente sin sentido.

No tenía sentido. Tendrían que luchar por sus vidas en este lugar. Ya resonaban los pisotones de botas tachonadas. Un pesado escudo de roble apareció a la vista. Protegía al portador desde la cabeza hasta la rodilla. Con considerable fuerza, el hombre del escudo se abrió paso hacia Brawl con la intención de embestirle. Otro soldado le empujaba por detrás.

Brawl se preparó para lanzar un grito de guerra marcial. Pero nada de frases untuosas como «¡Por Toladar!» o «¡Por el príncipe!». No, Brawl fue directo al grano: «¡A PATEAR CULOS!», bramó, corriendo hacia delante y girando el hombro derecho para que chocara con el escudo. Con esta fuerza, podría haber derribado las puertas del castillo si lo hubiera deseado. Los hombres corrieron la misma suerte que sus predecesores. Cayeron de espaldas por las escaleras. Karek estaba seguro de haber oído crujir varios huesos. Los gritos de agonía de los hombres no desmentían esta impresión.

—Verteremos aceite en los escalones. Los ahuyentaremos —gritó alguien desde abajo.

La idea sonaba bien. Por desgracia. Karek se preguntó si era el momento de empezar a gritar pidiendo ayuda. No todo el mundo en el castillo de Puente Invernal estaba involucrado en esta conspiración contra ellos, seguramente. De nuevo, el sonido de pasos ascendentes. Brawl se preparó para el siguiente ataque. ¿No habían querido encender aceite? Apenas había pasado el pensamiento por su mente, cuando fue confirmado por sus fosas nasales. Al fuerte olor a brea quemada le siguieron columnas de humo negro que subían por la escalera como una serpiente. La espada de Brawl, Banfor, no podía hacer nada contra aquel enemigo. El muchacho empezó a toser, mientras Karek también empezaba a sentir que le ardía la garganta. Pronto tendrían que retirarse a la ventana para respirar aire fresco.

Voces fuertes, órdenes gritadas al azar, el sonido del metal chocando. El rostro de Brawl, normalmente pálido, se puso rojo. Respiró lo menos posible, pero tuvo que abandonar su posición junto a las escaleras. Los tres se adentraron en la cámara. Brawl jadeaba junto a la ventana.

Ahora había suficiente espacio delante de ellos para que tres o cuatro soldados atacaran simultáneamente. Pero ellos también necesitarían respirar. Oyeron el sonido de salpicaduras de agua seguido de más pasos. El humo se disipó un poco y el rostro del teniente Adellos se hizo visible. ¿Era uno de los traidores? Los tres compañeros se prepararon para luchar. ¿Pero quién venía justo detrás

de Adellos? ¿Conspicua e imperceptiblemente? Eduk.

—Para garantizar su seguridad debemos abandonar el castillo inmediatamente —el teniente no necesitó repetirlo. Eduk, a la cabeza, se precipitó por la escalera. Apestaba a aceite quemado y alquitrán. Karek casi tropieza con un soldado muerto.

—Cuello roto —comentó Adellos.

—¿Y el duque? —preguntó Karek sin aliento.

Eduk miró hacia atrás, negando con la cabeza.

Entiendo. Lo primero es lo primero: salgamos de aquí.

Al llegar abajo, Karek vio a muchos soldados atendiendo a los heridos. Había habido una verdadera batalla aquí abajo.

—¡Ignora eso y sígueme! —la orden del teniente era inequívoca—. Esta parte del complejo está bajo mi mando, está en manos de los leales al rey.

Más atrás se oían los sonidos de la batalla: espadas chocando entre sí, gritos que indicaban rabia, dolor y muerte.

El príncipe decidió confiar en el teniente y seguirle; al fin y al cabo, él y sus soldados les habían sacado de la torre.

Se apresuraron a recorrer el adarve hasta llegar a las puertas del castillo.

—Ábrelas —ordenó el teniente. Los guardias obedecieron de inmediato. El resto de los compañeros de Karek esperaban fuera. Se alegraron cuando vieron al príncipe, a Blinn, a Eduk y a Brawl.

Adellos se despidió de ellos con las siguientes palabras:

—Tu amigo Eduk me ha convencido para que le deje entrar de nuevo y le acompañe a la torre. Príncipe Karek: traición es una palabra que no está en mi vocabulario. Ha estallado la guerra entre las dos facciones: mis hombres, leales al rey, contra los soldados del duque. No sé cómo acabará, pero, por desgracia, la guerra civil ha estallado con toda su fuerza en el castillo de Puente Invernal. Debes informar a tu padre... podría ser que perdiera el castillo...

presumiblemente a manos de Schohtar.

—Teniente Adellos, te lo agradezco. Pero deberíamos quedarnos aquí y luchar a tu lado.

—¡No! En ninguna circunstancia. Pónganse a salvo. Veremos qué bando ganará. Váyanse ahora.

Karek asintió al teniente.

—Cuídate. Espero que nos volvamos a ver —se volvió hacia sus amigos—. Vayámonos de aquí primero, luego pensemos una estrategia.

Las puertas se cerraron tras ellos. Exhaló con fuerza. El duque Ransorg, un traidor, era una idea a la que aún tenía que acostumbrarse.

Los camaradas se abrazaron.

Impy le dio una palmada a Brawl en la espalda.

—No debería dejarte solo.

—Sí, sin la ayuda de todos seguiríamos sentados en la torre. Eduk, siento haber dudado de ti. Nos has sacado de una situación muy delicada —dijo Brawl en voz alta e hizo una reverencia. Eduk se sonrojó de inmediato.

—Vamos... vamos a ver si podemos encontrar un barco en el puerto que nos lleve a Cragwater —dijo Karek.

Furia es un concejal poco de fiar, y a Karek le costó un esfuerzo considerable controlar su ira mientras escuchaba el relato de Eduk. Brawl negó con la cabeza, incrédulo, mientras Blinn rodeaba el hombro de Eduk con el brazo.

—Eh, has sido más valiente de lo que pensaba —elogió Brawl—. Robar la llave así, delante de todo el mundo....

—Sí, la llave. ¿Cómo has conseguido traernos la llave desde fuera de los muros? —preguntó el príncipe.

—Muy fácil… la tiré por la ventana.

Brawl se frotó la nuca.

—No, Eduk. Eres un verdadero héroe, pero no me lo creo.

—Tampoco soy el responsable, lo confieso. Fue Torquay —Eduk asintió hacia el jovali.

Brawl y Karek miraron asombrados al guerrero.

—Pues claro. ¿Y qué? Están aquí —el jovali se encogió de hombros.

—De acuerdo. No hay de qué preocuparse —aunque Blinn también parecía impresionado.

—¿Qué podemos hacer para apoyar al teniente Adellos y a sus hombres? —se preguntó Karek en voz alta—. Necesitamos refuerzos... y lo antes posible. Para cuando hayamos encontrado un barco, naveguemos hasta Cragwater y regresemos con una fuerza armada, habrán transcurrido al menos cinco días. El Duque Ransorg lo sabe muy bien.

—¿Cuánto tardaría un mensajero a caballo con una carta? —se preguntó Impy.

—Probablemente dos días más. Necesitamos un mensajero rápido. Yo... tengo una idea.

Karek sacó algunos utensilios de su bolsa del cinturón. Mojando una pluma de ganso en tinta, escribió en un pergamino: *Querido padre, el duque Ransorg y el jefe del ejército Reibanin nos han traicionado. El Capitán Durnrost está muerto... Reibanin lo asesinó. Yo estoy a salvo. Ransorg está jugando un falso juego porque desea convertirse en rey de Toladar tan pronto como Schohtar haya reclamado el título de emperador. Algunos de los soldados leales al rey están resistiendo valientemente, pero necesitamos refuerzos. Envía un ejército lo antes posible para que el castillo de Puente Invernal no caiga en manos de Schohtar. Karek*

Sabía que Tedore reconocería su letra. Enrolló la carta y se dirigió a Fata. La Kabo lo miró, sus ojos de botón brillando con interés.

—Fata... vuela al Castillo Cragwater y lleva esta carta a mi padre. Aterriza en el ventanal de la sala del trono y date a conocer.

Necesitamos ayuda urgentemente y solo tú puedes informarle con la suficiente rapidez.

La reina Kabo le miró como si no hubiera entendido nada.

—Castillo de Cragwater. Ventana del salón del trono. Noticias para padre. Importante, Fata.

El príncipe ató el pequeño rollo a la pata derecha de Fata.

El pájaro se quedó con la mirada perdida.

Ahora Impy estaba a su lado.

—¡Vamos, Fata, vuela! Tú puedes. Vuela hacia el rey.

—Esto nunca va a funcionar —anunció Brawl.

Fata golpeó el suelo varias veces con sus garras derechas, como si quisiera librarse de una carga no deseada. Luego corrió tres pasos hacia delante y se elevó en el aire.

—¡Vuela, Fata! ¡Vuela! —animó Impy.

—Pero no hacia el norte —murmuró Blinn con escepticismo.

En ese momento, Fata se inclinó hacia el sur y se alejó volando a una velocidad que ninguno de ellos había creído capaz de alcanzar.

Severo

Había descansado poco y luego había cabalgado todo el día. Sus esfuerzos exigían ahora su tributo tanto del caballo como del jinete. Era difícil decir quién necesitaba más un descanso.

Su deseo de encontrar a la pequeña Hanne le daba fuerzas, la mantenía despierta, la impulsaba a seguir adelante. Nika también había sido secuestrada de pequeña, de eso estaba segura. Algo misterioso dentro de Nika la motivaba, como si fuera a encontrar no solo a Hanne, sino también algo que había perdido en su infancia. En el pasado, tales impulsos solo habían sido alimentados por el odio. No entendía muy bien lo que le estaba pasando. Pero un momento misterioso de su vida no la abandonaba, por mucho que intentara olvidarlo. Apretó los labios. *¿Qué momento? Lo sabes muy bien, Nika.* El momento en que había abrazado a Hanne delante de la casa del abuelo. Habían prometido seguir siendo amigas... tal vez fue incluso más que eso. Algo así como un pacto. Y le había dicho a la chica que volvería. Nika nunca *prometía* nada: *decirlo* siempre era suficiente. Eso tenía más valor que el voto más sagrado.

Habían cruzado el Karpane en un vado y estaban en camino hacia Star. Por desgracia, aún no había rastro de aquel canalla de Cerbero. La primera noche le había perdido la pista en la oscuridad, como era de esperar. Pero, ¿por qué no había alcanzado al carro con sus ocho mercenarios y Hanne? ¿Y si no se dirigían a Star, sino mucho más al este, hacia Tanderheim? ¿O si les habían tendido una emboscada?

Pronto caería la noche. Llegó a una pequeña aldea y decidió ver si podía obtener alguna información útil. Dos hombres cortaban leña frente a una sencilla vivienda circular. Sus torsos desnudos brillaban bajo el sol del atardecer; hacía demasiado calor para este sudoroso trabajo.

Se detuvo ante ellos.

—¿Han visto a un grupo de soldados con un carro de caballos?

—¿Quién quiere saberlo? —preguntó uno de ellos a su vez, interrumpiendo su trabajo al apoyarse en el peso de su hacha. Su rostro sugería una mezcla de sospecha y desaprobación mientras observaba a Nika.

—Eh, Cerebro de Botón. ¿Cuánta gente hay delante de ti haciéndote una pregunta? —ella le respondió con el ceño fruncido. No tenía ni tiempo ni ganas de una larga discusión.

El otro leñador la miró con no menos desdén.

—No hay razón para que seas descarada. No. Hace dos días que no vemos extraños. Aparte de una descarada moza vestida de cuero. ¿No vas a presentarte?

—No, sigue golpeando la madera y reza a Lithor para que no me conozcas.

Los dejó vivir y cabalgó hasta una cabaña de madera con techo de paja. La mujer de un campesino amasaba una enorme masa sobre una tabla. Se detuvo al ver acercarse a Nika y se secó el sudor de la frente con una esquina de su delantal manchado.

Nika desmontó y se acercó a la mujer.

—¿Ha pasado por aquí un grupo de mercenarios con un carro de caballos?

—¿Quién quiere saberlo?

—La mujer que está a punto de ahogarte la cara en masa de pan.

De repente, la mujer del granjero se puso un poco verde y levantó las manos a la defensiva, con trozos de masa pegados a los dedos como telarañas.

—Eh, tranquilízate. No he visto a nadie. Llevamos semanas aquí solos. Y así es como nos gusta.

Al menos tenía agallas y no se había vuelto obsecuente, llegando incluso a soltar un escupitajo como metafórico punto final. Casi le da en el pie a Nika.

—¿No hay nadie en este agujero de mugre con suficiente

inteligencia para reconocer si un ejército de mercenarios con banderas y trompetas pasara por aquí?

—Allí tenemos a un herrador, se mueve mucho y tiene la oreja pegada al suelo. Pregúntale.

—Lo haré —Nika asintió—. Lo haré ahora mismo.

La mujer la miró como si fuera un moho.

—No nos gustan los extraños.

—Eso está bien. A mí tampoco.

Los ojos de la panadera brillaron momentáneamente de diversión.

Pero la mujer le ocultaba algo, Nika lo intuía. No obstante, giró sobre sus talones, montó en su caballo y trotó en la dirección que la mujer le había indicado. A su izquierda, pasó dos grandes prados. Más adelante aparecieron varios establos y una cabaña torcidos. Dos hombres se afanaban en herrar a un gris frente a la herrería.

Se acercó a ellos y desmontó.

—¿Saben algo de un grupo de mercenarios con un carro de caballos?

Un tipo musculoso con una cabeza peculiar la miró desde su posición encorvada mientras seguía sujetando la pata trasera de la yegua. Era calvo y tenía la coronilla tan plana que podría apoyar en ella una jarra de cerveza. Luego volvió a mirar la pezuña del caballo y preguntó:

—¿Quién quiere saberlo?

Se apeó, caminó hasta Plaquitas y le dio una palmada en la parte superior de la cabeza tan fuerte que oyó un eco que volvía del bosque.

—¡Yo, por supuesto! —dijo de forma encantadora.

Plaquitas no entendía nada. Estaba claro que primero tenía que encontrar una respuesta adecuada, así que el otro hombre, que sostenía el martillo y los clavos en las manos, tomó la palabra.

—Muy audaz, la joven. ¿Y eso qué es? La joven lleva una espada

corta al cinto. Pero no parece que sepa usarla. Lárgate antes de que te pase algo. Ahora, escucha, mujer. Si tú...

No llegó más lejos, porque Nika le había hincado la rodilla en las partes pudendas, haciéndole soltar el martillo y desplomarse como una bisagra bien engrasada. Doblegado, su mueca de dolor era un espectáculo digno de contemplar, aunque una daga en el ojo sin duda habría dejado una impresión mayor. Plaquitas bajó la pata trasera de la yegua y lanzó un puñetazo hacia ella, pero ella ya se había agachado y le estaba clavando la daga de la manga en el muslo.

—¿Ves? No he tocado para nada mi espada corta.

Uno gimió y el otro sangró. Aún no le habían dado ninguna información. ¿Por qué la gente era siempre tan difícil?

Ahora la panadera chillaba y corría hacia ellos; ya había perdido el delantal por el camino.

—¡Zorra! ¿Qué estás haciendo? Deja en paz a nuestros hombres.

¿De verdad la había llamado zorra? ¿Por qué se ofuscaba tanto la mujer? Si alguien tenía motivos para gritar, esa era Nika. Se arrodilló sobre el pecho de Plaquitas y acercó la hoja de su daga a la garganta de su amigo.

—¡Déjalo vivir, por favor! —suplicó la campesina. Levantó las manos en señal de súplica.

Mirando fijamente a la mujer, Nika preguntó:

—¿Eres pariente suya?

—Es mi marido. Déjalo en paz —replicó ella, algo más enérgica.

Nika dijo con voz tranquila.

—Les haré la pregunta por última vez antes de matarlos a los tres. ¿Han visto recientemente mercenarios con un carro de caballos?

La fría determinación en la voz de Nika hizo que la mujer se estremeciera. Tartamudeó.

—Ella... no está bromeando. No he visto nada —miró desesperada a

los dos hombres—. ¡Si saben algo, díganselo!

El hombre doblado, ya verdaderamente trastornado, movió los ojos de un lado a otro, presumiblemente respondiendo negativamente.

El que estaba debajo de su rodilla con el corte en el muslo balbuceó.

—No... no... ningún carro con soldados pasó por aquí. Debes creernos. Solo somos gente sencilla, que apenas se gana la vida.

—No te preocupes, pronto no tendrás que preocuparte por eso —la combinación de cansancio y decepción se sumaba a la ira de Nika. Si primero hubiera apuñalado a toda la manada y luego hubiera preguntado, sería tan sabia como lo era ahora. Ya estaba harta y decidió que era hora de perder la paciencia.

—Tú... le has oído —balbuceó el campesino panadero, que ahora comprendía que aquella mujer hablaba muy en serio—. De verdad... aquí no ha habido extraños. ¿A quién buscas?

Haciendo uso de su última pizca de autocontrol, Nika preguntó:

—¿Conoces a un mercenario que lleva una armadura roja? Se hace llamar Cerbero.

El rostro del hombre que tenía debajo adquirió el tono de una nube de lluvia.

La mujer susurró:

—¡Lithor, sálvanos! No... no podemos decirte nada sobre este hombre. Nadie habla de Cerbero, o está perdido. Es la personificación de la peor pesadilla de carne y hueso del mundo.

—¡Eso es hablar mierda! El hombre se limpia el culo como todo el mundo. Entonces, ¿dónde lo encuentro?

El hombre gimió de miedo, y Nika intuyó que no se debía a la daga contra su garganta, aunque la hoja le había hecho algún que otro corte aquí y allá, y su cuello brillaba ahora enrojecido. Susurró:

—Podrías matarme a mí y a los demás. Eso sería mejor para nosotros que si traicionamos a Cerbero y luego caemos en sus manos.

La campesina también parecía aterrorizada, mientras permanecía allí, con el rostro ceniciento. El miedo que le inspiraba aquel canalla de uniforme rojo parecía considerable. La mujer miró a su alrededor antes de susurrar:

—Cerbero es un peligro para el bien común.

—Bien. Eso es algo que tenemos en común. Escúpelo, ¿dónde está el tipo?

Nadie habló.

¿Realmente querían morir en sus manos antes que traicionar a esa maldita escoria? Una cosa tenía que reconocerle al mercenario: había adquirido una extraordinaria reputación entre la población. A propósito de reputación, pensó, y de repente se le ocurrió una idea.

—¡Soy un cuervo! —cacareó, haciendo hincapié en la última palabra de la frase, a pesar de que hacía poco tiempo que consideraba que este capítulo de su vida había terminado.

Los rostros de los dos hombres se apagaron.

Plaquitas balbuceó:

—¿Un...c...c...c...cuervo?

Esperó a que sus palabras surtieran efecto.

¿No sintió también en su interior el más leve olor a orgullo?

Sin embargo, la siguiente afirmación de Plaquitas fue más inútil que el nido de un cuco.

—Aun así, es mejor ser asesinado por un cuervo que por Cerbero.

La paciencia es un trabajo duro, y no me gusta trabajar, pensó Nika. Pero matar a estos tres ahora no iba a dar muchos frutos.

Ella dijo:

—Si un cuervo encuentra a Cerbero, entonces será historia. Ergo, ya no podrá hacerte nada. Lógico.

Tres pares de ojos llenos de duda, indecisión y división interna. Ella

podía ver que Plaquitas estaba sufriendo algún tipo de lucha mental. Nika aflojó la presión de su rodilla sobre el pecho de él y lo miró expectante.

—Cerbero nos matará si nos atrapa. Y a todas nuestras familias también —susurró Plaquitas.

Nika puso los ojos en blanco.

—¿Cómo va a saber que lo has delatado?

—Una vez que te tenga en sus garras, le cuentas todo lo que quiere saber. Absolutamente todo. Entonces te despelleja vivo con placer y te echa salmuera por encima en el proceso. Cerbero es la peor pesadilla del mundo.

No impresionada, gruñó:

—Si quieren que elimine de sus vidas a la peor pesadilla del mundo, díganme dónde puedo encontrarlo. Última oportunidad.

Con repentina incredulidad, la campesina miró a Nika de arriba abajo. Frunció el ceño y miró fijamente los ojos negros de la mujer.

—Dime..., ¿eres... eres el mirlo? ¿La heroína de las canciones? ¡¿El mirlo?!

Ese era el límite. Ahora se burlaban de ella. Nika decidió que era hora de degollar a los tres. Una buena acción para un verso de mirlo, porque así Cerbero ya no podría hacerles daño. Con los dientes apretados, se volvió hacia Bisagra: él sería el primero.

—Digámosle dónde está su guarida. Si alguien puede atrapar a Cerbero..., ¡es el mirlo! —la campesina estaba casi irreconocible—. ¡Bueno, puedes derribarme con la pluma de un mirlo! ¡Es el propio mirlo!

—¡Yo también voto a favor de contarle! —gimió Bisagra—. Antes de que todos muramos.

—Sí, es ella. El mirlo —susurró Plaquitas, mirándola como si fuera Lithor quien lo miraba. Nika miró su rostro agonizante y pudo ver que hacía todo lo posible por saltar sobre su propia sombra. Miró a la

izquierda y luego a la derecha antes de susurrar en voz tan baja que ella casi no le entendió—. Debes volver a Karpane. Su campamento está a un día de viaje río arriba a caballo. Está al sur del río. Encontrarás más de cien hombres pululando por allí, ninguno de ellos es mucho mejor que él.

Nika se sintió aturdida. Como cuervo no había podido competir con la reputación de Cerbero. Pero en cuanto apareció el mirlo, la gente empezó a cantar como canario. Su visión del mundo amenazaba con derrumbarse. ¿Desde cuándo el bien había vencido al mal? ¿Dónde estaba la lógica? El mirlo se levantó: su sed de sangre había perdido su lujuria. Devolvió la daga a su manga.

—Gracias por la agradable charla. Debo seguir mi camino, porque tengo una cita con Cerbero. Y tengo sed de su sangre.

La mujer asintió; los dos hombres no dijeron nada. Nika cogió un cubo de agua que había cerca y empapó a su caballo. La campesina empezó a curar la herida del muslo del herrador, tarareando la canción del mirlo, ¿era realmente necesario?

La heroína de la cancioncilla montó en su caballo y miró a los dos hombres y a la mujer con el ceño fruncido. ¿Cuántas facetas de la humanidad se le habían presentado en los últimos momentos? Codicia, miedo, racionalidad, esperanza y mucho, mucho más. *Los humanos, qué criaturas tan incompletas.*

La mujer dijo en voz baja:

—Buena suerte.

Nika sintió que lo decía en serio, que lo decía de verdad.

Su caballo trotó toda la noche. De vez en cuando desmontaba y guiaba a la yegua por las riendas. El Karpane retumbaba a su lado todo el tiempo. A Nika le gustaba el sonido del agua. El gorgoteo y el burbujeo fiables y constantes la tranquilizaban. Si Plaquitas no hubiera mentido, se encontraría con un montón de escoria de madrugada.

No era el momento ideal para enrollarse con ellos, pero el riesgo

era su compañero constante. Cuando llegara el momento, ya se le ocurriría algo.

La sonrisa plateada y tonta del amanecer apareció en el horizonte. Así le pareció, pues le arrebató la protección de la noche. ¿Debía buscar un escondite, dormir y buscar el campamento mercenario la noche siguiente? Se sentía débil, en absoluto dueña de todas sus fuerzas. Ya había sentido ese cansancio en la pequeña aldea.

Descansa y ten paciencia, Nika. La paciencia es una de tus mayores virtudes, se recordó a sí misma, impaciente. ¿Tenía Hanne paciencia en su situación actual? Desechó la idea y siguió adelante con su caballo. Por el rabillo del ojo distinguió un movimiento en el otro extremo del Karpane. Los tres jinetes ya la habían visto y estaban sentados en sus monturas mientras la miraban con interés. Llevaban uniformes sencillos, lo que sin duda sugería que eran mercenarios grises. ¡Mierda! ¿Cómo es que cabalgaban por el Karpane tan temprano?

La habían visto, por lo que la pregunta de si debía esperar hasta el anochecer ya era redundante. Tampoco había tiempo para descansar. Con el enemigo ahora en alerta, sería aún más complicado. Se sentó en la silla. Agotada, sentía cada músculo, cada hueso de su cuerpo. ¿Realmente todo se debía al cansancio? Algo parecía no ir del todo bien. Nika se sintió mareada: los puntos negros ante sus ojos parecían bailar como sombras alrededor de una hoguera. Lentamente, dirigió su caballo hacia el sur. No tenía elección: debía alejarse del río y encontrar un buen escondite.

La parte superior de su cuerpo se desplomó sobre las crines del caballo y se agarró a su cuello mientras el animal avanzaba al galope.

Ahora también la acosaba una terrible sed. Beber, tenía que beber. Bajó una mano para buscar la cantimplora que llevaba en la silla. En ese momento, cuatro hombres con ballestas aparecieron ante ella. ¿De dónde habían salido de repente? Oyó el tañido de una cuerda y una saeta se clavó en el cuello de su caballo, que se desplomó. Ahora solo los reflejos de Nika dirigían su cuerpo. Con un movimiento fluido, saltó de la silla y rodó por el suelo antes de ponerse en pie con

dificultad. Pero se tambaleaba. Tres ballesteros más se abalanzaban sobre ella.

—¡Ríndete! —ordenó uno de los hombres.

—Es ella —añadió otro.

El tercer compañero habló:

—Llevémosla al campamento.

¿Qué era todo esto? ¿La esperaban o qué? *Oh, bueno,* pensó Nika, resignada. *Has tenido mejores planes en el pasado. Intentemos ceder por el momento, así llegaremos al campamento mercenario.* Su capacidad de mujer delicada había sido subestimada con demasiada frecuencia. Veremos si eso le da alguna ventaja en la situación actual.

Lentamente, Nika levantó las manos. Desde esta distancia, un rayo de ballesta la haría pedazos. Dos soldados saltaron sobre ella y le ataron las manos a la espalda. Después la cachearon y le quitaron las dagas y la espada. Nika dejó que todo esto sucediera con una paciencia estoica, y luego exigió:

—Quiero hablar con Cerbero.

—Pero él no quiere hablar contigo. Y no le llames así, no le gusta —replicó uno de los mercenarios.

—Entonces, ¿está por aquí?

—¡Ponle un calcetín!

—¿La niña también está aquí?

—¡Ponle un calcetín! —el mercenario la miró como si fuera un trozo de carne de rata podrida—. ¡Vamos, ahora... de vuelta al campamento!

Ahora caminaban a pie, por la orilla del río. Dos de los soldados se habían quedado atrás para cortar trozos de carne de su caballo muerto. El río a su lado gorgoteaba tan inocentemente ahora como lo había hecho antes, antes de que la hicieran prisionera. Nika observó a los hombres; no perdía de vista lo que la rodeaba, al menos en la medida en que su agotamiento se lo permitía. Con los dedos,

comprobó las ataduras que la ataban a la espalda. Tensas y firmes correas de cuero sujetaban sus muñecas, cortando profundamente su carne. Pero Nika apenas se dio cuenta, tenía cosas mucho más importantes en las que pensar, por ejemplo, cómo salir de su situación actual.

—¿Ya casi llegamos? —se quejó. Era hora de ver si podía averiguar algo sobre su situación geográfica, sobre Hanne, sobre Cerbero.

—¡Ponle un calcetín!

—¿Qué clase de campamento es?

—¡Ponle un calcetín!

—Dime, ¿tienes muerte cerebral sin que nadie se haya dado cuenta?

El puño de Calcetines le golpeó la cara.

—Amordázala antes de que me olvide de mí mismo —parecía ser el líder del grupo.

La nariz de Nika sangraba. Un paño que apestaba a sudor estaba atado alrededor de su boca. ¿Qué más podía esperar? Haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban, avanzó a trompicones.

El olor del campamento mercenario le llegó a la nariz sin previo aviso. El hedor de la orina y las heces de las letrinas, de la sangre, el sudor, la mala comida y el vino barato. Llegaron a un recodo del río donde se extendían innumerables tiendas sin ningún orden en particular.

Había dos hombres de pie, atados a estacas, o, mejor dicho, lo que quedaba de dos hombres. A primera vista, estaba claro que uno de ellos ya estaba muerto y el otro se dirigía hacia allí rápidamente. Ambos habían sido desollados y ahora eran poco más que trozos de carne, testigos mudos de una crueldad inhumana. Nika se corrigió. Todo lo inhumano en este mundo era, de hecho, humano. La palabra «inhumano» podría borrarse fácilmente del vocabulario en todos los idiomas sin pensarlo dos veces. No: testigos silenciosos de la crueldad humana era la frase correcta. Lógico.

—¡Ja! Uno de los traidores sigue vivo —dijo Calcetines a su lado.

No había forma de que el hombre de la hoguera pudiera reaccionar ante aquello; el desgraciado ni siquiera tenía fuerzas para gemir. Le habían enrollado los dos trozos de piel alrededor del cuello como una bufanda.

Todo está en orden, pensó Nika. Mirlo de mierda. Su visión del mundo se había enderezado de nuevo. Miseria, martirio, asesinato dondequiera que mirara.

—¡BIENVENIDA! —Cerbero estaba de repente ante ella, cegándola con la sonrisa chispeante de sus dientes tan blancos—. Esta vez no habrá fuego ni arqueros que te ayuden, cuervo.

Aunque hubiera querido, no podía responder, no con la tela metida en la boca.

—Quítale la mordaza.

Calcetines se apresuró a hacer lo que le decían. Cerbero agarró a Nika por la barbilla, le giró la cara hacia la luz y le miró la nariz.

—¿Quién la golpeó?

Calcetines se arrastró como cien serpientes.

—Ella... eh... se volvió... eh... recalcitrante. Yo... bueno... solo una vez....

No dijo nada más. Cerbero clavó la rodilla en el estómago de su llorón seguidor y le golpeó la cabeza con la mano blindada.

—¡Idiota! Ordené expresamente: «No le toques ni un pelo». ¿Cuál de esas seis palabras no has entendido?

Calcetines no pudo responder. Estaba demasiado absorto intentando asimilar la agonía. Parecía no saber qué era peor, si el dolor de estómago o el de cabeza. Es de suponer que su comandante quería facilitarle la decisión sobre dónde le dolía más, porque le dio una tremenda patada en los huevos. Este se desplomó y se hizo un ovillo en el suelo mientras se protegía las barrigas. Bien, estaba claro que ya se había dado cuenta.

La capacidad de liderazgo de Cerbero era elegante, Nika tenía que reconocerlo. Casi se sentía como en casa: era como su infancia en el Establecimiento. El Canciller Negro y este mercenario jefe tenían mucho en común.

Con lo que parecía una indiferencia despreocupada, Nika observó cómo Cerbero se agachaba, le quitaba la mordaza a Calcetines, que seguía retorciéndose, se enderezaba y se volvía hacia ella.

—Te pido disculpas por las molestias —le limpió la sangre de la cara con el trapo sucio—. Es muy sencillo: doy órdenes concretas y espero que se cumplan —en un gesto de inocencia, se llevó una mano al pecho—. Nunca pido a nadie que haga algo que no haría yo mismo. Solo hay una persona en este mundo cuyas órdenes sigo, y se llama rey Schohtar. Él me dijo: «Tráemela ilesa. ilesa. No toques ni un pelo de su cabeza». Y eso es precisamente lo que haré.

—¿Qué quiere Schohtar de mí? —preguntó Nika.

—Tendrás que preguntárselo tú misma.

—¿Dónde está la niña que secuestraste cerca de la granja de Blackacre?

—Oh, ¿esa pequeña? No tiene importancia..., ella no juega ningún papel en todo este juego. Todo gira en torno a ti.

—¿Dónde está? —gruñó Nika.

Con cara de aburrimiento, Cerbero respondió:

—Oh, creo que por ahora será entrenada en un burdel de las islas —hizo una pausa antes de continuar—: O vendida en la subasta de esclavos de Gonus. O primero lo uno y luego lo otro. —Cerbero se frotó las manos con aire comercial—. No tienes ni idea de lo que se paga hoy en día por una cosita así.

—Ya veo —dijo Nika con calma. Notó cómo el calor se iba extendiendo en su interior. Aún tenía las manos atadas a la espalda. No podía hacer nada.

Presumiblemente deseando liarla parda, uno de los ballesteros dijo:

—Han zarpado hacia Gonus, Cerbero.

Pero se limitó a resoplar con desdén: era evidente que no le interesaba.

Las emociones de Nika estaban a flor de piel. Lo que más deseaba era matar de una vez por todas a ese canalla despreciable. Al menos había conseguido información sobre el paradero de Hanne. Antes de que pudiera hablar, Cerbero volvió a amordazarla.

—Encadénala también. Es extremadamente peligrosa. No la subestimes —con salvaje determinación en su voz, anunció—: Mañana nos dirigiremos a Star Fastness. La llevaremos ante el rey Schohtar.

Sus esfuerzos de los días anteriores exigían su tributo. El mareo volvió a apoderarse de ella y cayó lentamente de rodillas. Todo le parecía terriblemente risible. Pero llevaba veinte años sin reír, ¿por qué iba a empezar de nuevo, precisamente hoy?

Espada y botas

La tumba yacía en un montículo muy cerca de la playa. Estaba formada por piedras en forma de calavera que formaban un gran óvalo. Dos marineros gemían bajo el peso de una pesada lápida de mármol liso que llevaban.

—Pónganla aquí, por favor —dijo Sara con tristeza, señalando el lado derecho del lugar de descanso final del gran maestro de espadas.

Eructos pudo ver en su rostro lo doloroso que le resultaba recordar a su padre. Los recuerdos buenos y malos de la infancia parecían arremolinarse en su mente. Lo que quedaba era el dolor de la pérdida y la impotencia de no poder decir más lo que había que decir.

—Padre... —la voz de Sara temblaba de pena—. Karek... te prometió una lápida en este lugar. Una lápida con una inscripción mía. Ahora está aquí. —Sara se arrodilló, besó el mármol y leyó el sencillo grabado: «Aquí yace Garemalan, guerrero, padre, humano».

Tragó saliva y luchó contra las lágrimas. Con un éxito limitado, ya que varias de ellas rodaron por sus mejillas. Niño se quedó cerca y sufrió con ella. Para los que quedaban atrás, la vida continuaba. Niño la consolaría. Qué bien que se hayan encontrado.

Una matanza de cuervos se elevó ruidosamente en el aire. Eructos escrutó la zona, no quería sorpresas desagradables. Era cierto que estaban en Soradar, pero seguían dentro de la esfera de influencia de Schohtar. Al no ver señales de peligro, Eructos volvió a mirar la tumba del gran maestro de espadas. Lo recordaba como el primer hombre con el que se había topado que no distinguía entre toladarianos y soradianos. Para Garemalan, ambos eran iguales, pero servían a amos diferentes. La segunda persona en la vida de Eructos que veía las cosas del mismo modo seguía viva. Se llamaba Karek Marein.

Eructos se frotó la barbilla. A pesar de su humanidad, el maestro de espadas había sido un enemigo feroz y peligroso para aquellos a los que había combatido, debido a su lealtad al rey. Sara se puso en pie

con un sollozo y se colocó junto a Niño. Eructos sabía que había tenido una relación difícil con su padre y, por desgracia, ya no había ninguna posibilidad de reconciliación.

—Capitán Eructos —Sara había recuperado su autocontrol y ahora le miraba—, gracias por detenerse temporalmente junto a la tumba de mi padre. Sé lo peligroso que es para usted anclar aquí, tan cerca de Tanderheim. —Su pelo rubio se agitaba al viento mientras sus dedos jugaban con el medallón que colgaba de su cuello—. Deberíamos volver rápidamente a bordo y seguir navegando.

—Ha sido un honor. —Eructos hizo una pequeña reverencia—. Y puedo entender tu deseo. Tu padre, Garemalan, el gran maestro de espadas, era un hombre respetado. Un buen hombre, incluso sus enemigos soradianos lo consideraban así.

Si había algo que la experiencia le había enseñado a Eructos, era esto: ¡la vida continúa! Bueno, al menos hasta que todos llegaran a su lugar de descanso final, como había hecho Garemalan.

Con eso, se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso al Viento del Este.

Dos días después estaba de pie en la barandilla del barco y observaba la costa. Algo se movía en lo alto del viejo faro. Eructos recordó la historia de Wanda la Infortunada, que, transformada en águila, había volado a través de Krosann y se había posado en lo alto del faro. El barco pasaba ahora por el extremo sureste de Soradar, aprovechando los vientos favorables.

—También podría haber sido una gaviota —dijo Barbón a su lado, como si le hubiera leído su pensamiento.

El Viento del Este avanzaba a buen ritmo. A Eructos le encantaban los sonidos de las jarcias crujiendo y de las velas agitándose. Esta tarde llegarían a Akkadesh, su ciudad natal. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que estuvo allí?

—No hemos estado en casa desde hace tres años —refunfuñó

Barbón, Eructos lo miró sorprendido: ¿su amigo leía la mente?

—Sí, y me temo que, a pesar de nuestra larga ausencia, no seremos recibidos con los brazos abiertos.

—Una vez desertor despreciado, siempre desertor despreciado —dijo Barbón escuetamente—. A menos que ocurra algo insólito, y creo que podría ocurrir, por cierto. Puedo sentirlo en mis huesos.

El faro detrás de la popa se hacía cada vez más pequeño. Sara apareció entre ellos.

—Estoy deseando visitar Akkadesh. He oído hablar mucho de la ciudad, pero nunca he estado allí.

—Entonces es hora de que veas el lugar más hermoso de todo Krosann —Eructos se corrigió—: El lugar más hermoso hecho por el hombre en todo Krosann.

—¿Cuál es tu plan, Eructos? ¿Crees que podemos entrar descaradamente en el puerto, atracar con una bandera falsa y usar nombres falsos? —preguntó Barbón.

Eructos se frotó la barbilla.

—Llevo tiempo pensando en la cuestión, como puedes imaginar. Vamos a destacar como un pulgar dolorido. Solo tu barba nos delatará. Quizá deberías afeitarte.

Eso era demasiado para el sentido del humor de Barbón.

—Todos en Soradar te reconocerán en cuanto abras la boca y sueltes uno de tus chistes de mal gusto —gruñó el hombre, que sobresalía como el pulgar más dolorido de todos.

Sara sonrió, como una madre que ve a sus dos hijos burlarse el uno del otro.

La vida sigue, pensó Eructos, aumentando su optimismo.

El sol del atardecer tiñó la cubierta del Viento del Este de un suave tono rojizo. Pronto aparecerían a lo lejos las torres de Akkadesh. Era la ciudad más grande de Krosann, más del doble que Cragwater. Aquí se comerciaba mucho más que en otras ciudades. Se vendía todo lo

que se podía comprar con oro, y algo más. Eructos no tenía la menor duda de que habría habido cambios durante su larga ausencia.

—¡Buque de guerra a la vista! —se oyó gritar desde la cofa.

¿Coincidencia? ¿O ya se había anunciado su inminente llegada? Eructos no podía imaginar que su inofensiva coca comercial fuera a ser tomada inmediatamente por la amenaza que sugería el envío de un buque de guerra. Se protegió los ojos de la luz con la mano y miró a lo lejos. Distinguió la popa de un barco cuatro mástiles. Frunció el ceño: los cuatro mástiles eran muy raros, ¿qué clase de barco era?

—Capitán, ¿debemos cambiar el rumbo o mantenerlo? —preguntó Barbón desde el timón.

—¿Qué sugieres?

Barbón miró atentamente a la embarcación de cuatro mástiles en el horizonte antes de decir con asombro:

—Es realmente una bañera enorme. Somos más rápidos y maniobrables, lo que significa que, si amenaza el peligro, aún podemos escabullirnos.

—Bien. Reduzcamos nuestra velocidad en tres nudos para estar seguros. Quiero permanecer detrás de la nave.

Barbón gritó las órdenes apropiadas en los obenques, y el Viento del Este redujo un poco la velocidad. Pero no pasó mucho tiempo antes de que se diera cuenta de que seguían acercándose al cuatro mástiles o, más bien, que el buque de guerra simplemente había dado la vuelta y ahora navegaba hacia ellos. Las alarmas sonaron en la cabeza de Eructos. Se tranquilizó pensando que el Viento del Este aún podía huir si era necesario.

—No distingo colores ni banderas —dijo Barbón sorprendido.

—No existen los barcos neutrales, lo que significa que ocultan su lealtad, lo que les hace poco dignos de confianza.

—Llevamos demasiado tiempo huyendo, Eructos. Vemos fantasmas donde no los hay. Cuando visitamos la tumba del padre de Sara, no

hubo sorpresas desagradables a pesar de todos nuestros temores.

—Tal vez tengas razón.

Eructos no dijo más que eso.

***

El almirante Karson estaba de pie en el puente de La Venganza de Schohtar cuando fue alertado por el grito: «¡Barco a popa!». Se llevó la mano al cinturón y sacó un largo telescopio. Aquel artilugio era mágico: podía mirar por él y ver cosas lejanas como si estuvieran cerca. Es cierto que las imágenes estaban al revés y que babor se convertía en estribor, pero aun así era un aparato muy práctico, sobre todo en el mar.

Karson cerró el ojo izquierdo. Una coca navegaba quilla arriba en el cielo. El ojo izquierdo de Karson se abrió de par en par. Esta coca era única en todo Krosann. Él mismo había perseguido a esta maldita nave por medio Mar del Este, pero ella le había eludido con éxito en varias ocasiones. La nave solía estar bajo el mando de su amigo, el capitán Stramig, que siempre había llevado y traído a Milafine de Tanderheim a la Fortaleza Beachperch. Milafine… Sintió una punzada en el corazón, como siempre que pensaba en su hija. Pero con el tiempo, la intensidad de las puñaladas fue disminuyendo.

El almirante Bolkan Katerron había capitaneado la nave, cuando ambos hombres se habían encontrado personalmente en el puerto de Cragwater. ¿Seguía al mando? Esa pregunta pronto tendría respuesta.

—¡Tiren! ¡Navegaremos hacia la coca!

El diseñador Naglind apareció de repente, como un espectro, a su lado.

—¿Hemos cambiado de rumbo? La misión es tomar Akkadesh..., ¿y tú persigues a una insignificante coca?

—¿Estás cuestionando alguna de mis decisiones o simplemente deseas ofrecerme consejo?

—Lo segundo, por supuesto, buen almirante —la voz del hombre

sonaba tan suave y fría como un carámbano.

—Me alegra oírlo, de lo contrario le ataría inmediatamente a la verga con una soga al cuello —el tono de Karson era tan duro como el acero soradiano: tenía que dejar absolutamente claro quién tenía la autoridad aquí. Que la escurridiza anguila se quejara después a Schohtar.

—Entendido, capitán —dijo Naglind, descaradamente despreocupado.

El hombre no dijo nada, pero al menos mantuvo la calma. ¿La calma antes de la tormenta? Karson no lo sabía. Se acercaban al Viento del Este. Karson volvió a acercarse el telescopio al ojo. No había duda. Allí estaba el mismísimo Bolkan Katerron, mirándole como un espejo, con su timonel barbudo a su lado. Con una sutil diferencia: Katerron se preguntaba quién estaba al mando de la otra nave, mientras que Karson no se hacía tales preguntas.

Aunque el enemigo poseyera uno de esos raros telescopios, no le reconocería bajo la máscara de su casco.

Las naves se acercaban a gran velocidad.

—¿No deberían estar los soldados preparándose para la acción?

Karson levantó la vista para ver si podía identificar un lugar adecuado en el astillero.

Naglind entendió correctamente su gesto y añadió de inmediato con seguridad:

—Solo una pregunta, buen capitán, solo una pregunta con la que intento asimilar su sin duda grandiosa estrategia.

Karson respondió amablemente:

—Son más rápidos y ágiles que nosotros. Por lo tanto, no se llegará a una lucha... ¿o es que crees que Bolkan es tan imbécil como para enfrentarse a una fuerza cien veces superior a la suya? Por lo tanto... tenemos tiempo suficiente.

***

Eructos entrecerró los ojos: estaba claro que la enorme bañera tenía intención de reunirse, lo que, cuando se trataba de buques de guerra, solía significar un altercado. La expresión de Barbón no dejaba lugar a dudas de que estaba concentrado. Tampoco parecía gustarle la situación.

—¡Icen todas las velas y giren con fuerza contra el viento! —Eructos no quería correr riesgos.

Ahora podían ver a la gente en la cubierta del buque de guerra. Una fila de soldados con uniformes Toladarianos. El capitán parecía llevar casco, algo poco habitual en los galeones.

—¡Capitán, mira el nombre del barco! —gruñó Barbón. Sonaba aún más irritado que de costumbre.

—La Venganza de Schohtar —leyó Eructos en voz baja.

—¡Qué armatoste! Es el cuatro más grande que he visto.

—¡Fuera de aquí! La mejor táctica es virar, eso debería darnos suficiente ventaja.

Barbón gritó órdenes y giró el timón varias veces. El buque de guerra les pasaría de largo y el Viento del Este podría avanzar a toda velocidad hacia el sur. Los dos barcos estaban ahora uno junto al otro. Eructos vio que la cubierta de La Venganza de Schohtar se llenaba de gente. Estaba muy bajo en el agua, señal inequívoca de que iba completamente cargado. ¿De qué se componía normalmente la carga de los barcos de guerra? Soldados y más soldados.

—Barbón, ¿puedes ver las cuatro ventanas abiertas en el costado del barco? ¿Qué son esas cosas?

En ese preciso momento, una explosión ensordecedora llenó el aire. De repente, el buque de guerra se inclinó ligeramente hacia un lado y salió humo blanco por una de las aberturas. Una segunda explosión: de nuevo el galeón se tambaleó y salió humo por la segunda abertura.

El crujido de los maderos atrajo la atención de Eructos hacia su propio barco. La gente gritaba de dolor y pánico. El Viento del Este temblaba debido a un fuerte golpe.

—¿Hemos encallado? —gritó Eructos.

—¿Aquí? Jamás. Nos han... ¡golpeado! —los ojos de Barbón no podían estar más abiertos.

Un marinero vino corriendo.

—¡Capitán! Impacto en la proa a la...

Otra explosión le interrumpió. Ahora Eructos vio dos trozos de roca, unidos a una cadena que se estrellaban contra la vela por encima de él. Los proyectiles desgarraron la vela mayor, así como parte de la jarcia, antes de arrancar la verga. Trozos de madera y gruesas cuerdas cayeron sobre la cubierta.

Todo sucedía a una velocidad alarmante. El Viento del Este crujió horriblemente cuando empezó a escorarse.

—¡Abajo la vela mayor! —los marineros hacían lo que podían a pesar de los daños sufridos por la jarcia.

—¡Agua en la bodega!

Gracias a la escora, el agua entraba por un agujero en el casco del barco. La peor pesadilla de un capitán: el viejo Viento del Este era prácticamente imposible de maniobrar. Embarcaba grandes cantidades de agua y se escoraba cada vez más, y justo a su lado, el enemigo afilaba sus proverbiales cuchillos.

—¡Gira en la dirección opuesta! ¡Debes enderezar el barco, Barbón!

Barbón hizo girar el timón como un loco hasta que finalmente el Viento del Este viró lentamente en dirección contraria al viento y se enderezó hasta cierto punto.

—Capitán..., vamos a recoger muy poco viento sin la vela mayor.

—¡Preparen los botes de desembarco! —gritó Eructos.

Vio cómo Sara, Crin y Pito ayudaban a los marineros a aflojar las cuerdas del primer bote.

La Venganza de Schohtar realizó un giro perezoso antes de acercarse por el otro lado. Eructos no podía creer lo que veían sus

ojos: los ballesteros estaban en fila, con las armas preparadas.

—¡PROTÉJANSE! —gritó Eructos, tirándose sobre las tablas. Levantó lentamente la cabeza, lo suficiente para ver a los soldados enemigos por encima de la barandilla.

—¡Disparen! —gritó el hombre de la máscara.

—¡ABAJO! —las cuerdas vocales de Eructos estaban hechas papilla.

A pesar del tumulto, Eructos estaba seguro de haber oído el tañido de las cuerdas y el siseo de los proyectiles. Los gritos de los heridos le indicaron que no todos habían encontrado refugio.

La gente se desplomaba a su alrededor, gimiendo de agonía; había sucedido tan deprisa que podría haber sido Pito el que hubiera salido catapultado por encima de la barandilla por el fuerte impacto de un misil. Eructos gimió horrorizado ante lo que ocurría a su alrededor. Sara se sujetaba el estómago: un rayo le había alcanzado de lleno. A Crin le faltaba el lado derecho de la cabeza; lo único que quedaba era una forma húmeda, roja y destrozada, con unos largos mechones de pelo alrededor del cuello. El muchacho se estrelló contra los maderos y ya no volvería a levantarse.

Por el rabillo del ojo, Eructos pudo ver que el galeón de guerra había pasado a paso lento. Quedaba poco tiempo hasta el siguiente ataque. Se levantó de un salto y corrió hacia Sara solo para que Niño lo empujara y se arrojara, gimiendo, sobre su amada. Desesperado, trató de empujarle los intestinos hacia el estómago.

Eructos juró que a partir de ese día condenaría a las deidades; no, negaría su existencia. Nada ni nadie podía justificar tanto sufrimiento. Pero tenía que tomar una decisión: tenía que luchar hasta el amargo final. Recorrió febrilmente las opciones que le quedaban.

—Todo ha terminado, Eructos —Barbón estaba ahora a su lado—. Pito se ha ido y pronto será nuestro turno; ya sabes lo difícil que me resulta decir esto, ¡pero fuiste un buen capitán y amigo! —su tono sonaba extraordinariamente objetivo.

Eructos sabía que la valoración de Barbón era correcta.

—¡Al bote! —gritó a dos marineros—. ¡Barbón, súbete tú también!

Su única esperanza estaba en los botes salvavidas, pero como capitán, no abandonaría su barco. Que el enemigo lo encuentre aquí. Moriría a bordo de su barco o se hundiría con él.

Eructos volvió a mirar a Sara.

Niño tenía su mano ensangrentada presionada sobre su estómago y estaba diciendo:

—Te prometo, Sara, que todo saldrá bien.

La joven miró a Niño con sus grandes ojos azules, casi felices y muertos.

La guerra es ferozmente codiciosa, y no hay nada que le guste más comer que personas. Eructos, tú eres un oficial y lo sabes desde hace mucho tiempo.

La batalla aún no había terminado, pero no se hacía ilusiones: el capitán del Viento del Este había fracasado. ¿Qué podía salvar el mismo capitán si ya no había nada que salvar? Quería morir en su barco.

Por encima de él se oyó un chirrido, seguido de un chasquido de madera. Eructos miró hacia arriba. Parte del mástil se había desgarrado y se había estrellado contra la cubierta de proa. Dos poderosos brazos agarraron a Eructos por detrás, lo levantaron en el aire y lo dejaron caer por encima de la barandilla. No necesitó mirar, porque sintió el grueso vello que le hacía cosquillas en la nuca. Pero mientras descendía a la superficie del mar, Eructos giró la cabeza y miró sorprendido, consternado y totalmente desilusionado al hombre de cara peluda. Sí, era Barbón, y simplemente había arrojado a su capitán por la borda.

Completamente sumergido en el agua, Eructos abrió los ojos: todo a su alrededor estaba oscuro. El agua salada le escocía los ojos mientras intentaba orientarse. ¿Dónde había aire que pudiera respirar? Sopló en el agua. Sí, donde flotaban las burbujas. Dio unas brazadas razonablemente tranquilas mientras seguía la efervescencia. Solo

podía respirar allí arriba. Llegó a la superficie y llenó los pulmones.

En la penumbra, pudo distinguir el Viento del Este con la popa muy por debajo de la línea de flotación. Los soldados del galeón no necesitaban disparar una segunda vez, simplemente podían ver cómo se hundía la coca a su antojo. El Viento del Este no era el primer barco que perdía. Pero lo que le desesperaba era el destino de las personas de las que él, como capitán, era responsable. Había fracasado. Junto con el barco, Eructos había perdido a las personas que amaba. Esa era la tragedia insondable. Sara, Crin y Pito estaban muertos. ¿Y por qué su mejor amigo lo había traicionado justo ahora? ¡¿Barbón?! Sería una liberación para él si muriera ahora. En un barco. Pero la corriente lo alejaba del Viento del Este Empezó a nadar hacia ella con todas sus fuerzas, pero no se acercó. Estaba fracasando en todos los aspectos.

Puede que consiga morir, pensó, consolándose.

Una orden debilitó su desesperación. Una orden que se daba a sí mismo instintivamente; al fin y al cabo, los marineros obedecían las órdenes por muy descarriados que fueran. Esperaba fervientemente que el mayor número posible se hubiera salvado subiendo a las lanchas.

Eructos, bastardo, no te rindas. ¡Lucha! ¡Nada por tu vida! Una orden, clara y sencilla.

Una ola le impidió ver lo que ocurría. No era tan malo, de hecho, ya que no podía hacer nada, y menos ayudar... luchó contra su dolor. Entonces, el peso de sus ropas empapadas y de su espada empezó a tirar de él hacia abajo. Eructos luchó contra ello con todas sus fuerzas. Ahogarse en la miseria no podía ser su destino. Vio dos tablas conectadas que flotaban a su lado.

Nadó tras ellas y se agarró a los maderos que se habían desprendido del costado del barco. Del costado de su barco. El sonido del trueno de nuevo, más fuerte que la peor tempestad, aunque el cielo estaba despejado y ahora brillaba con estrellas. Intentó ver algo entre las olas y en la penumbra. ¿Habría visto uno de los botes auxiliares? Algunas personas caían por la borda, otras saltaban y gritaban. ¿Seguían

siendo golpeados? El enemigo ya les había humillado bastante. No podía hacer nada, no había forma de ayudar.

Vio la orilla: una sombra oscura al oeste, lo bastante cerca como para que un buen nadador pudiera llegar. No podía hacer otra cosa que intentarlo. Se agarró a las tablas con ambos brazos y pateó con fuerza hacia tierra. El agua salada del mar le quemaba los labios; debía de habérselos mordido en algún momento. También le dolía la espalda, pero no podía ser nada grave, porque aún podía mover los miembros.

Las olas grises subían y bajaban, meciendo a Eructos de forma cómoda y fiable; era casi como si le tranquilizaran. *El mar es tu amigo*, pensó, *no te matará.* Con renovada confianza, siguió pateando. Se preguntó si debía quitarse las botas. Las pesadas botas, llenas de agua, ya no le servían de nada. Pero se las dejó puestas. No debía subestimar la corriente: sería arrastrado hacia el sur. No debía cometer el error de luchar contra ella, eso le quitaría demasiada fuerza y se ahogaría como un perro.

Una mirada a la orilla que se acercaba lentamente le dio esperanzas. Con la marea alta, lo conseguiría, con su ropa, con sus botas, con su espada. Pero sin barco, sin tripulación, sin camaradas.

¿Y entonces qué?

Post scriptum

Incluso desde lejos, el almirante Karson pudo ver que los galeones de guerra ya no estaban en el puerto de Akkadesh. La flota había zarpado, tal y como había dicho el rey Schohtar. No es que hubiera ya tantos barcos. En el momento de la batalla de Tanderheim, nueve años antes, la armada soradiana estaba compuesta por ciento noventa barcos, catorce de los cuales eran galeones de guerra. Algunos de ellos habían caído en manos de los victoriosos toladarianos, otros habían sido hundidos. Parte de la alianza entre Schohtar y Drullom incluía la devolución de siete galeones al reino meridional de Soradar. Schohtar había perseguido generosamente esta exigencia; después de todo, no quería apoyar a su socio en la guerra contra el norte toladariano solo con palabras. Finalmente, Pares Drullom había zarpado con la mayoría de sus hombres para atacar Cragwater. Karson solo pudo sacudir la cabeza ante semejante idiotez. Schohtar estaba utilizando al enemigo soradiano para atacar al enemigo toladariano.

Karson se situó en el puente y miró por su telescopio para examinar cuidadosamente la zona del puerto y los barracones. Calculó que menos de doscientos soldados se habían quedado atrás para defender la ciudad. De nuevo, el diseñador Naglind apareció, como de la nada.

—¿Vas a acompañarme cuando necesite cagar para poder controlar mis heces?

El destinatario esbozó una sonrisa descarada y no dijo nada.

Karson se concentró en lo esencial: el ataque. La aparición del poderoso cuatro mástiles fuera del puerto ya había alertado a la población. Una gran multitud de personas —incluidos soldados— se congregaba en el muelle principal; una mezcla de curiosidad y recelo flotaba en el aire.

La Venganza de Schohtar se acercaba lentamente. Por supuesto, los habitantes de Akkadesh conocían la insignia de Schohtar: la estrella dorada ondeando orgullosa en la bandera del mástil principal. Eso por

sí solo no despertaba necesariamente desconfianza; al fin y al cabo, Toladar del Sur era considerado un aliado. Impresionante, la ingenuidad que hacía creer a la gente lo que quería creer. La gallina está invitando al zorro al gallinero. Bueno, ¡si así es como lo quieres ver!

Dos barcos de guerra enemigos bloqueaban la entrada al puerto. Al menos los soradianos eran lo bastante escépticos como para no permitir que un barco de esa magnitud entrara en el puerto sin ser examinado, aunque navegara bajo bandera aliada.

Karson no estaba de humor para andarse con rodeos. Inmediatamente ordenó atacar al primer velero. Cuatro fuertes estampidos, el sonido de un zumbido, seguido del impacto de cuatro balas de cañón que se estrellaban contra el casco del adversario. Los soradianos no tuvieron ninguna duda, pero ya era demasiado tarde para el galeón. Dos impactos más y el barco quedó seriamente inutilizado. Llevaría demasiado tiempo esperar a que su hundimiento dejara libre el camino hacia el puerto. Por lo tanto, era hora de concentrarse en el segundo barco, que habría que destruir de todos modos para evitar que lanzara un contraataque en el puerto. Tras virar su propia nave, ordenó que mantuvieran el rumbo hacia el pequeño galeón, cuyo diseño conocía muy bien, ya que había estado al mando de uno de esos barcos durante más de dos años.

—Timonel, lo embestiremos directamente entre el palo mayor y el puente de mando.

Horrorizado, el timonel replicó:

—¿Un ataque frontal, almirante? Correremos un gran riesgo de dañar nuestro propio barco.

—¡No si hacen lo que les ordeno! —gruñó envenenado el almirante.

Karson estaba seguro de lo que hacía. La proa reforzada con acero de su nave —cuatro veces el tamaño de la otra— haría su trabajo si se encontraba ortogonalmente con la otra en el punto indicado.

La Venganza de Schohtar avanzó a toda velocidad mientras el barco

contrario, que había fondeado frente a la entrada del puerto, comenzó a desplegar furiosamente todas las velas. El cuatro mástiles de Karson seguía sin problemas su rumbo de colisión.

—¿De… de verdad quieres hacer esto? —balbuceó Naglind a su lado.

Se acercaban a babor del barco enemigo a toda velocidad.

—Por supuesto. Los soradianos ya están avisados, no hay tiempo para perder el tiempo o se habrán movilizado demasiados soldados en el puerto.

—Pero… pero… —el diseñador estaba cada vez más pálido.

—Todavía estás a tiempo de saltar por la borda, Naglind. —Karson se encogió de hombros y luego extendió los brazos como para dar más énfasis a su amable sugerencia. Por fin, el hombre se calló. Que se quejara con Schohtar.

El viento azotaba las velas y la sangre latía con fuerza en los oídos de Karson. Se acercaban con garbo al galeón soradiano.

—¡Dos puntos al este! —ordenó el almirante antes de bramar—: ¡AGÁRRENSE FUERTE!

Naglind tenía la cara y los nudillos de un blanco fantasmal mientras se agarraba con fuerza a la barandilla. El estallido de la madera chasqueó más fuerte que los nuevos cañones cuando La Venganza de Schohtar chocó con el barco en el punto exacto indicado y en un ángulo recto perfecto. Karson sintió una vibración estremecedora bajo sus botas y todo terminó.

Entraron en el puerto de Akkadesh. Dejaron a su paso un barco destrozado, cuyas dos mitades competían entre sí por ver cuál se hundía primero en el fondo del mar. Los ballesteros se habían reunido en fila en la barandilla. Treinta hombres de pie uno junto al otro con sus mortíferas flechas preparadas. Los pocos soldados enemigos que quedaban aún no se habían percatado del peligro. Parecían furiosos, quizá por la traición, quizá por el ataque a sus barcos.

El galeón llegó al muelle principal.

—¡Disparen! —ordenó Karson en voz baja, casi suave. Los ballesteros no le habían oído realmente, pero habían podido leer la orden en sus labios. Muchos soldados soradianos cayeron antes de que La Venganza de Schohtar atracara. Fue una venganza sangrienta, una venganza despiadada. ¿Pero para qué? ¿Todo por una nariz cortada?

Ningún soldado enemigo se atrevió a acercarse al barco. Atracaron sin más molestias, asegurando el barco a los bolardos.

Karson desembarcó de su galeón y paseó por los muelles, aunque los innumerables cadáveres sobre los que tenía que trepar dificultaban un poco su avance. El almirante miró a su alrededor: el diseñador Naglind se había recuperado de maravilla y permanecía pegado a su costado como un abrojo.

Acompañados por doscientos soldados, entraron en la ciudad. Los buenos ciudadanos estaban escondidos o habían huido del burgo en dirección norte. No se produjeron incidentes dignos de mención: unos pocos residentes temerarios fueron ejecutados sumariamente. Pronto llegaron al palacio del rey, que no estaba lejos del puerto. La arrogancia de los soradianos, el pueblo del mar supuestamente inconquistable, les había hecho creer que nunca sufrirían un ataque del océano como este. De ahí que no hubiera ningún foso alrededor del castillo, ninguna muralla prohibitivamente alta, mientras que las puertas del palacio no habrían desentonado en un granero toladariano.

El almirante Karson sintió una sensación de gratificación. Llevaba demasiado tiempo recordando que el enemigo estaba al sur y que se conocía por la nomenclatura «soradiano». Durante demasiado tiempo había soñado con una victoria como esta.

—¡Naglind! ¿Cuánto tardaría en llegar uno de los cañones para destruir las puertas?

El diseñador ladeó la cabeza y reflexionó un momento.

—Un simple ariete sería más rápido.

—Esa no era mi pregunta. ¿CUÁNTO TIEMPO?

—Creo que no tardaría más de cuatro horas, almirante.

—¡Tienes tres horas!

La mirada inquisitiva del diseñador le enfureció.

—Bombardearemos el palacio. De tales hazañas están hechas las leyendas.

A la mañana siguiente, el almirante Karson... el glorioso vencedor del buque de guerra más orgulloso de la historia... estaba de pie en el puente, viajando de regreso a Tanderheim.

¿Había sido realmente solo unos días antes cuando había estado encogido en su estrecha habitación de la torre esperando su hora de ejecución? En Akkadesh había conocido a dos de los jefes más importantes del reino soradiano. En primer lugar, le habían presentado al principal asesor estratégico de Pares Drullom, y después había conocido al apoderado del rey, un antiguo almirante que también era conde.

De hecho, ambas cabezas estaban ahora en una caja en la popa del barco. Sangriento botín de guerra. Tomar Akkadesh, apoderarse del palacio e instalar un nuevo comandante había sido pan comido. Karson no había dudado ni un segundo en decapitar públicamente ante el castillo al consejero de Drullom y al almirante.

La capital de Soradar estaba ahora en manos toladarianas o, para ser más precisos, en manos del Rey del Sur. Schohtar había acertado en todo. La ciudad había quedado prácticamente desguarnecida, ya que Pares Drullom se había dirigido con casi toda su flota y la mayoría de sus soldados a la guerra contra los toladarianos del norte, en la firme creencia, además, de que podía confiar en su nueva alianza con Schohtar y en el pacto de no agresión asociado.

Schohtar y Drullom habían planeado además atacar Cragwater cuando llegara el momento oportuno, habiendo prometido el primero utilizar para ello a más facciones de diversas partes. Estaba seguro de tener al duque Ransorg de su parte. Sin embargo, Schohtar no sabía cómo lo llevaría a cabo.

Ahora, en el momento de su mayor victoria, Karson tragó duro y con amargura. Drullom había firmado un pacto con el rey Schohtar. Ahora Drullom estaba casi muerto, porque Schohtar nunca cumplía su palabra. Karson también había hecho un pacto con Schohtar. ¿No sería ingenuo en extremo esperar que Schohtar se atuviera a este acuerdo para variar? Pero Karson reprimió su inquietud; al fin y al cabo, quería disfrutar de su éxito.

De hecho, casi había coronado su misión capturando a Bolkan Katerron, pero la rata de agua se le había escapado en el último momento. Sin duda, había abandonado el barco, dejando en la estacada tanto a su nave como a su tripulación. No era un barco cualquiera, sino el mismo que había vuelto loco a Karson. Lanzó un suspiro de alivio: en contra de lo esperado, había atrapado al Viento del Este y la mayoría de sus marineros estaban muertos. Lo más probable era que Bolkan Katerron también, aunque no podía estar completamente seguro. Un buen nadador habría podido llegar a la orilla salvavidas.

¡No hay de qué preocuparse! Por fin, Karson podía presentarse victorioso ante Schohtar. El almirante no temía al imprevisible rey, sino a sí mismo. ¿Por qué era tan importante para él quedar bien ante el despreciable tirano? ¡No hay de qué preocuparse! Ahora era uno de los vencedores. ¡Basta!

A su lado aparecía otro padre del éxito: el sombrío diseñador Naglind.

Karson había estado considerablemente menos confiado solo dos días antes. Esperaba que la conquista de Akkadesh fuera mucho más agotadora. Había pensado estrategias para atacar la ciudad por tierra si era necesario. Esperaba un asedio. Su fe en la brillantez de Naglind estaba impregnada de escepticismo: no esperaba que fuera de gran ayuda. Pero había subestimado al diseñador. De hecho, las visitas que Naglind le había dado —a la segunda cubierta dentro del vientre del barco— habían resultado bastante sorprendentes, casi inimaginables. Naglind le había atraído con las palabras.

—Almirante Karson, debo mostrarle algo. Por favor, sígame, experimentará una nueva forma de guerra.

Y le había conducido a la segunda cubierta, en la que un hombre de tamaño normal tendría que agacharse. Karson se había dado cuenta de que Naglind, en cambio, podía mantenerse en pie con bastante comodidad mientras le mostraba al almirante su orgullo y alegría: enormes tuberías, cada una de varios metros de longitud y más pesadas que la mitad de la tripulación.

El diseñador Naglind explicó:

—A estos enormes tubos los llamamos cañones. Los cargamos estampando algas en sus barriles antes de introducir una bola de piedra. Luego se introducen cuñas y arcilla para rellenar los huecos entre la bola y la pared interior del tubo.

Con una pose encorvada y una mirada escéptica, Karson dijo:

—Enséñame una de estas bolas de piedra. ¿Te refieres a estas cosas? —señaló un montón de enormes trozos de roca sorprendentemente redondos. Cada uno pesaba seguramente tanto como tres hombres con armadura completa.

—Lo tengo en uno. Son nuestras balas de cañón. Cada tubo de cañón es único y tiene sus propias bolas del tamaño adecuado. No son intercambiables... de lo contrario podría haber demasiado espacio entre la piedra y las paredes interiores de la tubería.

—Ah, ya veo —Karson miró más de cerca las municiones. Frunció el ceño—. ¿Quieres decir... que catapultas esos enormes trozos de escombros con estos artilugios?

—No los catapultamos, sino que los disparamos. Cualquier catapulta sería demasiado difícil de manejar para la nave. No usamos fuerza centrífuga, sino explosivos. El poder de la pólvora negra, una mezcla de carbón, azufre y salitre, y ¡listo! Tienes una mezcla realmente explosiva —se echó a reír, como si se le hubiera ocurrido un chiste mortal.

—Sigo jugueteando con ellos, intentando aumentar la frecuencia de

los disparos. De momento, la arcilla tarda demasiado en secarse, lo que significa que solo se pueden disparar un máximo de dos balas de cañón al día por cañón.

Karson se fijó en una pesada cadena que anclaba el cañón a la cubierta.

—¿Por qué ese anclaje?

—Cuando se dispara el cañón, se produce un enorme retroceso. Sin la cadena, saldría volando hacia el otro lado del barco, atravesaría el casco y caería al mar.

—Hm —eso sonaba a una energía tremenda. Karson esperaba que Naglind supiera lo que estaba haciendo.

—¿Y cómo se dispara esa cosa?

—¡Mira aquí! Hay un orificio de disparo en el extremo posterior del cañón. Enciendes la pólvora negra con una mecha y... ¡ZAS!

Sus ojos brillaban de alegría. Para Karson estaba claro que a aquel hombre no le importaban lo más mínimo las consecuencias de la aplicación del cañón, sino que contemplaba su funcionalidad desde una perspectiva puramente científica, combinada con un ardiente entusiasmo.

—¿Y qué hay de esas cosas, los trozos unidos por cadenas?

—Cadenas de bolas. Su alcance es corto, pero su impacto es mortal —exclamó Naglind—. Se enrollan alrededor de los mástiles y las jarcias, haciendo que los buques enemigos no puedan maniobrar.

Esta presentación había tenido lugar anteayer, y Naglind había estado en lo cierto. El Viento del Este había sido desmontado con relativa tranquilidad. Bueno, tal vez «tranquilidad» no fuera suficiente, los cañones habían hecho mucho ruido. Gracias a su potencia de fuego, el enemigo había sido derrotado.

Ahora Karson, el glorioso almirante Karson, estaba al mando de su barco. Navegaban a toda velocidad hacia Tanderheim. Karson ansiaba contar la historia de su victoria a Schohtar.

Las gaviotas de la ciudad ya saludaban a la Venganza de Schohtar incluso antes de que Karson pudiera divisar los muelles y los mástiles de los barcos anclados que allí descansaban.

El galeón se deslizó lentamente hacia el puerto y los estibadores ayudaron a amarrar el enorme navío. Un comité de bienvenida formado por oficiales y soldados ya estaba esperando a Karson. Sin embargo, no podían haberse enterado ya de la grandiosa victoria sobre Soradar. Con el pecho erguido y los hombros anchos, Karson bajó por la pasarela.

Una persona desconocida para él y con uniforme de sargento saludó.

—Bienvenido, almirante. Hay un asunto urgente que debo tratar con usted de inmediato, en nombre del rey Schohtar. Permítame unas palabras, almirante.

Sin revelar su sorpresa, Karson respondió:

—Por supuesto, Sargento. Suba a mi camarote.

Poco después, él y el mensajero estaban sentados en el camarote del capitán, y el sargento le entregaba una carta con la insignia real. Karson examinó el sello, sacó su daga del cinturón y la utilizó como abrecartas. Sacó una hoja del sobre y reconoció inmediatamente la letra de Schohtar. Examinó rápidamente las pocas líneas. Algo le preocupaba, pero no sabía muy bien qué. Extendió la carta al trasluz y la olió. Un aroma amargo llenó sus fosas nasales. Karson sostuvo la misiva sobre la vela encendida de su mesa. Observó una posdata en letras marrones.

Se inclinó hacia atrás y leyó la escritura real con una mirada que solo podía describirse como indiferente.

Luego levantó la vista.

—¿Sabe lo que pone en la carta?

—No, no conozco los detalles. Solo puedo suponer que se refiere al comienzo de la guerra contra el norte.

—Un impresionante despliegue de pensamiento lógico, sargento —Karson frunció el ceño—. Contiene algunas instrucciones inequívocas.

Karson cogió su daga y la clavó rápidamente en el pecho del oficial.

El forcejeo terminó enseguida, pero Karson no se libró de la mirada de incomprensión del moribundo.

Volvió a sacar la daga. La sangre le salpicó la mano. La cabeza del sargento se golpeó contra la mesa; el sonido fue el mismo que si Karson hubiera golpeado el tablero con el puño.

Karson suspiró y leyó la carta de Schohtar por segunda vez.

Mi querido Karson,

Has realizado bien tu tarea: Akkadesh, la puerta al mundo del sur, es ahora mía, lo que básicamente significa que controlo Soradar. Pares Drullom no tolerará esta acción. Por lo tanto, navegarás a Cragwater y lo arrestarás allí. Estará ocupado tratando de apoderarse de la ciudad... ¡la oportunidad perfecta para que lo apuñales por la espalda!

Tu rey, Schohtar Tomur.

Post Scriptum: Si el sello de esta carta ha sido manipulado, mata inmediatamente al portador.

Karson se puso en pie y salió a cubierta. Fue en busca de algunos marineros, que podrían arreglar el desorden sangriento de su camarote.

Puertas y farolas

Habían acampado no lejos de las murallas de Puente Invernal. Allí se sentían seguros por el momento. El duque Ransorg estaba encerrado en el castillo, lo que suponía una ventaja, ya que no intentaba influir en la guardia de la ciudad, que por lo general actuaba con independencia de la del castillo. La guardia de la ciudad estaba dirigida por un capitán realista, al que Karek había visto por primera vez la noche anterior. Aquel hombre corpulento, pelirrojo y de mediana edad había prometido que se mantendría neutral hasta la llegada del rey.

Mientras tanto, no se había oído ni visto al teniente Adellos ni a los soldados leales al rey. Lo que ocurría tras los muros del castillo era un misterio para Karek.

El príncipe se aseguró de que las puertas de la ciudad permanecieran bajo vigilancia constante, pues no quería llevarse sorpresas. La situación dentro del castillo era demasiado opaca, y el jefe del ejército Reibanin demasiado imprevisible. Este último estaba detrás de la intriga, Karek estaba seguro de ello, y el duque Ransorg y su ambiciosa esposa estaban dispuestos a seguirle el juego. ¿Cómo podía el duque haber traicionado así a su amigo y rey?

Karek se aseguró de que las dos entradas al castillo también estuvieran vigiladas: los jovali y los soldados de su padre se turnaban para montar guardia. Hasta ahora, las puertas habían permanecido firmemente cerradas. A pesar de los disturbios, la vida en la ciudad de Puente Invernal transcurría con normalidad. Los ciudadanos murmuraban entre sí sobre los extraños individuos que se encontraban ante sus puertas, pero nadie tenía la menor idea de que entre ellos estuviera el mismísimo heredero del trono.

Era por la mañana, y los compañeros estaban sentados en fila encima de un tronco caído, cada uno cortándose una rebanada de pan de una enorme hogaza y haciendo lo mismo con un trozo de queso de

cabra antes de pasar la comida al de al lado. El sol ya pegaba fuerte. Prometía ser un día caluroso.

Brawl fue el primero en terminar su desayuno. Se levantó de un salto. Presumiblemente, quería continuar con su querido entrenamiento de lucha. Torquay y los otros jovali practicaban el picadillo desde el amanecer hasta el anochecer en el prado junto a su campamento, justo el tipo de actividad en la que le gustaba participar al sensible Brawl.

Las predicciones de Karek se confirmaron cuando su musculoso amigo apareció poco después vestido con una armadura completa y con su querida espada Banfor colgada del cinto.

—¡Arriba, Impy! —vociferó—, Seguro que quieres venir a practicar esgrima conmigo.

Impy miró a su amigo con una expresión increíblemente seria en el rostro.

—No, Brawl, no tengo tiempo —el pequeño levantó el brazo y habló suavemente con el puño—: ¿Tienes hambre, mi pequeño amigo? —miró cuidadosamente dentro de su mano cerrada. Luego dijo—: Dios, lo siento mucho, pero no puedo. Todavía tengo que alimentar a mi dragoncito.

—¿Qué quieres decir? ¿Me estás tomando el pelo?

—¡Tú has empezado!

Blinn y Eduk estallaron en carcajadas, mientras Brawl resoplaba de disgusto, giraba sobre sus talones y se marchaba dando pisotones a la zona de entrenamiento.

—Qué malo eres, Impy —regañó Karek, con una sonrisa que disimulaba su tono de voz.

—Tonterías. Brawl sabe muy bien que soy un inútil con la espada, se lo merecía. Iré dentro de un momento a verlo, eso lo animará.

Como tantas otras veces, el príncipe se sentía bien rodeado de sus amigos, aunque la situación fuera tensa. Eran la mejor medicina

contra el mal humor.

Impy gritó de repente.

—¡Mira quién viene volando hacia nosotros, es Fata!

Por supuesto, había sido el pequeño quien había visto primero a la reina Kabo. Karek no podía atribuirlo a la casualidad, pues desde el día anterior, Impy había estado mirando al cielo en repetidas ocasiones. En una ocasión, incluso se había tropezado con un carro de estiércol de lo concentrado que había estado en mirar al cielo.

El pájaro divisó a sus amigos en su campamento a las afueras de la ciudad e inició su descenso con un chillido.

Fata sigue pareciendo que cae en picado cuando vuela. Es un milagro que este enorme abejorro, con sus dos largas patas, pueda mantenerse en el aire.

Karek se guardó ese pensamiento para sí.

En cuanto Fata hubo aterrizado, Impy rodeó al Kabo con sus brazos.

—¿Le entregaste el mensaje al rey Tedore?

El pájaro le miró como si se lo hubiera preguntado: «¿Estás gordo?».

—Lo siento, Fata. Eres la mejor.

Impy vio una pequeña cápsula de metal atada a la pata derecha de Fata. La desprendió con cuidado y se la entregó a Karek. El príncipe abrió el recipiente y sacó una carta doblada. Rompió el sello y empezó a leer:

Mi querido hijo, Karek Marein,

Por medio de esta maravillosa ave, me has dado noticias verdaderamente inquietantes y perturbadoras. Partiré inmediatamente con todos los barcos a mi disposición y acudiré en tu ayuda. Es importante que aseguremos el frente norte antes de que Schohtar haya organizado sus tropas. Ransorg pagará por su traición.

Tu padre y Rey del Reino Oriental de Toladar.

Karek leyó la misiva por segunda vez. Por un lado, se alegró de la enérgica respuesta de su padre. Por otro lado, el rey se arriesgaba al dejar el castillo de Cragwater sin gran parte de su fuerza defensiva. Se consoló pensando que lo más probable era que el ejército de Schohtar aún estuviera lejos del castillo y que todavía no se había movilizado, ni había indicios de que lo fuera a hacer pronto. La profunda decepción del rey por el comportamiento de Ransorg era evidente en la carta.

Karek suspiró antes de leer la misiva en voz alta a sus compañeros. Todos se alegraron, pues estaba claro que no tendrían que esperar mucho al rey y sus refuerzos.

Las fuerzas reales llegaron dos días después. La flota había aprovechado los vientos favorables y remontado el Invierno, anclando después los barcos cerca de las murallas de la ciudad. Karek estaba seguro de que Ransorg y Reibanin no habían contado con la llegada tan rápida de las tropas reales. Gracias a que Fata había entregado la petición de ayuda a tiempo, la fuerza real había aparecido al menos dos días antes de lo que el enemigo esperaba.

El estandarte del rey ondeaba al viento. Vestido con su armadura completa, el rey Tedore desembarcó de su galeón de guerra, con su impresionante yelmo plateado brillando a la luz del sol. A su lado marchaba el Gran Chambelán Moll. Llevaba su vieja y maltrecha coraza, sin duda de la época de la batalla de Tanderheim. Y a su izquierda estaba... ¿quién era? Una joven, una hermosa joven de largo cabello castaño. Milafine también había venido.

El trío se acercó a Karek, que estaba de pie con sus camaradas en el muelle. El rey Tedore abrazó a su hijo varonilmente. Mientras sujetaba firmemente los antebrazos de Karek, dijo con un brillo en los ojos:

—Hijo mío, te envío en una simple misión y ya medio reino debe acudir en tu ayuda.

—Sí, padre, lo siento. Pero los traidores no están en mi círculo de amigos.

—Cierto, por desgracia —el rostro de Tedore se ensombreció—.

Todavía no puedo creerlo —se volvió hacia Moll—. Prepara las tropas y que traigan el armamento pesado a tierra. Quiero atacar hoy. No debemos dejar Cragwater sin defensas suficientes más tiempo del necesario.

Milafine no pudo contenerse: corrió hacia Karek y lo abrazó, como una esposa. Karek no pudo negar que su abrazo fue aún más grato que el de su padre. Levantó a Milafine y la besó.

Encuentra y eleva la bondad en el mundo.

Mientras tanto, Tedore daba órdenes. Los ciudadanos de Puente Invernal se habían reunido, la mayoría de ellos arrodillados respetuosamente ante su soberano. El capitán de la guardia de la ciudad fue el primero en reunir el valor necesario para dirigirse a Tedore.

—Bienvenido, Majestad. He oído noticias de los terribles sucesos del castillo. Lamento la desmedida traición del duque. Mis hombres y yo le ofrecemos todo nuestro apoyo.

—Esto no es culpa tuya. Pero acepto de buen grado tu ofrecimiento. La tarea principal de la guardia de la ciudad será vigilar por la noche, junto a mis soldados, las salidas del castillo, también las murallas. Nadie puede descender por ellas. Todos los traidores deben ser detenidos —añadió sombríamente—: ¡Y ejecutados!

Hacía mucho tiempo que Karek no veía a su padre tan decidido. El príncipe esperaba que esta escaramuza fuera breve y produjera pocas bajas. El castillo en sí no estaba especialmente bien defendido, Puente Invernal siempre había confiado en las altas y desafiantes murallas que rodeaban la ciudad. Por suerte, no había sido necesario escalarlas, ya que las puertas se habían abierto de buen grado para que el rey y su ejército pudieran entrar.

Los soldados acamparon y cavaron letrinas. Los capataces construyeron un enorme ariete con práctica facilidad. Un tronco de árbol —demasiado voluminoso para que Karek pudiera rodearlo con los brazos— colgaba con dos voluminosas cadenas de una estructura de vigas y se balanceaba con fuerza hacia delante y hacia atrás. Toda

la maquinaria se sostenía sobre cuatro ruedas, pero hacían falta seis hombres para empujarla.

Simple, pero ingenioso. Siempre impresiona que los humanos se dediquen a desarrollar máquinas para la muerte y la destrucción.

Por amargos que fueran sus pensamientos, Karek miró a Impy para comprobar que no estuviera pensando en subirse al tronco para poder columpiarse en él un rato. El gran chambelán Moll estaba dividiendo las tropas en tres unidades, que debían situarse alrededor del castillo. A la más numerosa se le encomendó la tarea de atacar la puerta principal.

A continuación, se hicieron los últimos preparativos mientras Tedore consultaba con Karek, Moll y varios oficiales más. Se sentaron alrededor de una mesa improvisada en el centro del campamento, donde el rey recibió un informe detallado de su hijo sobre los acontecimientos de los días anteriores. Karek no perdía de vista a Eduk, quien, después de todo, había desempeñado el papel más importante en el descubrimiento de la intriga y cuyos heroicos esfuerzos les habían permitido escapar. Antes de que el muchacho tuviera la oportunidad de esconderse, Karek lo llamó a la mesa. Era evidente que Eduk se sentía totalmente incómodo en compañía de tantos superiores. Empezó a sudar y miró acusadoramente al príncipe. El rey no se dio cuenta o prefirió ignorarlo.

—Joven amigo, por favor, repite lo que oíste en el comedor de Ransorg.

Ahora era cuando Karek empezaba a arrepentirse de haber llamado a Eduk a la mesa. Nervioso e inseguro, el pobre hombre respondió:

—¿En el comedor de Ransorg?

—Sí, sobre todo quiero saber qué se dijo sobre Schohtar y sus planes.

—¿Sobre Schohtar y sus planes? —Eduk, bajo la mirada del rey, del señor gran chambelán y de los oficiales, se retorcía como una anguila.

—¡En efecto! —dijo Tedore con firmeza.

Karek le lanzó una mirada de advertencia: bajo ningún concepto debía repetir «En efecto».

De hecho, a Eduk se le ocurrió una alternativa:

—¡¿Hmm?!

Uno de los oficiales, que tenía la insignia de sargento, frunció el ceño y dijo con bastante sorna de superioridad:

—Majestad, no perdamos un tiempo valioso con este, por decirlo educadamente, idiota incomprensible.

Karek se enfureció; no había nada que deseara más que estallar en furia. En lugar de eso, miró con calma al hombre que hasta entonces le era desconocido. Luego se levantó con dignidad. Miró al oficial a los ojos y le preguntó con voz firme:

—¿Y tú quién eres?

—Soy el sargento Munrich de Invernalia.

—No me refería a eso. ¿Quién eres tú para mancillar con palabras a uno de los más valientes y esforzados vasallos del príncipe y, por ende, del rey? Tienes todavía algunos años de servicio por delante..., por favor, haz el esfuerzo de lograr, aunque sea una décima parte de lo que este joven ya ha hecho al servicio de la corona.

Eduk parecía esforzarse por averiguar a qué joven se había referido Karek. El príncipe le ayudó señalándole. Los demás altaneros de la mesa miraron atónitos, primero al príncipe y luego al discreto muchacho. El rostro del sargento reprendido se convirtió en una máscara de ira y respeto. Pero solo respeto hacia el príncipe, que ni siquiera se había molestado en mirar a Eduk. El silencio parecía interminable.

Una voz chirrió. Por fin, Eduk había abierto la boca.

—Schohtar quiere convertirse en emperador de los cuatro reinos y por ello ha prometido al duque Ransorg el título de rey de Toladar. El jefe del ejército Reibanin será nombrado duque. Ransorg quiere capturar a Karek y entregárselo a Schohtar, para que pueda ser

utilizado como peón contra usted, Majestad.

Ahora los hombres se miraban asombrados. Finalmente, Eduk dejó de mirar a media distancia. Sus ojos buscaron los del rey mientras añadía:

—Y entonces Ransorg dijo: «El rey Schohtar ha pensado en todo. No solo lleva al rey Tedore a un alegre baile, sino también a Pares Drullom. Increíble cómo convierte a sus enemigos en sus amigos, solo para destruirlos».

—Pero eso es... —el gran chambelán Moll se quedó sin palabras.

El sargento Munrich tartamudeó incrédulo:

—¿Qué...?, ¿cómo te has enterado de todo eso?

—Lo oí con mis propios oídos. Estaba allí cuando el duque Ransorg lo dijo.

—¿Qué? ¿Por qué te diría todo eso?

—No lo hizo. El duque no se fijó en mí.

Ahora los altos y poderosos alrededor de la mesa estaban hablando unos sobre otros..., el informe del joven era simplemente demasiado confuso. Karek entendía exactamente lo que quería decir el informe de Eduk. La pregunta más importante es qué quería decir exactamente Ransorg con lo que había dicho.

Aquel pensamiento le hizo sentirse claramente inquieto. Sonó una corneta y todos se callaron. El rey Tedore se puso en pie de un salto.

—Algo está ocurriendo ante el castillo. No tardaremos en interrogar personalmente Ransorg, el traidor —dijo apretando los dientes—. Te doy las gracias, mi joven amigo —hizo un gesto con la cabeza a Eduk, y la reunión llegó a un abrupto final.

Poco después, el rey Tedore y cincuenta de sus seguidores se encontraban a una distancia prudencial de las puertas principales del castillo de Puente Invernal. Varios hombres de la muralla eran reconocibles, entre ellos el duque Ransorg y el maestre de ejército Reibanin. El príncipe miró atentamente las almenas y merlones de las

almenas: un buen arquero podía causar daños considerables incluso desde esa distancia.

El rey Tedore se adelantó y gritó:

—Ransorg Gobarin. Tu rey te ordena que abras las puertas y rindas el castillo de Puente Invernal.

Al menos la cara del duque estaba roja, pensó el príncipe, mientras el hombre gritaba:

—Me libero de tu autoridad. A partir de ahora, solo sirvo al rey Schohtar.

Ahora Tedore estaba experimentando personalmente la alta traición del duque, pero su reacción fue notablemente calmada.

—Hoy tomaremos el control del castillo, y entonces recibirás tu justa recompensa. Quien se resista morirá. Por los viejos tiempos, al menos deja marchar al teniente Adellos y a todos los leales al rey.

Ahora le tocaba hablar al Maestre Reibanin.

—Estimado Rey del Norte —se rio burlonamente—. ¿Pero de qué norte estamos hablando en realidad? No obstante, te concederemos tu deseo y les daremos permiso para abandonar el castillo a esos valientes hombres que te han sido tan leales.

Levantó el brazo. Sin más preámbulos, el cuerpo de un soldado fue arrojado por encima de las almenas. Incluso desde esta distancia, Karek supo de inmediato que el cuerpo en cuestión pertenecía nada menos que al teniente Adellos. Siguieron más monárquicos, cuyos cuerpos se estrellaron contra los adoquines. Los hombres ya habían muerto, pero aun así Karek sintió una punzada en el corazón con el sonido de cada impacto.

Su padre miraba con rostro pétreo. Esperó a que Ransorg y Reibanin se quedaran sin cadáveres. Entonces volvió a hablar atronadoramente:

—¡Durante toda tu vida me has servido, Ransorg! En el día de tu muerte, estás sirviendo al rey equivocado, mi archienemigo Schohtar.

Como tú... ¡es un miserable traidor!

Reibanin decidió involucrarse.

—Dejemos la cháchara ociosa. Nos sorprende darte la bienvenida tan pronto a nuestros muros. Esperábamos que llegaras pasado mañana, ¡como muy pronto!

El rey guardó silencio.

—Como puedes ver, tenemos la situación bajo control dentro de los muros de nuestro castillo —el jefe del ejército señaló los cadáveres ante las puertas—. Tardarás semanas en tomar el control de la fortaleza. Y no dispones de ese tiempo —su voz destilaba sarcasmo.

El descaro y la arrogancia de Reibanin enfurecieron a Karek, sobre todo en vista de la enorme fuerza de combate que había ante las puertas del castillo. El príncipe calculaba que tardarían tres o cuatro días.

Ransorg estaba de pie, con la cara colorada, junto al jefe del ejército, con el aspecto de un niño que ha sido arrastrado de un árbol tras ser descubierto robando manzanas. ¡Qué cobarde!

—Si seguimos tus órdenes y abrimos las puertas, ¿qué nos darás a cambio? —bramó Reibanin.

—Mucho más de lo que se merecen: ¡una muerte rápida! —la respuesta de Tedore había sido clara y concisa.

¿Qué planean estos traidores? Quieren ganar tiempo. Es de suponer que esperan que mi padre confirme su reputación de indeciso.

Las siguientes palabras de Reibanin confirmaron las sospechas de Karek.

—Ay, eso no es lo bastante atractivo como para que te invitemos a entrar inmediatamente. Primero debemos debatir entre nosotros tu propuesta. Cada uno debe considerar su posición. Mañana nos reuniremos de nuevo.

El rey murmuró su orden al Gran Chambelán Moll a su lado.

—Que los hombres marchen. Pon el ariete en posición. Atacaremos.

Ahora —solo entonces gritó a Ransorg y Reibanin—: Su rey les ordena por última vez que abran estas puertas.

Las dos cabezas en las almenas confirmaron entre sí en voz baja. Luego desaparecieron sin decir una palabra más.

Blinn, que había estado de pie junto a Karek en la tercera fila todo el tiempo, pinchó al príncipe y le susurró al oído.

Karek le miró con los ojos muy abiertos. La información tenía mucho más valor que el oro y podía salvar muchas vidas.

—Vamos, Blinn.

Juntos, se abrieron paso hacia el rey Tedore, que estaba tomando y dando consejos, rodeado de sus oficiales.

—Padre, debo hablar contigo.

—Ahora no, hijo mío. Hay una guerra que ganar.

—Precisamente. Esto es importante.

Los hombres levantaron la vista con asombro y Tedore enarcó las cejas. Algo en el tono de voz de su hijo hizo que el rey reaccionara de inmediato. Dejó a los hombres y se acercó un poco a la ciudad con Blinn y Karek.

—Vamos, Blinn. Repite al rey lo que me has dicho —dijo Karek, animando a su amigo.

Al igual que Eduk antes, Blinn se esforzaba por hablar. Nervioso, se pasó el índice por la cicatriz de la cara.

—Eh... sí... el jefe del ejército le dijo al duque Ransorg hace un momento... eh... textualmente: «No tiene sentido, no duraremos ni tres días. Rindamos el castillo y huyamos por la puerta cuando caiga la noche». Esas fueron sus palabras.

El rey frunció el ceño, sus pómulos se endurecieron.

—Mi joven amigo..., ¡nadie podría tener tan buen oído!

—Padre, ya te he dicho que Blinn puede leer los labios —intervino Karek.

Tedore vaciló. Sus facciones se suavizaron.

—Perdóname. Por supuesto que sí. Y tiene sentido. Quieren escabullirse al amparo de la oscuridad, sin luchar, sin honor —miró a Blinn con una combinación de asombro y respeto. Luego añadió—: Me parece que tus amigos son unos héroes. No tengo palabras para agradecerte a ti y a tu pequeño grupo.

Caminando deprisa, el rey regresó junto a sus oficiales. A causa de la nueva información, cambió sus planes. No obstante, Tedore decidió que algunas de sus tropas marcharan directamente hasta las puertas principales; cualquier otra cosa habría parecido sospechosa al enemigo.

El rey dio la señal de ataque.

Una unidad de cien soldados avanzó. Las ruedas del poderoso ariete traquetearon sobre los adoquines, y los hombres que iban detrás apretaron los dientes mientras empujaban con todas sus fuerzas. La máquina de guerra estaba rodeada de soldados que portaban grandes escudos de roble y marchaban hacia las puertas principales. Un techo portátil de madera protegía el ariete de los ataques aéreos. Ransorg había poblado las aspilleras con arqueros, y los defensores vertían cubos llenos de aceite hirviendo sobre la gente de abajo. Karek apartó la mirada. Así no veía el horror, pero seguía oyendo los gritos de los hombres, lo cual era igual de malo.

Padre, ¿todo esto solo para mantener las apariencias? Ya sabemos lo que Ransorg y Reibanin han planeado para esta noche.

Desde el interior de la muralla se oían golpes y martillazos; sin duda, las puertas principales estaban siendo reforzadas por todos los medios imaginables. Incluso con el ariete, el ejército de Tedore no conseguiría derribar la barbacana hoy. Pero el choque regular del enorme tronco contra la puerta expulsaría a los traidores del castillo más pronto que tarde. Tedore quería estar seguro de ello.

La razón de Karek le decía que los ataques con bajas eran una parte necesaria de la guerra, pero eso no le hacía sentirse mejor.

Por fin había anochecido y, con él, la oscuridad de la noche. Tedore había suspendido el aporreo de las puertas principales: no quería sacrificar más vidas. Al menos cuarenta hombres yacían con terribles quemaduras en el hospital de campaña. Además, otros dieciocho habían sido heridos por flechas. Catorce soldados habían pagado el precio más alto.

Tedore y una unidad de cien soldados se habían dirigido en secreto a la pequeña puerta del muro occidental del castillo. El rey quería estar presente cuando los traidores intentaran escapar.

Como era de esperar, de la mano del Maestro de Espadas, solo Brawl había insistido en formar parte del ejército. Karek se sintió aliviado de que su padre hubiera prohibido al príncipe participar.

—Podríamos morir los dos, hijo mío. Es mejor que te quedes en el campamento —le había dicho.

Pues aquí estaba ahora, sentado inquieto en un largo tronco de árbol, incapaz de estarse quieto, levantándose y sentándose repetidamente.

—Cuando Ransorg y Reibanin abran la pequeña puerta, nuestros hombres los dominarán tan rápido que ni siquiera tendrán tiempo de preguntarse qué ha pasado. Y eso es bueno —Impy intentó tranquilizar al príncipe con palabras, pero su tono de voz sugería que no estaba muy convencido de su propio razonamiento.

—¿Por qué está ahí ese poste? —Impy quería saber.

—Una segunda salida o entrada al castillo nunca viene mal. Y la ventaja de ésta es que no solo conduce fuera del castillo, sino también directamente fuera de la ciudad. El lado oeste del castillo es al mismo tiempo parte de las murallas de la ciudad.

—Hay una cosa que no entiendo entonces. ¿Por qué no intentamos entrar en el castillo por el poste?

—Durante un ataque, normalmente se tapiaría inmediatamente con bloques de piedra, dejando solo la puerta principal como punto de entrada —Karek volvió a sentarse—. Está muy oscuro, pero aún no he

oído nada. Deberíamos poder oír los sonidos de la lucha desde aquí.

—Las cosas no pueden empeorar más de lo que ha ocurrido hoy en la puerta principal —dijo Blinn para tranquilizarlo.

—Pueden… si no pasa nada esta noche y se vuelve a utilizar el ariete mañana —Karek se levantó de un salto por enésima vez—. Vamos, al menos caminemos un poco hacia el poste.

Sus tres compañeros le siguieron vacilantes. Ellos también conocían la orden del rey. Karek se asustó cuando de repente se vieron rodeados por diez individuos sombríos que parecían una empalizada, gracias a las lanzas verticales que llevaban.

—Torquay, ¡cómo has podido asustarnos así!

El jovali no hizo caso del tono acusador.

—Donde tú vas, nosotros vamos.

—¿Por qué estás aquí, de todos modos, cuando tu líder Brawl está esperando en el poste?

—El hombre que habla con su espada no necesita nuestra protección. Pero tú sí.

El príncipe no sabía si alegrarse o molestarse por la actitud responsable del guerrero.

—Muy bien, entonces. Ven con nosotros. Pero en silencio.

Torquay lo miró sin comprender por un momento; después de todo, los diez jovali se movían con más sigilo que un Karek solo. Pero entonces pareció que el jovali tachó el comentario como una de esas cosas misteriosas que respondían al nombre de broma.

Ahora catorce espectros se acercaban al castillo de Puente Invernal.

No había luz de luna: demasiadas nubes se habían desplazado hacia el sur desde primera hora de la tarde. Caminaron por el exterior de las murallas hacia el oeste. Aquí encontraron muchos arbustos y bastantes hayas que ofrecían escondites. Karek dejó que Torquay y Nimdou tomaran la delantera: los dos veían y oían mejor de noche que cualquier gato grande.

—Zzz —siseó Torquay, lo que probablemente significaba algo así como «quédate quieto y mantén las trampas cerradas» en jovali. Karek no necesitó traducirlo. Blinn, Eduk e Impy también lo habían entendido igual.

Se oyó un ruido sordo detrás de los muros del castillo. Una voz rugió:

—¡Enemigo rapelando…, veinte yardas al este de la puerta principal!

Gritos apagados seguidos de un ruido sordo. Karek susurró:

—Creo que era una táctica de distracción. En cualquier momento van a atravesar el poste.

Torquay se llevó un dedo a los labios. La ciudad estaba en silencio, solo se oía el gorgoteo del Invierno. Luego, el ruido de una pesada puerta al abrirse. Karek apenas podía creer que se estuviera desarrollando el acontecimiento deseado. Como si se lo hubieran ordenado, y de hecho podría haber sido una orden, todo empezó. El sonido de una lucha encarnizada: espadas chocando y gente gritando. Karek creyó oír la voz del gran chambelán Moll.

Impy se sintió más que incómodo. Susurró:

—Volvamos. Ahora sabemos que ha empezado de verdad. Y para mí es suficiente.

De repente, los gritos de muerte llenaron el aire. Los jovali formaron un muro protector alrededor de Karek y sus amigos. Entonces Karek oyó unas palabras que le estremecieron hasta la médula. Alguien gritó:

—¡Le ha dado al rey! ¡Le ha dado al rey!

Más sonidos de batalla: armas chocando entre sí, gemidos y gritos. Karek temblaba: la oscuridad, las palabras gritadas, el miedo, no podía respirar. Paralizado por el horror, vio cómo un hombre salía de entre la maleza. Parecía gravemente herido y cojeaba. Llevaba una espada corta en la mano derecha y se dirigía hacia ellos. Karek no podía distinguir quién era en la oscuridad. Y aún le costaba respirar.

¿Qué significa eso? ¿Le ha dado al rey? ¿Le ha dado al rey?

Torquay susurró:

—Es el maestro del ejército Reibanin.

El jovali era capaz de ver en la oscuridad como un búho. Sus palabras sacudieron a Karek de su entumecimiento.

—¡Deténganlo!

El jovali levantó su lanza y la envió volando hacia la figura. Con un ruido sordo, la punta se clavó en el pecho de Reibanin, tirándolo de espaldas al suelo. Karek miró atónito a Torquay.

—Lo he detenido —confirmó el guerrero.

Karek habría preferido capturar vivo al jefe del ejército e interrogarlo; debería haberse expresado con más claridad. Corrieron hacia Reibanin, que gemía e intentaba sacarse el arma del pecho. La punta de la lanza había atravesado su cota de malla y, presumiblemente, sobresalía de su espalda. Las fuerzas del maestro del ejército menguaban, parecía saber que la herida era mortal. Karek se arrodilló a su lado.

—Maestro del ejército —susurró—, ¿qué planea Schohtar hacerle a Pares Drullom?

—¿Eres tú, príncipe? —la sangre salía a borbotones de su boca. Se rio entre dientes—. Es demasiado tarde. Demasiado tarde... para mí, y demasiado tarde para ti. Tu reino continuará... menguando. Tú...

La parte superior de su cuerpo tembló por última vez. Estaba muerto.

—Vamos, sigamos. Necesito saber dónde está mi padre. —Karek se levantó de un salto.

En ese momento, los hombres del rey corrieron hacia ellos. Dos soldados iluminaban el camino con antorchas. Otros llevaban a un hombre en una camilla; Brawl corría junto a ellos. Fue el primero en ver a Karek y gritó:

—El rey Tedore fue alcanzado por una lanza en la espalda. Debe ser

atendido rápidamente —luego añadió como si fuera obvio—: Ransorg también está malherido, que muera como un perro.

Karek corrió hacia la camilla y oyó al rey maldecir.

Gracias a Lithor, mi padre sigue vivo.

—¿Cómo pudo pasar esto, Brawl? Tenía suficiente protección. ¿Quién lo hirió?

—Uno de los lanceros militares que había descendido por la muralla. Era difícil de reconocer con su ropa negra y atacó por la espalda mientras estábamos concentrados en lo que ocurría delante de nosotros. Probablemente ni siquiera sabía a quién había ensartado.

La brillante punta de metal de la lanza no parecía preocuparse lo más mínimo por quién era su víctima. Tampoco le importaba la motivación del lanzador. Agitado, Karek corrió junto a la camilla de su padre de vuelta al campamento.

Todos se reunieron en torno al rey. Después de ver lo que le había ocurrido al maestre Reibanin, Karek sabía muy bien lo rápido que una herida así podía causar la muerte. Por suerte, la herida del rey no parecía tan profunda como la del maestre. El San Sacerdote de Puente Invernal había sido llamado y ya se inclinaba sobre el rey para limpiarle la herida con vino. También Milafine lo atendía. Tedore estaba tumbado boca abajo, gimiendo. Apretando los dientes, gritó:

—¡Bien! Entremos en el castillo. El castillo es... ¡importante!

Un oficial repitió la orden en voz alta, una corneta sonó para anunciar su próximo movimiento.

—Argh, el dolor. San-Sacerdote..., adormécelo..., ¡maldita sea!

Karek nunca se había alegrado tanto de oír a su padre quejarse en voz tan alta. Un gran número de soldados ya había forzado la entrada y había conseguido abrir la puerta principal. Al amanecer, la mayoría de los soldados habían entrado en el castillo, que ahora volvía a pertenecer a los Marein..., pero ¿cuánto precio se había pagado por esta victoria?

Otra audiencia

Nika ignoró el escozor en los hombros provocado por las cadenas que llevaban muchas horas sujetándole los brazos por detrás. Una mano había sido retorcida hacia atrás en la nuca, mientras que la otra estaba fuertemente atada en dirección descendente. Esta angulación constante le causaba un dolor constante. Las personas menos confiadas que Nika podrían incluso haber supuesto que este método de atadura era intencionado.

¿Qué le había pasado? Su episodio de debilidad la había hecho prisionera una vez más. Y, por increíble que pareciera, parecía haber caído directamente en una temible emboscada. Había caído en una trampa como una principiante, y eso le dolía más que el dolor de sus miembros. Vivía en un mundo muy, muy malo. ¿Por qué tenía que aprenderlo una y otra vez cuando ya lo sabía desde hacía quién sabía cuánto tiempo?

Siguió tumbada en la más absoluta oscuridad. Se encontraba en una especie de mazmorra, probablemente en las profundidades del Star Fastness de Schohtar. La paja húmeda del suelo olía a excrementos humanos, el aire le rozaba la garganta y la sed no hacía más que empeorar las cosas. Apartó el dolor de su espalda y de sus brazos hacia algún lugar remoto de su cerebro, donde giró la llave y cerró la puerta. Pero de vez en cuando salía y le recordaba su dolorosa existencia con su sensación punzante.

Pasos arrastrados se acercaban. Una llave giró en la cerradura. La puerta se abrió con un fuerte crujido. Las pesadas puertas de las mazmorras siempre crujían. Lógico.

La luz de las antorchas cegó a Nika como el sol del mediodía. Una sombra, o para ser más exactos, una bota sombría le dio una patada en el costado.

—¡Levántate! ¡El rey quiere verte, puta!

—Deja de dar patadas. Engrasa las bisagras de la puerta de mi

enramada.

—¡Levántate! ¡El rey quiere verte, puta! —repitió la frase como si le hubiera costado mucho esfuerzo aprendérsela de memoria. Luego repitió la patada.

—Dile que ahora no, que estoy ocupada haciendo mis ejercicios de estiramiento.

Otra patada subrayó otra orden:

—¡Díselo tú, puta!

¿Por qué «puta» todo el tiempo? Si una mujer se acostaba con un hombre, era una puta. Si no se acostaba con hombres, también era una puta. ¡Los hombres y su lógica! Nika decidió dedicar tiempo al rey y pensar en el apelativo de puta más tarde. En esta decisión también influyó el hecho de que los tacos metálicos de la bota eran bastante más duros que sus riñones.

—¡Levántate! El rey quiere verte, puta —su intuición fue dolorosamente confirmada por la bota.

—¡No puedo estar así! —gimió. Acentuó su argumento haciendo sonar un poco las cadenas.

La sombra la miraba fijamente. Oyó al hombre pensar, un proceso lento y muy mecánico. Primero, algo sonó en algún lugar de su cabeza, luego sonó, hasta que finalmente sonó como un clic, con el resultado de que él se agachó y la liberó de sus cadenas. Nika adelantó los brazos. El dolor punzante en sus miembros maltratados hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Ya no había debilidad.

Se levantó con dificultad. Sus pupilas se acostumbraron lentamente a la luz: las imágenes se agitaban frente a ella. Parpadeó hasta que todo mejoró. El portador de la antorcha se reveló como un tosco rufián con una tosca armadura que pertenecía a la guardia del rey y olía a bota vieja. Detrás de él había tres soldados más: le iban a hacer una guardia de honor. Qué honorable.

Los cuatro hombres le tiraron de los brazos a la espalda y volvieron a atárselos con las cadenas. Nika lo permitió con una expresión de indiferencia en el rostro: no podía hacer gran cosa sin sus armas, así que prefirió aplazar el estrangulamiento de aquellos tipos hasta más tarde.

Los soldados marchaban con ella, uno delante, otro detrás y otro a cada lado. Los tobillos de Nika también estaban encadenados, así que podía olvidarse de huir.

Un par de desgastados escalones más arriba, el lacayo que pateaba locuazmente abriendo una puerta reforzada con acero que también crujía —por qué no iba a hacerlo— y entonces se encontraron en un pasillo que a Nika le resultó familiar. Por supuesto. Había paseado por aquí hacía siglos como la baronesa enamorada Calinka Cornika, en compañía nada menos que de Tandrik Kasarr, Esquire. Ah, ¡qué tiempos aquellos!

Sus cadenas sonaban como uno de esos tintineantes juanetes que sacudían los bufones de la corte, pero no parecía molestar a los guardias. Por cada paso que daban los guardias, ella tropezaba con tres, y aún le costaba mantener el ritmo.

—No tan rápido, tengo pies delicados —se quejó. A esto siguió una patada en el culo que la hizo tropezar con los grilletes y caer al suelo.

—Levántate. El rey quiere verte, puta.

—Ya veo, debiste habérmelo dicho antes.

Los hombres a ambos lados la pusieron en pie. Le hubiera gustado frotarse las rótulas ahora, pero tendría que dejarlo para más tarde.

Trotó delicadamente con sus compañeros masculinos hacia la sala del trono. Durante su primera visita, aún se llamaba sala ducal. ¡Schohtar había ascendido en el mundo!

La puerta se abrió. El mármol, el oro y la plata brillaban en todas sus formas en la habitación bañada por el sol. Vaya, pero si los gobernantes siempre se empeñaban en presumir de sus galas… y, sin embargo, era la chusma común la que lo financiaba todo. No hacía

mucho que había entrado en la sala del trono del rey Tedore. Ahora estaba invitada a otra audiencia. Se dio una palmadita metafórica en la espalda, orgullosa de sí misma y de los círculos en los que se movía.

Unos pasos más y ya estaba frente a Schohtar. Él levantó lentamente la cabeza y la miró directamente. Sin darse cuenta, se encontró imitando su acción.

Schohtar no parecía tan feo como la última vez. No, estaba bastante más feo. Era increíble que aún se molestara en trenzarse el pelo grasiento en coletas grises. ¿Le gustaba que se movieran de un lado a otro alrededor de su destrozada cabeza? Ni siquiera su elevado trono de oro, ébano, marfil y brillantes joyas mejoraba su patético rostro. Ella miró abiertamente el agujero en medio de su cara, donde una vez había reinado su nariz. No tenía intención de realizar la famosa cortesía. Si los dioses habían querido que fuera así, ¿por qué habían dado culos a las mujeres?

Junto a Schohtar estaba Karnifex, verdugo y torturador del rey, con el hacha en diagonal frente a su torso desnudo y bien engrasado, y las piernas separadas a la altura de los hombros. No le temblaba ni uno solo de sus impresionantes músculos.

Schohtar abrió la discusión con un majestuoso movimiento de brazos.

—Aquí está la misteriosa dama. La mujer cuyas alabanzas canta el populacho, la moza que protege al príncipe gordo y que ha hecho girar las cabezas de muchos hombres de alto rango.

Ella respondió:

—En cuanto a estos últimos, me encanta hacerlos girar con un chasquido hacia atrás, hace un chasquido tan alegre.

Los ojos de serpiente de Schohtar se abrieron de par en par: ahora parecían de cerdo. Nika pensó que solo había necesitado un momento para provocar esa reacción; por lo general, nadie podía atravesar la coraza de imperturbabilidad del rey Schohtar sin un esfuerzo considerable.

—Tu voz… —se levantó, con el rostro inclinado hacia ella. Su aspecto no mostraba signos de mejora. Se inclinó aún más. Ella pudo oler su aliento.

—¡Tus ojos!

Las arrugas del aspirante a rey se bambolearon por un momento, al igual que sus trenzas, y luego su rostro se congeló.

Volvió a sentarse en su trono y continuó en tono relajado.

—Me alegro de volver a verte, Calinka Cornika. Tu peinado es diferente ahora, y me parece recordarte… más rubia.

Sabía desde hacía tiempo que Schohtar era peligrosamente inteligente, pero aun así le sorprendió la rapidez con la que la había reconocido.

—Mientras que tú apenas has cambiado —su tono de voz no dejaba lugar a dudas de que lo había dicho como un insulto.

Schohtar la miró con indiferencia. Si quería provocarlo, tendría que hacerlo mucho mejor.

El rey Sin Nariz se sentó y se puso cómodo.

—Aquella vez que dejaste a uno de mis secuaces en un estado de… bueno… indisposición.

—¿Te refieres a Tandrik Kasarr, Esquire? Bueno, sí… verás, esperaba más de él. Las rupturas siempre son dolorosas.

—Especialmente para Tandrik.

Frunció los labios.

—Solo le llevó un momento, luego lo superó.

—Ahora que estamos hablando de mis secuaces… hay más de ellos que han encontrado su recompensa eterna en el tiempo transcurrido desde entonces. Y tú jugaste un papel nada desdeñable en sus destinos.

El eco de la sala reforzó la agudeza de la voz de Schohtar.

—Me refiero concretamente a mi querido amigo y vasallo, Woguran.

Nika se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Qué pasa con él?

—Oh... no hay nada sobre él... y eso es lo que me molesta, porque Woguran siempre había hecho un buen trabajo para mí... hasta que se lo tragó la tierra y diecinueve de mis mercenarios junto a él.

Asintió comprensiva.

—Ah, ahora entiendo lo que quieres decir. Wogi y sus amigos debieron de pasar mucho tiempo tirados en la tierra cerca de mi cabaña. Pero déjame tranquilizarte: los lobos, los gusanos y las lombrices ya los habrán digerido.

Schohtar parecía realmente impresionado.

—Es cierto, entonces, que mataste a veinte de mis mercenarios. Chica audaz —sonaba como un elogio... y fue reforzado por el cacareo de su lengua.

Nika se sintió honrada.

—Estaban en medio, ya ves.

Schohtar cambió de tema.

—Dicen que eres un cuervo.

—¿Puedo evitar ser quien soy? Sea como fuere, con gusto borraría más de tu horda mercenaria de la faz de la tierra.

Schohtar, el autoproclamado soberano, llevaba una larga capa de mangas anchas. Nika no pudo evitar pensar que parecía un magicus en la feria anual, realizando algún truco estúpido mientras pronunciaba un hechizo mágico estúpido, ya que ahora había levantado ambos brazos.

—No seas tan impaciente, buena señora. ¿Cómo te llamaré? Calinka suena algo rebuscado.

Ella no dijo nada. No estaba de humor para que un imbécil se

dirigiera a ella por su nombre.

—¿Qué tal mirlo? Así es como te llama la gente común en las canciones que celebran las hazañas milagrosas que has realizado —sugirió Schohtar. Su voz sonaba como si estuviera profundamente conmovido.

El hombre simplemente tenía buenas fuentes. Un mero juego de manos. Estaba claro que uno de sus principios más importantes era tener buenas fuentes.

—El pequeño mirlo es la pequeña heroína del pueblo —hizo una pausa para limpiarse la saliva del labio inferior con su pañuelo de seda.

Luego empezó a cantar. Su voz aguda y nasal resonó en toda la sala. No cabe duda de que estaba tocando todas las notas correctas.

«Y cuando el mirlo canta,

el mundo parece espléndido.

Y cuando el mirlo canta,

todo el mal ha terminado».

El rey se balanceaba rítmicamente de un lado a otro, con sus ojos de botón brillando como cabezas de alfiler.

«Pero cuando el mirlo canta,

los mercenarios grises mueren.

Para los que el mal traen

la venganza del mirlo está cerca».

Hizo una pausa.

—Una bonita canción, aunque tengo que admitir que mi entusiasmo por ella decae ligeramente cada vez que oigo el verso final. Después de todo, los mercenarios grises suelen estar a mi servicio. Woguran en Toladar fue un buen ejemplo.

—Sí, la caída de Wogi y sus consortes ha proporcionado material de

sobra para otra estrofa de la canción del mirlo. Los dos somos famosos.

Ni en sus sueños más salvajes lo había creído posible, pero por primera vez Nika sintió una pizca de placer ante la estúpida canción del mirlo, aunque solo fuera porque a Schohtar le molestaba.

—Sí, a la gente común le gustan los héroes nobles y, sobre todo, las heroínas nobles —Schohtar volvió a chasquear la lengua.

—¿Desde cuándo te importan una mierda las preferencias de la gente común?

Schohtar no parecía que fuera a darle una respuesta a esa pregunta.

—¿Qué nombre quieres darme, noble señor? —preguntó Nika cortésmente.

Los ojos pequeños y duros la observaron con agudeza.

—Te llamaré Traicionera. Una traidora que trabaja en contra de mis intereses.

—Entonces, finalmente, traiciona a la Traicionera qué es lo que quieres de ella. Tengo poco tiempo —su pie derecho golpeó el suelo de mármol varias veces, acompañando el sonido con el tintineo rítmico de sus cadenas.

Con su rostro estoicamente feo, Schohtar continuó mirando desapasionadamente hacia delante; ni siquiera este ejemplo de su descaro consiguió sacarlo de su caparazón pectoral. Era increíble que no la hubiera matado ya. Esperó su momento.

—Me han informado de que eres amiga personal del príncipe Karek. Esta es ya la tercera razón por la que me resulta imposible que me caigas bien. Perdóname, pero no puedo decirlo de otra manera y creo que es importante que la gente sea fiel a sus sentimientos.

Nika no se molestó lo más mínimo.

—Recuerda: no he sido yo quien ha intentado acercarme a ti, sino tú, que me has hecho llegar a tu presencia.

Las arrugas de su frente se hicieron más profundas.

—¿De verdad? Tenía la impresión de que querías venir a verme y que compartiría el destino de Tandrik en cuanto tuvieras la oportunidad.

—En absoluto, en el fondo de mi corazón desprecio la violencia.

Schohtar replicó con voz aburrida.

—Déjalo estar. Tú eres mi enemiga. No obstante, tengo una pregunta para ti que podrías responder.

Nika respondió con voz igualmente aburrida.

—Déjalo estar. Eres mi enemigo. No tenemos nada más que decirnos.

Schohtar bostezó.

—No sabes cuántas veces me dice eso la gente. Pero generalmente cambian de tono una vez que Karni comienza sus... procedimientos médicos. Entonces la gente me cuenta todo lo que quiero saber y mucho más, hasta que no puedo seguir escuchando su diarrea verbal.

Una rápida mirada a Karni bastó para que Nika tomara la palabra a Schohtar. El torturador permanecía impasible junto al trono, pero sus ojos brillaban con un brillo lunático de otro mundo. Viéndole así y recordando su reputación, se aseguró de que había muy pocas formas de dolor que él se pensaría dos veces antes de infligir a otros si se le diera la oportunidad. De hecho, era muy posible que no hubiera ninguna.

Schohtar volvió a ponerse en pie. Ella ahora tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para mirar su deformado rostro.

—¿Dónde puedo encontrar al almirante Bolkan Katerron?

La pregunta surgió de la nada, dejando a Nika estupefacta. *¿Qué quería Schohtar de Eructos? ¿Y qué le había dado la idea de preguntarle?*

—¿Quién? —preguntó ella, agitando las cejas como una mariposa.

—Me han informado de que son pareja —explicó Schohtar alegremente. Desde luego, su voz no reflejaba sus verdaderos sentimientos.

El autoproclamado rey era un cliente de puta madre. Y tenía muy buenos espías. Tedore podría aprender un par de cosas del maldito tirano.

Schohtar se inclinó hacia delante y su voz adquirió por primera vez un tono amenazador.

—De nuevo, ¿dónde puedo encontrar al almirante Bolkan Katerron?

—Sigue tu olfato.

Schohtar cayó de espaldas en su trono y respiró con dificultad, por la boca, no por el agujero que tenía encima. ¡Vaya! El entrometido parecía alérgico a las referencias a la nariz, porque de repente no solo parecía menos majestuoso en su trono, sino también muy resfriado. Bueno, que cada cual se limpie sus narices. Demasiado para su coraza de imperturbabilidad.

—¡Maldita puta bruja! —gruñó y escupió.

—Creía que nos habíamos decantado por traicionera, aunque debo admitir que no me gusta demasiado ninguno de los dos apelativos.

A Nika le sorprendió la rapidez con la que el rey se recompuso. Schohtar dijo con voz tranquila.

—Eres un hueso duro de roer. Pero antes de que te rompa los dientes, Karni te convertirá en una papilla blanda y lista para comer. Entonces volveremos a vernos y tu canción me levantará el ánimo.

»Y cuando el mirlo canta,

»el mundo parece bastante espléndido.

»Cantarás como un canario. No puedo esperar. Y al final de tu armonía a varias voces, simplemente gemirás lo siguiente —levantó la voz una octava mientras la imitaba burlonamente—: ¿Qué más puedo cantar? ¡Pide, *pide*! Te lo ruego, *¡pide!* —Schohtar continuó entonces con su voz normal, si es que tal adjetivo puede aplicarse alguna vez a sus tonos rasposos—: Y todo eso para que no tengas que volver a compartir con Karni su pequeña cámara de los horrores. ¿No es así, querido Karni?

El verdugo no reaccionó. En absoluto. Pero a Nika le pareció peor que asintiera o sonriera.

—Por el momento hemos terminado el uno con el otro. Déjame echarte un último vistazo, porque la próxima vez que nos veamos, te faltarán algunas partes del cuerpo —se volvió hacia los guardias—: ¡Llévensela!

Cuatro armaduras sin alma, una en cada pared, cobraron vida de repente.

—Oh... y otro asunto. Me sorprende que no hayas preguntado por ello. Tengo una joven en custodia. Una señorita muy joven, creo que se llama Hanne. Por supuesto, ella también será invitada a nuestro próximo baile —se frotó las manos como un niño que acaba de construir un castillo de arena—. Será divertido oír cómo canta el mirlo cuando le corten las alas.

Nika necesitó todas sus fuerzas para no palidecer. Intentó pensar: seguro que Schohtar le estaba mintiendo, porque según Cerbero, Hanne iba de camino al mercado de esclavos de las Islas del Sur. Con un movimiento lateral de la cabeza, Schohtar hizo una señal a los guardias. La audiencia había terminado.

Dos de los hombres la agarraron por debajo de las axilas y la arrastraron fuera de la sala del trono. Junto con el pisotón de las botas de los soldados, pudo oír unos pasos suaves y plumosos. Solo podían ser de Karni. Los próximos días no serían fáciles. Pero ¿qué había sido fácil en su vida? Nada, de momento.

Guardia de cabecera

—¡Padre!

El rey Tedore estaba recuperando la conciencia. Estaba tumbado boca abajo en su dormitorio. La sangre y otros fluidos corporales se filtraban a través del vendaje de su espalda, dejando horribles manchas a su paso. Respiraba con dificultad. El pecho le traqueteaba. Abrió los ojos con dificultad mientras resollaba trabajosamente:

—Karek..., hijo mío, es hora... de que tú...

—No hables así, este cinturón puede hacer maravillas. —El príncipe señaló el artefacto myrneano, que había atado alrededor de su padre —. Vas a mejorar.

Karek también había colocado los dos anillos de acerium en los dedos del rey. Ahora sostenía la mano de su padre. Se guardó para sí su consternación por lo fríos y flácidos que estaban los dedos al tacto: parecía como si el rey ya hubiera muerto.

—El cinturón posee poderosos poderes curativos: ya ha ayudado a Brawl y a Blinn. —Karek contuvo las lágrimas: Tedore le había enseñado desde niño la regla máxima de que los reyes nunca lloran.

¿Por qué no?, me pregunto. De todos modos, aún soy solo un príncipe, y si las lágrimas empiezan a fluir por sí solas...

Milafine, que estaba a su lado, le puso una mano en el hombro.

—Deja que le cambie el vendaje. Luego rezaré por el rey.

Tedore volvió a perder el conocimiento; al menos ahora no sentiría el dolor. Milafine se inclinó sobre el rey y le quitó el viejo vendaje. Un gran agujero se abría en su espalda. Al sacar la lanza, las púas habían arrancado trozos de carne. Al menos, la abundante hemorragia había cesado. Tal vez porque el rey se estaba quedando sin sangre. Milafine miró el cinturón que rodeaba la cintura de Tedore; su voz sonaba más seria que nunca.

—No voy a mentirte, Karek. Sinceramente, nadie puede sobrevivir a una herida así. Le han atravesado el pulmón izquierdo, y quién sabe qué más ha resultado dañado.

—La magia myrneana ayudará. ¡Mira! Ya está empezando a trabajar en la herida.

De hecho, la carne estaba empezando a tomar un tono más saludable. Los bordes negros de la herida se habían vuelto más rojos y el pus amarillo empezaba a palidecer. Los ojos de Karek estaban llenos de esperanza.

—Mi padre tiene que mejorar.

Milafine aplicó un nuevo vendaje. Karek observaba a su novia con orgullo. Sus manos trabajaban con destreza y rapidez. La pareja pasó toda la tarde en los aposentos del rey Tedore, escuchando instintivamente la respiración irregular y agitada del rey.

Llamaron a la puerta y entró el San Sacerdote más antiguo de Puente Invernal. Era un hombre que siempre tenía una expresión preocupada en el rostro y unas bolsas convenientemente agrandadas bajo los ojos. Con una taza de líquido humeante en la mano, miró al dormido Tedore.

—Cuando el rey se despierte, viértele este tónico en la garganta. Va a necesitar toda la fuerza que pueda conseguir.

—Gracias. Milafine y yo lo haremos en la próxima oportunidad. Déjalo descansar por ahora. Te mandaré llamar si te necesito.

La triste inclinación de cabeza del San Sacerdote indicó a Karek que él tampoco creía que Tedore se recuperaría de su herida. El hombre salió del dormitorio con pasos lentos. Era una habitación sencilla en los aposentos de invitados del castillo de Puente Invierno, pues Tedore se había negado a ser alojado en los antiguos aposentos del traidor, el duque Ransorg. Karek sabía que la fidelidad y la traición de su supuesto amigo habían herido al rey tanto como la lanza que lo había atravesado.

Karek levantó la barbilla con obstinación. Ponía todas sus

esperanzas en los poderes curativos del cinturón. Y estaba decidido a permanecer junto a su padre frente a cualquier otro peligro.

Al anochecer, Milafine se levantó y dijo:

—Sabemos muy poco sobre la magia de los myrneanos. En la biblioteca encontré un tomo muy interesante escrito en la lengua antigua y lo traje conmigo. Contiene descripciones detalladas de los distintos tipos de magia, y también menciona artefactos como objetos canalizadores. La traducción es pesada; aún estoy trabajando en la primera página, pero he hojeado el resto y hay explicaciones sobre la lanza del alma, el reloj de arena, la espada de Brawl y el cinturón.

A Karek le pesaban los párpados como si fueran de plomo.

—Me quedaré con mi padre. Puedes seguir traduciendo el libro si quieres.

Milafine abrazó a Karek y salió en silencio del dormitorio. El príncipe vertió agua de una jarra en una taza y bebió el líquido con avidez. Luego se sentó en una silla en un rincón de la habitación y trató de relajarse. Él también necesitaría todas sus fuerzas. Los ruidosos ronquidos de su padre le tranquilizaron y le pusieron nervioso. El príncipe, exhausto, no tardó en dormirse.

El canto de los pájaros al amanecer despertó a Karek. Tardó unos instantes en darse cuenta de que faltaba algo. En cuanto lo comprendió, se despertó de golpe. Los terribles gemidos y resoplidos de su padre habían desaparecido. ¿Se había recuperado milagrosamente gracias al cinturón? Lleno de esperanza, se levantó de un salto y se acercó al lecho del enfermo. Y efectivamente, el rey estaba tumbado, perfectamente relajado, boca arriba.

Pero el príncipe no necesitaba tocar a su padre para comprender lo que había ocurrido. Tedore Marein, el legítimo rey de Toladar, el reino oriental de Krosann, había muerto. Inmóvil, el hijo del rey sostuvo la mano fría de su padre, incapaz de sollozar, incapaz de llorar. Respirar y tragar dolían mucho. Lentamente, Karek se recompuso, se inclinó sobre su padre y le dio un beso en la cabeza.

—Buen viaje, padre —susurró.

Pasó un momento antes de que gritara:

—¡GUARDIA!

Inmediatamente, la puerta se abrió de par en par y entraron dos soldados de la guardia real.

—¡Traigan al San Sacerdote, al gran chambelán y a Milafine!

—Sí, Alteza —respondieron al unísono, y los soldados salieron de la habitación.

Karek recuperó el cinturón y los dos anillos, casi sin darse cuenta de lo que hacía. ¿Por qué los objetos no habían ayudado en esta ocasión?

La noticia de la muerte del rey causó gran tristeza entre los habitantes de Puente Invernal. Las campanas de la bulbosa catedral habían estado doblando todo el día. El cuerpo del rey fue depositado en la iglesia, adornado con suntuosas sábanas de seda. Sus mejillas habían sido retocadas con colorete, su espada yacía sobre su pecho. Una interminable fila de plañideras pasó junto al difunto monarca. Las mujeres y los hombres llegaban con flores. Encendían velas y cantaban. Karek permanecía de pie junto al altar, consternado y temeroso de lo que le depararía el futuro.

De vez en cuando, un sentimiento de orgullo se apoderaba de él: orgullo por el afecto que el pueblo sentía por su padre. Muchas mujeres —y también hombres— besaban la frente del rey muerto al pasar. El viejo señor gran chambelán que estaba a su lado comenzó a llorar, después de haber despedido a su rey de la misma manera que el pueblo. Tedore y él habían vivido muchas cosas juntos, y Moll se sentía solo sin su amigo.

El entierro oficial no tendría lugar aquí, sino en el panteón de la familia Marein en Cragwater, la capital del reino. Esta no era la única razón por la que Karek ya había planeado su partida para dentro de dos días. No quería que Cragwater estuviera desprotegida más tiempo del necesario. En primer lugar, habría un poco de tiempo para

asimilar la nueva situación e instalar a un nuevo gobernador, más fiable, a quien Karek pudiera dejar con confianza a cargo de Puente Invernal. El rey había muerto, y el periodo de luto establecido por los estatutos sería de cuatro semanas; solo después Karek sería coronado rey. Este tiempo de espera no iba a facilitar las cosas.

Tras la ceremonia eclesiástica, Karek huyó con Milafine de las muestras de condolencia a lo que antes había sido el scriptorium del duque Ransorg. Agotado, el príncipe se hundió en la silla del escritorio. Milafine se sentó frente a él con gesto preocupado.

—De repente tengo que ocuparme de muchas cosas a la vez. Espero que no sea demasiado —dijo el príncipe, mostrando su preocupación —. Y mi dolor no ayuda. Además, tenemos muy poco tiempo. Debemos volver a Cragwater.

Ella no dijo nada, pero se levantó y lo abrazó. Una sensación agradable, notó, y de hecho sintió su fuerza fluyendo en él como una bebida caliente en las profundidades del invierno.

—¿Por qué el cinturón no ayudó esta vez? Curó a Brawl en la isla cuando estaba gravemente enfermo.

Su novia lo soltó y dio unos golpecitos con el índice en la cubierta del folio, que estaba moteada de moho blanco.

—Creo que sé por qué, Karek. Los myrneanos han canalizado un hechizo temporal en el cinturón, que acorta el proceso de curación. Así es como se describe en este libro. Si mi traducción es correcta, dice: «El tiempo no cura todas las heridas. Las heridas mortales hacen que lo inevitable suceda más rápidamente».

Una oleada de dolor adicional invadió a Karek al considerar su cita.

—¿Significa eso que... maté a mi padre al ponerle el cinturón?

En un tono que no admitía discrepancias y que el príncipe nunca había oído a Milafine, ella replicó:

—¡Eso es totalmente ridículo! El rey solo sucumbió a su herida mortal más rápidamente, lo que significó que su sufrimiento se vio aliviado. Espero que recuerdes lo que te dije sobre la gravedad de su

herida. Iba a morir de un modo u otro.

Esto tranquilizó un poco a Karek, aunque seguía perturbado.

Mi padre ha muerto y dentro de cuatro semanas seré coronado rey. La pregunta es ¿rey de qué?

Ambos guardaron silencio durante un rato, y la calma tranquilizó a Karek. Apoyó la cabeza con las manos y cerró los ojos. Oyó la voz suave y melódica de Milafine, que sintió como la más suave de las caricias.

—Y hay otra cosa. He descubierto algo más sobre la pequeña lanza del alma, pero no lo entiendo —luego añadió con determinación femenina, que sonaba como una ley de la naturaleza—: Todavía no.

Karek abrió los ojos y miró a su novia. Ella irradiaba una fuerza que él echaba de menos. Contemplarla le hizo olvidar por un momento todos sus problemas. Su larga melena castaña cubría sus estrechos hombros. Le recordó su primer encuentro en la biblioteca de Rogat. Desde entonces, había sucedido lo imposible.

Cuando ocurre algo imposible, la gente lo llama milagro. Y eso es lo que es: ahora es aún más hermosa.

Milafine pareció darse cuenta de que Karek estaba abrumado por el dolor, la esperanza y el amor. Le echó los brazos al cuello.

—Cada vez que te toco, puedo sentir lo que late en tu interior: una misteriosa combinación de calidez y bondad. por lo que dijo la diosa myrneana Arelia en la isla, sabemos que son consecuencias de la magia que duerme en tu interior, aunque no sea mucha. Esto es precisamente lo que me impulsa a leer todo lo que pueda sobre las antiguas deidades y a traducir todo lo que pueda encontrar. Busco una parte de ti. Una parte de la persona que amo.

A Karek le dio un vuelco el corazón. Como aquella vez en la biblioteca de Rogat, se quedó sin habla y su nombre volvió a ser «Uhyourebbbbbb». Lentamente, volvió a ordenar sus pensamientos.

Encontrar y elevar la bondad en el mundo.

—¿Qué has averiguado sobre la lanza? —susurró Karek, con un nudo en la garganta.

Abrió el libro con cuidado, a dos tercios del final.

—Toma, mira este dibujo.

Los sencillos dibujos a carboncillo sobre el papel amarillento mostraban tres veces al mismo hombre. Llevaba una lanza en la mano derecha. En un dibujo, sostenía la lanza hacia arriba, en el segundo, la lanza estaba horizontal, y en el tercer dibujo, apuntaba hacia abajo.

—¿Qué puede significar? —Karek no le encontraba ni pies ni cabeza.

—No lo sé. Todavía no he traducido completamente el texto. Espero encontrar más pistas.

La curiosidad natural del príncipe empezaba a sacarle de su letargo.

—Los tres animales grabados en la lanza del alma coinciden con las tres poses diferentes de este dibujo. Y mira, Milafine: en un dibujo, el hombre sujeta la lanza en el centro, en éste la sujeta un poco más abajo, y en el tercero la agarra como si fuera una espada que sostuviera en alto.

—¡Tienes razón! No me había dado cuenta.

—Esta tarde le pediré a Impy la lanza del alma. Deberíamos echarle otro buen vistazo. Antes de eso, voy a tener que convocar una reunión del consejo. Habrá que tomar muchas decisiones, por ejemplo, en manos de quién debemos dejar Puente Invernal. Creo que el Gran Chambelán Moll es la mejor opción —Karek notó cómo su juventud le daba fuerzas renovadas.

Se oyó un tímido golpeteo. Karek se levantó y abrió la puerta. Un sirviente estaba allí, con la mirada gacha.

—Le pido disculpas, Alteza, pero un tal capitán Latzek desea hablar con usted. Dice que es urgente.

El príncipe tenía al espía en alta estima desde su último encuentro en el salón del trono. Si su nombre era realmente Latzek era

completamente irrelevante para Karek. El hecho era que, cuando se trataba de espionaje, era el mejor en el negocio, y hasta ahora siempre había demostrado ser fiable y digno de confianza, aunque estos atributos no coincidieran necesariamente con su profesión.

Pero la reputación y la apariencia externa no significaban nada para Karek; al fin y al cabo, había convertido a la asesina más peligrosa de todo Krosann en su confidente. Ahora más que nunca tenía que confiar —y confiaría— en su conocimiento innato de la naturaleza humana. Dos guardias acompañaron a Latzek a la habitación. Karek recibía aún más protección, ahora que el rey había muerto. El príncipe lo miró de arriba abajo. Como siempre, el capitán le miró de arriba abajo y cadavérico. El mejor disfraz posible, al parecer.

—Bienvenido, capitán Latzek.

—Alteza. Gracias por recibirme. Y permítame expresarle mis profundas condolencias por el fallecimiento de su padre.

—Gracias.

El capitán asintió amistosamente a Milafine. Y eso fue todo. Latzek no intentó hablar más. Se limitó a mirar fijamente al príncipe. Karek comprendió, hizo un gesto a los guardias, que se retiraron de la habitación, cerrando la puerta tras ellos. Karek le ofreció una silla a Latzek y él mismo se sentó. Con una mirada a Milafine, que seguía sentada ante el escritorio, dijo:

—Ella se queda.

—Como quiera. —Latzek tomó asiento—. He venido directamente de Star y me sorprendió no encontrar al rey Tedore en el castillo de Cragwater.

—¿Quieres decir que realmente hay cosas que te sorprenden, capitán?

—Todos los días, en efecto, Alteza. De todos modos, cabalgué hasta aquí tan rápido como pude. Si da tanto valor a mi servicio como su padre, entonces estoy aquí para servir.

Karek se echó hacia atrás.

—Capitán Latzek…, ten la seguridad de que lo hago. Pronto podrás considerarme tu soberano y señor, como hiciste con mi padre.

El espía asintió.

—A juzgar por todo lo que he oído de usted en los últimos tiempos, ocupará dignamente el lugar de su padre. Han ocurrido ciertos acontecimientos de los que creo que debo informarle —hizo una pausa.

Karek se levantó, colocó tres vasos sobre el escritorio y señaló dos grandes jarras: una con líquido claro y otra con rojo oscuro.

—¿Agua o vino?

—El agua es para los caballos… —dijo Latzek, sin inmutarse de que Milafine se hubiera decantado por la bebida equina. Sin embargo, y sin mirar a Milafine, añadió con facilidad—:… y para mujeres hermosas, por supuesto.

Karek sirvió vino a su visitante y a sí mismo. El capitán Latzek levantó su copa y brindó por Karek, bebió el vino y se volvió hacia Milafine.

—¡Bella dama! —dejó la copa sobre el escritorio y continuó—: El rey Schohtar ha hecho construir un galeón de guerra. Una poderosa nave con capacidad para quinientos soldados y equipada con maquinaria de tiro de última generación. Con la ayuda de los llamados cañones se pueden hundir barcos a distancia. Corre el rumor de que desea utilizar la nave para atacar Akkadesh; de hecho, es posible que ya lo haya hecho.

El capitán estaba haciendo honor a su reputación: dar siempre las peores noticias posibles.

—¿Qué quieres decir? ¿A distancia? ¿Con catapultas recién inventadas? —insistió Karek.

—No, estas armas son mucho más peligrosas. Utilizan la misma pólvora negra que Schohtar empleó para causar el colapso de la

Fortaleza Beachperch.

Sí, lo recuerdo...

Karek apartó el terrible recuerdo de su mente. Necesitaba concentrarse por completo en esta conversación.

—¿Qué más sabes?

—En Star y Tanderheim la gente habla de un misterioso nuevo almirante. Es el capitán del poderoso galeón de guerra y comandante de la flota.

—¡Sin duda, una persona así debe ser conocida por todos! —dijo Karek, desconcertado.

—Pero no lo es. Nadie sabe de dónde viene. Nadie conoce su nombre. Siempre lleva casco y máscara.

—¿Y este hombre está asaltando Akkadesh? Pero Schohtar está alimentando una alianza con el Rey Drullom. ¿Por qué querría atacarle? —el tono de voz de Karek dejó muy claro al espía que el príncipe era plenamente consciente de lo que significaban las alianzas para Schohtar: no eran más que fugaces acuerdos secundarios que se abandonaban al capricho del tirano.

—Porque el momento parece oportuno. El rey Drullom está comprometido de otro modo con su armada.

—¿Armada? ¿Desde cuándo Soradar posee una armada? Creía que la mayoría de los navíos habían sido apresados durante la batalla de Tanderheim.

—Schohtar ha devuelto bastantes de ellos a Drullom.

—Muy generoso por su parte. —Cuanto más le contaba Latzek, menos le gustaba lo que oía.

Milafine había estado sentada algo callada y tímida, pero ahora habló:

—¿Qué quieres decir con «comprometido de otro modo»?

Latzek se encogió de hombros.

—Me temo que aún no tengo información concreta al respecto. Se reveló la identidad de uno de mis informadores más fiables, un sargento al servicio de Schohtar. El misterioso enmascarado lo mató —tomó otro trago de vino: ya era suficiente pena ahogada para el sargento—. Y otra cosa… vi a la antigua asesina… la dama de negro que usted conoce muy bien.

Karek levantó la vista.

—Llámala Nika. Es amiga mía, muy buena amiga. ¿Y? ¿Qué pasa con ella?

—Está cautiva en Star Fastness. Schohtar la ha metido en las mazmorras. Y dicen que Karnifex la está colmando de atenciones.

Milafine se estremeció; Karek tuvo el mismo instinto. ¿Había alguien que no conociera a Karnifex y su reputación de matarife y torturador despiadado?

—¿Schohtar la tiene? ¡Maldita sea!

—Son tiempos difíciles, Su Alteza.

—En eso tienes razón. ¿Tienes alguna buena noticia para mí, Latzek?

El espía se encogió de hombros como diciendo que no podía imaginar las palabras «buenas» y «noticias» en la misma frase. Como para confirmarlo, dijo secamente:

—¿Existe tal cosa? El día que le traiga… eh… buenas noticias será el día que empiece a beber solo agua.

—Entonces no te arriesgas mucho. Me aseguraré de que tu vino se mantenga fresco —suspiró Karek.

El capitán Latzek sonrió, las comisuras de sus labios se movieron imperceptiblemente hacia arriba. Se puso en pie y dijo:

—Gracias por su tiempo y paciencia. Un baño, un afeitado y mi deber me llaman, Alteza.

—Entendido. Y asegúrate de cumplir estrictamente esa orden. Te lo agradezco, capitán.

Con eso, el parlamento había terminado. Cuando el espía hubo abandonado el scriptorium, Milafine comentó:

—Qué tipo más raro.

Karek suspiró.

¿Cómo sabía que ella iba a decir eso?

Sin esperanzas

Sin tener ninguna expectativa, Nika abrió los ojos. Y sus expectativas se cumplieron, porque estaba mirando a la nada. Una nada oscura, pero no la misma oscuridad que ella solía acoger en el ejercicio de su profesión. No el manto protector de ocultación, de negrura momificante que la diosa de la noche Dothora arrojaba sobre ella y que resultaba especialmente ventajoso en el desempeño de su trabajo. No, aquí la oscuridad resultaba asquerosa: no proporcionaba ni protección ni consuelo. Se introducía en el cuerpo, mordisqueaba las tripas, espesaba la sangre y permitía que una duda no invitada infectara su mente.

Volvió a cerrar los ojos; de todos modos, no tenía sentido. De niña, en el Establecimiento la habían obligado a vivir muchos días a oscuras con una máscara sobre la cabeza, lo que significaba que todos sus sentidos se habían agudizado desde muy joven. Ergo, se dijo a sí misma, *usa tus otros sentidos*. Frunció la nariz, aunque no tenía motivos para hacerlo. Ya no se encontraba en el apestoso agujero con su paja podrida. Aquí, los únicos olores eran los del hierro, la madera y el agua. ¡Agua! Su garganta reseca se quejó arañándola con su inimitable aire sofocante. ¿Cuándo había bebido por última vez? Un calor pegajoso le envolvió el cuerpo, aumentando aún más su sed.

Ahora escuchaba la nada. Un profundo silencio, solo roto de vez en cuando por el repiqueteo y el crujido de las inevitables ratas y ratones, a los que nada les gustaba más que domiciliarse en inframundos hechos por el hombre.

A cuatro patas, palpó el suelo a su alrededor. Piedras duras y porosas que parecían extraordinariamente limpias. Con cada movimiento, sonaban las cadenas. Sentía unas esposas estables y anillos de hierro en la piel, que sin embargo le permitían un círculo de espacio dentro del cual podía moverse. Alrededor de su cuello también

había un anillo de metal. Sus dedos palparon ágilmente las cadenas. Los eslabones eran suaves y fuertes, como el acero que rodeaba sus manos, pies y cuello. Todo estaba en perfecto orden, no se había descubierto ningún punto débil. Tocó la pared. Nada más que la misma piedra en bruto que había palpado en el suelo: grandes cuadrados con lechada estable en los estrechos espacios entre ellos.

Las yemas de los dedos siguen explorando su entorno. Encontró un recipiente, una jarra de barro. Con cuidado, la cogió con ambas manos como si fuera el recipiente más preciado del mundo. La olió con cautela. Agua. Con cautela, le dio un sorbo. El líquido estaba fresco. Pensó que era muy poco probable que fuera venenosa y bebió un poco más.

No sabía cómo había acabado aquí. Lo último que recordaba era su conversación con Schohtar y que la habían sacado de la cámara. Como si estuviera allí para recordarlo, sus dedos tocaron un chichón en la nuca. Sin duda, los guardias la habían noqueado con un golpe.

Buscó su brazalete. No la inútil chatarra de acerium que le había regalado Karek, sino su joya más preciada, con sus púas retráctiles y venenosas. Se sintió aliviada al ver que no se lo habían quitado. Sorprendentemente, también le habían permitido conservar sus otros tesoros: la camisa, el chaleco con cordones y los pantalones. Eso sí, tenía los pies desnudos: no sabía qué había sido de sus botas. Y, según comprobó, aún le faltaba algo más: se habían llevado el cinturón y la riñonera, lo cual no era ninguna sorpresa.

Así que, con toda probabilidad, se encontraba en algún lugar de las profundas mazmorras de Star Fastness. ¿Y por qué estaba aquí? Porque había subestimado al autoproclamado rey. Maldita traición de su parte tenderle una trampa tan pérfida. ¡Un mundo malo! El hecho de que esta constatación no fuera precisamente nueva para ella no hizo más que aumentar su fastidio. En resumen, Schohtar había querido saber qué había pasado con Woguran y sus mercenarios grises. Había iniciado una investigación. Las pistas habían conducido inevitablemente al abuelo y a Hanne, y luego a la granja Blackacre y al charlatán Slim. Incluso Brawl habría sido capaz de averiguar el

resto. Y cuando Schohtar se enteró de sus tejemanejes con el almirante «Balcón» decidió que ya era hora de conocerla personalmente. Entonces había puesto el cebo, que ella había mordisqueado obedientemente.

¡Katerron! ¿Desde cuándo se sentía tan vulnerable? ¿Desde cuándo maldecía en bolchevique? ¡Incluso pensando en el testarudo apestoso! Se calmó un poco. Era una ventaja que nadie notara su momento de debilidad en la solitaria oscuridad. La asesina a sueldo, el cuervo, la leoparda, ¿débiles? Jamás.

Su nombre oscilaba de un lado a otro en su cabeza. Eructos aquí, Eructos allá. Le echaba de menos, precisamente aquí, cuando no le servía de nada. Sentía una terrible presión en el pecho que pedía a gritos libertad. Toc, toc. ¡Déjenme salir! Tocaba a la izquierda, tocaba a la derecha. Un momento, ¿por qué a la derecha? Igual que Eructos oscilaba en su cabeza, su corazón lo hacía en su pecho.

¡Nika! Te diste este nombre. Mantén la calma, Nika..., permítete aceptar el hecho de que te gustaría volver a ver a Eructos. La oscuridad se disipó ligeramente. Vio la cara de Eructos, su sonrisa juvenil y temeraria, como si siempre le estuviera gastando una broma a alguien. Nika se levantó, se acercó a él y le besó la sonrisa. Le sentó bien. La luz iluminó a Eructos y a Nika. Su dolor desapareció. Los golpes y las oscilaciones cesaron.

El tintineo de sus cadenas la devolvió a la oscuridad del presente. Nada había cambiado. Seguía tumbada en la oscuridad, pero se sentía mejor que antes. En medio de la oscuridad, una suave luz la había iluminado brevemente. *Vamos, Nika, seguro que no es la lumbrera de Bolkan Katerron de tu imaginación, ¿verdad?* Se reprendió a sí misma, aunque sin mucho entusiasmo. Aunque en realidad no había hablado; después de todo, aquí no había nadie con quien pudiera hablar. Pero sus pensamientos se negaban a callarse, ¡simplemente no mantenían la maldita boca cerrada! Aquí, en medio de este pozo sin fondo de oscuridad. *Admítelo, Nika.*

Cierra el pico.

Se quejó, le dolían de nuevo las extremidades, pero el problema no eran las cadenas. ¿Por qué había dejado a Eructos? Sí, ¿por qué?

¡Cállate, cabeza de chorlito!

Si alguna vez salía viva de aquí, lo primero que haría sería inventar algo para amordazar sus pensamientos. Otro rayo se abrió paso a través de la oscuridad hacia ella. Un suave rayo la iluminó por encima de la cara. Se vio a sí misma como una niña. No, no era ella. La niña se llamaba Hanne, y sonreía; su sonrisa estaba bañada en bondad y afecto, como a veces lo estaba la de Eructos, pero esta sonrisa tenía mucha más inocencia infantil.

La confusión de Nika iba en aumento.

Una cosa no tenía nada que ver con la otra. Empezaba a perder la cabeza. ¡No, no podía ser! Poco a poco empezaría a presentar a Eructos como su amante, ¿y por qué no? Después de todo, él era capaz de amarla. ¿Y Hanne? Una niña que había conocido por casualidad en uno de los muchos caminos que recorrió. ¿Qué tenían en común Eructos y Hanne? ¡Qué risa! La respuesta a esa pregunta era nada. Un paleto soradiano y una niña toladariana ni siquiera se conocían. Quiero decir, ¡de verdad! No tenían nada en común.

Le hubiera gustado cruzarse de brazos desafiante, pero las cadenas no se lo permitieron. En lugar de eso, miró malhumorada hacia la oscuridad.

Eructos y Hanne no tenían nada en común.

La contradicción se deslizó hacia ella, lenta, serena y silenciosamente. Como una suave manta, se echó sobre sus hombros y cubrió su cuerpo. Su cuello levantado le acarició las mejillas. Su respiración había vuelto a ralentizarse. Su concentración había alcanzado su punto álgido.

Sí. Los dos tenían algo en común, y mucho. Algo decisivo. Se le puso la piel de gallina en este agujero caliente y pegajoso. Algo más simple y, sin embargo, más pesado que todas las cargas de este jodido mundo. Estaba claro que antes no había querido reconocerlo y por eso

solo lo había buscado en Hanne y Eructos. La gente es experta en confundir causa y efecto. De hecho, lo único que tenía que hacer era darse la vuelta y mirarse a sí misma. Hanne y Eructos tenían algo en común. Y era... la... buena voluntad de Nika hacia ellos.

Ella no había dicho nada, pero ahora el secreto estaba a la vista. Le agradaban los dos... y mucho.

Quizás podría tachar las palabras «y mucho». Se le puso la carne de gallina. Que algo así pudiera ocurrirle a ella. Por supuesto, su afecto por Eructos y Hanne era diferente, pero lo que no era diferente era su sentimiento de responsabilidad: se preocupaba por los dos por igual. Y por eso se había independizado. Se había impuesto una tarea: encontrar a Hanne. Esta vez no se trataba de eliminar una vida, sino de protegerla. Una misión tan estúpida solo podía acabar en desastre. *Nunca actúes por motivos superiores, eso no lleva a ninguna parte.* Se había atenido a ese principio con éxito durante muchos años, ¿y ahora?

Sus pensamientos contrarios iban de un lado a otro, como un velero en una tormenta. Se dio cuenta de que hacía tiempo que no se enfrentaba a sí misma con sinceridad. ¿De dónde había surgido la necesidad de encontrar a Hanne? ¿Podía, salvando a Hanne, salvar también una parte de sí misma? ¿Quedaba algo de sí misma por salvar, algo que había desaparecido hacía muchos años?

Otras personas zumbaban en su cabeza: Karek, el pensador apasionado. El príncipe era un chico extraño, pero de algún modo también la había afectado a ella, en contra de su voluntad. No se refería al afecto que sentía por Hanne y Eructos; ¿qué era? ¿Respeto? ¿O era el respeto otra forma de afecto? La experiencia le había enseñado que solo se respetaba a los imbéciles y a los derrochadores. Pero si ella le respetaba —lo que ya sería sorprendente de por sí—, ¿cuál sería el motivo?, ¿qué había hecho Karek por ella? Hasta ahora, había sido más bien ella quien le había salvado el culo. ¿Y cómo le había correspondido? No mucho. Menos mal que su padre la había echado de la corte como si fuera una pulga. Nika sintió que se ponía furiosa. La furia era genial para ahuyentar el respeto. Lo estaba

logrando de maravilla. Karek, ¡ese príncipe bueno para nada!

Se tocó el anillo del dedo. Era tan feo que los carceleros ni siquiera se habían molestado en quitárselo, igual que la pulsera. ¿Qué había dicho Karek? «Por favor, toma las dos joyas y úsalas. Te protegerán». Pues sí que cumplieron su propósito. Resopló desdeñosa en la oscuridad.

Oyó pasos, ligeros como plumas. ¿Cómo podía un hombre tan enorme arrastrarse tan silenciosamente? Una llave encajó en la cerradura. Un cerrojo se deslizó por la madera de la puerta. La luz brilló en su celda del calabozo. Nika primero cerró los ojos y luego parpadeó al ver a Karnifex, que tuvo que agacharse para atravesar la puerta baja.

El verdugo y torturador tenía casi la misma complexión que Eructos, aunque la parte superior de su cuerpo y sus brazos parecían aún más musculosos, ya que brillaban bajo la luz. En la mano llevaba una antorcha, con la que encendió otra a la izquierda de la puerta. Luego colocó la antorcha que sostenía en un soporte a la derecha de la entrada. Cerró la puerta y echó el pesado pestillo. Qué bien que quisiera pasar un rato en privado con ella.

Nika ya estaba acostumbrada a la luz y había aprovechado para familiarizarse con su celda. Medía dos metros por dos. Las paredes eran de losas cuadradas lisas. De la pared de enfrente colgaba una cortina, que estaba abultada por lo que hubiera detrás. ¿Qué podría esconderse allí? Su entorno parecía sorprendentemente ordenado, sobre todo si lo comparaba con la pocilga que había ocupado mientras esperaba su audiencia con Schohtar.

En medio del suelo, vio una pequeña rejilla con un desagüe debajo. Debajo de las antorchas, a ambos lados de la puerta, había numerosos cubos de madera, unos apilados sobre otros, otros llenos de agua.

Miró las esposas y los grilletes. Por fin podía ver lo que había estado sintiendo durante horas. Básicamente, sus grilletes consistían en cadenas conectadas a sus dos anillas alrededor de los tobillos y a sus esposas, que luego pasaban por la anilla de hierro alrededor del

cuello antes de conectarse a una cadena principal delante del pecho. Los diversos grilletes se sujetaban allí con un candado. La cadena principal también pasaba por anillas metálicas, firmemente ancladas a la pared, razón por la cual su maniobrabilidad era limitada.

El margen de maniobra de la cadena principal le había permitido al menos tumbarse en una posición razonablemente cómoda y dormir un poco. La estructura de la cadena se unió por encima de su cabeza para formar un vértice bajo un rodillo situado bajo el techo. El verdugo tiró de la cadena principal, haciendo que Nika —en virtud de la interacción de los grilletes— se viera arrastrada hacia arriba y apretada contra la mampostería. Karnifex tiró un poco más fuerte antes de atar la cadena a un gancho.

Ahora no podía mover nada, ni los brazos ni las piernas. Ni siquiera podía mover la cabeza. Le sorprendió mucho que Karni hubiera construido un dispositivo tan ingenioso. Solo ahora se le acercó el verdugo, que hasta entonces se había mantenido fuera de su alcance. Ahora estaba ante ella, impresionantemente grande. Podía oler el aceite en su torso desnudo mientras Karnifex la miraba impasible. Hubo un agradable silencio durante un rato antes de que por fin le oyera hablar por primera vez.

—Rrrefrrrescante dolor y rrrelajación.

Su voz sonaba femenina, algo totalmente inesperado viniendo de semejante gigante. Movía las erres como los loros de las Islas del Sur. Tuvo que contener la risa. El verdugo se dio la vuelta y descorrió la cortina de la pared opuesta. Ah, ¡la función estaba a punto de comenzar! Pudo ver una serie de herramientas de trabajo cotidianas perfectamente ordenadas: martillos, alicates, clavos, sierras. Sin embargo, una mirada más atenta le sugirió que se trataba de alicates y sierras especiales.

—Rrrefrrrescante dolor y rrrelajación —volvió a cantar con su voz de falsete.

Cogió un cuchillo de un gancho y se acercó mucho a ella. Levantó la hoja con fruición y le colocó la punta con cariño en la parte

superior del brazo. Mientras el cuchillo atravesaba su piel, la miró a los ojos sin un atisbo de emoción. Luego bajó el brazo, dejando un corte de la longitud del pulgar de ella. Una herida inofensiva de la que goteaban unas gotas de sangre. Ni el brazo ni los párpados de Nika se estremecieron. ¿Por qué molestarse? Eso no cambiaría nada.

Karnifex se inclinó. Su cabeza se acercó a la herida. Abrió la boca y lamió la sangre de la piel con su lengua cruda y gris. Luego se enderezó y se relamió los labios como un aficionado al vino.

—Amarrrrgo y salado. Muy bueno. Muy bueno. Haremos el equipo perrrfecto.

¿Qué? Nika se sentía muy orgullosa de que ella y Karni formaran un dúo imbatible. Aunque tenía la ligera sospecha de que, en el reparto de papeles, ella sería la que sacaría la pajita más corta.

—¿Ya sientes el prrrresagio de la herrrrida? —sus erres realmente rodaban como una voltereta.

—Karni, ¿cuántas veces te has olvidado de agacharte al entrar en esta bonita cámara de tortura? —le preguntó mientras le miraba cariñosamente.

Él siguió como si no la hubiera oído. De hecho, tal vez no la había oído. En cualquier caso, parecía que sus palabras no habían penetrado en su grueso cráneo. Con lenta y pausada dignidad, limpió la hoja y la volvió a colgar en su sitio. Luego ladeó la cabeza y la examinó como haría un carnicero con un corte de carne: con frialdad.

—Vivirrrás, rrrespirrrarás...

No sonaba tan mal para empezar.

—Vivirrrás, rrespirrarás después de que le haya llevado doscientas piezas tuyas a Schotarrr. Lo harrrás.

Con esta tranquilizadora afirmación, Karni había echado por tierra su oportunidad de causar una buena impresión en ella, aunque ella estaba bastante segura desde el principio de que lo que dijera tendría truco.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

De nuevo, Karnifex continuó como si no la hubiera oído. Sus ojos sin vida volvieron a la pared con sus numerosos objetos. Cogió un pequeño alicate de un gancho, lo abrió y lo cerró un par de veces y emitió un sonido metálico. A la luz de las antorchas, sus facciones, por lo demás carentes de emoción, brillaron de repente con alegre expectación. Señaló con la cabeza la herramienta que tenía en la mano.

—Mis pinzas favoritas —se los acercó a la oreja derecha. ¡Clac! ¡Clac! Sus labios lloriqueaban como un flan de gelatina. Luego sostuvo los alicates directamente ante su nariz y clac-clac-clac… El orgullo en su cara sugería que acababa de inventar la rueda. Con perspicacia empresarial, volvió a concentrarse en su labor profesional—. Schotarrr quiere oírrrte cantar. El dolorrr es el mejor profesorrr de canto —ahora parecía tan desinteresado como un centinela en plena guardia nocturna.

¡Clac! ¡Clac!

Nika sintió que las cosas se ponían serias. El verdugo del rey se agachó y le agarró el pie derecho con fuerza. Nika sintió que la ira aumentaba en su interior. El calor familiar empezaba a burbujear en su interior, pero no había nada que pudiera hacer contra las apretadas cadenas. Tendría que aceptar impotente su suerte. La humillación de estar completamente bajo el control de aquel imbécil de medio pelo alimentaba su odio y, al mismo tiempo, corroía su orgullo.

Otra vez ese estúpido clac, clac, clac. La única palabra que las estúpidas pinzas podían decir. Y ahora Karnifex se sintió movido a explicarlo con su voz de falsete.

—Voy a darrrle a Schohtarrr una de tus parrrtes corporales todos los días hasta que por fin se decida a entablar converrrsación contigo. Eso podría llevar semanas o incluso meses —el tono suplicante que había adoptado ahora hizo que su voz sonara aún más aguda—. No puedes expirrrar antes de tiempo. No puedes expirrrrar antes de tiempo —levantó el índice como si la estuviera advirtiendo y

regañando al mismo tiempo.

—Schohtar dijo que la próxima vez que lo vea también habrá una joven. Se llama Hanne. No creo que esté bajo su custodia. Creo que está de camino a las Islas del Sur. A Gonus, donde será subastada en el mercado de esclavos. ¿Estoy en lo cierto?

El verdugo asintió.

—Si ya lo sabes todo, ¿por qué prrreguntas?

Nika sintió alivio, a pesar de su propia situación.

—¡Bien! ¿De qué estábamos hablando antes otra vez?

De nuevo, gorgoteó con deleite:

—Rrrefrrrescante dolor y rrrelajación.

—Ah, sí. Ahora me acuerdo.

Karni se inclinó y sintió que le agarraba el muslo con fuerza. No podía saber qué estaba haciendo, porque su espalda le impedía ver sus pies. Un tirón y un *clac* seguidos de un terrible dolor punzante. Nika apretó los dientes, se negaba a creerlo. Karnifex se enderezó y agitó un muñón ensangrentado delante de ella. Ella lo miró un momento y luego se miró el pie derecho. En el centro, un agujero ensangrentado: el bastardo le había cortado el dedo corazón.

La furia y el dolor hicieron que se le llenaran los ojos de lágrimas. ¿Qué otra cosa podía esperar en una cámara de tortura?

—¡Oh, oh! ¡Lo siento mucho! Te ayudarrré. Por favor, ¡perdóname! —chilló Karnifex mientras se lamentaba, como si hubiera sido él quien hubiera perdido un dedo del pie. A través de un velo de lágrimas, Nika le vio abrir una bolsa que llevaba en el cinturón antes de sacar una cajita y un frasco. Colocó con cuidado el dedo en la caja y luego abrió el tarro. Nika tiró con frustración de sus cadenas, sin éxito, por supuesto. Las cadenas eran más fuertes que cualquier orgullo, cualquier furia, cualquier desesperación. El calor de la mazmorra amenazaba con dejarla inconsciente.

Con dedos suaves, Karnifex le aplicó generosamente un ungüento

verdoso en la herida. La hemorragia disminuyó y el dolor empezó a aliviarse un poco.

—Te voy a matar por esto —gimió Nika—. Ahora eres un muerto andante.

—Esto es bueno. Esto es muy bueno. Venganza trae fuerrrza. Rrrecuerda tu venganza, eso te ayudará a perrrseverrrar —dijo el verdugo con amabilidad mientras seguía aplicando el bálsamo con calma.

Por lo demás, su amenaza lo había dejado tan frío como una bola de nieve —suponía que había oído tales afirmaciones miles de veces en el curso de su trabajo— y, sin embargo, seguía muy vivo. Karnifex se enderezó y volvió a agitar las pinzas delante de su nariz. Luego, como si sintiera que le debía una explicación, dijo con su voz más seria:

—Tienes que entenderrr que mis herrrramientas son mis querrridos. Todas me llaman y quierrren que las use: los taladrrros, los cuchillitos e incluso mis sierrrras de carnicero —sus facciones se ensombrecieron, sus labios se fruncieron. Se puso de pie, con los brazos en alto, frente a su muestrario de herramientas y miró malhumorado un par de alicates torcidos en la esquina inferior derecha—. Oh, no, querrrida. No te pongas trrriste.

—¡Qué triste! —espetó Nika, llena de lástima—. ¿Y por qué no?

—Alicates testicularrres —dijo Karni, que ya había superado su morosidad temporal. Su amada, también en la esquina inferior derecha, no parecía hacer más acusaciones.

Karnifex se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Está muy calurroso aquí. ¿Errres tú la causa de todo este calorrr?

Nika le fulminó con la mirada. Él le puso la palma de la mano en la frente y la miró sorprendido.

—¿Por qué te duele tanto? Mañana te harrré algo contra la fiebre —se golpeó la sien con el dedo—. No, no. No me preocuparrré. Erres fuerrrte.

Eso tranquilizó enormemente a Nika. Mostró los dientes. ¿Había estado alguna vez en su vida en una posición tan vulnerable? El verdugo limpió sus pinzas en un cubo de agua y las colocó sobre una de las antorchas para que se secaran. Solo entonces volvió a colgar a su querida en la pared junto a sus otras queridas.

Un hombre ordenado, ¡algo inusual en los mejores tiempos!

Luego quitó el cerrojo, abrió la puerta, se agachó y cogió de fuera una bolsa de agua y un cuenco de gachas espesas que le acercó. Vertió el agua en la jarra de barro y dejó el cuenco en el suelo. También dejó un cubo vacío a su lado, se podría decir que a una distancia para cagar. Un servicio de primera, aquí se sentiría como en casa, y el baño no estaba lejos.

Solo entonces descolgó la cadena del gancho y la aflojó lo suficiente como para que Nika se hundiera de nuevo en el suelo, desde donde podía moverse en un radio estrecho. ¿Pero de qué servía eso? Karni estaba fuera de su alcance. Respiraba con dificultad. No era el dolor lo que la estaba volviendo loca, sino la humillación y la idea de los próximos días. Además, tenía que deshacerse del calor de su cuerpo. ¿Pero cómo? Para sí misma era como una tetera cantarina, cuyo silbido solo ella podía oír. Es cierto que Karni parecía darse cuenta de que ocurría algo extraño, pero por lo visto no le molestaba demasiado.

Nika sintió que el anillo de acerium y el brazalete le quemaban la piel como herraduras incandescentes. Lanzó un grito como nunca había lanzado. Aterrorizada, se quedó mirando el anillo y la pulsera. Ambos brillaban en un rojo oscuro. Karnifex también se quedó mirando; él también se había dado cuenta de que las joyas brillaban.

Nika se estremeció. Recuperó el control de sí misma.

Sí, acércate, Karni, amigo mío.

Con mucho gusto le golpearía la cara con su brazalete de púas, pero él tendría que dar un paso hacia ella. Por desgracia, Karni parecía más imbécil de lo que era. De nuevo, desenganchó la cadena, la tensó y la inmovilizó. Contra la pared, Nika no pudo hacer otra cosa que poner los ojos en blanco.

Solo entonces se le acercó Karni. Primero le quitó el brazalete con sus púas venenosas ocultas. Sacudiendo la cabeza, hizo funcionar el mecanismo, haciendo aparecer las púas. La miró con tristeza.

—¿Veneno añadido? Una herrrrramienta retorrrcida para una mujerrr retorrrcida.

Luego le quitó el anillo del dedo y la otra pulsera de la muñeca. El ardor que sentía en la piel y en el pecho disminuyó un poco, lo cual fue un alivio, pero, al mismo tiempo, Nika sintió que ahora le faltaba algo. No sabía muy bien qué le faltaba, ni podía explicar el proceso que había tenido lugar.

El verdugo miró con desdén las tres piezas de joyería que tenía en la mano y luego las depositó en el suelo, en un rincón, bajo la exposición de piezas de trabajo. Nika inhalaba y exhalaba trabajosamente; jadeaba en busca de aire fresco como un perro bajo el sol del mediodía.

Satisfecho consigo mismo, Karnifex soltó las cadenas. Abandonó la habitación sin decir palabra, dejándola a solas con sus pensamientos. La puerta se cerró de golpe. El cerrojo exterior estaba echado. El canalla había dejado las antorchas encendidas y tampoco había cerrado la cortina, presumiblemente para tener la oportunidad de estudiar a sus queridas en paz y tranquilidad. Aún le quedaban un par de horas de luz antes de que volviera la oscuridad pegajosa.

Nika se miró el pie. Donde poco antes había podido mover el dedo, ahora solo había un hueco y un dolor punzante. ¿Qué podía hacer para evitar que aquel lunático la descuartizara pedazo a pedazo? Tenía que haber una forma de salir de esta situación. ¿Quizás debería explotar de rabia? Nika miró las joyas que tenía en el suelo, en un rincón. ¿Hasta qué punto un anillo y un brazalete de acerium podían servir de ayuda? ¿Por qué las dos piezas le habían quemado tanto en la piel? Estaba acostumbrada al dolor del fuego; al fin y al cabo, había sido la chica del Establecimiento que más tiempo había mantenido la mano sobre la vela encendida.

Se reprendió a sí misma por filosofar sin sentido. Esos objetivos

eran inalcanzables a causa de sus cadenas. Cogió la jarra y bebió la mitad de su contenido. Le sentó bien. Luego, con la ayuda de los dedos, empezó a engullir las espesas gachas. Tenía que comer, beber, descansar, mantenerse fuerte y esperar que Karni se equivocara. No había más opciones. El fuego agonizante de su interior se había apagado. Se apoyó en la pared y cerró los ojos.

Algo acariciaba la cara de Nika. Sentía como si alguien le hiciera cosquillas en la mejilla con una brizna de hierba. ¿Se había dormido? Nika abrió los ojos y se encontró mirando directamente a un par de ojos marrón oscuro, rodeados de pelaje gris y con una nariz puntiaguda debajo. Eran los largos bigotes que habían estado recorriendo su piel mientras la olfateaban con curiosidad. Ahora la rata había abierto la boca, presumiblemente a punto de morder.

—Lárgate, aún no estoy muerta —rápidamente apartó a la rata de un manotazo, haciéndola dar una voltereta y derrapar hacia la pared. Chilló molesta y se escabulló con sus patitas rosadas por un agujero en la pared frente a la puerta.

No es que Nika tuviera nada en contra de las ratas, al contrario, estas artistas de la supervivencia le inspiraban el mayor de los respetos. Cada vez que veía una rata —no importaba dónde—, le recordaba un incidente especialmente oscuro ocurrido en el Establecimiento cuando ella tenía doce años. El Canciller Negro había intentado sonsacar información a un prisionero sobre el paradero de su alijo de oro, pero este se había negado obstinadamente a hablar. Como se trataba de una cantidad considerable de oro, el Canciller no comprendía la discrecionalidad del hombre. Por ello, reunió a su rebaño para que todos fueran testigos. Había convocado la reunión.

—Una lección sobre técnicas de interrogatorio.

Los alumnos habían sido obligados a atar al hombre a la parte superior de una mesa, boca arriba y con el torso desnudo. Luego le colocaron una rata en el estómago y una jaula sobre la rata. Se prendió fuego a la parte superior de la jaula, momento en el que la rata, temiendo por su vida, intentó desesperadamente salir por un

túnel. Nika no daba crédito a la velocidad con la que la rata roía la pared abdominal y la ferocidad con la que el animal podía arañar. El roedor escapó del fuego abriéndose paso a través de los intestinos del desafortunado hombre, que gritaba tanto que se olvidó por completo de mencionar dónde estaba escondido el oro. Demasiado para esa técnica de interrogatorio.

El chico que estaba al lado de Nika vomitó sobre sus zapatos y otro palideció antes de desmayarse. Más tarde, el Canciller los arrojó al agujero. El hombre no tardó en morir mientras que la rata corría a la carrera, un bulto rojo con una larga cola, en busca de libertad. Solo había dejado las huellas de sus garras ensangrentadas. Para Nika, la moraleja de la historia no podía ser otra que no son las ratas las que dan asco, sino las personas. El asco es una invención humana, no existe en la naturaleza.

Un crujido la devolvió al aquí y ahora. Las dos antorchas seguían encendidas, arrojando su luz silenciosa contra las paredes. Ahora no solo oía los piececitos rosados, sino que los veía repiquetear por el suelo. La rata sabandija había salido de su escondite y había vuelto a la delicada cámara de tortura de Nika. Se acercó un poco más. Nika sacudió las cadenas e intentó apartarla de un puntapié, pero se negó a dejarse intimidar. ¿Qué era aquello? Nika miró más de cerca: la rata llevaba algo en la boca. El animal inclinó la cabeza y dejó caer el objeto al suelo. Instintivamente, Nika cerró los ojos, para volver a abrirlos un instante después. Ante ella había una pluma de cuervo. El mismo tipo de pluma que Nika siempre había dejado tras de sí como firma, cada vez que había cumplido su contrato.

Una rata le había traído una pluma de cuervo. ¿Qué significaba eso? ¿Se creía un pájaro y quería construir un nido? Antes de que Nika tuviera tiempo de seguir preguntándoselo, el animal lunático corrió hacia un rincón de la celda y volvió corriendo con el anillo de acerium entre los dientes. Colocó el anillo en el suelo delante de Nika, se volvió de nuevo, se escabulló y trajo la primera pulsera. Luego trajo la segunda. Las tres joyas estaban delante de ella. ¿Era posible? No. ¿Era probable? ¡No! *¡Te estás volviendo loca, Nika!*

Cerró los ojos. Susurró, segura de que nadie podría oírla.

—¿Karek?

Contra su voluntad, volvió a abrir los ojos y miró con total incredulidad a la rata gorda y fea. Sí, tenía ciertos parecidos con Karek, pero seguía temiendo que su encarcelamiento la hubiera vuelto loca. Y cuando el animal de nariz puntiaguda movió la cabeza arriba y abajo como si asintiera, gimió desesperada. ¿Qué clase de opiáceo o solano había en el agua? ¿O en las gachas? ¿O en ambas?

Repasó todo desde el principio. Nika despreciaba las coincidencias y siempre negaba con vehemencia su existencia. Sin embargo, la rata no había sacudido la cabeza por casualidad. Lógico.

—Karek, si realmente eres tú, levántate sobre tus patas traseras.

La rata se levantó sobre sus patas traseras. Nika nunca había creído que una rata pudiera mirarle a uno tan acusadoramente.

—Es él —se oyó murmurar, y en un tono que para ella era bastante incrédulo.

Recordó el encuentro con la diosa myrneana, cuando Karek había sido enviado a escabullirse como una rata por el castillo de Schohtar. Nika tragó saliva. Karek la había buscado y encontrado, había venido a ayudarla. De algún modo, la expresión de la cara de la rata parecía de confusión: estaba claro que el príncipe no sabía cómo podía ayudarla, pero estaba aquí.

E insistía en que se pusiera esas joyas. Se había tomado tantas molestias, sería descortés no obedecer. Se puso el anillo en el dedo e introdujo los dos brazaletes en la muñeca. El metal myrneano la llenó de nuevo de un calor suntuoso. Por primera vez, aceptó plenamente aquel poder, aunque no tenía ni idea de cómo podía ayudarla.

La rata olisqueó su pie mutilado.

—El verdugo me cortó el dedo del pie, y por eso me aseguraré de probar con él a su querida, la que reside en la esquina inferior derecha.

La rata la miró perpleja.

Nika casi se echó a reír. Casi. ¿Cuándo se había reído en su vida? Puso los ojos en blanco del mismo modo que Karni ponía las erres. Había renunciado a su cómoda existencia de asesina a sueldo virtuosa y trabajadora para acabar en una cámara de tortura como una Nika que pronto se dividiría en doscientas partes y sin nadie con quien charlar, salvo una rata principesca.

Se calmó y empezó a contar lo que había ocurrido en la granja de Blackacre. Luego relató su conversación con Schohtar. Al cabo de un rato ya no le pareció tan extraño hablar con una rata, sobre todo, porque esta asentía de vez en cuando en señal de comprensión. Además de la calidez, otra forma de fuerza fluyó a través de Nika. Un entusiasmo y una energía para la acción desconocidos hasta entonces, nacidos del hecho de que no estaba sola. El príncipe rata no podía vencer a Karnifex, por supuesto, pero estaba aquí, y estaba a su lado.

Hacia la mañana, Nika se dio cuenta de que el comportamiento de la rata había cambiado de repente. Olfateó nerviosa en todas direcciones y luego huyó de ella, metiendo su pequeño y gordo cuerpo por el pequeño agujero de la pared.

Nika volvía a estar sola.

La lanza del alma

—¡KAREK! —Milafine se inclinó y le dio una fuerte bofetada en la cara, a izquierda y derecha. Encantador cómo las mujeres podían ser tan gentiles. El príncipe gimió como una tabla que cruje—. ¡KAREK! —sonaba desesperada: algo debía de haber pasado.

Lentamente, volvió en sí. Sus párpados parpadearon. Sostenía la lanza del alma en su mano derecha. Con un esfuerzo considerable, consiguió abrir el puño y el artefacto cayó al suelo con estrépito.

—¡Oh, príncipe estúpido! —regañó Milafine con una grandiosa combinación de acusación y alivio.

El príncipe estúpido gimió al incorporarse. Cada músculo se quejaba de su sufrimiento, y simultáneamente.

—¡Ay! —murmuró.

—El hecho de que te duela es justo y apropiado. Ya te he dicho que es peligroso.

—¿El qué? —preguntó Karek con disimulo, para ganar tiempo.

—Sabes muy bien lo que es. Estabas muy lejos, y lo único que hacías era sacudirte de un lado a otro mientras murmurabas cosas incomprensibles —respiró hondo—. ¿Funcionó la lanza del alma? ¿Qué ha pasado? Dinos, ¿encontraste a Nika?

—Tres preguntas a la vez —refunfuñó Brawl, cuyo rostro también había aparecido ahora en el campo visual de Karek.

Y allí donde refunfuñaba Brawl, no podía faltar el comentario de un diablillo:

—El príncipe se despierta y lo primero que hace es tirar la valiosa lanza del alma, por la que sacrifiqué mi último par de pantalones.

—Querrás decir tu único par de pantalones —contraatacó Blinn, dando en el clavo.

Karek miró a su alrededor. Por supuesto, todos los demás dedos de

la mano del maestro de espadas lo miraban como si fuera una rana rosa. El príncipe estaba sentado sobre los duros maderos de la chimenea del duque Ransorg, apoyándose con las manos en el suelo.

—Esto es muy cómodo —se quejó.

Blinn replicó secamente:

—Permítanme una sugerencia: la próxima vez que su Alteza decida probar esta peculiar lanza, debería asegurarse de que está tumbado en un mullido sofá.

Karek se frotó la cara con ambas manos; por desgracia, la acción no consiguió aliviarle el dolor de cabeza.

—Muy bien, muy bien. ¿Qué ha pasado?

Milafine explicó:

—Estabas aquí, junto a la ventana, agitando la lanza como si fuera una varita mágica. Imitabas las poses de las personas del dibujo. A veces sosteniendo la lanza del alma en alto, a veces hacia abajo. Luego, de repente, te arrodillaste y te arrastraste a cuatro patas hasta la chimenea.

—A gatas hasta la chimenea.

Por supuesto, Eduk tuvo que aportar su granito de arena en forma de eco.

—Y después de eso, seguiste balbuceando sin sentido.

—En otras palabras, eras el mismo de siempre —dijo Blinn, tratando de aligerar el ambiente.

En lugar de salir en defensa del príncipe, Brawl e Impy sonrieron sin pudor.

—Ahora cuéntanos, ¿qué ha pasado? —preguntó Milafine, mirando con desaprobación a los demás, cuyas constantes burlas entre ellos siempre le habían parecido un poco sospechosas.

Karek se levantó con dificultad. Luego se sentó en uno de los mullidos sillones junto a la chimenea.

—Es increíble: una vez más, me movía en el cuerpo de una rata por el Star Fastness de Schohtar.

Diez grandes ojos le miraron fijamente, expresando escepticismo, preocupación y asombro, por nombrar solo algunas de las reacciones que brillaban ante el príncipe.

—¿Dónde?, ¿… qué? ¿Estuviste en una rata sin la ayuda de la diosa myrneana? ¿Cómo se supone que funciona eso?

Karek miró a Brawl.

—Incluso estuve en la misma rata en la que me metió Arelia en la isla; lo percibí enseguida.

—Y... ¿encontraste a Nika? —Impy saltaba de un pie a otro de emoción.

—La encontré. Su magia me llevó hasta ella. Pude oler dónde estaba. Las ratas pueden olerlo todo, es increíble.

Milafine frunció el ceño.

—No, es increíblemente peligroso. Si el animal muere, en cuyo cuerpo te encuentras gracias a esta maldita lanza de almas, tu propia muerte será inevitable. Este hecho está escrito claramente en el folio.

—Bueno, todavía estoy vivo—. El príncipe se frotó el hematoma de la cadera—. Nika me tiró contra la pared.

Su última frase no ayudó mucho a aliviar la preocupación de Milafine. Aún más agitada, preguntó:

—¿La encontraste, y como gesto de gratitud, ella te lastimó?

—Sí, estaba con ella. La información del capitán Latzek era correcta. Nika está prisionera en Star Fastness, en una cámara de tortura bajo el control del verdugo de Schohtar, Karnifex. He podido ayudarla, pero no sé si será suficiente para que pueda escapar. Temo que Karnifex la torture hasta la muerte.

Todos miraron al suelo, cabizbajos. Entonces Blinn levantó el brazo.

—Por favor…, es todo muy confuso para mí. ¿Qué ha pasado

exactamente?

—Tienes razón, Blinn, debería empezar por el principio —el príncipe suspiró y comenzó su relato—: Primero, me encontré en una bóveda oscura, enterrado bajo un montón de paja. Era encantador, cálido y confortable, sobre todo, porque había un puñado de ratas durmiendo allí. Pero no estaba allí para descansar, así que me escabullí. No te puedes imaginar cómo funcionan los sentidos de las ratas: más que ver, huelen y sienten, porque suelen moverse en la oscuridad. Hay agujeros por todas partes, así como desagües, canales, pasadizos: miles de ellos atraviesan el castillo. Y, por supuesto, hay innumerables ratas, ratones, arañas y escarabajos.

—¡Suena maravilloso! —la voz de Milafine destilaba ironía.

—Primero exploré la zona y, en mitad de la noche, me encontré en el patio. Allí había un cadalso que apestaba terriblemente a sangre, muerte y descomposición. Encontré los restos de un cuervo: solo quedaban las plumas, pues mis compañeras ratas se habían encargado de todo lo demás. Me dirigí al sótano. La magia myrneana de Nika me guio. Podía oler más o menos la dirección que debía seguir, pero el laberinto de pasadizos era confuso.

»Por casualidad, me encontré con el verdugo Karnifex y decidí seguirle. Me condujo a una celda en la que había un prisionero que ya estaba casi muerto, así que me ahorraré los detalles de lo que ocurrió allí. Su siguiente escala fue una celda del calabozo, aún más adentro de las bóvedas. Ya era bastante difícil pisarle los talones sin ser descubierto. Apenas podía correr entre sus pies como un cachorro. Pero valió la pena el esfuerzo porque finalmente llegó a Nika. Estaba atada con cadenas y completamente indefensa. Una vez que el verdugo hubo acabado con ella, me escurrí por un pequeño agujero en la pared y entré en la celda. Ella no me reconoció, por supuesto, me tomó por una rata normal.

—Y te estampó contra la pared.

—Precisamente. Tenía que dejarle claro quién era. Así que volví corriendo al patio y regresé con una pluma de cuervo.

—¿Y sirvió de algo? —preguntó Impy, dando saltitos de impaciencia.

—Sí, Nika comprendió enseguida que ninguna rata normal repartiría plumas de cuervo. Y para cuando le devolví sus joyas, que Karnifex le había quitado y colocado en un rincón de la celda, ya sabía exactamente quién era yo.

Blinn silbó entre dientes.

—¡Vaya! Esta lanza del alma sí que puede convertirte en un animal, ¡aunque estés tan lejos del artefacto!

Milafine abrió el folio por la página con el dibujo de los tres hombres.

—Mira aquí, entonces tendrá más sentido —recogió la lanza del suelo, la levantó y señaló el dibujo—. Solo parece funcionar con kabos, delfines y ratas.

—Exacto —dijo Karek—. Pero hasta ayer por la tarde no entendí exactamente cómo funciona. Tuve que experimentar durante años y, sin embargo, es muy sencillo, tal y como se describe en los dibujos a carboncillo. Dependiendo de cómo se sostenga la lanza del alma, el objetivo cambia. Los tres animales son muy inteligentes. Si quieres meterte en el cuerpo de un delfín, tienes que sujetar la lanza con la punta hacia abajo. Me imagino que incluso tiene que estar en el agua, si estoy leyendo bien esa línea ondulada. Por otro lado, tienes que sostenerla mirando hacia el cielo para transformarte en un kabo.

—¡Déjame intentarlo! ¡Déjame intentarlo! —Impy estaba tan entusiasmado como la mostaza.

—Como mucho, te convertirías en un ratón en miniatura, un polluelo chirriante o un renacuajo insignificante —sugirió Brawl.

—Oh, que graciosísimo eres. ¿Por qué no pruebas suerte con la lanza? Será una experiencia nueva para ti, transformarte en un ser muy inteligente —replicó cáusticamente Impy.

Blinn y Eduk soltaron una risita, aunque casi sonó como un susurro. Milafine finalmente perdió la paciencia.

—¡Son una pandilla de imbéciles! ¿Qué se creen que es esto? Esta lanza es capaz de matar tontos del culo. Hay suficientes advertencias al respecto en el folio —se lo pensó un momento antes de añadir—: De todos modos, no pueden usar esta lanza como transformador. No es posible si no tienen sangre myrneana. Todos deberían estar agradecidos por ello, ¡no hay más que ver a Karek! —Se volvió hacia el príncipe—: Eres el más tonto de todos y parece que no has dormido en una semana. Tienes líneas negras bajo los ojos y la cara más blanca que el mismísimo blanco. Quién sabe lo que este artefacto myrneano puede hacerle a una persona.

Karek suspiró.

—Me temo que Milafine tiene razón. Me siento incluso peor de lo que parezco.

Ninguno de sus camaradas se arriesgó a aprovechar su comentario para soltar otro chiste. El príncipe se puso en pie y avanzó a trompicones hacia la puerta.

—Milafine..., por favor, intenta averiguar algo más sobre la magia myrneana. Yo... necesito dormir urgentemente. Yo... —Karek se desmayó y Brawl logró atraparlo antes de que cayera al suelo.

—Llevémosle a su dormitorio —fue lo último que oyó el príncipe. Entonces llegó la oscuridad.

Sin escape

El alquitrán de abedul de las dos antorchas gastó la última energía que le quedaba con un débil color anaranjado. Pronto Nika volvería a estar en las garras de la oscuridad, una oscuridad odiosa. Se sentó con la espalda apoyada en la pared y trató furiosamente de pensar en cómo podría mejorar su situación.

Su repertorio de posibles acciones era limitado: dormir, hacer la digestión, orinar en el cubo, agitar las cadenas como un fantasma del castillo y, como extra, estar más que un poco molesta. Ninguna de estas maravillosas opciones la llevaba a ninguna parte. ¿Volvería a aparecer Karek? En su momento de necesidad, el príncipe rata se había colado en su celda e incluso había hecho trucos de circo para apoyarla. Era casi suficiente para hacerla reír. Casi. ¿Cómo podía ser tan idiota un príncipe? Pero tuvo que admitir que le había hecho bien. Había una parte de ella, oculta en lo más profundo de su ser, que se había conmovido con su llegada. No debía juzgarlo tan duramente.

Increíble, de verdad, y tenía que haber una razón para todo. Karek había vuelto a entregarle las baratijas sin valor, aunque en realidad no necesitaba hacerse atractiva para Karni. Lo cual planteaba una pregunta: ¿para qué servían el anillo y el brazalete de acerium? Realmente parecían ser una especie de lubricante que ponía algo en movimiento dentro de ella. Aún no sabía qué era. Visto objetivamente, nada había cambiado mucho desde que Karnifex le había cortado el dedo del pie. Sin pensarlo, movió los cuatro que le quedaban, lo que hizo que la herida palpitara de dolor. Si había una diferencia con respecto a ayer, era el hecho de que ahora Nika era más consciente de las joyas que llevaba en la mano y la muñeca. El metal parecía latir, como si dijera: «Eh, aquí estoy. Reconoce mi presencia».

El dolor del pie remitió, pero el recuerdo del dedo le hizo pensar en Karnifex. No tardaría mucho en aparecer de nuevo. ¿Cómo podría derrotar a ese sádico que le revolvía el estómago? Si pudiera acercarse a él. Cerró los ojos.

El tintineo de la llave al girar en la cerradura y el chirrido del cerrojo al descorrerse despertaron a Nika. Agachado, el verdugo entró en la celda. En una mano sostenía una antorcha encendida. Con ella encendió otra, que colocó en la pared a la izquierda de la puerta. Colocó la primera en el soporte opuesto. Cerró la puerta y echó el cerrojo. Todos los movimientos se parecían a los del día anterior y, sin embargo, eran diferentes. De pie a una distancia respetuosa, la miró embobado. La expresión de su rostro no podía describirse como de buen humor. Su torturador se mordía el labio inferior con irritación. Luego se volvió hacia la pared donde estaban sus queridas. Desenganchó una cuchilla en forma de medialuna con un mango robusto y volvió a encararse con ella. Entonces reanudó sus chillidos.

—Rrrefrrrescante dolor y rrrelajación.

—Eso ya lo hicimos ayer. ¿Lo estás practicando ahora en coro?

Karnifex levantó el índice de la mano izquierda y el cuchillo de la derecha.

—Prrronto cambiarrrás de tono, jovencita. El rrrey desea tu narrriz. Hoy. Le dije que aún no errra el momento. Que las rrreglas de la simetrrría exigían primerrro el dedo medio del otrrro pie. Me dijo que errra un imbécil. Pero es él quien es un imbécil, por no rrreconocerr las reglas de la simetrrría. Rrromper las rrrreglas de la simetrría es un error.

—Yo también considero que la simetría no se valora lo suficiente hoy en día, Karni.

Nika sintió que se le crispaba la nariz, así como una sensación opresiva en el pecho. ¿Era así como se sentía el miedo? ¿Realmente tenía miedo? El miedo al miedo la estaba volviendo temerosa, temía. Ese bastardo estaba a punto de cortarle la nariz, y la atractiva jeta de Schohtar le había dado una idea incisiva de cómo se vería pronto.

Karnifex blandió su espada con beligerancia. La cabeza de Nika latía con fuerza. *Karni, viejo amigo, acércate solo un paso más y me lanzaré sobre ti. Tal vez podría rodearle con sus cadenas y estrangular a aquel imbécil.* Pero el verdugo mantuvo la distancia. Con las comisuras

de los labios hacia abajo, continuó con sus argucias:

—Le dije que mañana a lo sumo podrrría prrresentarrrle una orrreja. Y pasado mañana, la otra orrreja. Las corrrectas rrrreglas de la simetría.

Realmente parecía desesperadamente infeliz, aunque Nika solo podía sentir un poco de lástima por él.

—Le inforrrmé de que la lesión causada por la amputación de la narrriz te debilitarrría innecesarrriamente. Generrralmente, las heridas en la cabeza son las peorrres para perrrder sangrrre, y después de todo, yo deberrría saberlo. Le inforrrmé que rrretirar la nariz haría casi imposible que rrrompiera mi propio rrrécorrrd.

Su voz de falsete subía un tono cada vez que decía «le inforrrmé».

—Dime, Karni, ¿usaste por casualidad a tu querida en la esquina inferior derecha cuando jugabas contigo mismo?

Él la miró con total incredulidad y preguntó:

—¿De qué lado estás? Le inforrrmé a Schohtarrr de que tú y yo queríamos batirrr mi rrrécorrrd juntos.

—Estoy contigo al cien por cien en eso.

Malhumorado, el torturador cruzó sus abultados brazos frente a su abultado pecho.

—Pero el rrrey insiste en tu narrriz. Eso pondrrrá fin a tu torrrmento —dijo—. Y a tu cachete. Y ahorrra que lo he pensado, me doy cuenta de que tiene rrrazón.

—Puedes decirle que tiene buen olfato para las cosas.

Nika estaba a punto de asustar a su último amigo aquí abajo, aparte de cierta rata príncipe, por supuesto. Hacía todo lo posible por mostrarse fuerte: quería ahuyentar esa sensación desconocida que crecía en su interior como una marea inevitable. El miedo en forma de dolor, debido a su pie herido. Pero también en forma de duda, provocada por su impotencia actual en este entorno. Todo esto pesaba

sobre ella como una tonelada de ladrillos. Si la matara en un abrir y cerrar de ojos, todo habría terminado. La piel bajo el anillo de acerium y el brazalete ardía sin piedad.

—Le inforrrmé de que nunca me había encontrrrado con una prisionera tan poderrrosa como tú.

—Karni…, cierra el pico y empieza a torturar.

El verdugo no reaccionó, parecía no darse cuenta de su presencia.

—Le inforrrmé que estaría tan orrrgulloso de mí cuando empezarrras a cantarrr como un canarrrio en la sala del trrrono —sollozaba—. Le inforrrmé que... —Karnifex detuvo su lloriqueo en mitad de la frase y se quedó mirándole las manos como una carpa ornamental con los ojos muy abiertos. De repente, se volvió y miró hacia la esquina.

Arrugó la nariz y la frente simultáneamente.

—¿Cómo has conseguido las joyas? —rugió, y su voz sonó de repente como la de una persona normal. Sus ojos se entrecerraron y añadió, con un tono ahora incómodamente racional—: ¿Cómo lo has conseguido, bruja?

No era una pregunta fácil de responder con sinceridad. El verdugo había renunciado claramente a su ambición de que batieran su récord como equipo unificado, porque gruñó:

—¡Tu nariz! Hoy le toca a tu nariz. No conseguirás vencerme, hechicera.

Las cosas estaban llegando a un punto crítico; ella podía olerlo en su nariz. Para Karnifex, ahora era simplemente siniestra. Ergo, ella era un peligro para él.

—Piensa en las reglas de simetría y el sangrado excesivo causado por heridas en la cabeza —ella intentaba desesperadamente retrasar lo inevitable.

Un par de ojos, que claramente no eran de este mundo, la miraron con una frialdad despiadada.

—Vas a sangrrrarrr. Dolorrr rrrefrrescante y rrrelajación.

El verdugo había recuperado el control de sí mismo y había vuelto a su habitual forma de hablar en falsete. De repente, Nika sintió que una furia desnuda la inundaba como una marea creciente. Utilizaría el calor de su interior contra la frialdad helada del verdugo. Un calor que llenaba su cuerpo e irradiaba de ella. Un calor cada vez más insoportable.

Trabajando ahora con deliberación, Karnifex se metió la navaja en el cinturón, agarró la cadena con ambas manos y la soltó del gancho. La agarró con fuerza y tiró del metal como si fuera un campanólogo, y con bastante más fuerza que la vez anterior, pues Nika fue catapultada con toda su fuerza contra la pared. Sintió un dolor punzante en la espalda, su columna crujió con fuerza. Los grilletes estaban tan tensos que apenas podía respirar. Su furia se transformó en frenesí. El frenesí y la inmovilidad forzada eran malos compañeros de cama. Nika gritó, sintió como si la consumieran las llamas. ¡Odio abrasador! Las malditas cadenas eran el problema. ¡Las cadenas!

Karnifex la observó sin pestañear. Evidentemente, era completamente inmune a los gritos humanos... o tal vez sonaban como música para sus oídos. Apretó un poco más la cadena. Una vez completamente sujeta, Nika estaría muerta. El cuerpo del verdugo empezó a temblar mientras intentaba colgar el eslabón del gancho de la pared. Ahora le temblaban las manos. El metal chocaba con el metal, pero no podía hacerlo.

Enfurecido, se quedó mirando la cadena que tenía en las manos.

—¡CALIEEEEENTE! —siseó, sonando como una herradura incandescente sumergida en un sifón de agua.

Nika no podía creer lo que veían sus ojos. El extremo de la cadena era de un rojo feroz en los dedos de Karnifex. De los eslabones salían llamas. Podía oler la piel quemada de sus manos mientras el verdugo se aferraba a la cadena con todas sus fuerzas y trataba una vez más de fijarla al gancho. Le temblaban los brazos, su rostro se había distorsionado en una mueca —ahora no era más que una imagen

sudorosa y roja oscura de distorsión— que no podía pertenecer a un ser humano.

Nika lanzó su enorme rabia contra su enemigo, su sed de venganza, su asco absoluto. Miró fijamente las cadenas brillantes como si quisiera borrarlas de la faz de la tierra. Fue demasiado para las sensibles zarpas del verdugo. Con un rugido, Karnifex dejó que la cadena se deslizara entre sus dedos, dando a Nika un poco más de espacio para retorcerse. Con un grito desgarrador, el torturador soltó la cadena y tropezó hacia un cubo lleno de agua que había junto a la puerta. Sumergió las manos en el líquido refrigerante. Ahora era el momento de que Nika llegara hasta él, ahora tenía que intentar un ataque, nunca tendría una segunda oportunidad. Trabajó contra la resistencia de sus ataduras. Con pereza, los eslabones traquetearon por las anillas de la mampostería, afortunadamente sin engancharse, sin oponer resistencia.

Karnifex sacó las manos del cubo. Tenía los pulgares del color de las langostas. Pero estaba claro que el enfriamiento le había ayudado, porque enseñó los dientes preparándose para el combate.

—¿Quién te crees que eres, bruja? Te voy a hacer picadillo —amenazó Karnifex, poniéndose en pie ante ella. Sus impresionantes músculos se abultaban de forma impresionante. Ignorando las quemaduras de sus manos, sacó su cuchillo de nariz del cinturón y la apuntó.

Sin dejarse impresionar, Nika gruñó en voz baja, pero inequívocamente clara:

—Yo soy tu dolorrr y tu muerrrte.

Arañó —antes de que él tuviera la oportunidad de reaccionar— y con una velocidad que se asemejaba a la de las zarpas voladoras de una leoparda, las púas liberadas de su viejo brazalete le rasparon la sien. Inmediatamente, el costado de su mano se clavó en su garganta. Jadeante, el hombre cayó hacia atrás, con los omóplatos estrellados contra la puerta, mientras la miraba con una expresión de incredulidad tan absoluta que casi sintió lástima por él. Lentamente,

Karnifex se deslizó hasta el suelo, con la espalda aún apoyada en la entrada de madera. Todos sus músculos, por no hablar de su cuchillo nasal, no le servían de nada ahora. Gorgoteó con dificultad.

—No, bruja... ¿Cómo lo... bruja?

Ahora se oían voces del exterior.

—Verdugo Karnifex, ¿va todo bien ahí dentro?

Nika se inclinó sobre su torturador y los dedos de su mano derecha se convirtieron en una garra mientras pensaba en arrancarle el corazón al bastardo torturador. El odio, la furia, el miedo —sí, el miedo—, todos ellos acumulados en una presión insoportable durante los últimos días, brotaban de ella como la lava de un volcán. Miró al miserable sádico. Karnifex resollaba, su cara se enrojecía cada vez más, su piel parecía ahora una masa de ampollas.

El cuchillo de nariz en forma de hoz yacía en el suelo junto a Nika. Con un rápido movimiento, lo cogió y clavó la punta en el ojo derecho de Karnifex.

—Las reglas de la simetría —postuló pensativa antes de apuñalar también el otro ojo del verdugo.

Contempló la masa en las cuencas oculares de Karni, su boca gesticulante de la que manaba sangre. Gritaba tan fuerte que a Nika le dolían los oídos. El hedor de la sangre y la carne quemada casi le revuelve el estómago y contuvo la respiración.

—¡ABRE LA PUERTA!

Hasta el soldado más lúgubre se había dado cuenta de que la cámara de tortura de Karni era el lugar donde tenía lugar toda la diversión. Nika buscó en la riñonera de Karni. Encontró la llave del candado que colgaba de su pecho y la abrió rápidamente.

Se puso lentamente en pie. Deslizó las cadenas a través de las anillas de las muñecas y los tobillos. No podía quitárselas, pero por lo demás era libre, si «libre» era la palabra adecuada, teniendo en cuenta que estaba en una mazmorra en las profundidades de Star Fastness, con un ejército de guardias fuertemente armados reunidos ante la

puerta de su celda como comité de bienvenida. Lástima que no pudiera imitar a Karek y escabullirse por el pequeño agujero.

Las piernas de Karni se movieron por última vez. Entonces el cerdo exhaló su último aliento. Le habría hecho un último favor al verdugo concentrando en él la atención de todas sus queridas. En lugar de eso, se conformó con quitarle el cinturón y la bolsa que llevaba. Ya no los necesitaría.

Algo chocó con fuerza contra la puerta. Nika se acercó a la pared de herramientas, se puso el cinturón alrededor de la cintura y se colocó varios cuchillos. Entonces se reanudaron los martillazos contra la puerta.

—¡Abre la puerta ahora o la forzaremos! —dijo una voz de mando —. ¡Ábrela YA!

Nika estaba bastante de acuerdo con la propuesta, entre otras cosas porque la habitación necesitaba una buena ventilación. La piel quemada de Karni y el resto de su cuerpo apestaban a gloria. Faltaba aire para respirar, sobre todo, porque el calor en la pequeña celda había alcanzado la temperatura de un horno. Decidió no esperar más; al fin y al cabo, los refuerzos llegarían sin duda antes que su domicilio temporal. Tomó de la pared algunos de los objetos más queridos de Karni y examinó minuciosamente las hachas, cuchillos y similares. Luego echó el cerrojo.

La puerta se abrió de golpe y se encontró con tres centinelas que sujetaban un ariete al otro lado del umbral. Sus movimientos oscilantes se detuvieron de repente mientras contemplaban atónitos la escena que se desarrollaba en el interior de la celda. Este momento de tranquilidad fue suficiente para Nika. Los guardias, al parecer, no llevaban cascos aquí abajo, ¿por qué iban a hacerlo?

Por eso. Uno tras otro, los dardos del verdugo volaron hacia los hombres. Con mortal eficacia, atravesaron sus rostros y penetraron en sus acogedores cráneos. Un hacha aterrizó precisamente entre los ojos de uno de los guardias. El cuervo asesino había vuelto a la acción. Los gritos de sorpresa y dolor le recordaron los viejos tiempos. Pero no

había tiempo para la nostalgia, eso lo dejaría para más tarde.

Procedimiento correcto: primero brutal, luego sentimental.

Se lanzó hacia delante y golpeó a sus oponentes con el cuchillo nasal en forma de garra. La hoja atravesó cuellos y pechos. Los gritos de los hombres resonaron en las bóvedas. Pero, al igual que nadie había oído nunca los gritos de los torturados, tampoco nadie oía los gritos de los moribundos o al menos eso parecía. Se hizo un silencio sepulcral.

Incapaz de mirar a la escoria sangrante, cerró los ojos y agudizó los sentidos. Se oían pasos pesados que venían de la derecha, así que esa fue precisamente la dirección que tomó ahora: hacia el sonido que se acercaba. No iba a huir, no iba a esconderse. Al contrario, le mostraría a su miedo lo que había. *¡Siente el miedo, miedo! ¡Siente mi temible odio!* Dos hombres aparecieron en el pasillo. Llevaban armas. En la penumbra, Nika no podía distinguir con exactitud el tipo de armas. Lanzó una de las queridas de Karni a la garganta del primero. Gritando, cayó de rodillas, y su compañero tropezó con él. La punta de su espada alcanzó el brazo de Nika cuando el hombre cayó al suelo de arcilla.

Nika ya estaba encima de los dos. No tardó nada en degollarlos. Solo cuando estaba cogiendo la espada corta del primer hombre se dio cuenta de que la sangre le corría por la mano. Se limpió los dedos en la túnica del muerto y agarró la empuñadura del arma. El brazo le temblaba y lo comprobó separando la carne con los dedos. El corte tenía la profundidad de un pulgar, pero por el momento no le preocupaba. Hasta el momento, todo había ido sobre ruedas.

Siguió por el pasillo y llegó a una sala de guardia. Cuatro antorchas iluminaban una sencilla mesa de madera con cuatro sillas. Sobre la mesa había un cubilete de dados volcado y, lo que era de agradecer, varios de sus cuchillos y dagas. En un estante de la esquina, vio también sus botas y su riñonera. Se calzó rápidamente. *Donde cabían diez dedos, también cabían nueve*, pensó con amargura. Pero al menos su nariz seguía bien pegada. Se ató su propia riñonera por encima de

la de Karnifex, dos de sus dagas las guardó en las botas, y uno de los cuchillos arrojadizos lo escondió en la manga. Las cosas tenían que estar en orden. Todo esto estaba ocurriendo con demasiada facilidad.

No lo grites a los cuatro vientos, Nika, aún no estás fuera de peligro, entre otras cosas porque no tienes ni idea de cómo salir de aquí.

Desde la sala de guardia salían cuatro pasadizos en distintas direcciones; ella se había acercado por la izquierda. Nika comprobó si alguno de ellos conducía a una escalera o al menos ascendía, pero todos parecían iguales. Así que se decidió por la más cercana a la derecha. Mientras caminaba, vio una sucesión de pesadas puertas de roble a ambos lados. Nika estaba segura de que todas conducían a mazmorras con horrores ocultos tras los maderos. Aceleró el paso: quién sabía cuánto tardaría Schohtar en ordenar a todo un ejército que bajara hasta aquí. Llegó a otra intersección. Una voz a su izquierda gritó:

—¡Oye! ¡Está ahí! ¡Alto! —un grupo de guardias se puso en marcha.

Del pasadizo que tenía delante aparecieron cuatro soldados y sacaron sus armas. Era peor aquí que en un hormiguero. A Nika solo le quedaban dos opciones: el pasadizo de la izquierda o volver por donde había venido. *Volver atrás nunca es bueno*, pensó mientras corría a la vuelta de la esquina. El pasadizo conducía a unas escaleras... ¡que bajaban en picado! ¿No tenía intención de llegar a la luz del día? ¿Era siquiera de día? Había perdido la noción del tiempo. No es que esto tuviera mucho que ver con su situación actual, teniendo en cuenta que cada vez tenía más guardias pisándole los talones. Pasos, pantalones y gritos resonaban en el pasillo desde atrás. Nika bajó corriendo los escalones. Oyó voces excitadas desde arriba.

—¡Ya la tenemos! ¡Es un callejón sin salida!

—¡Se va a llevar una gran sorpresa!

—¡Ja! Un callejón sin salida. Cualquier otro camino habría sido preferible. ¡Vaya que es estúpida!

Nika apretó los labios. Aunque estuviera dispuesta a ser optimista,

no había mucho margen para interpretar lo que se había dicho de forma positiva. Siguió corriendo, esperando contra toda esperanza encontrar un pasaje lateral. Pero los hombres sabían moverse por aquí y su apreciación fue correcta: unos instantes después se encontró frente a una enorme pared. Lo único que quedaba era una pequeña habitación a la izquierda en la que cabían dos personas de pie. *Mierda, ¿por qué un pasadizo tan largo llevaría a un armario tan miserable?*

Nika miró hacia abajo. Elaborados pentágonos decoraban el suelo libre de polvo. Grandes gotas de sangre cayeron de su herida, salpicando las piedras blancas como la nieve junto a los pentágonos, destruyendo por completo la hermosa estética del suelo artísticamente diseñado. *Oh no, las reglas de la simetría*, resonaba en su cabeza. En cualquier caso, las reglas del derramamiento de sangre eran mucho más importantes ahora.

Solo ahora lo comprendió. Recordó el mapa con los zaguanes. Por supuesto, uno de los puntos estaba en Star Fastness. Las voces de los guardias se acercaban. Tan convencidos estaban de la victoria que ya no se apresuraban.

—¿Dónde está la palomita? —murmuró uno de los hombres.

—No te haremos nada, bueno, al menos no mucho —bromeó otro.

Nika se concentró. Había octógonos en la cámara del cementerio, hexágonos en la isla de la diosa myrneana. Aquí, en el suelo, delante de ella, veía pentágonos. Recordó el mapa del folio de la biblioteca. ¿Qué número había vuelto a situarse en el punto de las Islas del Sur? Le pareció recordar cuadriláteros. ¡Cuatro! Nika, nada supera la intuición femenina. Lógico.

Unos simples cuadriláteros daban vueltas en su cabeza. Debía de haber estado allí alguna vez. La sangre de la herida del brazo seguía cayendo en gotas, manchando el suelo al pisar el mosaico. Nika se concentró en los cuadriláteros.

Los hombres estaban muy cerca.

Cuadriláteros. No octógonos como en la capilla de la inversión. Los

cuadriláteros podrían ser arriesgados. ¿Había estado realmente allí una vez? Es posible, ¿de qué otra forma se le ocurrirían los cuadriláteros? ¿Y dónde estaba exactamente «allí»? ¡Cuadriláteros!

—¡Incapacítenla, pero manténganla con vida! —ordenó una voz cruda.

Nika no pensaba en defenderse, no, pensaba en formas geométricas con manchas de sangre entre ellas. Contuvo la respiración. Entonces se sintió mareada.

Un rayo de esperanza

Eructos abrió los ojos. Un procedimiento sin incidentes… normalmente. Se estremeció, porque los párpados se golpearon contra las cuencas de los ojos como una puerta que se hubiera forzado demasiado. Su espantoso estado se volvió doblemente espantoso al notar que veía doble, como si hubiera estado recibiendo golpes dos noches, más dos días. Volver a cerrar los ojos fue la mejor opción. ¿Qué había ocurrido? Sintió un dolor punzante en el corazón.

Habían ocurrido cosas terribles. ¿Realmente tenía que recordar? Había visto morir a Pito, Crin y Sara. Sara y Crin en la cubierta de su amado Viento del Este y luego Barbón lo había arrojado por la borda como si no fuera más que un trozo de espuma. Olas oscuras y horas a la deriva en el mar se agolparon en su memoria. Toda esa sal en la boca, la corriente que había hecho que llegar a la orilla le llevara el triple de tiempo, sus temores por sus camaradas. Su tripulación. Eructos gimió y volvió a abrir los párpados; esta vez, el único crujido que escuchó fue el de su cabeza. ¿Por qué se molestaba y no se moría? Porque estaba demasiado triste, demasiado apesadumbrado, demasiado lleno de autoacusaciones…, demasiado cobarde.

Se estremeció de nuevo.

—Padre, se está despertando —gritaron dos voces.

Oh, no. No solo veía doble, sino que también oía doble. Dos rostros se cernían sobre él. Dos pares de ojos, dos narices, dos bocas, dos cabezas redondas, todas exactamente iguales. Levantó lentamente los brazos, cerró los ojos y se frotó los párpados con los dedos corazón e índice. Volvió a abrirlos con cuidado y ahora vio a un hombre con bigotes blancos. Al menos solo había uno.

—¿Qué aspecto tiene, chicos? Descríbanme su piel —Al mismo tiempo, Eructos sintió las yemas de los dedos del hombre recorriendo sus mejillas.

—Parece una medusa, padre. Y tiene la nariz roja.

A Eructos le costaba concentrarse para entender lo que ocurría a su alrededor. Un repentino ataque de tos que lo atravesó no facilitó las cosas. Se incorporó y jadeó, con los pulmones doloridos:

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—Estás vivo. Pero por poco. Sí, hipotermia. Has debido de estar casi un día entero a la deriva en el mar.

Los ojos de Eructos se habían llenado de lágrimas, gracias a la tos y a los jadeos: el hombre había desaparecido. A través de un velo volvió a ver al niño. Otra vez, multiplicado por dos. ¿Qué le pasaba por la cabeza?

—Díganle quiénes son, chicos —dijo el hombre.

—Soy Jocke.

—Yo soy Jocke —dijo su imagen en el espejo con la misma voz.

—¡Katerron! —exclamó Eructos.

Se dio cuenta de que se había presentado y había maldecido simultáneamente. Muy práctico.

—¿Katerron? No estarás relacionado con nuestro antiguo almirante, ¿verdad? —preguntó el hombre.

Quizá no fuera tan práctico. Eructos giró la cabeza, despacio y con cuidado. Ahora veía los ojos blancos del preguntón; el hombre no tenía pupilas, debía de estar ciego como un murciélago.

—No sé a qué te refieres —gimió Eructos. Decidió que no revelaría su identidad hasta que volviera a pensar con claridad y supiera dónde estaba y qué era qué.

—Mis dos hijos te encontraron en la playa. Estabas tirado en un banco de arena cuando había bajado la marea, como un trozo de madera a la deriva. Le debes la vida a mis diligentes gemelos.

¡Gemelos! Eso explicaba muchas cosas. Eructos quiso responder, pero todo lo que salió fue otro ataque de tos.

—Jocke..., trae a nuestro invitado una taza de agua.

El derecho de la pareja salió corriendo y volvió con el recipiente deseado. Eructos susurró:

—Gracias.

—Jocke, trae a nuestro invitado un cuenco con algo de comer.

Esta vez, el otro muchacho se alejó a toda velocidad y regresó poco después con un cuenco de guiso de pescado humeante y una cuchara de madera.

—Les doy las gracias a todos. Díganme, ¿dónde estoy?

—Estás con Murck y sus hijos en un lugar sin importancia. En la costa sur, a medio día de marcha del pueblo pesquero de Harrung.

Ahora que por primera vez podía pensar con claridad, Eructos preguntó:

—¿Encontraste o viste a algún otro náufrago en la playa?

Murck sacudió la cabeza con tristeza.

—Lo siento. Eras el único.

No podían estar todos muertos. ¿Por qué seguía vivo él, el responsable de la catástrofe?

—No oigo ningún sorbo. Debes comer —luego añadió—: Sea lo que sea lo que les haya pasado a tus compañeros, comer no cambiará nada.

Eructos se sentó con las piernas cruzadas y empezó a comer lentamente. Sintió cómo cada gota golpeaba su estómago.

—¿Cuánto tiempo llevo con ustedes? —preguntó.

—Dos días. Lo único que hacías era dormir y de vez en cuando gemir. Y a veces al revés. Debes descansar, aún no tienes fuerzas suficientes para levantarte y lanzarte de nuevo al mundo de ahí fuera.

El tono de voz del ciego le pareció inusual a Eructos. Era como si Murck supiera en qué clase de mundo se movía Eructos. Un mundo de revolución, un mundo que podía hacer que incluso esta sencilla existencia en esta sencilla cabaña se tambalease hacia la catástrofe,

destruyendo la vida de este ciego y de sus dos hijos, los tres de los cuales solo querían seguir viviendo sus amorosas vidas llenas de risas.

Eructos volvió a tumbarse. ¿Era el peso de la pena lo que le oprimía en posición supina? ¿O una fuerte dosis de autocompasión? No tenía ni idea. O lo que fuera. Lo único que sabía era que el colchón de paja de esta cabaña de pescadores era más cómodo que el más mullido de los cuatro postes de algún poderoso castillo. Eructos estaba harto de reyes y duques que guerreaban entre sí sin saber siquiera por qué.

Sus oídos se aguzaron. La voz del mar. Las olas le susurraban reconfortantes, calmando su febril cerebro. Por el momento, se sentía seguro aquí... y por ello, eternamente agradecido.

Al anochecer, Eructos volvió a despertarse y revisó cuidadosamente sus músculos y huesos, de arriba abajo y de abajo arriba. Llegó a la conclusión de que su estado había mejorado. Lo que más le preocupaba ahora era su estado de ánimo, que había sufrido un duro golpe.

Por favor, no caigas en la melancolía. Eructos, recuerda que eres un hueso duro de roer. Más duro que el acero soradiano. No caigas en la melancolía.

¡Demasiado tarde! Maldito seas, Eructos, eres un cobarde. Sara, Crin, Pito.

Decidió tener esperanza y concentrarse en los vivos. Pensó en Nika, la echaba de menos. Pensó en Karek y Niño: los echaba de menos. Pensó en Barbón, lo maldijo. ¿Cómo había podido hacerle algo así aquel traidor?

—¿Estás despierto? —sonó más como una afirmación que como una pregunta.

—Sí, Murck. —Eructos se incorporó.

El hombre habló en voz baja.

—Jocke y Jocke están durmiendo, no deberíamos molestarles.

Eructos asintió..., más por su propio bien, ya que Murck no podía

verlo. El dormitorio de los niños solo estaba separado del resto de la cabaña por una cortina de conchas.

—¿Estás luchando con tu destino?

¡Katerron! ¿Qué clase de pregunta era ésa? ¡SÍ!

—He vivido momentos más felices en mi vida —respondió Eructos.

—¡Hm! Eso es lo que sospechaba. —No había ni una pizca de compasión en la voz del pescador.

—¡Toda la gente a la que quería probablemente esté muerta! —Eructos puso a prueba su autocompasión.

Una atractiva dama vestida de cuero negro le saludó internamente; con suerte, seguía viva. Pero Murck no sabía nada de ella, por supuesto.

—¿Quieres hablarme de ti?

—No hay mucho que contar, la verdad —fue la respuesta, una mentira descarada.

—Me parece que eres un hombre que ya ha perdido mucho en su vida.

—Puede ser, pero ahora he decidido confiar en la esperanza.

—Eso suena ingenuo a oídos de un viejo ciego.

—Tú no eres viejo. Y aunque no tengas vista, eres un ejemplo de esperanza.

Eructos se dio cuenta de que casi sonaba como Karek, pero no le molestó. Al fin y al cabo, el príncipe de Toladar llevaba sobre sus hombros la esperanza del pueblo de Krosann.

El sonido de las olas marcaba el silencio de forma rítmica. El ciego se levantó y se acercó. En la pequeña cabaña del pescador, se movía como un hombre que pudiera ver. Murck levantó las manos y palpó la cara de Eructos. El anciano movió los dedos por los pómulos, los pulgares se deslizaron por la parte superior de la nariz de su visitante, los pulgares y los índices le rozaron la barbilla.

—Tú eres Bolkan Katerron —susurró, con voz tan fascinada como temerosa.

—Sí, soy él. ¿Lo has sentido a través de tus dedos? ¿O reconociste mi voz?

—No sabía cómo sonabas. Te vi de lejos en Akkadesh, cuando zarpaste a la guerra hacia Tanderheim en tu orgulloso galeón. Entonces aún tenía vista.

Murck se sentó en un taburete.

—Y por supuesto, tienes una espada noble y ropas finas. Los simples marineros no se lanzan al mar con tales cosas en su poder.

—Cierto.

—Y solo un completo idiota o un almirante mantendría su espada atada a su cinturón y sus botas puestas cuando está en peligro de ahogarse en el océano.

—También es cierto —añadió Eructos con amargura—: Y yo soy el capitán responsable.

Una ola se estrelló. Durante cuatro olas los dos hombres de distinto rango permanecieron sentados en silencio. A Eructos el silencio le resultaba insoportable. Se pellizcó la barbilla.

—Ahora que lo dices..., ¿dónde están mis cosas?

Murck salió por la puerta y volvió con la espada de Eructos. La sostenía como si fuera un pescado podrido.

—Tus botas están fuera de la puerta. No creo que las necesites todavía.

Eructos sacó lentamente la espada de la vaina. Idiota o no, su vieja espada no yacía en el lecho marino, sino que seguía en su poder. ¿La había dañado el agua salada?

—¿Estás orgulloso de tu arma?

El tono de voz del anciano hizo que Eructos levantara la vista. La pregunta había sonado como una dura admonición; no, había sido una

dura admonición. Apenas había escapado Eructos de la muerte, cuando ya parecía no tener nada mejor que hacer que examinar con preocupación su espada de mierda. Sí, era un idiota.

—¿Orgulloso? —Eructos dejó a un lado su arma.

—No es orgulloso quien merece serlo de verdad —dijo el ciego con seriedad—. Permíteme ser sincero contigo. Los hombres como tú son turbios pantanos de cambio, de desasosiego, de violencia. Yo podría prescindir de esas cosas aquí. Ya no puedo defenderme, y mis hijos están aún más indefensos.

—Me temo que te entiendo.

—Debes dejarnos. En dos días a más tardar, tendrás fuerzas suficientes para partir. A donde sea.

—Ese era mi plan de todos modos. No seré una carga para ti durante mucho más tiempo.

Murck asintió hacia él lentamente, como si sus ojos ciegos le observaran con agudeza. Katerron… realmente podía verle, porque Eructos podía sentirlo…, los ojos de nadie habían penetrado tan profundamente antes. Eructos bajó la mirada.

—Dime una cosa, Bolkan Katerron: ¿cómo es que pareces ser el único superviviente del naufragio?

—¿Qué quieres decir con eso? —Eructos volvió a levantar la vista y la clavó en el ciego.

—No hemos encontrado a nadie más, ni vivo ni muerto. Y dices que eras el capitán.

—¿Sí? ¿Y? —Eructos sintió que la ira crecía en su interior.

—Dicen que el capitán siempre es el último en abandonar el barco que se hunde.

El pescador le estaba pisoteando, echando sal en las heridas abiertas de su alma.

—Mi timonel simplemente me tiró por la borda en un acto de desnuda traición. Mi mejor amigo durante más de treinta años me

apuñaló por la espalda. No lo entiendo —exclamó.

Tres oleadas de silencio. Entonces Murck preguntó:

—¿Confiabas en él, en tu timonel?

—¡Por supuesto! —su voz sonaba lastimera.

—¿Te arrojó al mar?

—¡Sí! —no quería repetirse.

—¿Cómo habrías actuado si tu timonel no lo hubiera hecho?

Totalmente nervioso, y hablando con total convicción, Eructos respondió:

—Me habría quedado a bordo, por supuesto. Habría luchado hasta el último aliento. Habría...

Las palabras se le atascaron en la garganta. ¿Qué clase de idiota era? ¿Quién era el ciego aquí? ¿Cómo pudo dudar de Barbón? *Perdóname, Barbón.* Su mejor amigo no había tenido ninguna duda de que el capitán habría muerto en el Viento del Este o se habría hundido con él. La única forma de evitarlo había sido...

—Te tiró por la borda y así te salvó la vida. —Murck parecía saber exactamente cómo funcionaba la mente de su invitado.

Había necesitado un ciego para abrirle los ojos. El tipo empezaba a parecerle muy raro a Eructos.

—Tu timonel sabía que eres un hombre orgulloso, Bolkan Katerron.

—No es orgulloso quien merece serlo de verdad —sonaba un poco forzado, pero Eructos lo decía de verdad. Estaba avergonzado de sí mismo.

Ocho, nueve, diez olas golpearon la orilla antes de que Eructos volviera a tener pleno control de sí mismo. Se levantó, puso una mano en el hombro del ciego y murmuró:

—Gracias. Por todo, Murck —respiró hondo y continuó—: En dos días a más tardar, estaré en camino. A donde sea.

Eructos salió de la cabaña y se dirigió a la playa. El mar lo saludó con bufidos de aprobación y el tranquilizador olor familiar de las algas, el pescado y la sal. Las olas se acercaron a saludarle.

Qué lugar tan maravilloso. Se sentó en la arena y se concentró en el presente. El pasado era una mierda. El futuro no parecía más prometedor. Pero el presente no estaba nada mal. Y por el momento, eso era más que suficiente.

A la mañana siguiente, los dos chicos le despertaron con sus voces brillantes. Cantaban una vieja canción de marineros sobre un cofre del tesoro perdido en el fondo del océano. ¿Cuánto tardarían en comprender que, en esta canción, el tesoro era el mar?

Murck estaba de pie delante de la cabaña, escuchando la canción con una sonrisa en la cara. El anciano impresionó a Eructos. No mucha gente lograba hacer eso. Y también le caían bien los dos Jocke. Los gemelos ya habían recorrido la playa de arriba abajo y habían recogido cangrejos de río y todo lo útil que el mar había arrastrado hasta la orilla. Su botín estaba esparcido por el suelo delante de la cabaña.

—¿Jugamos a adivinar? —preguntó Jocke.

—Sí, vamos —respondió Jocke.

Cada uno de ellos cogió tres conchas y tomó una, dos o tres en cada una de sus manos cerradas. También estaba permitido no tener ningún proyectil en el puño. Por turnos, empezaron a adivinar cuántas escondía el otro: de cero a seis, todas las combinaciones eran posibles.

Para Eructos era una auténtica felicidad ver sus caras brillantes cuando averiguaban la respuesta, cuando sonreían de alegría o fruncían el ceño de frustración antes de empezar la siguiente ronda. Murck se puso al lado de Eructos y dijo:

—Cuando les enseñé este juego, seguían teniendo el mismo número de cartuchos en las manos —se rio entre dientes.

—¡Tres a cero! —exclamó Jocke—. Empate.

—Es justo, paremos ahora —sugirió Jocke.

¿Un empate? Tal vez fuera lo mejor. Si todas las disputas y peleas acabaran en empate, acabarían siendo superfluas. Eructos frunció el ceño… había pocas probabilidades de que eso ocurriera. Los chicos dejaron a un lado sus caparazones. Eructos se sentó en un taburete frente a la cabaña.

—¿Cuántos años tienes, Jocke?

—¡Casi nueve!

Se volvió hacia el otro niño.

—¿Y tú, Jocke? —Eructos guiñó un ojo y sonrió, casi mareándose de nuevo.

—¡Ja! Padre, el hombre está mejorando. Se está haciendo el gracioso.

Jocke estaba tan alerta como Jocke.

—Murck..., ¿cómo es posible que les hayas puesto a los dos el mismo nombre?

—Si mi Emmi me presenta de repente dos niños que se parecen tanto como una bota a la otra, ¿por qué iba a molestarme en ponerles nombres diferentes?

Eructos asintió. Iluminador, de algún modo. De todos modos, los dos muchachos parecían saber siempre a cuál de los dos se dirigía su padre. Solo uno levantaba la cabeza y reaccionaba en consecuencia.

—He estado pensando. —Murck se frotó las manos—. Si fue algo así como un acto de la providencia lo que encalló a un hombre como tú cerca de mi humilde morada, entonces no tengo ningún deseo de interponerme en el camino de la providencia.

—¿No somos los dos demasiado viejos para creer en la providencia?

—Lo somos, pero no puedo ni quiero expresarlo de otro modo. Te hablaré de un lugar al que debes ir —sus ojos brillaban amistosamente a pesar de su ceguera—. Ir allí será... providencial.

—Y, sin embargo, es evidente que te resulta difícil enviarme allí.

—Tienes razón, Bolkan. Eres un hombre violento, entrenado para matar. No para matar a un solo hombre. No, has aprendido a erradicar ejércitos enteros, pueblos enteros. Y eres uno de los mejores en el negocio.

—Yo era uno de los mejores. Seguro que has oído que le di la espalda a los militares, por no hablar de mi trasero.

—Y es precisamente eso lo que me hace albergar esperanzas. Lo que nos lleva de nuevo al tema de la esperanza, algo que nuestra tierra necesita. Considero que Pares Drullom es un rey pobre. No nos traerá la paz.

Eructos trazó un círculo en la arena con su bota.

—Así lo veo yo también.

—Adivina esto, Bolkan Katerron.

—Dime.

—¿Te convertirías en rey de Soradar si surgiera la oportunidad?

La respuesta de Eructos no se hizo esperar.

—No, desde luego que no.

—Entonces he tomado la decisión correcta. —Murck se levantó y le entregó un viejo mapa de tela—. Aquí es donde debes ir.

Eructos desplegó el mapa. Reconoció el viejo faro. Al noroeste de este, en medio del bosque, había un dibujo de una X.

—¿Y qué me espera allí?

—Lo que necesitan los hombres como tú. Confía en mí y ve allí.

Eructos volvió a mirar la X en el mapa. No sabía por qué, pero tenía un nuevo objetivo. Un rayo de esperanza de nuevo.

El viejo mundo

—¡Está ahí de pie!

—¡Atrápenla, pero no la maten!

—¿Dónde está?

—Estaba allí hace un momento.

El soldado parecía más confuso que Brawl cuando le hacían tres preguntas a la vez.

—¿Qué está pasando aquí?

Las voces eran cada vez más bajas. Los cuadriláteros giraban en su cabeza como molinos de viento. Se estaban convirtiendo en círculos. Se sacudió y cayó de rodillas. Ahora se sentía completamente agotada. Las paredes temblaban, la pequeña habitación se desdibujaba ante sus ojos, el suelo se movía bajo ella. La sensación de mareo aumentaba. El suelo se abrió y sintió como si cayera por una grieta.

Nika se tumbó en el suelo, con las rodillas metidas debajo. Debajo de ella sentía las frías piedras de mosaico. Ya no había voces ni soldados que la persiguieran. Con gran esfuerzo, consiguió ponerse a cuatro patas. El pecho le subía y le bajaba con fuerza, le dolían los pulmones. Otro mareo, comparable al que sufrió cuando los hombres de Cerbero la capturaron.

Por un lado, la magia del calor podrido de las mazmorras había hecho que la cadena se pusiera al rojo vivo, obligando a Karnifex a soltarse y permitiéndole escapar. Por otro lado, los efectos de este fenómeno parecían agotarla por completo y provocarle náuseas, a pesar de que nunca había estado enferma. Apoyó las manos en la pared y se enderezó lentamente. Todo le daba vueltas, como si estuviera sentada en la vela de un molino de viento y muy cerca de su borde exterior.

En sus oídos se oía un silbido parecido al de las olas al romper en la orilla. ¿El mar estaba cerca? Se soltó de la pared con cautela. Con

cuidado, dio un paso tras otro; ahora parecía un marinero borracho que acababa de pisar tierra.

Así es como un niño pequeño aprende a andar, Nika. O como se tambalea una anciana frágil.

Resistió la tentación de poner los ojos en blanco; era demasiado arriesgado, pues solo conseguiría aumentar su sensación de mareo.

La cámara en sí, aparte del suelo de mosaico, se parecía a cualquier otro zaguán. Excepto por el rayo de sol que iluminaba el suelo, creando un cono de colores centelleantes. Nika echó lentamente la cabeza hacia atrás y miró hacia arriba. El techo de la cámara estaba a unos cincuenta metros de altura. Estaba formado por piedras de cristal de colores, que creaban el juego de luces sobre el suelo de mosaico. Pero a Nika poco le interesaba ahora este detalle estético. Salió de la cámara y entró en un pasillo de techo bajo. Se parecía a las mazmorras de las profundidades de Star Fastness. Casi, porque cuando Nika miró más de cerca, se dio cuenta de que las paredes eran de granito negro pulido, que absorbía los colores brillantes del zaguán. La presión en sus oídos se alivió un poco. Resistió la tentación de volver a caer al suelo y caer en coma.

Aún goteaba sangre del corte que se había hecho en el brazo. Rebuscó en la riñonera de Karni hasta encontrar el frasquito con el bálsamo. Con suavidad y generosidad, aplicó la sustancia verde sobre la herida. Seguro que aquello ayudaría. Por perverso que sonara, y teniendo en cuenta la personalidad del verdugo, confiaba en sus conocimientos de las artes curativas. ¡Loco!

Sigue, Nika. Una y otra vez, utilizó la pared como apoyo mientras seguía el pasadizo que conducía a la derecha. El aire olía a rancio, añoraba el viento y el sabor salado del mar. Eso solo podía hacerle bien. Oh, no... ahora el pasillo había dado paso a los escalones. La escalera brillaba con luz propia. Pasamanos pulidos a derecha e izquierda la guiaban hacia arriba. Estaba claro que había aterrizado en un sótano especialmente lujoso.

Agarrada al pasamanos de la pared derecha, subió penosamente,

peldaño a peldaño. ¿Adónde conducía esta escalera? Con las manos en los muslos y encorvada, resollaba como una anciana con bastón. Agua, tenía que beber algo urgentemente. La lengua se le había hecho demasiado grande para la boca y sentía que se iba a ahogar.

Ladeó la cabeza. ¿Había oído voces?

No, pura quietud, un silencio imposible de no oír.

Otro paso. Nika se estremeció. Sus mareos siempre se producían varias horas después de sus episodios de furia sin límites. Después de la escaramuza con los hombres de Cerbero en la granja de Blackacre y después de su encuentro con Karnifex en la mazmorra. De hecho, había pasado bastante menos tiempo desde este último arrebato. ¿Tenía algo que ver con su sangre myrneana? ¿Las joyas de Karek potenciaban el efecto? Al fin y al cabo, había sentido literalmente cómo las baratijas la encendían.

Otro paso hacia arriba. ¿De dónde venía tanta luz? No se veían antorchas. Otro peldaño y llegó a un rellano con una puerta cerrada.

¿Y cuál es el propósito de las puertas cerradas, Nika? Están ahí para ser abiertas. ¡Lógico!

Un pomo redondo de plata adornaba los maderos. Nika lo agarró y sintió un hormigueo en los dedos cuando la puerta se abrió. Ahora se encontraba en una plaza iluminada por el sol. La luz deslumbrante le atravesó el cráneo como un atizador ardiente. Apretó los ojos. Se apretó las sienes con las manos para evitar que le estallara la cabeza. No sintió las rodillas cuando cayó sobre ellas. Entrecerró los ojos y vio que estaba en una gigantesca cuenca elíptica. A su alrededor, unas pasarelas cubiertas de maleza ascendían como las puntas de las estrellas. Entre ellos había innumerables filas de asientos, todos vacíos, con las piedras dentadas y cubiertas de musgo.

Oyó voces, voces bajas, voces altas, voces sorprendidas. En todo caso, voces humanas. Y, por lo general, los humanos significaban hostilidad.

Mientras luchaba por llenar sus pulmones de aire, Nika empezó a

darse cuenta. Estaba en medio de un anfiteatro o, para ser más exactos, en las ruinas de un anfiteatro.

¿No es genial? El lugar perfecto para alguien que necesita paz y tranquilidad como ayudas para recuperarse.

A Nika ya no le quedaban fuerzas para mantener la palma de la mano contra la sien. Dejaba que la cabeza le estallara. La parte superior de su cuerpo se dobló hacia delante. Sus codos fueron los primeros en golpear el suelo.

La gente se reunió a su alrededor. Gruñidos de asombro le llovían como sonidos amenazadores de animales depredadores. Algunas palabras penetraron en su conciencia.

—¿De dónde ha salido?

—No puede ser. Debemos matarla.

—Está herida… sus brazos y piernas chorrean sangre.

—¡Vino del santuario!

—No puede venir del sanctasanctórum. Eso es imposible, la puerta del santuario solo se abre desde dentro.

—Sí… y para eso, la sangre myrneana es esencial.

—El portal no se ha abierto desde hace dieciocho años.

—Ella debe ser un fraude. Debemos matarla.

Lentamente, Nika rodó sobre su espalda y se obligó a abrir los ojos, aunque solo fuera un poco. Tres o cuatro hombres estaban ya encima de ella, colocando sus pies en sus tobillos y muñecas y apuntando sus finas espadas hacia su cara. En su estado de estupefacción, intentó dar sentido a las palabras que había oído. El zaguán la había conducido a una cámara sagrada a la que era casi imposible acceder, lo que había causado consternación entre la gente. Y habían mencionado la sangre myrneana.

—Debe morir porque ha profanado el santuario.

Nika no podía pensar con claridad, estaba agotada. El peso de las

constantes luchas de los días anteriores empezaba a disiparse: su ansia de muerte la dominaba. Ya no le importaba nada, quería gritar: «¡Acaben conmigo! ¡Déjenme marchar! Cualquier otro mundo es mejor que este. E incluso si no hay otro mundo, será mejor para mí. Hanne y Eructos, lo siento mucho».

Excepto que Nika no tenía suficiente fuerza para exclamar. Así que se quedó allí, perfectamente quieta y con los ojos cerrados, como si dijera: «Mi vida ha concluido».

—¡Sí, debe morir! Nos han engañado, porque solo un ladrón puede salir del santuario —dijo un hombre. Sonaba viejo, pero también fuerte y autoritario.

—¿No deberíamos aclarar de antemano quién es y cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó una mujer.

—Sueles plantear demasiadas preguntas, Zodana. Hay un momento para hablar y otro para actuar. Cuando se trata de algo que pone en peligro nuestra verdadera existencia, prefiero lo segundo, y me refiero a las últimas consecuencias. La última vez que se abrió el santuario fue hace dieciocho años. Y la próxima vez se supone que será dentro de cinco años —por mi mano—, el día de Celebrare. Cualquiera que no siga la regla debe morir. Así dice nuestra ley.

¡No podría estar más de acuerdo contigo! ¡Una buena ley! Date prisa. Nika mantuvo los ojos cerrados. No quería volver a abrirlos.

La voz de la mujer respondió:

—¿Nuestra verdadera existencia? ¿Te refieres a nuestra verdadera y miserable existencia? —un bufido… y la mujer continuó—: Entonces matémosla. Las soluciones más sencillas suelen ser las mejores.

A la poseedora de la vieja voz no se le escapó su tono irónico.

—¡Bien! —gruñó—. Todos están presentes en la sesión plenaria de hoy. Votemos todos.

Nika oyó pasos, y una vez más se asomó por la estrecha rendija bajo las pestañas, aunque fuera en contra de su buen juicio. Muchas caras la miraban fijamente. El anciano extendió los brazos; la

impresionante acústica del anfiteatro ayudó a que su voz resonara en todo el caldero.

—Todos conocen nuestras leyes. Nuestra tierra más sagrada ha sido mancillada hoy. Los que, no obstante, quieran perdonar la vida a la intrusa, que levanten la mano.

Nika tenía muy pocas fuerzas para asombrarse de lo que veía. Dos docenas de hombres y mujeres vestidos con ropas raídas estaban de pie a su alrededor comportándose como si participaran en un plebiscito formado por miles de ciudadanos. A pesar de que la pregunta había sido formulada desfavorablemente cuando se trataba de su salvación, varias personas levantaron los brazos y gritaron: «¡Certe!».

—¿Y quién de ustedes está a favor de que apliquemos el justo castigo a esta intrusa que ha mancillado nuestro sanctasanctórum?

Se alzaron más brazos: los partidarios de esta última opción eran claramente mayoría. La mujer dijo en voz baja:

—Qué maravilla que la retórica innecesaria no haya resultado influyente, Maseus —de nuevo, esa ironía goteante.

La voz... Nika la reconoció: la forma en que se acentuaban las sílabas, la melodía del fraseo. Su nombre... alguien la había llamado Zodana.

Nika abrió mucho los ojos. Vio a una mujer de su edad que la miraba. Su rostro era terso, sus ojos marrones suaves, su largo pelo negro caía hasta el cinturón que mantenía en su sitio su sencilla vestimenta gris. Observó a Nika con indiferencia practicada. Pero entonces sus rasgos cobraron vida. Sus ojos se entrecerraron, sus fosas nasales temblaron y sus labios se fruncieron. Acercó lentamente la cara y abrió la boca. Pronunció una palabra corta a un volumen normal, pero en un tono que sugería duda y esperanza a partes iguales. Una palabra formulada como una pregunta:

—¿Regia?

La fabulosa acústica del anfiteatro amplificó la palabra

maravillosamente. Nika seguía tumbada boca arriba, con los pies de los hombres armados aún sobre sus tobillos y muñecas, mientras miraba a la dama cuya voz había dicho «Regia». Nika recordó su sueño febril en la cabaña del abuelo. Sintió que un maremoto de recuerdos la inundaba. Sin embargo, no dijo nada, ya no quería ni podía continuar.

La voz de la mujer ordenó a los hombres en un tono duro:

—¡Denle la vuelta!

Los hombres se agacharon y la pusieron boca abajo. Nika cerró los ojos; de todos modos, ahora no veía nada más que la arcilla que tenía debajo. Una hoja fría le pasó por el cuello. No le cortó la garganta, sino el cuello de la camisa. Un fuerte tirón y el material se rasgó, dejando que el sol brillara sobre su espalda desnuda.

Tenía la nariz hundida en la tierra y los ojos cerrados. Solo le quedaba el oído e incluso eso significaba más sufrimiento. Oyó susurros apresurados y un eco potente. ¿Cómo había sucedido? Nika no sabía qué hacer. Un hombre gritó:

—¡ESTÁ MARCADA!

—¡EL SÍMBOLO! —gritaron dos mujeres. Algunas voces permanecían tranquilas y serias, pero Nika ya no podía distinguir las palabras. Su cráneo ya no podía soportar el ruido y la luz a su alrededor. Se moría de sed. Sus sentidos resecos se marchitaban hasta desaparecer. Todo se volvió oscuro y silencioso.

Nika se despertó, pero seguía con los ojos cerrados. Sintió que le habían quitado los anillos metálicos del cuello, las muñecas y los tobillos, aunque no los echaría de menos. Abrió los ojos y lo primero que vio fueron las paredes desnudas y el colchón de paja sobre el que estaba tumbada. Lo siguiente que vio fue una jarra de agua sobre una mesa baja a su lado. Se incorporó, cogió el recipiente y, sin molestarse en ver si había un vaso en algún sitio, se bebió el preciado líquido. Fue entonces cuando Nika reparó en el vendaje de su brazo. Ya no le

dolía la herida.

—Ya he vertido dos jarras llenas en tu gaznate en los últimos dos días —la voz sonaba amistosa.

Nika giró la cabeza y vio a la mujer que la había defendido en el anfiteatro.

—Soy Zodana. ¿Te acuerdas, Regia?

—Apenas —gimió Nika. Dejó la jarra en el suelo—. Creo que nos conocemos de nuestra infancia, pero no tengo recuerdos de aquella época.

—A menudo jugábamos juntas.

Nika fijó los ojos en la mujer y asintió lentamente. Inimaginable. Alguien de su infancia perdida estaba allí sentada. Incontables preguntas daban vueltas en su cabeza. En primer lugar, Nika quería comprender su situación actual. Primero, sobrevivir; después, pensar en el pasado. Lo contrario le parecía inútil.

—¿Por qué me iban a matar, Zodana?

—Porque saliste del santuario. Solo es posible entrar allí a través de los estiletes. Y se requiere sangre myrneana para usar el zaguán en el sanctasanctórum… y quien lo usa debe haber estado allí una vez antes en su vida. Dos condiciones extremadamente raras y casi nunca combinadas. Solo el líder de nuestro clan puede abrir el santuario, porque solo él cumple esos requisitos… o eso hemos creído siempre. Por eso sospechábamos que era un fraude que había encontrado otra forma de entrar.

—¿Y entonces me reconociste?

—Hacía veinte años que no nos veíamos, así que no estaba segura, pero entonces me imaginé a la niña como una mujer adulta. Al final fue el símbolo lo que te salvó.

—¿Te refieres al tatuaje de mi omóplato? Ya sospechaba algo, porque vi que cada escalón del santuario está decorado con una rama espinosa.

Una voz fuerte detuvo su discurso.

—¡Ah, ya veo que estás despierta! Soy Maseus, el líder del clan.

Un anciano vestido con una prenda manchada que debió de ser blanca en años pasados había entrado en la cabaña. El pelo gris que le llegaba hasta los hombros ocultaba parte de su arrugado rostro.

—Nuestro primer encuentro fue un poco desafortunado…, querías matarme.

—Porque no tenía ni idea de con quién estaba tratando. Bienvenida a casa, Regia.

Miró a Maseus a los ojos.

—¿Yo nací aquí?

—Sí, vivimos en una pequeña isla no muy lejos de Gonus. Somos tu clan o lo que queda de él —el anciano hizo una mueca—. Veintiocho hombres y mujeres en total. No más que eso. —Maseus extendió los brazos—: Antaño, nuestro pueblo habría llenado diez veces el anfiteatro. Éramos más poderosos que cualquier rey del continente —se regodeaba en los recuerdos.

—¿Qué fue de mis padres? —preguntó Nika, devolviendo al anciano al presente.

—Tu padre murió hace diecinueve años; yo dirijo el clan desde entonces. Poco después, tu madre desapareció una noche y desde entonces no se la ha vuelto a ver.

—Ambos estaban destrozados por el sentimiento de culpa y no podían entender cómo era posible que te subastaran en el mercado de esclavos como si fueras un trozo de carne. Muy cerca, además… en Gonus —explicó Zodana.

Nika estaba incrédula. Se había pasado un año tras otro intentando averiguar su pasado, para acabar aquí, entre aquella gente desdichada, y descubrir por fin que sus padres, su origen y su pasado estaban muertos y se habían esfumado.

La historia se repite, pensó Nika.

—El mercado de esclavos de Gonus. Debo ir allí y encontrar a una chica que va a ser vendida.

—El mercado tiene lugar todas las semanas…, pero la subasta de esclavos solo tiene lugar una vez al mes porque no hay tantos esclavos como antes. Lo que significa que los precios son altos. ¿Tienes oro? ¿Mucho oro?

¿La engañaban los ojos de Nika o eran los ojos del viejo los que brillaban con avidez? Cerbero se había embolsado todas sus grandes piezas de oro. Nika negó con la cabeza.

—No, ya no tengo nada.

Zodana también meneó tristemente la cabeza.

—Míranos, no poseemos nada más que las ropas que llevamos puestas. Pero sin riqueza es imposible liberar a nadie de la subasta de esclavos. Hay cientos vigilando el mercado.

Este clan era aún más lamentable de lo que Nika había temido.

—Debo encontrar y liberar a la chica. No me importa nada más, aunque me cueste la vida ponerla a salvo —dijo con firmeza.

—El fin de mes es dentro de tres días, es cuando se celebrará la próxima subasta de esclavos —dijo Zodana.

—¿Y cuánto se tarda en llegar?

—En barco, solo medio día en dirección sur. Te acompañaré.

—Aunque lo tuviera, no te daría oro para una tarea tan inútil —murmuró el anciano.

—Ya lo sospechaba, Maseus —replicó Zodana secamente. Luego continuó—: Poseo un peine de marfil, eso será pago suficiente para el barquero.

Nika se llevó las manos a la cabeza. Su clan ni siquiera tenía barco propio. ¿Y aquí es donde supuestamente creció? Tendría que investigar más a fondo más tarde. ¿Dónde estaba enterrado su padre? ¿Su madre seguía viva? De ser así, ¿dónde podría estar ahora? ¿En qué consistía realmente la sangre myrneana?

Algo no encajaba, aunque Zodana le había devuelto algunos recuerdos. Miró agradecida a su amiga de la infancia, pero sintió que algo se agitaba en su interior. A pesar de lo que le habían dicho, no sentía que perteneciera a ese pueblo medio muerto de hambre. Tenía que llegar a Gonus y al mercado de esclavos, eso era lo más importante ahora mismo.

Un saco de conchas marinas

—¡Tengo que hacerlo, Milafine!

—Qué afirmación tan tópica. No tienes que hacerlo.

—Necesitamos certeza.

—¿Y qué si lo hacemos? ¿De qué te va a servir la certeza, Karek?

—Me ayudará a tomar la decisión correcta.

—¿Existe tal cosa? ¿La decisión correcta? Me parece que vamos de catástrofe en catástrofe, tomemos la decisión que tomemos.

—Al menos deberíamos hacer todo lo posible para mejorar la situación.

—Ya te he dicho lo peligroso que es usar la estúpida lanza del alma. Todo lo que le pase al animal también te pasará a ti cuando estés en su cuerpo.

—Lo sé, ya probé con éxito estar en una rata cuando visité a Nika.

—Pero seguro que no vas a convertirte por arte de magia en... Fata, ¿verdad?

—Tengo que hacerlo, Milafine.

—¡Guao! Bien hecho, su Alteza. ¡Otra vez esa expresión! —Milafine dio un pisotón, enfadada.

La ira era, de hecho, un eufemismo cuando se trataba de describir el estado de ánimo de la joven. Apretó los puños con fuerza y frunció los labios con petulancia. Esto último no molestó especialmente a Karek, pues significaba que ella no le regañaría, al menos por el momento.

Estaban sentados frente a frente en la mesa de la sala de la chimenea. La única otra ocupante de la sala era Fata. La reina Kabo recogía semillas de un cuenco y no tenía intención de involucrarse en la disputa, ni mucho menos de tomar partido. Una prueba más de la

inteligencia del pájaro.

Milafine seguía en sus trece.

—¡Si Fata se estrella mientras vuela, estarás muerto!

—¿Por qué se estrellaría?

—Tú mismo sabes que vuela como un saco de conchas marinas.

Karek levantó la cabeza, sorprendido.

Fata levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Como un saco de conchas marinas? Casi suenas como mis... bueno, como mis camaradas infantiles. Fata es una magnífica voladora.

¡Caray! Nunca he sido un mentiroso persuasivo. Y nada funciona sin persuasión.

Fata se acercó a la esquina y giró la cabeza de forma demostrativa. Eso fue todo, entonces..., tenían una reina kabo muy enfadada en sus manos. *Pero ni siquiera esto me impedirá intentarlo. Me pregunto cómo será estar con un pájaro malhumorado.*

Karek reprimió una sonrisa. Una sonrisa en su cara difícilmente calmaría a Milafine. No había forma de evitarlo: estaba terriblemente preocupada por su seguridad. Sin embargo, había repasado todo cuidadosamente en su mente. Si sostenía la lanza del alma en posición vertical como una vela, podía ver un dibujo de Kabo en la parte superior. Era por ahí por donde tendría que agarrar la lanza de almas mientras... sí, ¿mientras qué, exactamente? ¿Cómo se las había arreglado para colarse en la rata que se encontraba a diez días de viaje? Karek ya no se acordaba. Todo parecía tan tonto e irreal y, sin embargo, había sucedido, y precisamente a la persona que solía despreciar la idea de la magia.

Karek golpeó la mesa con la palma de la mano. Tenía que ser más fácil con la reina Kabo que con la rata; al fin y al cabo, Fata estaba en la misma habitación que él. El hecho de que ella estuviera enfadada no impediría sus planes.

—Voy a copiar la pose de la persona en el dibujo… en otras palabras, voy a sostener la lanza en posición vertical y agarrarla en el mismo lugar.

—¡No me estás escuchando! —la voz de Milafine contenía una mezcla de petulancia helada y resignación picada.

—Sí te escucho. Te escucho con mucha atención. Solo que no hago caso de lo que dices. Esa es la diferencia.

—Para mí es lo mismo.

Nunca discutas con una mujer cuando es truculenta.

Karek reprimió una sonrisa. Los mejores dichos sabios son los que se forjan en el calor del momento.

Milafine, inconsciente de lo que estaba pensando, continuó:

—Sí, en efecto. Son iguales, ¡completamente! Lógico.

Al príncipe le resultó muy familiar esa última palabra, pero no era Milafine quien la pronunciaba habitualmente.

Nunca discutas con una mujer cuando es lógica.

Otro sabio dicho espontáneo se forjó en la mente de Karek Marein.

—Se me ocurre una idea. ¿Por qué no le preguntamos a Fata?

Karek se levantó, se acercó a Fata y le dijo:

—No te enfades, Fata. Milafine no quería decir eso —se sentó en el suelo junto al pájaro.

—La diosa myrneana Arelia entró en tu cuerpo en el puerto de Cragwater para salvarme de Karson. ¿Puedo hacer lo mismo?

La reina Kabo miró primero a Karek, luego a Milafine y, finalmente, volvió a mirar a Karek antes de picotearle las patas varias veces.

—Ella está asintiendo… está diciendo: «Por supuesto, a trabajar».

—Eso no es asentir. Solo está picoteando tus zapatos con el pico.

Karek se levantó y cogió a Milafine en brazos.

—Cuida bien de mí o, mejor dicho, de mi cuerpo, porque si esto funciona, estaré fuera algún tiempo.

Milafine respondió en voz tan baja que Karek apenas pudo entender lo que decía:

—Me quedaré contigo el tiempo que haga falta, cabeza de chorlito. No te lo mereces, pero estoy orgullosa de ti —le besó suavemente en la frente.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, Karek soltó a su novia, agarró la lanza del alma y se colocó entre Fata y la chimenea. No ocurrió nada. Milafine se quedó mirándolo con seriedad; estaba seguro de que su aspecto era absolutamente ridículo. El príncipe intentó agitar la lanza, girarla y golpearla.

Nada.

Fata le miró con lástima, con sus ojos de botón. También había una pizca de regocijo por la mala suerte ajena en su comportamiento. Karek estaba de pie junto a la chimenea e intentaba desesperadamente recordar qué había hecho diferente la primera vez, cuando se había transportado al cuerpo de la rata para poder ayudar a Nika.

El lugar es el mismo, pero el animal es distinto. Tal vez Fata está oponiendo resistencia. ¿O estoy sosteniendo mal la lanza?

Milafine parecía no saber si reír o llorar. O regañar.

Karek estaba seguro de que parecía Brawl haciendo su lucha de espadas aéreas. A pesar de todos sus retoques, no ocurría nada. Frustrado, miró a Milafine. Estaba de pie junto a la mesa, mirándole malhumorada. De algún modo, parecía diferente. El color marrón de sus ojos parecía atraerlo hacia ella como un imán. Por primera vez, se fijó en los matices de sus iris alrededor de las pupilas: parecían una niebla misteriosa mezclada con todos los tonos verdes de la primavera. Vio la luz que brillaba en sus globos oculares, vio una pestaña que apuntaba obstinadamente hacia arriba, vio la humedad de sus labios, vio cada poro y cada diminuto vello de su piel.

Tenía que ser amor.

Vio cada grano de madera en la textura del suelo de madera. Sobre él yacía un joven de pelo castaño que miraba al techo con expresión extraña. No parpadeaba, tenía los ojos muy abiertos y la boca ligeramente entreabierta; un hilo de saliva caía sobre la madera.

Karek tragó saliva. Allí tumbado estaba… él mismo. Miró su cuerpo.

Alabado sea Lithor. Había funcionado. ¿Y ahora qué?

Milafine acarició su cabeza de pájaro y abrió la ventana. Sin pensárselo dos veces, Karek trotó hacia ella, usó sus largas patas para saltar al alféizar de la ventana, se volvió para mirar por última vez con incredulidad al extraño príncipe de los ojos vidriosos, que yacía frente a la chimenea, sosteniendo una extraña lanza en miniatura en la mano derecha.

Lanzó un fuerte grito, como el de un ave rapaz.

Milafine dijo algo, pero él no pudo entender sus palabras; no parecía más que un balbuceo estridente, como si le estuviera gritando algo al oído.

Podría haber sido: «Cuídate».

Karek miró hacia fuera y hacia abajo. Sintió miedo. Ahora tenía los pies fríos. Tres dedos largos delante y uno más corto detrás, multiplicados por dos. ¿Por qué no podía ser un joven sencillo, viviendo una vida monótona en algún pueblo, felizmente ajeno a todas estas tonterías myrneanas? Con suerte, todo saldría bien.

Una última y persistente mirada a Milafine, luego hizo acopio de todas sus reservas de coraje, desplegó las alas y se dejó caer hacia delante por la ventana. Empezó a caer en picado como… bueno, como un saco de conchas marinas. Entonces sintió resistencia a sus brazos extendidos… eh… alas. Sintió el viento, notó las turbulencias a su alrededor. Corrientes de diferentes temperaturas le golpearon. No se atrevió a mirar hacia abajo. De hecho, Karek no hizo nada activamente, confiando por completo en sus instintos. Sentía que había algo de Fata en él. Por suerte, no había demasiado Karek en Fata.

La reina Kabo batió las alas con un ritmo uniforme: la caída se convirtió en vuelo y el vuelo se estabilizó. Se sintió mareado, algo poco útil en un pájaro.

Este remolino multidimensional por el aire confundió a Karek. Buscó la estabilidad y miró anhelante hacia tierra firme.

Su asombro fue tan grande que el pájaro dejó de batir las alas. La corriente ascendente le llevó unos metros más arriba antes de que el cuerpo redondo empezara a girar. Oh, no. Presa del pánico, Karek comenzó frenéticamente a hacer batir rápidamente las pequeñas alas, lo que le hizo dar una voltereta en el aire. De nuevo, empezó a caer en picado hacia la tierra.

¡Contrólate!

Volvió a apoderarse de sus sentidos y utilizó su fuerza de voluntad para devolver el mando a sus instintos. *Extiende las alas, deja que las corrientes de aire te sostengan.* Su vuelo se estabilizó y volvió a elevarse. Lentamente, muy lentamente, su miedo empezó a disminuir. Solo después de recorrer una distancia considerable se atrevió a mirar de nuevo hacia abajo.

Así debió de sentirse Wanda la Desdichada cuando era un águila. El mundo en todo su detalle desde lo alto. Karek vio una tierra maravillosa, llena de verdes exuberantes, con montañas escarpadas y valles suaves, el invierno brillando en un azul profundo en medio de toda esta gloria. A lo lejos, hacia el este, podía divisar el mar. Incluso los edificios construidos por el hombre parecían estar en armonía con la naturaleza desde aquí arriba. Toladar parecía feliz y en paz.

La poderosa visión del pájaro, o su propia visión, estimuló a Karek. Era capaz de distinguir tallos de hierba en los prados de abajo: había mariposas revoloteando y, ¡mira!... un ratón de campo escarbando. Menos mal que no era un ave rapaz. Un caballo y un carro con un hombre barbudo sentado al frente, trayendo sacos llenos de harina a Puente Invernal. Su excitación ante el panorama, ante esta experiencia de volar en el aire como un pájaro, casi le hizo olvidar la dirección en la que se suponía que iba. Miró al sol, luego a la costa y finalmente

viró hacia el sureste. Después de todo, necesitaba urgentemente averiguar cómo estaban las cosas en su lugar de origen, el castillo de Cragwater.

El Príncipe Kabo voló y voló. De vez en cuando, se asustaba cuando encontraba una especie de agujero en el aire y descendía bruscamente unos metros. Pero pronto se acostumbró al hecho de que bastaba con alterar un poco las alas para remontar el vuelo. A su derecha, podía divisar las afueras del Bosque de Sangre. Nika le había dicho una vez que consideraba el bosque oscuro y salvaje como su verdadero hogar. Tenía sentido.

Karek voló más hacia el este. Después de un tiempo considerable, sus fuerzas empezaron a disminuir, lenta pero inexorablemente. Pronto tendría que descansar. Una exuberante pradera apareció bajo él, un lugar ideal para un merecido respiro. Bajó en círculos y buscó un lugar donde aterrizar. ¿Aterrizar? ¿Cómo lo haría?

Fata, ¡ayúdame!

El suelo se acercaba. Karek voló a gran velocidad hasta el prado y ya podía sentir las briznas de hierba haciéndole cosquillas en los pies. Se preguntaba cómo podría detenerse cuando chocó con una topera y dio unas cuantas volteretas; sus propias plumas se arremolinaron a su alrededor como copos de nieve. Se tumbó en la hierba, sintiéndose un poco tonto. Si su próximo aterrizaje era peor, Milafine tendría que limpiar la chimenea de un príncipe muerto.

A cualquier observador neutral le habría parecido muy divertido ver a un pájaro tan regordete estrellarse contra una topera antes de dar varias volteretas hacia delante.

Se puso en pie con dificultad. Más adelante había unos arbustos. Al llegar, tropezó con la maleza y cerró los ojos.

¿Puede haber ocurrido realmente lo que acabo de vivir o estoy teniendo un sueño como nunca había tenido? Si es un sueño, ¡despierta ya!

El Príncipe Kabo no se despertó, al contrario, dobló sus enjutas piernas y se acomodó. Un breve sueño sin sueños le devolvió la

energía. Luego salió de entre los arbustos, permaneció perfectamente relajado y, de algún modo, consiguió alzar el vuelo sin problemas. Una vez más, disfrutó de la embriaguez de volar: una sensación increíble que, sin duda, merecía el riesgo. Se acercaba al mar y empezaba a anochecer.

Una vez más, Karek sintió lo cansado que estaba. Caía la noche, apenas podía ver y decidió buscar un lugar para descansar. Descendió en círculos cada vez menores y esta vez logró aterrizar con una sola voltereta. Ahora que se encontraba en un acantilado, el Kabo buscó un nicho cómodo, donde metió la cabeza bajo un ala y se quedó dormido.

La lluvia despertó a Karek por la mañana temprano. Se elevó en el aire como si llevara toda la vida haciéndolo. La humedad y el frío no le molestaron en absoluto mientras viajaba decidido hacia el este. Instintivamente, voló más bajo para poder observar mejor el suelo a través de la lluvia. Y entonces las vio: las cinco torres del castillo de Cragwater. Como candelabros gigantes aparecieron en la distancia... la vista le puso... bueno... la piel de gallina. El viento soplaba con fuerza contra él, lo que le hizo ir más despacio. Se llenó de orgullo al acercarse y contemplar maravillado la arquitectura única del castillo. Un príncipe sobrevolaba su futura residencia real, una experiencia increíble que daría mucho material para la colección de relatos de tradición oral de Crin.

Incluso desde aquella distancia, Karek pudo distinguir la bandera ondeando en su asta en el patio de armas. Círculos blancos y negros entrecruzados sobre un fondo verde: eso es lo que debería haber visto. En cambio, el rojo soradiano ondeaba al viento.

De repente, lleno de temerosa expectación, Karek se elevó en espiral para poder ver lo que se desarrollaba detrás del castillo.

La visión que le recibió le heló la sangre. Se olvidó de batir las alas, pero el viento en contra le llevó hacia arriba. El puerto de Cragwater estaba repleto de galeones de guerra. Los soldados corrían por todas partes como hormigas. En el puerto, en la ciudad y en el castillo se libraban feroces escaramuzas. La situación era aún peor de lo que

había temido. Barcos soradianos por todas partes, como podía deducir por la heráldica de los soldados, los gallardetes y las banderas. Nunca había creído que fuera posible una flota soradiana tan grande. ¿De dónde habían salido tantos barcos? Lo más aterrador de todo era que estaban atacando en el momento preciso para apoderarse de la indefensa Cragwater.

El puente levadizo estaba caído, la poderosa puerta del castillo había sido destruida.

Karek volaba ahora directamente sobre la fortaleza. Furiosos combates en los patios: los soldados locales se defendían valientemente.

Cuatro hombres luchaban en la plataforma del torreón. Uno de ellos era Madrich, su antiguo maestro de armas. Evidentemente, Madrich había intentado arriar la bandera soradiana e izar el emblema de los Marein en un intento de reforzar la moral de los defensores. El anciano estaba rodeado por tres enemigos, que incluso en sus mejores años habrían sido demasiados.

El maestro de armas alcanzó con su espada el hombro de uno de los hombres, pero otro aprovechó la jugada para clavar su espada profundamente en el costado de Madrich. Su viejo maestro tropezó y cayó de rodillas. Dos espadas le golpearon repetidamente.

El dolor y el horror se apoderaron de Karek. Cuántas veces había maldecido a Madrich por golpearle con su espada de madera durante el entrenamiento en el patio. Y, sin embargo, cuánto había admirado al siempre leal defensor de la familia Marein.

Por suerte, Fata había tomado el control de las alas. La tortura de tener que contemplar impotente la inevitable derrota paralizaba a Karek. Los defensores no tenían ninguna posibilidad: el castillo de Cragwater estaba perdido. Ahora vio que la bandera soradiana también adornaba el mástil en medio de los barracones del puerto.

El príncipe había perdido primero a su padre y poco después la mayor parte de su reino. Todo lo que le quedaba estaba en el extremo norte, alrededor de Puente Invernal. ¿Podría llorar un Kabo? Lo que

sea… Karek lo hizo, de todos modos. Y luego gritó. Y gritó.

—¡KAREK! —la voz resonó hacia él a través de un laberinto. Derecha, derecha, izquierda, recto, derecha.

—¡Karek! ¡Despierta!

La voz era suave y melódica… y, sin embargo, también desesperada. ¡Milafine! ¡Ella se había ido! ¡Un callejón sin salida en el laberinto!

Izquierda, recto, izquierda.

Otra vez… «KAREK» en la parte superior de su gama.

Fata… Debo volver.

Karek cayó como una manzana de un árbol. Y cayó. Rápidamente, abrió los ojos y se encontró de nuevo tumbado ante una chimenea. Milafine lo estrechó entre sus brazos. Lloró. Y él lloró.

—Has vuelto —sollozaba ella—. ¿Qué ha pasado? Te tirabas de un lado a otro como un loco, jadeabas y gemías, estaba segura de que te morías.

El príncipe volvió en sí lentamente. No había comido nada en dos días y, sin embargo, no tenía hambre. Milafine tenía razón: viajar en cuerpos extraños era una amenaza para la vida. Y lo que había presenciado había sido aún peor.

—Milafine, te quiero.

La puerta se abrió de golpe y entraron cuatro compañeros.

—Estábamos esperando en la puerta y oímos tu voz —dijo Brawl—. ¿Qué has dicho?

—Sí —gimió Karek—, yo también los quiero a todos.

¿Cómo voy a explicarles la terrible noticia? Y Fata, perdóname por dejarte tan pronto. Por favor, vuelve pronto con nosotros.

La chica de los azotes

Se podía oír de todo, ver de todo y comprar de todo en el mercado principal de Gonus. Todo significaba todo. Los artículos se dividían en tres categorías. En la primera estaban los artículos necesarios para la vida cotidiana. La cantidad de artículos que se ofrecían eclipsaba la de todos los demás mercados de Krosann.

Nika seguía de cerca a Zodana. No era tan fácil, teniendo en cuenta la enorme multitud que empujaba de un lado a otro entre los puestos. Normalmente, solo se veía tal cantidad de gente apretujada durante las batallas multitudinarias; la diferencia aquí era que los visitantes se toleraban en gran medida unos a otros.

El olfato era suficiente guía, pues cada sección del mercado tenía sus propios olores. Las sensibles fosas nasales de Nika trabajaban duro: los puestos de los carniceros estaban alineados como las tiendas de un campamento militar toladariano. Había algunos compradores de la carne de cabra, oveja, cerdo, camello, ternera y caballo que se ofrecía, pero en su mayoría, los visitantes se limitaban a sonreír cansados.

La segunda categoría de productos que exponían los carniceros era sin duda de mucho mayor interés: carnes raras y exóticas, por no decir ilegales. Mesas repletas de una gran variedad de cortes rosados —animales depredadores como leones y leopardos, pero también jirafas y monos, así como enormes serpientes y aves—, todos estos artículos despertaban una considerable curiosidad. La joya de la corona de la exposición de un carnicero eran sin duda las baquetas de Kabo, cada una de las cuales alcanzaba el precio de diez camellos adultos. La gran cantidad que se ofrecía hacía que todos los visitantes se detuvieran en seco, asombrados.

Un buhonero le bloqueó el paso con su bandeja mientras la instaba a comprar sus indefinibles aperitivos con una voz especialmente estridente. Nika miró los trozos de carne marrón, algunos de los cuales aún conservaban restos de pelaje: probablemente habían sido ratas.

¿Por qué le hacía pensar inevitablemente en Karek?

A fin de cuentas, esta parte del mercado ofrecía todos los animales muertos imaginables o, al menos, trozos de ellos, colgados de ganchos y esparcidos por los puestos. Incluso había carne de animales que no existían, carne cuyo origen era mejor no investigar. Nika se encogió de hombros. ¿Quién dijo que no se podía comer a la abuela?

Siempre se sintió de todo menos cómoda entre gentío como aquel. Sin embargo, al menos el hedor desapareció cuando dejó atrás los expositores de carne y llegó a la sección de armamento. También aquí los expositores ocupaban una parte considerable del mercado. Armas hasta donde alcanzaba la vista, de todas las longitudes y grados de filo, de gran durabilidad y, sin duda, con capacidad asesina.

Los habitantes de Gonus parecían reaccionar con cansina familiaridad. Nika podía distinguir fácilmente a los que se abrían paso entre los puestos por primera vez: eran los que miraban con los ojos muy abiertos, boquiabiertos, mientras los vendedores se esforzaban en convencerles con sus «argumentos de venta». Las miradas de incredulidad de los compradores potenciales eran casi conmovedoras.

Los mercaderes de especias tenían su propio lugar —tan grande como un campo de batalla— para vender sus productos. También aquí la profusión estaba a la orden del día. Parecía que no había sustancia que no pudiera picarse, machacarse o molerse para dar sabor a cualquier plato imaginable o inimaginable, o para darle otros usos. De hecho, eran las delicias que provocaban efectos más inusuales, como la potencia, la intoxicación o la muerte, las que despertaban mucho más interés. Eran los productos más deseados, tan peligrosos como caros.

Los puestos textiles también presentaban una vertiginosa variedad de productos. No parecía haber prenda demasiado grande, demasiado pequeña, demasiado colorida o rara que no pudiera venderse y luego llevarse.

A pesar del tamaño del mercado y de la variedad de mercancías que se ofrecían, el proceso de compraventa estaba bien regulado. En

Toladar gobernaban dos reyes. Aquí, en las Islas del Sur, sin embargo, la primera ley del mercado decretaba que había innumerables soberanos, cada uno de los cuales era un comprador potencial. La segunda norma exigía que los administradores del mercado fueran los únicos responsables del buen funcionamiento de los tratos comerciales. Esta fina camarilla estaba formada por guerreros curtidos en mil batallas, principalmente mercenarios, en cuya lealtad se podía confiar mientras fueran generosamente recompensados. Supervisaba toda la operación un vejestorio achaparrado que tenía las manos más manchadas de sangre que cualquier carnicero.

Tercero: al que pillaban robando le cortaban la mano derecha.

Cuarto: a cualquiera que fuera sorprendido robando y no tuviera mano derecha se le cortaba la cabeza.

Quinto: bueno, en realidad era redundante.

Por último, pero no por ello menos importante, el valioso cliente también podía comprar bienes que fueran especialmente difíciles de asir, física o mentalmente. La popularidad de los sobornos, las conspiraciones y los contratos para matar daban fe de que toda forma de maldad tenía su precio, una fuente de tranquilidad tanto para el vendedor como para el vendedor.

Sin embargo, el plato fuerte indiscutible del mercado de Gonus era la tradicional subasta de esclavos en el puerto, que siempre tenía lugar el último día del mes. El comercio de esclavos estaba oficialmente prohibido en los cuatro reinos de Alandar, Toladar, Winslorien y Soradar, lo que no significaba, sin embargo, que la compraventa de esclavos nunca tuviera lugar.

De hecho, en las Islas del Sur libres se consideraba de muy buen gusto tener una gran variedad de desgraciados esclavizados. Para la profesión de esclavo era ideal cualquier escoria de la sociedad humana que no pudiera defenderse y que no tuviera a nadie que hablara en su nombre. Dos simples condiciones que podían aplicarse fácilmente a vastas franjas de la población, y si no podían... bueno, no había nada que una buena dosis de falta de escrúpulos no pudiera arreglar:

eliminar a los miembros cercanos de la familia, por ejemplo, o incluso mejor, venderlos también como esclavos.

El puerto gemía bajo el peso de la gente, interesada sobre todo en la subasta de esclavos. Una plataforma de la altura de un hombre, que se utilizaba para ejecuciones, servía de escenario para la subasta. Solo podían subir a ella el subastador, la persona que iba a ser vendida y tres mayordomos de aspecto feroz. El tratante de esclavos y los posibles compradores se situaban en las empinadas tribunas de madera a izquierda y derecha, que ofrecían la mejor vista de los procedimientos. Una de ellas tenía incluso un techo para dar sombra a los espectadores, así como innumerables bancos de madera, reservados, por supuesto, a los mercaderes más influyentes y a los clientes más ricos.

El subastador, un viejo personaje con aspecto de sapo, respiró hondo antes de proclamar:

—Caballeros... —echó un vistazo a los asientos de los clientes potenciales—..., veo que tenemos aquí a algunas mujeres interesadas en nuestras... eh... mercancías de hoy —alzó las cejas con coquetería —. Señoras, hoy tenemos algunos lotes absolutamente increíbles para ustedes. Gangas inimaginables, también, ¡se los puedo prometer!

—Siempre dices lo mismo. ¡Vete, enano bastardo! —gritó un marinero claramente intoxicado.

Los camareros tardaron solo un momento en deshacerse de él. En Gonus, los traficantes solo entendían el humor cuando suponía aumentar el margen de beneficios. Cualquier cosa que pudiera interferir en el fluido proceso de compraventa era tratada sumariamente. El sapo siguió graznando:

—Empecemos por los trabajadores, los que ayudan en la agricultura, en el hogar y en asuntos similares.

Los grilletes sonaron cuando un hombre alto y fornido fue conducido a la plataforma. Vestido solo con un taparrabos, sus pies descalzos golpeaban los maderos al caminar. Tenía las manos atadas a la espalda.

—Honorables clientes, he aquí un esclavo en la flor de la vida, fuerte y fiel. Un muchacho capaz de arrimar el hombro a cualquier rueda. Mi querido pueblo, contemplen sus músculos ondulantes, ¿no están deseosos de trabajar?

El hombre que estaba deseoso de trabajar no parecía tan orgulloso de sus atributos. Su mirada resignada no sugería un entusiasmo ilimitado. Resultaba difícil determinar su verdadera edad, lo que parecía aumentar el escepticismo de los clientes de honor. No veían con buenos ojos que le hubieran afeitado el pelo, operación que, por lo general, solo se realizaba para eliminar cualquier signo de canicie y dar así al esclavo un aspecto más joven. Tampoco les impresionaba el aceite de palma que se le había aplicado para darle un brillo saludable y resplandeciente.

Un hombre particularmente pequeño y gordo que llevaba un sombrero de paja gritó:

—¡Podría ser mi abuelo!

Su vecino inmediato replicó:

—Por la edad, sí, pero no por el tamaño.

Esto fue recibido con carcajadas por los exuberantes espectadores. Por supuesto, el subastador quería que sus clientes tuvieran buen humor, pero no iba a permitir que se burlaran de su mercancía.

—Ustedes dos, caballeros, son más que bienvenidos a echar un vistazo más de cerca a su calidad.

Malhumorados y desinteresados, subieron a la plataforma y observaron al esclavo de cerca. El hombre del sombrero de paja levantó el labio superior del desafortunado como si estuviera pensando en comprar un caballo. Sacudió la cabeza con desaprobación.

—Tiene todos los dientes, está sano y dará alegrías a su dueño durante años —se alegró el sapo.

El gordo le desató el taparrabos, y ahora el humano estaba en cueros en el podio.

—Sí, efectivamente, la mejor calidad bajo el envoltorio, como puedes ver. En plena salud, como prometí, sin enfermedades venéreas. Creados por la naturaleza para servir y trabajar.

—¡Bien! —murmuró la bola de mantequilla con sombrero de paja —. Empecemos.

El subastador asintió con aprobación y anunció el precio mínimo de puja:

—Cinco grandes piezas de oro.

Los clientes reunidos reaccionaron al unísono, poniendo cara de «hoy es el día».

La primera persona tardó un rato en decir:

—Cinco grandes piezas de oro.

—Seis grandes piezas de oro —el gordo había aceptado claramente que el esclavo era algo más joven que su abuelo.

Siguieron varias pujas antes de que el esclavo fuera vendido por dieciocho grandes piezas de oro a un hombre de negocios del sur de Soradar. Era bien sabido que el rey Drullom, soberano de aquellas tierras, solía hacer la vista gorda ante la esclavitud.

La siguiente subasta tampoco fue espectacular. Un joven mequetrefe que se había apostado a sí mismo durante una partida de cartas era vendido ahora por el hombre —claramente mejor tramposo — que lo había ganado. El joven jugador fue vendido a una bola de mantequilla con sombrero de paja por la suma principesca de veintidós grandes monedas de oro. Hasta el más torpe de los observadores debería haberse dado cuenta de que en Gonus solo mandaban las grandes monedas de oro. El subastador gritó en voz aún más alta:

—¡Aquí tenemos un bocado especialmente selecto! —Una niña fue subida a la plataforma. Incluso sin grilletes, apenas habría podido subir los escalones de lo cortas que eran sus piernas.

Un murmullo recorrió la multitud de posibles clientes. Con sus ojos

grandes y sus mejillas redondas, la pequeña parecía más bonita que cualquier muñeca de paja. Llevaba el pelo largo sujeto con una horquilla roja. Con una expresión de indiferencia en el rostro, los labios sin vida, los ojos abiertos, pero vacíos de toda emoción, la pequeña permanecía en solitario aislamiento en el escenario. De hecho, su letargo era tan grande que resultaba difícil saber si era consciente de lo que estaba ocurriendo.

¡Hanne! ¡Era ella! Nika, temblando de furia, estaba a punto de abalanzarse sobre ella, pero Zodana le puso una mano en el hombro.

—Esa debe ser la muchacha. ¡Espera! Todavía no, de lo contrario los mayordomos te matarán, y puede que también a la chica.

Incluso antes de que el subastador tuviera la oportunidad de decir el precio de reserva, un hombre de negocios con un sombrero de plumas de avestruz gritó:

—¡Veinticinco grandes piezas de oro!

Los labios grises del sapo sonrieron. Ya estaban pujando al máximo, ¡y eso con la primera oferta! Siguió un largo periodo de silencio total. Pero entonces la brillante voz de un niño sonó desde la tribuna cubierta:

—¡Padre, la quiero! —el muchacho señaló a Hanne.

El hombre que estaba a su lado, un tipo escuálido con una cadena de oro colgando del cuello, dijo asombrado:

—¿Una chica? Hemos venido a buscarte un azotador, hijo.

Las familias adineradas solían tener azotes para castigar a sus hijos. La conexión emocional entre el niño y el azotador garantizaba una forma eficaz de castigo corporal indirecto.

—Bueno, ¿por qué no compramos una azotadora? ¡La quiero!

—No funciona así, hijo —el escuálido padre miró a su hijo con una mezcla de benevolencia y orgullo.

—¡Urrggghhh! —el niño empezó a chillar. Su rostro enrojeció de impaciente frustración.

—Veintiocho grandes piezas de oro —dijo su padre en voz alta y tranquilizadora.

El subastador repitió la puja con deleite.

—Cuarenta grandes piezas de oro —otro hombre de negocios de la primera fila había levantado la mano.

Un hombre alto vestido con una cota de malla roja y con un casco rojo bajo el brazo —no era para menos con este calor— babeó:

—Lo sabía. Cuidado. Ella aún atraerá más ofertas —sus dientes blancos brillaban encantados bajo el sol.

—¡Cincuenta!

—¡Setenta!

El subastador compensó su baja estatura saltando repetidamente de alegría.

—¡Estamos en los setenta!

Un aullante chillido juvenil partió el aire:

—¡Pero yo la quiero! ¡Debería ser mi muñeca! ¡Y mi azotadora! Y quiero poder azotarla también.

De repente, papá no parecía tan orgulloso de su vástago. ¿Acaso se preguntaba en silencio si su hijo entendía bien el concepto de azotador? Algunos estibadores se rieron y se mofaron, pero los camareros les mandaron callar. Había que cortar de raíz cualquier cosa que pudiera enfadar a los acaudalados caballeros de las pequeñas islas de Gonus. El sapo reanudó su trabajo:

—¡Una azotadora! Por supuesto. ¡Es realmente la elección ideal para el buen hijo de la casa! Y dentro de un par de años, puede que papá se entretenga con ella.

Una estrategia arriesgada, ya que la última parte de su declaración podría haber enfurecido al padre, pero el cálculo del subastador dio sus frutos. Sonrisas —más aceitosas que el aceite— en ambas tribunas. Llovieron más pujas:

—¡Setenta y cinco!

—¡Ochenta!

—¡Cien! —rugió el padre del niño, con la cara roja.

La multitud jadeaba: nunca se habían pagado cien piezas de oro por un esclavo, ¡y menos por uno tan pequeño! Una voz susurró:

—Se podrían comprar cinco elefantes por cien piezas de oro.

—O ciento cincuenta caballos.

—O trescientas putas por una noche —argumentó un tercero.

—Querrás decir una puta por trescientas noches —susurró pragmáticamente su compañero.

El sapo seguía saltando como loco.

—Si no hay más ofertas, hemos llegado a nuestro límite. Estamos en cien grandes piezas de oro. ¿Alguna otra oferta?

El subastador se acercó a una gran campana. El martillo, por así decirlo, caería una vez que el subastador gritara:

—¡Voy a tocar la campana ahora! —ya tenía la cuerda en la mano y estaba rugiendo—: Estoy tocando la...

—¡Una PEQUEÑA pieza de oro!

Risas por todos los rincones. Inmediatamente, los comisarios entraron en acción. Las leyes que rigen las transacciones en el mercado no toleran un comportamiento tan escandaloso. El subastador sonríe torpemente mientras mira a la multitud para ver quién ha hecho una puja tan risible. Al no poder ver a nadie, decidió ignorar la oferta y poner fin a la subasta con cien grandes piezas de oro. Se volvió de nuevo hacia la campana.

—¡He dicho una pequeña pieza de oro! —el anuncio fue tan claro como una... bueno... campana. La cara del hombrecillo se ensombreció de fastidio.

—Esa no es una puja válida. Ya hemos alcanzado las cien piezas grandes de oro.

—Por tercera y última vez. Una pequeña pieza de oro… no por la chica, sino por su horquilla. No pago por humanos, me llevaré a la chica tal y como es —murmullos de consternación entre los tribunos.

Todas las miradas se dirigieron ahora hacia la persona de pelo castaño que se había levantado y extendía un brazo imperioso hacia la niña. El propio guardián de los mayordomos resopló mientras se abría paso hacia el aguafiestas. Completamente imperturbable, el desconocido aflojó con calma la capa, dejando que se deslizara lentamente hacia abajo. Apareció una mujer hermosa y menuda. Un pañuelo de seda blanco cubría su cabello, haciendo que su rostro pareciera aún más atractivo. Vestía una túnica beige decorada con símbolos y con un escote bajo en la espalda. Brillaba a la luz del sol como las arenas del desierto.

El alcaide ya había llegado hasta ella. Miró a la dama a los ojos, retrocedió un paso asombrado y se fijó en el bordado de su pecho. Jadeando de incredulidad, las arrugas de su rostro temblaron. A continuación, se abrió paso a empujones entre un tipo que le impedía el paso y caminó una vez alrededor de la misteriosa dama. Con la cara tan blanca como la leche de cabra, gimió de incredulidad:

—¡Es auténtica! ¡Es ella! La Semirissa.

Al subastador se le salían los ojos de las órbitas, lo que le hacía parecer aún más un sapo. Entonces se le desencajó la mandíbula, cada vez más, y el color de su cara pasó del rojo al blanco. El sapo se estaba convirtiendo en camaleón.

—Sí… por supuesto… desde luego, honorable Semirissa. Desde luego que sí —tartamudeó.

Nadie podía tragarse el increíble silencio que se produjo; a pesar de la presencia del subastador con aspecto de sapo, el silencio era gratuito para todos los asistentes. La gente se quedó mirando a la mujer, embobada con su rostro, luego con el símbolo de su vestimenta y de nuevo con su rostro. Finalmente, como si de una orden se tratara, todos bajaron la cabeza y estudiaron sus pies, sin atreverse a levantar la vista. Solo el hombre de la armadura roja permaneció de pie,

completamente impertérrito, mientras rugía:

—¡Eh, chiflados! Teníamos cien piezas de oro. ¿Están todos insolados o qué? Quiero mi recompensa.

La Semirissa agitó ligeramente la mano. Inmediatamente, cuatro de los mayordomos del mercado se abalanzaron sobre el tipo, arrancándole el yelmo de la mano, desde donde se estrelló contra las tablas. Se defendió con todas sus fuerzas, maldiciendo obscenamente hasta que quedó inconsciente por un fuerte golpe en la cabeza. Un joven mercader susurró a su vecino:

—Por Lithor, ¿quién es esta mujer?

—Una magici. Las semirissas se sirven sin preguntar. De lo contrario, arrasarán Gonus, igual que hace veinte años. Y la Semirissa de entonces se ve casi exactamente como esta.

—¿Quiénes son?

—Los Ramisi.

—¿Por qué reverencian tanto a una sola mujer? —preguntó impaciente el joven mercader.

—¡Silencio! Reza para que nunca lo averigües —fue la respuesta.

La Semirissa se acercó a la niña y la cogió de la mano. La pequeña apenas pareció darse cuenta: tenía la mirada perdida en la distancia mientras caminaba mecánicamente junto a la dama. En un abrir y cerrar de ojos, la gente formó un pasillo, preparando el camino para la pareja. La Semirissa arrojó una pequeña pieza de oro al subastador. Luego, ella y la niña bajaron los escalones de madera y comenzaron a dirigirse al puerto. Pasaron por el lugar donde el vigilante del mercado había encerrado en una jaula al hombre de la armadura roja. El hombre yacía inconsciente en el suelo. La Semirissa chasqueó los dedos.

—Nos lo llevamos.

Inmediatamente, los mayordomos sacaron al hombre de la jaula y lo arrastraron detrás de la misteriosa dama, con la cota de malla

repiqueteando rítmicamente sobre los adoquines. La gran barca parecía más un velero que un simple barco. La dama subió con elegancia a la embarcación, llevando en brazos a su pequeña acompañante. Luego se sentó en una borda. Colocó a la niña en su regazo.

—Hanne..., ¿qué te pasa? Ahora estás a salvo. Mírame.

La semirissa se quitó el pañuelo de seda de la cabeza y se pasó la mano por el pelo negro.

—¿No me reconoces? Soy tu amiga Nika.

Donde antes brillaba una alegría sin límites, ahora solo había vacío.

¿Qué vacío podría ser tan doloroso como el que había tras los ojos de Hanne? ¿Qué cosas terribles había sufrido la niña? Giró suavemente a la muchacha hacia ella y la miró directamente.

—Eres Hanne Violet Goldy Marianna, pequeña. Mírame.

Ningún reconocimiento, ningún recuerdo, ningún destello de vida, solo el desinterés de un espíritu que había muerto.

—Hanne, pequeña, ¿puedes oírme? Di algo.

Pero la niña se limitó a mirar sin comprender a través de ella, o tal vez más allá de ella, daba lo mismo. Su cuerpo también estaba flojo: los brazos le colgaban como dos mangas vacías. Era casi un milagro que Hanne pudiera mantenerse en pie y caminar.

—Su espíritu ha huido, no sabemos adónde —dijo Zodana a su lado.

—No es de extrañar, teniendo en cuenta todo lo que ha sufrido —replicó Nika con racionalidad. El capitán apareció y preguntó a Zodana
—: ¿Nos hacemos a la mar?

—Sí, buen capitán, se le pagará cuando estemos de nuevo en casa.

—¡ZARPEMOS! —la barca empezó a coger velocidad. El hombre sonrió
—: No entiendo qué clase de hazaña han hecho hoy, pero debe de

haber sido buena.

Nika miró hacia el puerto de Gonus. Varios cientos de personas las miraban fijamente.

—¿Qué haremos...? —los ojos del capitán miraron al hombre aún inconsciente de la cota de malla roja—, ¿... con este personaje?

—Encerrarlo..., me ocuparé de Cerbero más tarde.

Diente por diente

La barca atracó en su destino a primera hora de la tarde. Zodana dio las gracias al capitán y le pagó con el peine de marfil. Nika levantó a Hanne y la llevó suavemente a tierra firme. Cogiéndola de la mano, subieron lentamente por el estrecho sendero hasta llegar al antiguo anfiteatro. Unas cuantas chozas torcidas sobre la arena albergaban a los veintiocho miembros restantes de la antaño orgullosa tribu Ramisi. Entraron en una de las viviendas.

—Hanne necesita comer algo. ¿Quién puede proveerla?

—Yo me encargaré de eso.

Poco después, Zodana regresó con fruta, pero Hanne ya se había dormido. Nika tumbó con cuidado a la niña en la estera de paja que le habían asignado. Salió y se sentó junto a Zodana en un banco de piedra junto a la entrada. ¿Cómo había podido funcionar con tanto éxito una treta semejante en el mercado de Gonus?

—No se me da bien dar las gracias, pero créeme, te estoy muy agradecida por tu ayuda. Salió exactamente como habías dicho, Zodana.

—La gente es predecible. La reputación de una persona puede ser más poderosa que cien espadas.

—Increíble, ¿cómo es que tengo una reputación tan espléndida?

—Tú no lo recuerdas, pero la gente de Gonus lo sabe muy bien. Eres la Semirissa, la primera entre los magici, la hija del líder del clan. Eres la fuente del poder. —Zodana sonrió.

Vaya, ¡era mucho para asimilar! Nika ya no entendía nada.

—¿Hija del líder del clan? —se acordó de Eduk—. Este estirado de Maseus no es mi padre, ¿verdad?

—No, no lo es. Maseus no tiene ninguna hija, por eso no ha habido una Semirissa desde hace tanto tiempo. Pero la gente de ahí fuera no

lo sabe. Y la gente prefiere creer lo que ve y lo que cree saber. Los mercaderes de Gonus no saben que solo quedamos unos pocos. —Zodana hizo una pausa antes de continuar—: Y hoy han conocido a la verdadera Semirissa, no lo olvides. Sus ojos negros, su rostro, el tatuaje con la rama espinosa, el antiguo símbolo de los Ramisi. Los mercaderes respetan lo que queda de la magia myrneana. Después de todo, nuestro clan vengó sin piedad su desaparición hace veinte años.

—¿Qué ocurrió exactamente? —preguntó Nika.

—Cuando quedó claro que no volverías a aparecer, cientos de espías te buscaron por todo Krosann. Sin éxito, claro, por eso creyeron que habías muerto.

Nika pensó en el Establecimiento y en el Canciller Negro. Nadie había buscado allí. Zodana continuó:

—Los resultados de las investigaciones condujeron al mercado de esclavos de Gonus, donde habías sido vendida. Todos los mercaderes que trabajaban allí sintieron el filo de la venganza. Los Ramisi incendiaron todo el mercado. No hubo supervivientes, ni siquiera los niños se salvaron.

—Si nuestro clan era tan poderoso, ¿por qué solo…? —Nika agitó los brazos—, ¿… solo quedan unos pocos?

—Algunos cayeron durante la campaña de venganza contra Gonus. Aproximadamente mil Ramisi desaparecieron en los años siguientes, incluida tu madre. Nadie sabe qué fue de ellos; probablemente ya estén todos muertos, porque la mayor calamidad que nos sobrevino fue la Gran Muerte. Todos los Ramisi de sangre myrneana que quedaban murieron a causa de la misteriosa fiebre de ese nombre. —Zodana levantó la vista—. Excepto Maseus.

—Lo que significa que él es el único que puede abrir el santuario.

—Sí —luego añadió—: Al menos, eso es lo que afirma Maseus.

—¿Qué es lo que afirmo? —el líder del clan estaba de pie ante el banco de piedra.

Zodana no pareció sorprenderse lo más mínimo y respondió con

indiferencia:

—Hola, Maseus. Estábamos hablando de tus artes curativas. Le estaba explicando a Nika que eres nuestro San Sacerdote.

—Así es. ¿Todo esto es por la niña? —parecía escéptico—. Las heridas del espíritu son difíciles de curar, incluso para los más expertos en la materia.

No dejaré que ese viejo pomposo se acerque a Hanne, pensó Nika.

De todos modos, no iba a ser así, porque se oían gritos a lo lejos:

—¡SUÉLTAME AHORA MISMO!

—Oh, sí, ¿qué va a pasar con el prisionero? —pidió Zodana.

Nika se puso en pie.

—¿Con Cerbero? ¿Tú qué crees? Voy a matarlo, por supuesto.

Frunciendo el ceño, Maseus se interpuso en su camino.

—No funciona así. Tiene derecho a un plebiscito.

—¡Tonterías! Es un cerdo y morirá.

—Es prisionero del Ramisi. Morirá si el Ramisi lo condena a tal destino..., una sesión plenaria con mayoría simple debería bastar en este caso. Y tal sesión debe ser convocada primero. Estas son las reglas.

—No creo que quiera aprenderme estas reglas. Un plebiscito con veintiocho personas, ¡qué impresionante! Cuando quemaron a todos los seres vivos de Gonus, ¿también fue después de un plebiscito?

El anciano permaneció impasible.

—Ni siquiera las palabras de una Semirissa cambian los estatutos. Si quieres ejecutarlo, debes retarlo a un combate a muerte. Es la única forma de evitar el plebiscito. Estas son las reglas.

Nika apretó los labios.

—Ya veo. ¿Y en qué consistiría ese combate?

—El individuo que ha sido desafiado elige el arma. Entonces puede

proceder.

—¡Espera! —Nika volvió a la cabaña y comprobó que Hanne seguía profundamente dormida. La niña parecía felizmente en paz. Entonces Nika salió de nuevo—. De acuerdo. Vamos a ello —dijo.

Las cejas de Maseus se alzaron sorprendidas.

—¿Ahora quieres luchar contra el hombre de la armadura roja?

—Así es. Y como dentro de poco tengo que volver a ocuparme de Hanne, tengo prisa.

Nika se abrió paso con decisión hasta el líder del clan. Se acercó rápidamente al muro de bloques pesados al que estaba encadenado Cerbero. Uno de los Ramisi, que había ocupado su puesto de guardia, estaba sentado en una roca, aburrido. El despiadado mercenario aún no había reconocido a Nika con su brillante túnica. No era de extrañar, Nika tampoco se conocía a sí misma. Tendría que haberse vuelto a poner el mono negro antes.

Cerbero empezó a quejarse en voz alta en cuanto la vio llegar.

—¡SUÉLTAME INMEDIATAMENTE! ¡Soy un favorito del rey Schohtar!

Zodana y Maseus, que habían seguido a Nika, mantuvieron una respetuosa distancia.

—¡Suéltame! Me debes cien gordas piezas de oro por la chorrada por la que pujó ese lunático con un hijo malcriado. El dinero me pertenece —gruñó el prisionero.

Nika se colocó justo delante de él.

—Nada te pertenece. Ni siquiera tu vida. Eres un imbécil y pronto morirás.

Zodana se estremeció un poco.

Maseus negó con la cabeza.

Poco a poco, Cerbero se dio cuenta de quién era la persona que tenía delante. Aturdido, tartamudeó:

—¿Tú... tú... tú... tú? ¿Cómo has llegado hasta aquí? Se supone que estás en el calabozo de Schohtar. ¿Có...có...có... cómo escapaste?

—¡Inmaterial! Eres la escoria de la tierra, Cerbero. He oído hablar de tus fechorías, y vi lo que le hiciste al abuelo, a Ponni y a Hanne. Tu comportamiento criminal en la granja Blackacre y en tu propio campamento son una prueba más de tu merecida sentencia de muerte. Como no tengo tiempo suficiente para ver cómo tus piernas se incineran lentamente, ni paciencia para despellejarte vivo, da gracias de que sufrirás una muerte relativamente rápida.

El mercenario no parecía en absoluto intimidado.

—Puedes soltar tus grandes palabras porque aquí estoy encadenado a una pared. Es fácil abrir la bocaza con esas figuras de tela quemadas por el sol detrás de ti —escupió ruidosamente el contenido de sus fosas nasales ante sus pies—. ¿Sabes qué, pedazo de mierda? Me pase lo que me pase, Schohtar ya se ha apoderado del castillo de Cragwater y ha colgado a tu príncipe amigo de sus joyas de la corona.

Nika lo miró impasible. A lo mejor el pedazo de mierda humano soltaba más estupideces. De hecho, a Cerbero se le había ocurrido otra idea, y se la comunicó:

—Y lo que es más: tu amante, el otrora almirante Katerron, se ha hundido en el fondo del profundo mar azul con su barco y su tripulación —Cerbero se rio a carcajadas, enseñando sus blancos dientes—. Todos ellos son ahora comida para peces..., qué terriblemente triste.

Una vez más, Nika no traicionó sus reacciones. ¿Podría ser verdad? Se tragó su creciente ira como un duro trozo de carne, concentrándose por completo en Cerbero:

—¿Cómo ha podido Schohtar hacer eso? Bolkan Katerron es un capitán experimentado y no tan fácil de capturar y rematar como tú.

—Ja, ja, tu bello amante no estaba familiarizado con el armamento marítimo más moderno e ingenuamente navegó hacia una trampa —la voz de Cerbero se hizo más fuerte—. ¡Suéltame de una vez!

Durante un breve instante, Nika se preguntó si debía atenerse a las ridículas reglas del Ramisi. ¿Desde cuándo seguía las normas? Por otro lado, realmente parecía formar parte de esta tribu y estaba en deuda con Zodana.

—Serás liberado y entonces lucharemos a muerte. Como yo soy la retadora, tú eliges el arma.

El mercenario rio a carcajadas.

—¡Ja! ¡Qué locura! Nadie me creerá cuando se lo cuente. Sé que eres buena, cuervo, pero yo soy mejor, sobre todo con una sola mano. Yo elijo la espada.

Zodana intervino, con evidente preocupación en su voz:

—Regia, ¡todo esto está ocurriendo demasiado rápido! Este hombre es peligroso. Piénsalo un momento: no tiene por qué ser aquí y ahora. Estoy segura de que el plebiscito acabará con su sentencia de muerte.

Nika apretó los labios.

—Lo siento, Zodana. Va a tener lugar aquí y ahora. Además de sus numerosos crímenes, este hombre secuestró a Hanne y la llevó a Gonus. Allí iba a venderla en el mercado como un trozo de carne. Siempre he tenido problemas con los hombres que roban a niñas.

Nika se volvió hacia el guardia.

—Desencadénalo y dale su espada.

El guardia miró a Maseus, que no reaccionó, y luego volvió a fijar los ojos en Nika. Ella gruñó:

—Inmediatamente.

El guardia se marchó y regresó con una espada larga. Cerbero sonrió con regocijo y luego se volvió hacia Maseus:

—Una vez que haya matado a esta pedazo de mierda, seré libre, ¿verdad? ¿Me dejarán ir?

El San Sacerdote asintió.

—Sí, lo haremos. Es la única opción según nuestra ley.

—¡Son buena gente! Me encantan los miembros de la sociedad que respetan la ley —dijo Cerbero, elogiando alegremente a sus anfitriones.

—¡Suéltenlo! —gruñó Nika, señalando las cadenas.

El guardia se rascó la nuca y fue a buscar a dos guardias más antes de desencadenar a Cerbero. El mercenario se frotó las muñecas, giró los hombros y movió la cabeza de un lado a otro.

—Solo estoy haciéndome más atractivo para ti —sonrió, mirando con lascivia a Nika. Señaló con la cabeza su coraza y sus guanteletes chapados, que estaban en el suelo—. ¿Puedo ponérmelos también? En sentido estricto, son adornos de la espada.

—Claro, pero date prisa. No tengo todo el día.

Cerbero se puso su armadura, cogió su espada y adoptó una postura de combate.

—¿Quién dará ahora la señal para tu inevitable muerte?

Los rumores sobre el inminente duelo se habían extendido rápidamente. Más y más Ramisi se habían reunido para observar los procedimientos. Con los ojos muy abiertos y los labios fruncidos, Zodana miró fijamente a Nika. Luego exclamó:

—¡Espera! Estás desarmada. No tienes espada.

Esta observación no pareció molestar especialmente a Cerbero.

—¡Ahora! —dijo en voz baja, dando así él mismo la señal de salida.

Levantó la espada y atacó. Con el brazo completamente extendido, asestó un golpe que habría partido en dos el torso de Nika, desde el hombro hasta la cintura, de no ser porque ella se había apartado antes. Zodana chilló aterrorizada y retrocedió un par de pasos. Algunos de los espectadores se quedaron de piedra en un instante.

Nika, fría como una lechuga, esperó el siguiente ataque. Pero solo estaba fría por fuera; por dentro, hervía de furia ante aquel cerdo. Las imágenes del cuerpo deformado de Ponni, de las piernas carbonizadas del abuelo y, sobre todo, del sufrimiento reflejado en la mirada

perdida de Hanne se arremolinaban en su cabeza.

Cerbero también parecía preocupado, aunque pensando en cómo dar el golpe de gracia. Parecía ridículo, patético en realidad. Después de todo, allí estaba él, frente a una mujer desarmada a la que solo protegía una fina prenda de tela. En un abrir y cerrar de ojos, dio una estocada lateral, apuntando con su espada directamente a las rodillas de Nika. Un golpe y quedaría doblemente amputada. Sin embargo, Nika saltó en el aire, tan alto que la espada se balanceó bajo sus pies y cortó el aire fresco.

¿Qué esperas, Nika? Le lanzó a Cerbero una mirada de odio al rojo vivo.

Él sonrió en respuesta y volvió a preparar su espada.

—¡Esta vez te atraparé! —gruñó, como para darse ánimos.

La parte superior de su cuerpo empezó a humear, como si hubiera salido de un baño y se hubiera metido en la nieve en pleno invierno. Cerbero se sacudió, luego rugió, soltó la espada, se quitó los guanteletes y se tiró violentamente de la cota de malla por la cabeza. Los anillos de su cota de malla habían ardido a través de su camisa y sobre su piel, dejando una multitud de pequeñas marcas circulares a su paso. El penetrante olor a carne quemada empezó a llenar el aire.

Los Ramisi restantes ya habían llegado, atraídos por el sonido del combate. La Semirissa, al parecer, había convocado el plenario a su inimitable manera, ¡y lo había puesto en marcha con una rapidez pasmosa! Aunque al plenario no le quedaba más remedio que mirar boquiabierto.

El mercenario se retorcía en el suelo como un pez fuera del agua. Nika había asado a Cerbero con su propia armadura; cómo, precisamente, no lo sabía ni ella misma. Miró el guantelete de chapa humeante que él le había arrojado. *Un poco tarde para ese gesto,* pensó sombríamente mientras recogía el guante. A ella solo le pareció tibio. Nika se lo puso en la mano. Por supuesto, era demasiado grande para ella. Tres de sus dedos cabían en el pulgar. Pero eso no le molestaba en absoluto.

Nika colocó su pierna sobre la garganta de Cerbero y presionó su rodilla contra la laringe. Cuando su oponente estaba a punto de perder el conocimiento, le dio un poco de aire. Cerbero parpadeó agradecido. Nika explicó:

—Ahora vamos a jugar a un pequeño juego de adivina los dientes. ¿Cuántos dientes crees que voy a arrancar ahora? Yo creo que cuatro.

A continuación, le clavó el guantelete chapado en la mandíbula superior con una fuerza y velocidad considerables. Sus labios estallaron como tomates demasiado maduros, chorreando un abundante suministro de sangre. Crujió y se rompió en la boca de Cerbero. *Nika, no deberías tener siempre tanta prisa*, se reprendió a sí misma, cuando se dio cuenta de que se había olvidado de esperar a su propia apuesta sobre los dientes.

Algunas de las personas que la rodeaban gritaron horrorizadas. A Nika le daba igual. La gente demasiado nerviosa debería concentrarse en tocar el arpa y mantener la boca cerrada. Nika miró el resultado de su trabajo.

—Ahora entiendo por qué te gustaba tanto la sangre. Vamos a contar —con el pulgar y el índice, le apartó el labio superior—. ¡Oh, no! Uno, dos, tres dientes han sido destrozados. Acabo de perder. ¿Lo intentamos de nuevo?

Salpicada de sangre, su brillante túnica adquirió un diseño totalmente nuevo. Con todo ese revoltijo de sangre, saliva y dientes traqueteándole en la boca, Cerbero no podía hacer otra cosa que gorjear; sonaba gracioso, en efecto, pero Nika se dio cuenta de que, no obstante, renunciaría gustosamente a escucharle emitir otro sonido. Rodeó el cuello de Cerbero con la pierna derecha y dio un fuerte tirón con la parte posterior de la rodilla, haciendo que su cabeza se torciera hacia atrás. Se oyó el crujido de un trozo de madera podrida al romperse el cuello.

Se levantó, se enderezó la túnica empapada en sangre y le dijo a Maseus:

—Debo volver a Hanne. ¿He seguido debidamente todas las

normas? —su voz no sugería que estuviera especialmente interesada en la respuesta.

El líder del clan no dijo nada. Miraba hacia abajo, con rostro pétreo, el cuerpo aún humeante. Algunos de los otros Ramisi se dieron la vuelta, tapándose la nariz con las manos.

—Tú sí que eres la Semirissa. La gente del mercado tenía razón al temerte. —Zodana susurró.

—Ella también morirá pronto como esos otros con sangre myrneana —espetó Maseus, incapaz de reprimir por completo el odio en su voz.

Tal vez sea así, en algún momento, pensó Nika, *pero todavía no*. Dejó a los demás a su paso y regresó a su cabaña. Hanne acababa de despertarse. *Los fantasmas deben moverse como esta niña*, pensó Nika, mientras veía a Hanne levantarse lentamente y avanzar hacia la mesa. La niña se sentó en un taburete y cogió, como hipnotizada, una pieza de fruta. Sus movimientos eran lentos e indiferentes. Parecía ignorar por completo la presencia de Nika.

—Un momento, Hanne. Pronto iré a verte.

Se quitó la túnica manchada y se acercó a un cofre. Ah, sí, sus queridas pieles, que no mostraban las gotas de sangre con tanta facilidad. Quizá Hanne la reconociera si se las ponía. Entonces Nika sacó la bolsa de su cinturón. La abrió, sacó un trozo de espejo roto y lo colocó delante de Hanne, sobre la mesa. La miró a los ojos. Hanne no le devolvió la mirada.

—Mírate en el espejo, Hanne. Eres tú.

La chica respiró. Pero ella no escuchó, y no miró.

—¿No me reconoces? Soy Nika… y me salvaste la vida.

No hubo reacción.

Nika suspiró.

Se levantó y volvió al arcón, donde estaba su bolsa. Esta vez sacó la flauta que había tallado. Lentamente, se la llevó a los labios y empezó a tocar una sencilla canción infantil. Mientras lo hacía, volvió junto a

Hanne y se sentó. Solo se equivocó en una nota. Cuando terminó, se quitó la flauta de los labios. La niña seguía con la mirada perdida.

Tocó la canción por segunda vez. Era una flauta muy sencilla, con solo cuatro agujeros, pero producía los tonos más sorprendentes y creaba una hermosa melodía. De nuevo, tocó una nota equivocada. Sonó una voz lejana, suave y tranquila, como si procediera de una habitación vecina.

—Esa… esa es mi flauta.

Nika contuvo la respiración. Luego habló.

—Por supuesto, es tuya —volvió a empezar la melodía, observando a la niña mientras lo hacía. Los ojos de Hanne se desviaban de un lado a otro: estaba en alguna parte, pero no aquí. Tenía el labio inferior flojo y los brazos colgando a los lados.

Pero Hanne había hablado. Y ahora la muchacha se levantó y caminó hacia ella, paso a paso, y le tendió la mano con suavidad, como si esperara que una mariposa se posara en ella. Hanne susurró:

—Esa es mi flauta.

—Tienes razón, es tuya. Y solo tuya. ¿Quieres tocarla? —apretó suavemente el instrumento contra la mano de la niña—. Aquí tienes.

Ahora parecía que Hanne se había acordado de su segundo brazo. Lentamente, la mano de este se preparó. La niña se llevó la boquilla a los labios. Inspiró y luego tocó. Sus dedos bailaban ágilmente arriba y abajo en los cuatro agujeros. No se equivocó ni una sola vez. Debía de llevar días practicando: era la música más hermosa que Nika había oído nunca. La melodía terminó, y casi dolió cuando las últimas notas se desvanecieron.

Hanne miró la flauta por debajo de la nariz, lo que significaba entrecerrar un poco los ojos para ver mejor. Luego miró hacia arriba, directamente a Nika. No ocurrió nada, aunque por primera vez desde su reencuentro, Nika tuvo la sensación de que la mente de Hanne comprendía lo que sus ojos intentaban comunicarle.

La boca de Hanne fue lo primero que cambió. Su labio inferior se

volvió más firme, las comisuras de sus labios empezaron a temblar. Luego, su nariz respingona se arrugó y, finalmente, la vivacidad que se había apoderado de ella llegó a sus ojos. Sus labios se curvaron mientras decía en voz baja pero audible:

—Ni... Ni... —un sollozo—... ka..., ¿eres tú?

—Soy yo, Hanne. Te dije que volvería.

Nika se levantó y extendió los brazos. La niña gritó y saltó hacia ella. El grito corto de una niña pequeña, un grito que revelaba el increíble sufrimiento al que había sido sometida durante los últimos meses, pero que también revelaba un sentimiento igualmente increíble de esperanza que el presente había creado. Hanne sollozaba y lloraba, las lágrimas brotaban de sus ojos y rodaban por sus mejillas.

Al igual que en casa del abuelo, Nika sintió el pequeño y frágil cuerpo de Hanne apretándose contra su pecho. Sintió los latidos del corazón acelerado de Hanne. Y sintió algo más frágil que el cuerpo de Hanne, algo que había sufrido daños considerables. Algo muy dentro de la chica. Todo en Hanne se estremeció por el dolor de lo ocurrido y por la alegría de volver a ver a Nika. Y Nika podía sentir cada temblor de la niña, ahora envuelta en sus brazos protectores.

—Los hombres... ellos... el abuelo... y Ponni... se han ido —la voz de la niña se quebró.

—Yo estoy aquí —Nika apretó fuerte a Hanne y repitió—: Estoy aquí —aquellas tres sencillas palabras eran más poderosas que cualquier promesa o juramento sagrado jamás pronunciado durante la más solemne de las ceremonias.

Hanne seguía temblando, pero habló con voz firme:

—¿He tocado bien tu canción?

—Sí, puedes tocarla mucho mejor que yo.

—La practicaba todos los días para que volvieras.

Nika levantó la vista. ¿Llovía de repente? No sería de extrañar que el tejado de esta choza destartalada tuviera goteras. Una gota resbaló

por su mejilla. Extrañada, otra goteó por la otra. Se limpió rápidamente la humedad con la manga. Hanne se soltó de ella, pero solo lo suficiente para que la niña pudiera mirarla a la cara. Metió los deditos en el pelo negro de Nika y la miró a los ojos.

—Estás muy linda, Nika. Pero tienes el pelo raro.

—Y tú estás preciosa, Hanne. Ven, deja que te enseñe.

Sujetó a Hanne con un brazo y cogió el trozo de espejo de la mesa. Una antigua asesina a sueldo vestida de negro y una niña rubia sentada en su regazo miraban desde el cristal. Hanne intentó sonreír; para Nika era un momento de asombro en un mundo enfermo. Le vino a la mente Eructos, luego Karek. ¿Era cierto lo que había dicho Cerbero?, ¿que Eructos había muerto y el reino de Karek se había hecho añicos?

Nika estaba segura de una cosa: no podía quedarse aquí.

Habló a la imagen especular de la niña.

—Nos quedaremos aquí unos días más y luego nos iremos de viaje —Miró directamente a los ojos grandes y redondos de Hanne—. Tú y yo, juntas.

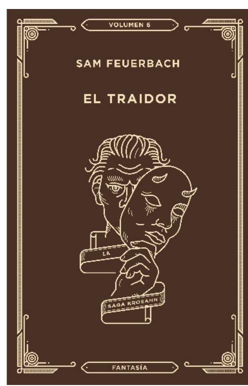
Sintió que Hanne la apretaba.

*** Fin ***

Las aventuras de Karek y el cuervo

llegan a su conclusión con el *El traidor*

(Volume 6) El traidor



Hay más aventuras por venir…

Mantente siempre al día.

Visita

www.samfeuerbach.com

Facebook: Sam Feuerbach Autora

índice de personas

El continente de Krosann está formado por cuatro reinos. Al norte se encuentra Alandar, cubierto de nieve.

Winslorien, al oeste, impresiona con sus montañas y verdes praderas.

Toladar, al este, disfruta de un clima templado, enormes bosques y minas de carbón en las Montañas de la Torre.

Soradar se encuentra en el sur del continente. El sol ardiente se traduce en calurosos desiertos. En el oeste del país, las grandes minas de mineral garantizan la producción del afamado acero soradiano.

Las Islas del Sur se encuentran al sur de Soradar. Las tres islas más grandes son Gonus, Hakot y Azar.

Los habitantes de Krosann creen en las deidades hermanas: Lithor, dios del día, y Dothora, diosa de la noche.

Reino de Toladar

Castillo de Cragwater (castillo del rey)

Rey Tedore Marein – Rey del Reino Oriental

Reina Ulreike Marein – consorte del rey (fallecida)

Príncipe Karek Marein – hijo único del rey y heredero al trono

Duke Schohtar – hombre fuerte en el sur de Toladar, se ha declarado rey

Duque Ransorg Gobarin – hombre fuerte en el norte de Toladar

Sara – sirvienta de cocina, hija de Garemalan y nacida fuera del matrimonio

Lord chambelán Bathek Moll – el consejero más importante del rey

Madrich – entrenador y maestro de armas de Tedore

Tatarie – Sacerdotisa de Tanderheim

Roban – compañero de juegos de Karek en su infancia, mozo de

cuadra

Cadetes y amigos de Karek

Brawl – espadachín de primera clase

Blinn – lee los labios

Eduk – casi invisible

Stobomarik alias **Impy –** sabe distinguir las mentiras.

Star Fastness

Duke Schohtar Tomur – rival de los Marein por la corona

Conde Mondek – el confidente más cercano de Schohtar

Sargento Karson – padre de Milafine

Karnifex – Verdugo de Schohtar

Veneferan – Magicus al servicio de Schohtar

Diseñador Naglind – inventor a sueldo de Schohtar

Reino de Soradar

Rey Pares Drullom – gobernante del reino del sur

Bolkan Katerron (Eructos) – ex almirante, desertor

Seguidores de Eructos

Barbón – exmarine, timonel

Crin – exmarine, cuentacuentos

Pito – exmarine

Niño – exmarine, huérfano

Otros personajes

Ella, el cuervo - asesina a sueldo, lógica

Woguran (Wogi) – el asesino adversario del cuervo en El Establecimiento

Torquay – cazador de la tribu jovali

Zadou – amigo de Torquay

Maquay – jefe de la tribu jovali

Nimdou – guerrero de la tribu jovali

Chanelou – curandero de la tribu jovali

Marou – guerrero de la tribu jovali

Sagitta – arquera de la tribu bangesi

Karesim – jefe de la tribu bangesi

Gabim – guerrero de la tribu bangesi

Zodana – miembro del consejo Ramisi

Maseus – jefe del clan Ramisi